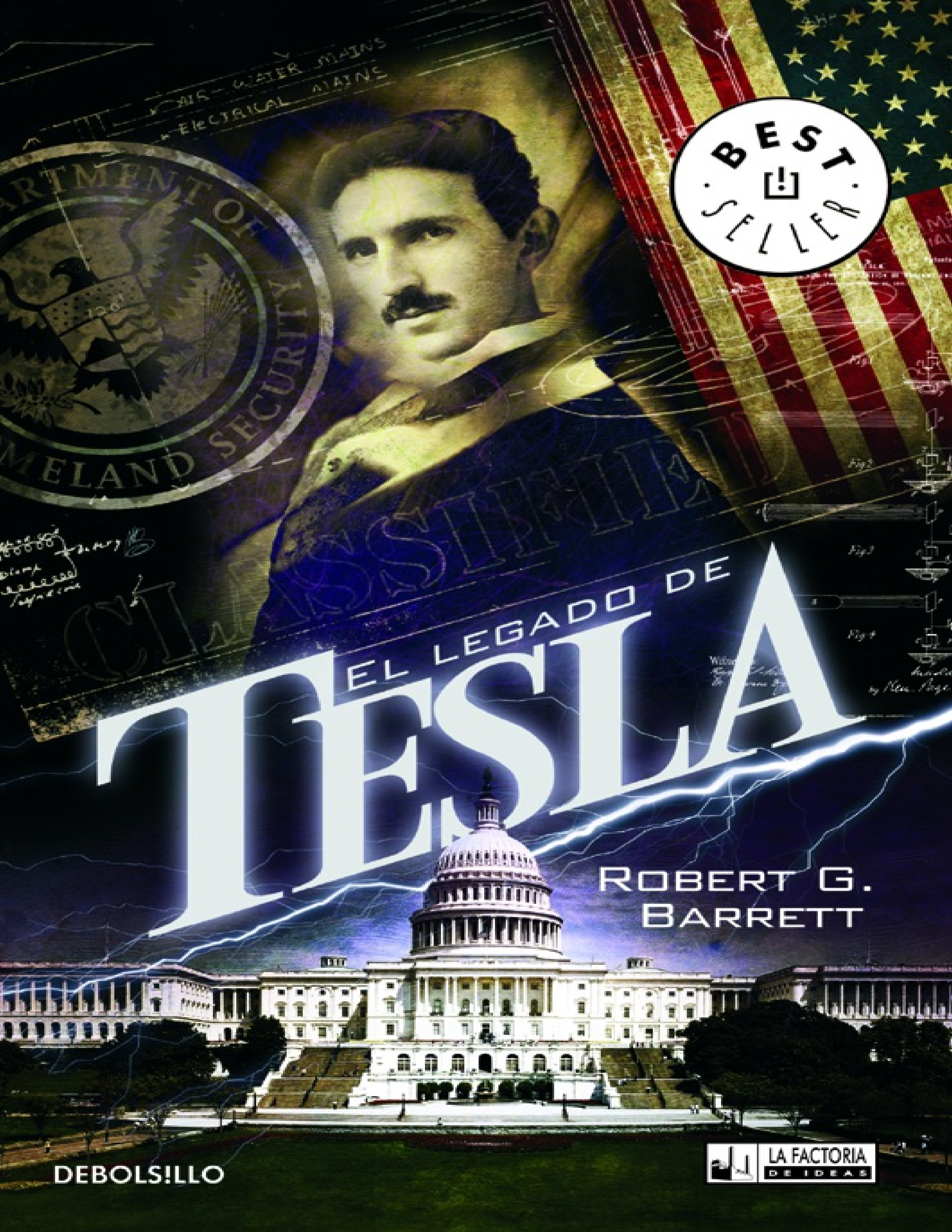

BEST SELLER
EL LEGADO DE
TESLA
ROBERT G.
BARRETT
DEBOLS!LLO
LA FACTORIA
DE IDEAS

El electricista Mick Vincent tenía casi todo lo que siempre había querido tener en la vida. Lo único que le faltaba para ser feliz era un plato de presión del embrague para su Buick Roadmaster de 1936. A través de una extraña anciana, Mick encuentra la codiciada pieza. Y también el diario de Nikola Tesla, un reputado genio de la electricidad con fama de ser más inteligente que el propio Einstein. Pero ¿qué hacía Tesla en la deprimida Nueva Gales del Sur en 1925? El Pentágono lo sabe, y Mick y su novia Jesse lo quieren averiguar: empieza la competición para dar con el legado de Tesla. Las pistas conducen a una remota mina de cobre y a un viejo caballo de carreras llamado Lágrimas de Fuego.

Robert G. Barrett

El legado de Tesla

ePub r1.1
Darthdahar 19.12.13

Título original: *The Tesla Legacy*
Robert G. Barrett, 2013
Traducción: Silvia Melón Carraro
Retoque de portada: Darthdahar

Editor digital: Darthdahar
ePub base r1.0



AL autor le gustaría dar las gracias a las siguientes personas por su inestimable ayuda en la escritura y en la investigación de este libro:

Al personal de la biblioteca pública de Newcastle.

Al personal de la biblioteca de Muswellbrook.

Al personal de la biblioteca de Scone.

A Rihana y a Layla Fibbins del hotel Belmore, Scone.

A la señora Robyn Millar de la librería Just Read It, Terrigal.

Al artista y navegante Di Human.

Al entusiasta compañero de Tesla, Peter Lemmin.

Al autor también le gustaría expresar su agradecimiento al Servicio de Vida Silvestre y Parques Nacionales de Nueva Gales del Sur por toda la información brindada sobre el monte Burning. Y a los wonnaruas del valle de Hunter por su hermosa leyenda sobre el «tiempo de sueño».

Este libro está dedicado al capitán Paul Watson del Sea Shepherd.

Para ver mensajes del autor, fotografías e información relacionada con la escritura y la investigación de esta novela, diríjase al sitio web del autor: www.robertgbarret.com.au.

El pájaro miná común nunca sabía qué podía acabar con él. En un minuto estaba pavoneándose a lo largo de la barandilla de madera delante de otros dos pájaros más pequeños, que estaban picoteando de un plato de plástico su comida, que al segundo siguiente, un plomo para pesca se estrellaba contra su pecho, matándolo al instante. Su sorprendido compañero lo vio caer desplomado contra el porche de madera. Pero en lugar de emprender el vuelo, revoloteó hasta alcanzar la rama de un árbol que rozaba la barandilla, sin estar muy seguro de lo que estaba pasando. Apenas había posado sus patas sobre la rama cuando, de la nada, otro plomo se estrelló contra su garganta, rompiéndole el cuello. Los ojos del miná se cerraron, cayó del árbol y aterrizó muerto sobre la espesa hierba, a los pies del porche. El hombre que estaba en el comedor, vestido con una camiseta blanca y unos pantalones cargo azules, bajó el tirachinas y se dirigió hacia la puerta con mosquitera que permanecía abierta y daba al exterior. Miró hacia el primer miná muerto un momento, al tiempo que le propinaba una patada con la puntera del pie derecho y lo echaba del porche. Cuando el pájaro llegó a estar junto a su compañero en la hierba, el hombre les dedicó una sonrisa triunfante a los dos minás muertos.

—Os tengo, malditos —dijo el hombre—. A los dos.

La pareja de pájaros más pequeños apenas se había dado cuenta de aquella acción violenta que acababa de producirse. Simplemente habían parado de picotear los trozos de pan durante un instante para alzar la mirada hasta el hombre que se hallaba cerca de ellos. Luego, después de mover la cabeza como gesto de reconocimiento amistoso, continuaron comiendo.

A Mick Vincent, el electricista de Newcastle, le había costado seis frustrantes semanas matar a los dos minás del porche de su casa en Bar Beach. Un mes y medio observando cómo intimidaban y robaban la comida que él les dejaba a los dos pajaritos, a los que cariñosamente llamaba Ike y Tina; pero en cuanto abría la puerta mosquitera para dispararles, los minás emprendían el vuelo. Al final, Mick se dio cuenta de que la mejor manera para atrapar a los minás sería dejar la puerta mosquitera abierta, esperar en la penumbra al lado de la mesa que estaba junto a la cocina con su tirachinas, tumbar al primero y, quizá, derribar al otro si alguna vez regresaba. Cuando el segundo miná se quedó revoloteando alrededor, Mick no podía dar crédito a su suerte. Pero era rápido con el tirachinas; rápido y extremadamente preciso. Fue el resultado de dos años viviendo en una caravana en Queensland mientras sus padres regentaban una hamburguesería. Todos los niños de diez años que

Mick conoció en Maryborough tenían un tirachinas o una honda, fabricados con una pequeña horcadura de árbol, dos tiras hechas con las cámaras de aire de las ruedas de las bicicletas y la lengüeta de un zapato, para disparar contra los sapos de caña. Y con un instinto innato, no pasó mucho tiempo antes de que Mick se convirtiera, de lejos, en el mejor tirador de su grupo de larrikins con los que pasaba el rato en el parque de caravanas. El joven Mick podía disparar a un sapo de caña mientras daba un brinco de veinte metros, sin dar tiempo siquiera a los otros niños a cargar sus armas. Incluso hoy por hoy, no había perdido ninguna de sus habilidades con el tirachinas y le seguía gustando probar su puntería con latas, botellas o lo que fuera. No obstante, su versión adulta del tirachinas, hecha con goma de arpón montada en un marco de metal, era infinitamente más potente que los que tuvo cuando era un niño, y las bolas de rodamientos o los plomos para pescar eran mil veces más precisos y mortales que las piedras o los guijarros. Mick podía hacer diana con una bola de rodamiento en un cuervo o en una rata a cincuenta metros, o clavar un plomo entre los ojos de cualquier gato salvaje que apareciera cazando pájaros por el barranco que quedaba a los pies de su casa, a veinticinco metros, en un abrir y cerrar de ojos. El joven electricista entró en su vivienda, cerró la puerta mosquitera y le guiñó un ojo a su reflejo en el espejo de la puerta corredera.

—Hola, asesino —dijo, dejando caer su tirachinas sobre la mesa del comedor—. Lo has vuelto a hacer.

Sin embargo, la sonrisa que se reflejaba no parecía la de un asesino. De altura media, con una complexión normal, con los ojos verde claro y el pelo negro peinado sobre una cara alegre. El reflejo encajaba más con el de un hombre joven sencillo, que se mantenía bastante en forma y al que le encantaba el sol, que con el de un asesino. Y aunque los treinta y un años de vida de Mick Vincent no habían sido un camino de rosas precisamente, al simpático electricista le sobraban motivos para estar alegre.

La casa de tres habitaciones en la que vivía, al final de la avenida Fenton, la había heredado de su difunta tía Nina y, con sus vistas sobre el puerto de Newcastle y la costa más allá, tenía bastante valor. Mick había vivido con su tía Nina desde que sus padres fallecieron en una inundación repentina cuando él tenía veintidós años, y, cuando ella inesperadamente murió mientras dormía, Mick se sorprendió al descubrir que su tía lo había nombrado su heredero tres años antes y le había dejado como herencia la casa entera. Tenía una hermana dos años más joven que él, Alicia, quien se marchó de Newcastle cuando tenía veinticuatro años y ahora vivía en Balmain, en

Sídney, con su novio Tory, un traficante de cocaína oculto bajo la piel de un corredor de Bolsa. Por desgracia, Mick no se llevaba bien con Alicia ni tampoco con su novio. Y el que su hermana no apareciera en el funeral de su tía Nina le resultó conveniente en cierta manera. Hasta entonces había intentado mostrarle a Alicia su amor de hermano y con frecuencia la llamaba para saber cómo estaba. Pero cuando alguna vez había ido a visitarla, las rayas de cocaína eran su recibimiento, nunca la alfombra roja. Siempre lo habían acusado de ser demasiado cuadriculado y de miras muy estrechas y le decían que debería de abandonar Newcastle y ampliar sus horizontes.

Pero Mick era un chico nacido y criado en Newcastle. Fue al colegio West Gateshead y al instituto Gateshead. Su aprendizaje se lo dio la carretera. Y en cuanto a lo de ser una persona de miras estrechas, ¿cómo no serlo? Además de tener playas estupendas, agua limpia y buen aire, Miss Universo era de Newcastle. El mejor jugador de la liga de rugby, un campeón mundial de boxeo y uno de los mejores grupos de música eran de Newcastle. Y un surfista que era campeón mundial había crecido en Bar Beach. El equipo de rugbi de Newcastle había ganado la liga de primera división. Y aunque cuando cerró la acería fueron tiempos duros, ahora Newcastle se había recuperado y había resurgido, alcanzando la mejor versión de sí misma. Mick había hecho los viajes obligatorios a Bali y a Hawái, pero «Newy» se llevaba la palma. En realidad, Alicia y su novio podían quedarse con Sídney o con cualquier otro sitio al que les diera la gana ir.

Para ser un hombre que vivía cerca de la playa, a Mick no le interesaba para nada el surf. Mick y su círculo de amigos más cercanos hacían bodysurf y esnórquel, o se limitaban a deslizarse sobre una colchoneta o una tapa. Eran seguidores de los Knights, pero también acudían a ver los partidos de los Jets y les gustaba dar patadas a un balón en Reid Park o repartir raquetazos en una pista de tenis. La mayoría de ellos eran obreros, les gustaba beber cerveza, pero solían frecuentar hoteles como el Kent o el Brewery para escuchar conciertos. Casi todas sus fiestas acababan en casa de Mick junto con sus novias.

En el sótano de su casa estaban el cuarto de la lavadora y un garaje doble, y entre estas dos habitaciones había un gran trastero. Mick lo había limpiado y lo había habilitado con taburetes y viejos muebles de salón, y un buen equipo de música. A este lugar lo llamaban el bar Beach Bar de Mick. Los chicos solían ir ahí y beber cerveza, whisky, y gritaban, mientras que las chicas bebían piña colada y cócteles de ron o ginebra al mismo tiempo que se reían de los chicos. La novia de Mick era una

chica morena, robusta y con los ojos marrones llamada Jesse Osbourne.

Jesse, u Ossie como le gustaba a Mick llamarla, era el amor de su vida. No se trataba de una belleza despampanante y, aunque se la mirase con buenos ojos, la afeaba su nariz rota (la primera vez, en un partido de netball y la segunda, cuando fue a clases de kickboxing). Pero Jesse sabía besar, y cuando hacían el amor era apasionado y excitante y siempre les dejaba a los dos con una sensación de estar en el paraíso.

Jesse vivía encima de su librería, en una vieja casa de madera de dos pisos de su propiedad, en la calle Mitchell, en la zona de Stockton. Había llamado a su tienda El Ojo que Todo lo Ve, y estaba en una esquina cerca del hotel Gladstone, donde conoció a Mick hacía dos años. Mick acababa de terminar un trabajo unos portales más allá cuando chocó literalmente contra Jesse, que volvía de la cocina del hotel con un plato de pescado y un vaso grande de limonada. Tomaron asiento cerca de la gramola situada al fondo, empezaron a conversar y Jesse invitó a Mick a su casa para que viera la tienda. Mientras él estuvo allí, arregló una toma de corriente un tanto floja y desde entonces no se habían vuelto a separar. A Jesse le gustaba la honestidad de Mick y su sentido del humor y, a pesar del niño pequeño que llevaba dentro algunas veces, era un hombre trabajador y autónomo. Mick se sintió atraído por la inteligencia de Jesse. Sabía prácticamente de todo: misticismo, teorías conspiratorias, el pensamiento de la Nueva Era, temas relacionados con otras partes del mundo, ovnis, etc. Podía mantener una conversación sobre casi cualquier tema y se labró un porvenir comprando y vendiendo libros en la librería o por internet. Era una ávida lectora, capaz de realizar lecturas rápidas. Mick nunca había visto nada parecido a eso. A él le llevaba medio día leer los periódicos del domingo. Jesse se leía dos revistas y hacía el crucigrama en quince minutos. Después de enamorarse, Jesse se convirtió también en una buena amiga.

La empresa de Mick había crecido. Por ello, contrató a otro electricista, un hombre más joven que él, que se le parecía físicamente, llamado Mark Brooks. Mark era tan buen trabajador que un año más tarde Mick le hizo socio júnior y la empresa pasó a llamarse «M y M Servicios Eléctricos». Tres semanas atrás, fueron a hacer un trabajo a Speers Point que consistía tan solo en cambiar una bombilla a un anciano pensionista. Mick estaba un poco resacoso, por lo que Mark se ofreció a hacerlo mientras él esperaba en la furgoneta a ver si se recuperaba. Mark apagó la luz bajando el interruptor y descuidadamente comprobó con un destornillador el entrelazado de

cables que hacían la conexión. Justo en ese momento, con su mejor intención, el querido anciano observó que la cocina estaba a oscuras y encendió la luz para que Mark pudiera ver mejor. La vieja casa tenía techos altos y, además de los efectos de la descarga eléctrica, el electricista se rompió el cuello cuando se cayó de la escalera.

El funeral fue horrible. Mark venía de una gran familia y todos ellos culpaban a Mick de lo que había ocurrido. Uno de los hermanos de Mark, de hecho, llegó a amenazarlo. Y en su opinión, tenían razón. ¿Por qué no había estado allí dentro ayudando a Mark en lugar de permanecer con el culo sentado, leyendo el periódico? El triste consuelo que le quedaba era que Mark solo dejaba a una novia sollozante y no a una mujer con hijos. Mick no había vuelto a trabajar desde el accidente y, a pesar de que todavía no había tenido el valor de quitar el nombre de la furgoneta Volkswagen blanca de trabajo, seguía sintiéndose incómodo cuando la conducía. Había cambiado su ruta para evitar a la familia de Mark y la parada para tomarse algo en el bar de regreso a casa había sido suprimida indefinidamente. Pero con la ayuda de Jesse, Mick, poco a poco, fue saliendo del pozo oscuro en el que había caído y aprendió a reír de nuevo. Ahora, eran las diez de la mañana del último miércoles de octubre. Jesse le había dicho el fin de semana que ya era momento de dejar aquello atrás. Una semana más de baja y luego a empezar a trabajar otra vez. Mick estuvo de acuerdo con ella y la amó más que nunca por su paciencia y comprensión.

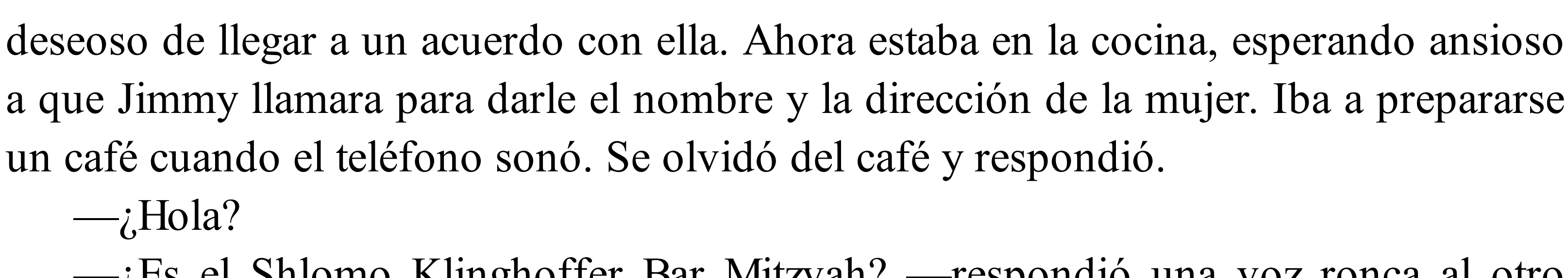
Sin embargo, aunque Jesse era el principal amor de su vida, había otro: un Buick Roadmaster amarillo canario de 1936, con una carrocería Fischer, con la tapicería de cuero a juego y neumáticos blancos. Tenía un motor de ocho cilindros en línea con válvula delantera bajo un carburador Aerobat, y con su tracción de tubo de torsión y doble estabilización, el viejo Buick surcaba como nadie las carreteras.

Paradójicamente, Mick dio con el Buick por medio de su hermana Alicia. Uno de los compañeros traficantes de cocaína de Troy fue arrestado en una redada y estaba liquidando material para fugarse, pues había salido bajo fianza, a algún lugar desconocido. Mick le ofreció a este tipo cinco mil dólares en efectivo por el coche y el tío lo aceptó. Esto fue hace tres años y el Buick se había convertido en el orgullo y la alegría de Mick. No había nada que le gustase más que recoger a Jesse y a otra pareja para luego correr hasta Port Stephens o atravesar el valle Hunter con el estéreo puesto y el viento colándose por la ventana. Mick incluso se había llegado a comprar un traje de raya diplomática con la chaqueta cruzada en una tienda de oportunidades, que algunas veces usaba junto con una corbata colorida y un sombrero cuando llevaba a

Jesse a cenar fuera. Para hacer feliz a Mick, Jesse una noche se vistió como Bonnie Parker para su cumpleaños. Pero se negó a volver a hacerlo. Claro que todo esto había pasado cuando el Buick funcionaba. Ahora, desgraciadamente, ya no lo hacía.

Ocurrió un día que Jesse se tomó libre a petición de Mick para poder ir a dar una vuelta por Shoal Bay, ver los delfines y luego comer en el Country Club, ya que este necesitaba distraerse de sus problemas. No había recorrido ni medio kilómetro desde que había salido de casa cuando redujo la marcha al aproximarse a una esquina y el plato de presión del embrague se agrietó. Esto había pasado hacía dos semanas. Ahora el Buick seguía esperándolo en un taller en Hamilton, dirigido por los hermanos Nise: Neville el Neandertal y Jimmy el Jurásico, dos hombres grandes, con el pelo negro, graso, cuellos gruesos, ojos pequeños y brillantes y frentes en forma de huevo, amigos de Mick. Ellos habían sido sus mecánicos desde hacía años. Pero los negocios son los negocios y los chicos se estaban cansando de que el coche de Mick ocupase un espacio tan valioso en su taller. Mick empezó a preocuparse. Conseguir un plato de presión para un Buick de 1936 no era una tarea sencilla, y si no lo encontraba pronto, significaría que tendría que remolcar el vehículo hasta su casa para después intentar que un especialista en Buick, que vivía en Flint, Míchigan, en Estados Unidos, le enviara la pieza. Lo que le llevaría, si finalmente daba con el repuesto, semanas. Probablemente meses. Por no mencionar el coste. Y Mick echaba de menos su viejo Buick. Cada vez que se acercaba al taller, era como si visitase a un viejo amigo en la unidad de cuidados intensivos. Tras unos días, repentinamente, Jimmy el Jurásico llamó a Mick un martes para decirle que a lo mejor había una solución para su problema.

Una tía de los dos hermanos, la tía Bronwyn, organizaba las labores de voluntariado para el cuidado de las personas mayores que vivían solas. Cerca de New Lambton había una anciana preparándose para ir a una residencia, y tenía un automóvil que quería vender. Llevaba guardado en el garaje años y nadie sabía qué coche era. Pero las piezas de los coches viejos con frecuencia solían ser compatibles con las de otros de su misma época y si era un coche vintage, el plato de presión podría ser compatible con el Buick de Mick. Y si la antigualla estaba condenada al desguace y la mujer no pedía demasiado por ella, quizá mereciese la pena comprarla y así tener piezas de recambio. Estando tan desesperado como estaba por quitarles del taller de los hermanos Nise a su orgullo y alegría y volver a la carretera, Mick aceptó la oferta y sacó tres mil dólares del banco para ponérselos delante a la anciana,


deseoso de llegar a un acuerdo con ella. Ahora estaba en la cocina, esperando ansioso a que Jimmy llamara para darle el nombre y la dirección de la mujer. Iba a prepararse un café cuando el teléfono sonó. Se olvidó del café y respondió.

—¿Hola?

—¿Es el Shlomo Klinghoffer Bar Mitzvah? —respondió una voz ronca al otro lado del aparato.

—No. Has llamado a la charcutería de Yitzak Fishbinder en Fenton.

—¿Seguro que no es el Shlomo Klinghoffer?

—No.

—Ah.

—Jimmy. Deja de tomarme el pelo, por favor. Quiero que mi coche funcione. ¿Tienes la dirección de esa viejecita o qué?

—Sí, sí. No te pongas así —contestó el mecánico—. ¿Tienes un boli?

—Sí. —Mick asintió con la cabeza sujetando el teléfono.

—Muy bien. Se llama señora Hedstrom.

Jimmy le dio la dirección de la mujer. Se la repitió porque el boli que había cogido no tenía tinta y tuvo que ir a buscar otro.

—Creo que sé dónde está —repuso Mick—. Cerca del Regent Park. Hice un trabajo por esa zona.

—Estupendo —contestó Jimmy—. Ahora ya sabes qué hacer. Ve a ver el coche. Llámame. Y si merece la pena, iré hasta allí y lo remolcaré hasta aquí.

—No te preocupes —dijo Mick.

El mecánico al otro lado del teléfono se calló por un momento.

—Oye, ¿sabes que esto te va a costar dinero, verdad?

Mick movió la cabeza.

—¿Y cuándo no, Jimmy?

—Esperaré a que me llames.

Mick colgó el auricular y decidió no prepararse ningún café. En lugar de eso, se arregló y se vistió con unos vaqueros y una camisa azul a cuadros. Luego, tras meterse el sobre marrón lleno de dinero en el bolsillo delantero del pantalón, echó la llave a la casa y se dirigió hacia la furgoneta blanca aparcada en la entrada.

Aunque tenía una actitud positiva cuando salió por la puerta de casa, Mick seguía sin poder evitar el sentimiento de tristeza que le entraba cada vez que se ponía al volante de la furgoneta desde la muerte de Mark. Habían pasado ya tres semanas y

todavía esperaba que su compañero se subiera en el asiento del copiloto, se abrochara el cinturón e hiciera una broma rápida sobre cualquier cosa antes de que pusieran rumbo hacia el trabajo. Mick se quedó mirando fijamente el parabrisas durante un momento y después arrancó el motor. Le dio tiempo a que se calentara antes de girar a la derecha y alejarse de la entrada.

Era un hermoso día primaveral, no había tráfico y al poco ya estaba conduciendo por las calles de New Lambton. Dos calles pasado el Regent Park encontró la casa que estaba buscando, hacia la mitad de la calle, en la acera de enfrente. Detuvo el vehículo y comprobó la dirección.

Se trataba de una vieja edificación de madera blanca, con la pintura desconchada bajo un techo galvanizado de hierro oxidado. Una antena de televisión se sujetaba a duras penas al lado de una chimenea torcida y un portón oxidado se mantenía con dificultad apoyado contra una valla de ladrillo venida a menos en la parte delantera de la vivienda. A la izquierda, un camino llevaba al garaje y, detrás del portón, un sendero conducía a un porche de madera y a una puerta entre dos ventanas de seguridad. Aparte de un buzón amarillo, la única nota de color era un árbol grande que superaba la altura del tejado. Mick dio la vuelta con el coche hasta ponerse en el sentido contrario y lo detuvo detrás de un pequeño utilitario blanco aparcado en la entrada; luego, apagó el motor y salió de la furgoneta. Se acercó y abrió el portón justo cuando la puerta de entrada se cerró de golpe y una mujer rubia y robusta, ataviada con un guardapolvo azul, apareció por el camino dando grandes zancadas. Su cara reflejaba una mezcla ardiente de rabia y frustración.

—Hasta aquí hemos llegado —soltó la mujer, negando con la cabeza con ira—. Nunca más volveré a venir aquí. Que la maldita señora Bronwyn haga el trabajo. No necesito el dinero.

—Hola —dijo Mick, manteniendo la puerta abierta—. ¿Pasa algo?

—¿Que si pasa algo? —La mujer le clavó la mirada—. ¿Es usted el limpiador?

Mick negó con la cabeza.

—No. He venido a ver a la señora Hedstrom para hablar de su coche.

—Bien, que tenga usted mucha suerte.

La mujer pasó junto a Mick malhumorada y se metió en el pequeño coche blanco de la entrada, con un portazo. Tan pronto como aceleró el motor ruidosamente al encenderlo, hizo crujir el coche al cambiar de marcha y desapareció calle abajo haciendo rechinar los neumáticos con furia. Mick soltó un suspiro rápido mientras

cerraba el portón y luego se dirigió hacia la puerta principal, donde había un timbre a la derecha, por encima de una gran planta de jade en una maceta de plástico. Llamó al timbre y un sonido, similar al de una alarma de coche, vino del interior de la casa. No hubo ninguna respuesta. Esperó y volvió a llamar al timbre.

—¡Vale, vale! —vociferó una voz horrible y quejumbrosa desde el interior—. No tiene por qué tirar la casa abajo. Estaba en el servicio. No estoy sorda, ¿sabe?

—Lo siento —se disculpó Mick.

Esperó a que la puerta se abriera, un tanto arrepentido, y apareció delante de él un fantasma bajito y encorvado, con una bata azul con una bufanda verde sobre la cabeza, que se asomaba por detrás de la cadena de la puerta. En un rostro pequeño y anguloso, se dejaba ver por debajo de la bufanda una nariz puntiaguda y unos ojos llorosos que centelleaban con odio y repugnancia. Una mano escuálida reposaba sobre el pomo de la puerta y la otra se agarraba a un bastón metálico.

—Bueno, ¿qué quiere? —lo abordó la figura enfundada en una bata.

—¿Es usted la señora Hedstrom? —preguntó educadamente Mick.

—Por supuesto que soy la maldita señora Hedstrom —espetó la anciana—. ¿Quién si no iba a ser? —Los acuosos ojos miraban a Mick—. Venga, pase. No se quede ahí de pie, maldita sea. ¿Qué quiere?

Mick vaciló por un momento.

—Vengo a ver el coche que a lo mejor está interesada en vender, señora Hedstrom —repuso.

La mujer mayor pareció ignorar su respuesta.

—Supongo que lo ha enviado la maldita señora Bronwyn, ¿verdad? ¡Perra! —soltó—. Conspira contra mí, ¿sabe? Quiere meterme en una residencia. —La mujer hizo una pausa para tomar aliento—. Bastardos. No me meterán en ninguna maldita perrera glorificada.

—¿La mujer que acabo de ver en el camino de entrada era la señora Bronwyn? —preguntó Mick.

—No —espetó la anciana—. Esa era Maxime. Es otra perra vaga que no vale para nada. En estos días que corren, no puedes fiarte de nadie. —La mujer se detuvo para inspirar profundamente—. Todos intentan hacerte daño, ¿sabe? ¡Nnnrghh! Sin embargo, conmigo no lo conseguirán. Malditos.

—No. Tiene razón, señora Hedstrom —dijo él—. Manténgase en guardia. Yo lo hago.

—Malditos. El mundo está lleno.

Dios mío, pensó Mick, *¿qué estoy haciendo aquí? Es una anciana sacada del infierno*.

Alzó la mirada hacia Mick.

—Entonces, ¿por qué ha venido? ¿Qué es lo que quiere? Nngrrhh.

—He venido a ver el coche —respondió él.

—¿El coche? —gruñó ella—. Bien, ¿por qué no empezó por ahí? Me tiene aquí de pie. Soy una mujer mayor, ¿sabe? Tengo ochenta y seis años.

—Oh… no los aparenta —sonrió Mick.

—Sí. Bueno, no necesito que me lo diga. —La señora Hedstrom frunció el ceño. Ese gesto dio paso a una mueca—. Bien, venga por aquí —gritó—. No se quede ahí.

—¿Qué me dice de la cadena? —preguntó Mick.

—¿Cadena? ¿Qué maldita cadena?

Él la señaló.

—Esa de ahí.

La anciana miró la cadena y luego centró su mirada en Mick.

—Claro, ¿cómo iba a darme cuenta? ¿No ve que soy una señora mayor? Tengo unos malditos ochenta y siete años, ¿sabe?

—Lo siento —se disculpó él.

La mujer quitó la cadena y luego levantó la mirada hasta Mick, enfadada.

—Bueno, ¿qué va a hacer? —espetó—. ¿Va a entrar o qué?

—Sí. Sí. Gracias.

Mick dio un paso hacia delante, entró en la casa y la señora Hedstrom cerró la puerta tras él. Estaba muy oscuro. Pero pudo intuir el dormitorio a la derecha y un pasillo que conducía hacia la cocina del fondo. A la izquierda, había un comedor repleto de curiosidades. Empezaba a reconocer algunas cosas según sus ojos se acostumbraban a la falta de luz, cuando de repente parpadeó y comenzó a tener arcadas. La casa tenía un hedor a orina rancia. Estaba a punto de comprobar la parte delantera de la bata de la señora Hedstrom, cuando en la oscuridad distinguió una caja de gato detrás de un sillón reclinable situado frente al televisor, cerca de la ventana que daba a la entrada. Lo siguiente que vio fue un gato senil, gordo, con la cara gris azulada, con la tripa rozando el suelo, temblando, maullando y frotando su espalda contra la pierna de Mick.

—Esa es Hazel. Hágale una caricia —ordenó la anciana.

—Está bien. —Sonrió. Le hizo una caricia y se encontró con un pelo fibroso—. Gatito bonito —dijo, conteniendo las ganas de vomitar.

—Es mi amiga —repuso la señora Hedstrom.

—Sí. Ya veo —dijo con la voz entrecortada.

La señora Hedstrom lo fulminó con una mirada de arriba abajo.

—Espere aquí —ordenó—. Tengo que tomarme la pastilla.

—De acuerdo —respondió él.

Mientras la anciana arrastraba sus pies hacia la cocina, Mick reparó en un montón de periódicos que descansaban sobre el suelo; rápidamente se hizo con dos y los colocó encima de la caja de la gata. Ayudarían a contener el olor. Estaba inspirando un poco de aire cuando el animal se acercó en busca de otra caricia. En lugar de dejar que le llenase los vaqueros de pelos, optó por darle una patada rápida por detrás. El animal saltó sorprendido, después se giró y miró estúpidamente a Mick antes de cruzar tambaleándose la sala y salir por la gatera al jardín trasero. La anciana regresó de la cocina y le dedicó una mirada de desconfianza a Mick.

—Y ahora, ¿qué es lo que quería? —preguntó la mujer.

—El viejo gato… quiero decir, ¿el viejo coche que está pensando en vender…? —respondió él.

—Está fuera en el garaje.

—Eso pensaba.

—Entonces, ¿por qué me lo pregunta? —replicó la señora Hedstrom malhumorada.

Mick le clavó la mirada y sacudió la cabeza.

—No lo sé —repuso con una expresión de impotencia—. Simplemente lo he hecho.

—Formularme preguntas estúpidas. —Frunció el ceño—. ¿Dónde pensaba que estaría el coche?

—¿Puedo verlo, por favor? —rogó.

—¿No es para eso para lo que ha venido hasta aquí? —vociferó la anciana, mirándolo de modo amenazante—. Vamos, por aquí —dijo, dándose la vuelta lentamente—. No se quede ahí parado todo el día. Y no camine tan fuerte. Asustará a la gata.

—Seré más ligero que Campanilla —dijo.

Mick siguió muy despacio a la señora por el comedor, luego fueron a dar con la

misma puerta de cristal por la que la gata había salido a un jardín trasero, con un empedrado desigual, rodeado por tres vallas de madera tambaleantes por las que sobresalían árboles. Había algunas plantas metidas en macetas esparcidas alrededor del jardín. Mick notó que la gata le clavaba la mirada desde el punto más alejado del recinto. Aún en pie, a mano derecha, resistía un cobertizo destartalado de madera que necesitaba urgentemente otra mano de pintura. A la izquierda quedaba el garaje, que estaba en las mismas condiciones. La puerta del garaje era basculante. Mick siguió a la señora mientras se dirigía, arrastrando los pies, hacia una puerta en el lateral.

—Esa maldita señora Bronwyn —gruñó la anciana—. Me llevó al hospital, ¿sabe?

—¿Sí? ¿Qué pasó? —preguntó Mick.

—Me hice daño en la pierna. ¡Nngrhh! Malditos hospitales. Hacen experimentos ilegales con las personas mayores, ¿lo sabía?

—¿De verdad? —dijo él.

—Le doy mi palabra. En especial ese maldito médico inglés. Era un zalamero. Maldito. Pero yo sabía qué me estaban haciendo. Andaba tras ellos. Maldita señora Bronwyn. Conspira contra mí. ¡Perra! —La mujer alzó la mirada hasta Mick—. Tengo ochenta y ocho años, ¿sabe?

—Sí. Ya me lo ha dicho. —Mick sonrió.

—Pero siguen sin engañarme. ¡Malditos!

—Desde luego —dijo él.

Llegaron a la puerta lateral y la viejecita arremetió contra ella con un golpe seco de su bastón.

—Está aquí dentro —matizó.

Mick lo intentó con el pomo de la puerta.

—Está cerrada —dijo él.

—Pues claro que está cerrada —espetó ella—. No pensará que iba a dejarla abierta, ¿verdad? Este lugar está lleno de ladrones.

—No. Por supuesto que no —respondió él—. Entonces, ¿puede dejarme la llave?

—¿La llave?

—Sí. De la puerta.

—No hay ninguna llave. Se abre desde dentro —refunfuñó ella.

Mick la miró fijamente y negó con la cabeza.

—No me refiero a la puerta basculante —aclaró—. Me refiero a esta puerta.

La señora Hedstrom cogió de su bata una llave atada a un trozo de cuerda rojo y la

movió bajo la barbilla de Mick.

—Bien, ¿qué piensa que es esto? ¡Dios! Decídase. Es igual de estúpido que esa maldita Maxime.

—Lo siento —repuso él—. Estoy un poco lento.

—¡Nnngrhh! —gruñó la anciana—. Debería irse a la cama temprano, en vez de estar de picos pardos toda la noche.

—Tiene razón —dijo él—. Es que vengo de una familia de juerguistas.

Mick cogió la llave de la huesuda mano de la señora Hedstrom y la metió en la cerradura. Se deslizaba perfectamente, pero la puerta estaba encajada. Mick la empujó con el hombro y tras una gran resistencia, cedió.

En el interior del garaje, el aire tibio era una mezcla lúgubre de olor a cerrado y mugre. El único halo de luz se colaba por una pequeña ventana con barrotes al fondo, llena de polvo y telarañas. En el medio, un rectángulo de lona gris rígida repleto de grietas y de manchas de grasa resecas, ocupaba la mayor parte del espacio. Mick encontró el interruptor cerca de la puerta. Presionó y una bombilla que colgaba del techo alumbró el garaje con un resplandor amarillo enfermizo.

Mick recorrió con la mirada toda la sala y pudo reparar en algunas estanterías de madera torcidas, formando una ringlera sin orden ni concierto, con botes sucios de clavos y latas de pintura oxidadas. Una vieja lámpara a prueba de viento reposaba entre las latas, junto con varias herramientas pequeñas y otros trastos y, al igual que la ventana, todo estaba cubierto por una capa de polvo espesa y telarañas. Mick volcó nuevamente su atención en la lona de lino alquitranada y, con la señora Hedstrom observando desde la puerta, cogió un extremo y tiró.

—¡Maldita sea! —exclamó él, según la lona iba cayendo al suelo con rigidez, envuelta en una nube de polvo—. Qué demo…

Aparcado, con el morro hacia la entrada, había un sedán azul oscuro, de dos puertas y cuatro plazas, con los faros montados en el guardabarros. Tenía un techo de lona negro, las ventanillas eran rectangulares y la mitad superior del parabrisas tenía una banda sombreada. Los neumáticos estaban deshinchados y las llantas eran de metal sólido sin tapacubos y más estrechas de lo normal. Mick limpió la ventanilla del asiento del copiloto y se asomó al interior para ver la tapicería de cuero a juego. Estaba agrietada, pero todavía en buenas condiciones y la tela del techo solo estaba despegada por las esquinas. Una larga palanca de cambios metálica se erigía sobre el suelo del vehículo y un volante de madera con radios sobresalía de un salpicadero

metálico irregular en el que solamente había un velocímetro, el indicador del depósito de gasolina y el amperímetro. No había ninguna llave en el contacto y, cuando Mick dio un paso hacia atrás, reparó en que también faltaban las matrículas. En el parabrisas aún quedaban los restos de un marbete blanco con la información de registro del coche y, bajo la escasa luz del garaje, el electricista fue capaz de descifrar lo siguiente: «Gobierno de Nueva Gales del Sur, 1925». Recorrió con la mirada el capó y le echó un vistazo al radiador. Estampado en la parte superior estaba el escudo con las tres flechas apuntando hacia abajo y la impresión transversal de la palabra «Maxwell». Mick contemplaba fascinado aquel viejo modelo. La última vez que había visto algo parecido fue cuando estaba viendo el DVD de *Los Intocables* en casa de Jesse. Se giró hacia la anciana que seguía en el umbral de la puerta.

—Señora Hedstrom, ¿de quién era el coche antes de que pasase a ser suyo? —preguntó bromeando—. ¿De Al Capone?

—¿Quién es ese? —espetó la mujer—. ¿Y por qué iba a ser mío? No conduzco. Mi tío Lonsdale lo dejó aquí.

—¿El tío Lonsdale?

—¡Nngrhh!

—¿Hace cuánto tiempo? —preguntó él.

—Pues no sé… —La señora Hedstrom frunció el ceño—. ¿Cómo pretende que me acuerde? Aún iba al colegio. —Le clavó la mirada—. Tengo ochenta y nueve años, ¿sabe?

—Siempre se me olvida —contestó Mick.

—Bien, debería prestar más atención.

Mick examinó a conciencia el coche y deslizó con admiración su mano por el capó. Era una pieza única. No le cabía la menor duda de que el plato de presión del embrague le iba a costar demasiado caro. Sin embargo, debía descubrir cuál era la cantidad que tenía en mente la anciana.

—Entonces, ¿cuánto pide por el coche, señora Hedstrom? —le preguntó sin ambages.

—Dos mil quinientos dólares —respondió enfadada—. Y ni un céntimo menos.

La miró con incredulidad.

—¿Ha dicho… dos mil quinientos dólares?

—Sí, eso es lo que he dicho —refunfuñó—. ¿Qué? ¿Además de estar dormido está sordo?

—No —dijo Mick, moviendo la cabeza—. Para nada.

—Bien, pues eso es lo que quiero. Lo toma o lo deja. O desaparezca de mi vista. —Lo miró fijamente—. Intentando aprovecharse de una mujer mayor…

—No, no —se apresuró a decir él—. Me ha malinterpretado. De hecho, no se va a creer esto, señora Hedstrom. Pero es precisamente ese el precio que tenía en mente. —Se sacó del bolsillo el sobre lleno de dinero y lo desplegó delante de la anciana.

La mujer miró el dinero, luego se lo arrancó sin contemplaciones de la mano.

—Enséñeme eso —dijo. Podía ser una señora mayor y débil, pero sus dedos huesudos sabían cómo contar billetes—. Parece que está bien —gruñó—. Es más, hay quinientos dólares de más.

—Sí, así es —contestó Mick—. También se los puede quedar.

La señora Hedstrom lo atravesó con la mirada.

—¿También? ¿Para qué iba a necesitar yo todo ese dinero? —clamó—. Sé lo que necesito. ¿Quiere que pierda mi pensión? Estúpido idiota —le siseó—. Sabía que había algo en usted que no me gustaba.

—Está bien, está bien —dijo él—. Lo siento. Sacaré los quinientos dólares que sobran.

Mick fue a retirar el dinero del sobre cuando la señora Hedstrom se abalanzó sobre él como si fuera un tigre.

—¿Qué está haciendo con mi dinero? —chilló—. Devuélvamelo. Ladrón.

—No —respondió Mick, dejando el dinero—. Tome. Cójalo. Es todo suyo.

—Maldito ladrón asqueroso —gruñó ella—. Intentando robar a una anciana pensionista. —Levantó su garrota y le propinó un bastonazo en la pierna—. Debería avergonzarse de sí mismo.

—Tiene razón —repuso él, retrocediendo antes de que la mujer pudiera pegarle de nuevo—. Mire, señora Hedstrom, ¿por qué no se lleva el dinero dentro de casa? Yo iré al coche a por una factura. Después, cerraremos el trato y me marcharé.

—Sí, claro que se marchará —refunfuñó la anciana—. No crea que va a quedarse holgazaneando por aquí todo el día, ¿sabe? —Se guardó el dinero en la bata—. Lo veré en la cocina —apuntó.

—De acuerdo.

Mick le devolvió la llave a la señora Hedstrom y apagó la luz al salir del garaje, pero dejó la puerta abierta. La señora caminaba ya hacia la casa, arrastrando los pies, cuando se detuvo y se giró hacia Mick.

—¿Le gustaría tomar una taza de té? —le preguntó.

Él la miró, anonadado.

—Sí. Estaría bien —contestó.

Mick dejó a la anciana y se dirigió hacia la furgoneta sin estar muy seguro de si era él quien le estaba robando a la señora o al revés. Sin contar con lo del plato de presión compatible con su Buick, el viejo coche había resultado ser una ganga. Abrió la puerta de la furgoneta y cogió tanto las hojas de pedido como el talonario. Los colocó uno encima del otro y luego sacó el móvil y marcó un número.

—Hola —gruñó una voz al otro lado del aparato.

—¿Jimmy? Soy Mick.

—¿Sí? ¿Qué ha pasado con ese coche viejo?

—Es un Maxwell de 1925.

Mick le hizo una breve descripción del coche y le dijo que lo iba a comprar. Cuando Jimmy le preguntó cuál era el precio, Mick simplemente respondió que demasiado.

—Así que, tienes un antiguo Maxwell —señaló Jimmy—. Uno de los buenos. Mierda, son tan raros de encontrar como la cagada de un caballito de madera.

—¿Verdad? —dijo Mick.

—¡Sí! Y si no me equivoco, los fabricó Chrysler en Míchigan. Y tienen un muelle de liberación del embrague autolubricante. Así que hay muchas posibilidades de que el plato de presión sea compatible con tu Buick.

—Increíble. Entonces, ¿cuándo puedes venir y recogerlo, Jimmy?

—¿Cuándo? —dijo alargando la palabra—. Oh… —De repente se produjo una pausa al otro lado de la línea—. ¡Mierda! ¿Esa que acaba de entrar es la mujer de Neville? ¡Joder! Sí que es. Voy para allá.

Mick cerró el teléfono en cuanto acabó la conversación. Sonrió, cogió el talonario y emprendió el camino de vuelta al interior de la casa, llamó a la puerta y entró. Una puerta conducía hacia un cuchitril que hacía de cocina, con un pequeño frigorífico y una cocina Kookaburra situada junto al fregadero. Un plato maloliente y medio lleno con comida de gato descansaba sobre el suelo. Pero la cuidadora había limpiado y ordenado el resto. La señora Hedstrom estaba de espaldas, sirviendo el té en dos tazas. Oyó entrar a Mick y se ladeó.

—¿Lo toma con leche y azúcar? —le preguntó.

—Sí, por favor —contestó él—. Con una de azúcar.

—Bien. Bueno, póngaselo usted mismo, maldita sea. No soy su sirvienta. Y tráigalo a la mesa. ¡Nnngrhh!

—Vale.

La señora Hedstrom le propinó a Mick un codazo en el costado con su bastón para poder pasar a su lado, con su taza de té, cuando se dirigía hacia una mesa de bambú con sillas a juego, ya cerca de la puerta trasera. Mick encontró algo de leche en polvo y azúcar y los cogió junto con su taza de té, después, los llevó a la mesa y se sentó frente a la anciana. Bebió y echó un vistazo rápido a su alrededor. Ojeó las típicas estanterías repletas de curiosidades, juegos de té, libros viejos y las cosas que suele haber en casa de una persona mayor, junto con unos pocos cuadros pequeños y una o dos fotografías.

—Está muy bueno el té, señora Hedstrom —le reconoció Mick.

—Sí. No puede resistirse a una buena taza de té —respondió ella.

—No. Desde luego que no puedo. —La bebida caliente parecía tener un efecto relajante en la anciana. Mick esperó un poco más antes de abrir su libro talonario—. Está bien, señora Hedstrom —dijo—. Rellenaremos esta factura y habremos acabado con esto.

—¿Factura? —La mujer mayor se despertó de su letargo—. Le había dicho que nada de facturas. El pago es en efectivo. ¿Quiere que pierda mi pensión? En efectivo. ¿Es que no lo entiende? Idiota.

—Sí, lo sé. —Asintió Mick—. Ya tiene el dinero en efectivo. Y está todo bien.

Mick consiguió tranquilizar a la señora Hedstrom y convencerla de que no había nada de lo que preocuparse, pero que él necesitaba tener un recibo porque el coche no estaba registrado y no tenía las matrículas. Por lo que iba a emitir dos facturas escritas a mano de la venta y dos recibos. Cada uno se quedaría con una copia, así el impuesto general sobre la compraventa estaría resuelto y ella no perdería su pensión. La señora Hedstrom se puso unas gafas inmensas y examinó con detenimiento los cuatro documentos. Después, se detuvo con el boli antes de firmarlos.

—Solo una cosa más —matizó ella, mirando directamente a los ojos a Mick.

—Claro, ¿de qué se trata, señora Hedstrom?

—No le diga a nadie cuánto me ha pagado por el coche.

—Lo comprendo, señora Hedstrom. Mis labios están sellados. No diré ni una palabra. —Mick negó con la cabeza.

—¡Nnngrhh!

Mick le dio otro sorbo a su té mientras contemplaba a la anciana por encima del borde de la taza. Era un monstruo viejo, horrible, amigo de las discusiones, malhumorado. Pero había algo en ella que despertó su curiosidad. Esperó un poco antes de posar sobre la mesa la taza.

—Bueno, cuénteme algo sobre usted, señora Hedstrom —dijo él—. ¿Ha vivido siempre aquí?

—No es de su incumbencia —espetó ella.

—Sabía que diría eso. —Mick sonrió.

Ella lo observó por un momento.

—Vivía aquí con mi madre antes de que muriera, hace veinte años —dijo en voz baja.

Mick dejó que hablara sin interrumpirla. Divagaba y perdía el hilo conductor, pero le dio a entender que había nacido en esa casa, que sus padres nunca llegaron a casarse y que su padre las abandonó cuando ella era un bebé. El tío Lonsdale era el hermano de su madre y un hombre malo. Dejó el coche en el garaje una noche, advirtiéndolas de que lo dejaran donde estaba y que no se lo dijeran a nadie. Y aunque nunca más supieron nada de él una vez que se marchó, su madre seguía sin querer mover el coche. Por lo visto, la madre de la señora Hedstrom no estaba muy cuerda. A Mick se le vino a la cabeza el dicho de que de tal palo, tal astilla, e intuyó que esa había sido probablemente la razón por la que el padre de la señora Hedstrom se había ido. Pero siguió mandándoles dinero hasta que las dos tuvieron derecho a percibir la pensión. En un principio, la casa era propiedad de otro tío, William, quien se la cedió para que así la señora Hedstrom pudiera cuidar de su madre. Cosa que hizo hasta que esta murió; nunca trabajó, nunca se casó; una vieja solterona. Y eso era todo.

A Mick le resultó un tanto triste la historia de la señora Hedstrom. Tan pronto como la anciana se fuera a una residencia, la casa pasaría a manos del gobierno, ya que no tenía familiares, y aparte de por algún registro en el Ministerio de Asuntos Sociales y la Seguridad Social, pocas personas sabrían que la señora Hedstrom y su madre existieron. Dos personas más que la sociedad había olvidado y dejado a un lado.

Mick estaba terminándose su té cuando el timbre sonó, seguido de un golpe seco en la puerta principal.

—¿Quién es? —preguntó la anciana—. Será mejor que no sea esa maldita señora Bronwyn.

—No. Debe de ser mi compañero que viene a remolcar el coche —explicó Mick—. Quédese aquí, señora Hedstrom. Iré yo.

—Malditas personas que merodean por mi casa —se quejó—. ¿Es que una mujer no puede tener algo de privacidad?

Mick se acercó a la puerta principal y la abrió. Jimmy estaba al otro lado, vestido con un mono azul, y parecía aún más grande y amenazador que de costumbre.

—Pasa, Jimmy —dijo él—. El coche está fuera, en el garaje.

Jimmy entró, luego se detuvo e hizo una mueca.

—¡Dios santo! —exclamó—. ¿Qué es ese olor? La vieja no se ha meado encima, ¿verdad?

—No. Es el gato —respondió Mick—. Ven a la cocina.

Mick condujo a Jimmy hasta la cocina y le presentó a la señora Hedstrom. Esperaba que a la anciana le hubiera exasperado el tamaño y la apariencia de Jimmy y que hubiera empezado a insultarle. En vez de eso, fue toda dulzura y suavidad.

—¿Le gustaría tomar una taza de té, Jimmy? —le ofreció.

Él negó con la cabeza.

—No, está bien, gracias, señora Hedstrom. Tengo que ponerme manos a la obra.

—Muy bien.

Jimmy se giró hacia Mick.

—Vamos, vamos a subirlo a la grúa.

—Vale —repuso el electricista.

Mick le dio las gracias a la señora Hedstrom por el té y llevó hasta el fregadero su taza vacía. Le dijo que no hacía falta que los acompañara, que se quedara ahí sentada y descansara. Gruñó algo como respuesta y Mick condujo a Jimmy hasta el garaje. Encendió la luz y el mecánico cruzó la puerta detrás de él.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Jimmy nada más ver el Maxwell—. ¡Qué maravilla de coche!

—No está mal, ¿eh? —Mick le sonrió.

—No. Para nada, tío.

Mick retrocedió un poco mientras su amigo le echaba una mirada profesional al viejo coche. Abrió el capó por el lado del copiloto y lo sujetó.

—¡Dios santo! Mira el motor. —Jimmy esbozó una sonrisa. Se dio la vuelta hacia Mick—. Escucha, será mejor que tengas cuidado si vas a conducir esto, tío. Estos viejos cilindros pasan de cero a cien kilómetros por hora en unos diez segundos.

—Tendré mucho cuidado —repuso Mick.

—¡Mierda! Mira eso. Una vieja batería Philco Diamond Grid. —Jimmy examinó el motor y después cerró el capó—. También tiene neumáticos de la Royal Cord de Estados Unidos —señaló—. Y todavía tienen rodadura. —Jimmy le dio un golpecito al neumático de la rueda delantera con la bota y se dirigió a la parte trasera del vehículo.

—Ey, Mick —dijo—. Ven aquí.

El electricista se acercó y Jimmy apuntó hacia dos agujeros separados por un metro de distancia, al lado de la luna trasera.

—¿Qué es esto? Parecen agujeros de bala.

—¿Agujeros de bala? —Mick introdujo un dedo en uno de los agujeros—. Naaa. Seguramente los hizo la anciana con su bastón. Lo maneja como si fuera una espada samurái.

—Lo que tú digas. —Jimmy se encogió de hombros. Le dio un último vistazo al viejo Maxwell y se giró hacia Mick—. De todos modos, vamos —dijo—. Que empiece la demostración en la carretera.

Mick le encargó a Jimmy que abriera la puerta basculante. El mecánico así lo hizo, cogió el pomo de plástico con su fuerte mano, lo giró, lo levantó y la puerta traqueteó al abrirse en medio de una nube de polvo. Una vez que el paso estuvo libre, Jimmy acercó su grúa a la entrada, sacó una botella de dióxido de carbono de la cabina e infló las ruedas del Maxwell. Acto seguido aseguró el volante, pasó una cadena por el chasis y arrastró el viejo Maxwell hasta arriba del remolque metálico del camión. Jimmy puso el remolque en posición horizontal y se dio la vuelta hacia el electricista.

—Muy bien. Te veré en el taller.

—Vale.

Mick observó a Jimmy marcharse con el viejo Maxwell colocado en la parte trasera de la grúa. Luego, entró en la casa. La señora Hedstrom seguía sentada en la cocina con una mirada que expresaba incluso más rencor que hace un rato. Antes de que Mick pudiera decir algo, ella lo atacó.

—¡Dios mío! —espetó la anciana—. ¿Podían haber hecho más ruido ahí fuera? Le han dado un susto de muerte a la gata. No sé dónde está.

—Lo siento, señora Hedstrom —se disculpó Mick—. Pero no hemos podido evitarlo. ¿Quiere que salga a buscarla?

—No. Ya ha hecho suficiente daño. Maldito camión enorme. La casa entera estaba

temblando.

—Sí —dijo Mick—. Sé que Jimmy hace un poco de ruido.

—¡Nnngrhh!

—De todos modos, tengo que irme, señora Hedstrom —apuntó él, cogiendo sus cosas de encima de la mesa—. ¿Se sentirá segura con todo ese dinero en casa? Puedo acercarla hasta el banco si quiere.

—¿Segura? —soltó ella—. Por supuesto que me siento segura. No pensará que confío en usted para este menester, ¿verdad?

—Perdóneme —se volvió a disculpar—. Solo intentaba ayudar.

—¡Ayudar! Ya ha intentado robármelo una vez. De todas formas, la enfermera vendrá más tarde para vendarme la pierna —gruñó—. Ella me llevará hasta el banco.

—Eso está bien. —A pesar de que la anciana parecía una bestia salida del infierno, Mick no perdía la sonrisa—. Bueno, me voy, señora Hedstrom —dijo él—. Ha sido un placer conocerla. Y gracias por el coche. Cuidaré… cuidaré de él.

Ella le dedicó una mirada maliciosa.

—¿No se olvida de algo? —añadió.

Mick comprobó su libro talonario y miró en sus bolsillos.

—No. Creo que no.

—¿Qué me dice de esto, idiota? —La señora Hedstrom levantó dos llaves atadas a una lengüeta de cuero negra—. No llegará muy lejos sin las llaves.

—Oh, las llaves del coche. —Chasqueó los dedos—. ¡Caramba! Gracias, señora Hedstrom. Me había olvidado por completo de las llaves.

—Maldito estúpido idiota —refunfuñó ella—. Se olvidaría de su cabeza si no fuera porque la tiene pegada.

—Supongo que algo debe de haberme distraído —dijo un sonriente Mick, cogiendo las llaves de la mano de la anciana.

—¡Nrnngrhh!

—Bueno, adiós, señora Hedstrom —se despidió—. Ha sido un placer hablar con usted.

—¡Nrngrhh!

Mick se dio la vuelta, salió de la cocina y se dirigió hacia la puerta principal, cerrándola con cuidado. Se acercó a la furgoneta, montó y se marchó.

Después del olor acre del pis de la gata y de los insultos incesantes de la señora Hedstrom, Mick tenía ganas de ir a tomarse algo; un burbon doble no le vendría nada

mal. En lugar de eso, hizo una parada en la pequeña tienda de comida, que estaba a dos kilómetros por la carretera, y compró una limonada y el periódico. Junto a una mesa de plástico en la parte delantera, encontró una silla también de plástico que no estaba demasiado sucia, se sentó y le dio un buen trago al refresco antes de que las burbujas surtieran efecto en su garganta y lo hicieran eructar. Mick se tomó otra lata, luego cogió las llaves del Maxwell del interior de su bolsillo. Se imaginó que la llave más grande sería la de encendido. Después, le dio la vuelta a la lengüeta de cuero y se topó con las iniciales «L. O.» deslustradas sobre la pieza plateada. Mick sonrió mientras reflexionaba acerca de las llaves durante un par de minutos, antes de volvérselas a guardar en el bolsillo. Estaba sentado al sol y se puso a leer el periódico al mismo tiempo que se terminaba la segunda lata de refresco. Después, una vez que sintió que ya había repuesto la energía suficiente, volvió a la furgoneta y prosiguió su camino hacia el taller de los hermanos Nise en Hamilton.

Había tres caminos de entrada en la parte delantera y la oficina se hallaba a la derecha, con las ventanas tapadas con pintura blanca y con el rótulo «Los hermanos Nise. Ingeniería mecánica y taller de carrocería» en negro, atravesándolas. Mick se detuvo en el camino central, detrás de un Holden ranchera plateado con la parte trasera levantada con un gato, y salió de la furgoneta. En el interior, el garaje presentaba el habitual desorden de coches y vehículos comerciales en mitad de una reparación, repartidos alrededor de tres montacargas. Sonaba una radio situada encima de un banco repleto de herramientas, en la parte posterior del local; calendarios de chicas y pósteres colgados en las paredes, y una puerta manchada de grasa a la derecha, por la que se accedía al comedor y al servicio. Era imposible no reparar en el Buick amarillo de Mick colocado al fondo del taller, a la izquierda. Jimmy, sus cuatro mecánicos, los dos carroceros y los dos aprendices estaban alrededor del Maxwell que ya tenía el morro levantado con un gato. No había ni rastro de Neville. Al electricista lo recibió un coro de saludos por parte del personal del taller.

—Bonito coche, Mick.

—¿De dónde lo has sacado?

—¿Cuánto te ha costado?

—Maldito genio, Mick.

Mick les dedicó una sonrisa en agradecimiento por tal acogida.

Después, la voz se Jimmy se superpuso a la de los demás.

—Tengo buenas noticias para ti, Mick —dijo sin darle importancia.

—¿Sí?

Jimmy asintió.

—El plato de presión es compatible.

—¿En serio? Acojonantemente increíble —repuso Mick—. Yo también tengo buenas noticias. —Sacó y levantó la lengüeta de cuero—. La anciana tenía las llaves.

—¡Ajá! —dijo el mecánico—. Esto simplifica mucho las cosas.

—Mick, ¿no crees que la batería necesitaría una recarga? —se rió a carcajadas uno de los aprendices, un pelirrojo con la cara llena de granos.

Jimmy y el resto del personal le clavaron la mirada.

—Está bien, nenas —dijo Jimmy—, ya habéis visto demasiado. Volved al trabajo. Esto es un taller y no un maldito centro de acogida.

Hubo alguna que otra respuesta por lo bajo mezcladas con sonrisas dedicadas a Mick. El personal se marchó en tropel. En pocos segundos, el taller volvía a ser una cacofonía de martilleo y pulverización con la canción de Ben Lee, *Catch my Disease*, sonando en la radio.

—Tengo más buenas noticias para ti, Mick —apuntó Jimmy.

—¿Sí? —repuso él.

—Sí. Neville conoce a un aborigen que tiene una tienda de recambios de Harley en Gold Coast. Y es un genio del soplete. Y posiblemente él sí sea capaz de soldarte el plato de presión roto, el del Buick.

—¿En serio? —Mick le dio una palmadita a Jimmy en el hombro—. ¡Es estupendo! —Lo que sea por un amigo —dijo Jimmy con condescendencia—. Ya lo sabes.

—¿Cuánto tardaría? —preguntó Mick.

—Oooh. Es un hombre muy ocupado. Contando con que hay que dejarlo allí y todo eso, pues alrededor de tres semanas.

—¿Y cuánto tardarás en tener listo el Maxwell?

—¿Este? —preguntó Jimmy, propinándole un golpe en el techo—. ¡Dios! Hay que sacar el motor y la caja de cambios, limpiar todas las conexiones, comprobar la instalación eléctrica. ¡Mierda! Quién sabe qué más podemos encontrar estropeado. Y echa un vistazo a tu alrededor. Tengo mucho trabajo atrasado. —Jimmy negó con la cabeza—. Meses.

—¿Y cuánto tardarías en cambiar el plato de presión del embrague al Buick?

—Podría volver a la carretera mañana por la tarde.

—De acuerdo —dijo Mick—. Empléate con el Buick.

De repente, el teléfono de la oficina empezó a sonar. Jimmy se dio la vuelta y fue a cogerlo.

—Nos vemos en la oficina —le dijo.

—Vale.

Mick comenzó a revisar el Maxwell bajo la luz intensa del taller. Se encontraba en mejores condiciones de lo que pensaba, y aunque una capa de polvo bien espesa seguía cubriendo los guardabarros y el estribo, la pintura lacada estaba bien, y un buen pulido, una limpieza y la puesta a punto de los detalles le darían un aspecto de coche nuevo. Abrió la puerta, se sentó en el asiento del conductor y probó los pedales. Estaban duros y la palanca de cambios rígida, pero eso era normal. La guantera se hallaba vacía y no había nada guardado detrás de los asientos. Mick metió la llave más grande en el contacto, lo encendió y apretó el botón de arranque. *Sí*, sonrió para sí mismo, *el aprendiz tenía razón. La batería probablemente necesita una recarga*. Sacó la llave del contacto y meditó sobre para qué sería la segunda llave. La guantera carecía de cerradura, no había maletero y no era una llave para el tapón del depósito de gasolina. Mick se dio la vuelta y miró en la parte posterior. Debajo del asiento del copiloto descubrió dos compartimentos de madera con un ojo de cerradura en el centro. Salió, dejó la puerta del lado del conductor abierta, y hurgó con la mano en la parte trasera.

Mick esbozó una sonrisa cuando la llave encajó a la perfección en la cerradura. Abrió el primer compartimento: contenía únicamente un trozo de trapo viejo. Lo cerró, se apresuró a dar la vuelta al vehículo y abrió el otro compartimento. En esta ocasión, Mick se llevó una sorpresa al encontrar dos maletines. Los sacó y los puso encima del asiento. Tras asegurarse de que no había nada más en este segundo compartimento, lo cerró, se metió la llave en el bolsillo y examinó el hallazgo.

Ambos maletines estaban elaborados en cuero trabajado artesanalmente, uno negro y el otro marrón. En el marrón estaban labradas las iniciales «L. O.». En el negro, las iniciales «N. T.». Mick los sacudió. En el interior, sonó lo que parecían ser papeles y, en el maletín negro, algo pesado. Fue a abrirlos, pero antes echó un vistazo rápido a su alrededor y se detuvo. *No*, se dijo a sí mismo, *no creo que este sea el lugar adecuado para esto*. Cogió los dos maletines, cerró la puerta del coche y, sintiéndose como un ladrón, los dejó en la parte de atrás de su furgoneta. Todos los

del taller estaban demasiado ocupados trabajando como para reparar en él. Cerró con llave la puerta y volvió a la oficina.

Jimmy estaba sentado en el escritorio repleto de papeles grasientos, anotando algo en un libro mayor, cuando Mick entró. Soltó el boli y alzó la mirada sin inmutarse.

—Entonces, ¿cómo queda la cosa, Mick? —preguntó—. Quieres que arreglemos el Buick, ¿no?

—Sí —contestó—. ¿A qué hora calculas que estará listo mañana?

Jimmy lo pensó por un momento.

—Lo tendrás después de las cuatro.

—Está bien —contestó Mick.

El teléfono sonó y Jimmy tuvo que contestar. El electricista depositó las llaves del Maxwell en el escritorio.

—Hasta mañana —se despidió Mick.

El mecánico asintió con la cabeza sin soltar el teléfono y Mick salió de la oficina rumbo a la furgoneta. Cuando ya estaba a mitad de camino hacia su casa, se dio cuenta de que, con tanta emoción, se había olvidado de echarle un vistazo a su Buick. Al rato, la furgoneta estaba aparcada en la entrada de su casa y Mick en la cocina, preparándose una taza de café, con los dos maletines apoyados en un banco. Le dio un sorbo al café y decidió abrir primero el marrón. Esperaba tener que forzar la cerradura, pero cuando comprobó que no era necesario, se le escapó una sonrisa.

Como había supuesto, en el interior había papeles, entre los que se incluían las cuatro primeras páginas del *Newcastle Herald* y el *Miners Advocate* de fecha del quince de noviembre de 1925. También había una carta dentro de un sobre abierto que iba dirigido al señor Preston Oldfield, en el número 27 de la calle Jubilee, en Coffs Harbour, Nueva Gales del Sur. En el remite ponía «Del señor L. Oldfield, para entregar en el Gran Hotel, en Scone, Nueva Gales del Sur». Más abajo, había varias nóminas manuscritas, con una lista de nombres masculinos, y las horas que habían trabajado. Mick le echó una ojeada a los nombres y lo que allí se detallaba y se percató de que la mayoría de ellos eran anglosajones como Tom Bennett, Harold Green, Arthur McDeed, etc. Y sus salarios eran de doce libras con doce chelines a la semana, más dos libras con diez chelines cuando tenían horas extras acumuladas. Excepto Arthur McDeed, que percibía quince libras a la semana y tres libras con cinco chelines por las horas extras. Mick puso las nóminas aparte y sacó las páginas de los periódicos.

En la portada, la mayoría de la información que aparecía eran anuncios clasificados y rebajas. En Hustlers, en la ciudad, se podía conseguir un vestido de señora de céfiro a cuadros por dos chelines con once peniques y medio. Y corsés de mujer por un chelín el par. También podías alquilar una casita de campo sobre el agua, de tres habitaciones, en Toronto por treinta y dos chelines y seis peniques la semana. En la segunda página, la empresa A. A. Co. ofrecía veinticinco casas en el ajardinado extrarradio de Hamilton. No se hacía ninguna mención al precio, pero solo se pedía un quince por ciento de depósito. Y la inversora Perpetual Trustee tenía dieciséis casas residenciales de lujo en Mayfield que iban a subastarse. La tercera página traía un poco de cotilleo local y anuncios de tónica Clements, de medias Bonds Sylk-Arto y de jarabe Seigals: «Fortalece el estómago y el hígado con resultados excelentes». Asimismo, Rodolfo Valentino protagonizaba *Monsieur Beaucaire*, en el teatro Lírico. Y dos grandes estrellas de la interpretación, Ben Lyon y Viola Dana, estaban representando The Necessary Evil en el teatro Real. La cuarta página era más interesante. Junto a los titulares «La cuestión de Mosul, los pasos bélicos de Turquía» y «La guerra de Marruecos, el éxito de España, Adjer en llamas», había otra noticia:

Dos hombres reciben impactos de bala en un audaz atraco a un banco en Muswellbrook.

> Cerca de la hora de cierra de ayer, un audaz ladrón irrumpió en la sucursal bancaria del Banco Federado Australiano en Muswellbrook y huyó rápidamente con aproximadamente tres mil libras en un coche que pertenecía a un ingeniero de minas, el señor Lander Oldfield. El señor Oldfield recibió un impacto de bala en la mano durante el robo y el cajero del banco, el señor Horace Stockall, otro impacto en el brazo. La policía estaba participando en un simulacro de incendio a poca distancia del lugar en el que se produjeron los hechos cuando se llevó a cabo el robo, pero el elogiado y valiente director del banco, el señor Ewing Birkett, abrió fuego contra el vehículo robado mientras este iba a toda velocidad hacia Maitland. El personal del banco se hallaba demasiado conmocionado como para hacer declaraciones y quien acompañaba al señor Oldfield, el señor Klaus Slate, ha rechazado conceder entrevistas. Sin embargo, se ha informado de que los dos hombres heridos se encuentran estables. El ladrón se ajusta a la descripción de un varón de un metro noventa de estatura y de complexión bastante fornida. El coche robado atiende a las características siguiente: un Maxwell sedán azul oscuro, con matrícula 17-432. La policía pide la colaboración ciudadana para encontrar al responsable de este atroz crimen.

—¡Un Maxwell sedán azul oscuro! —exclamó Mick.

Se quedó mirando fijamente durante un momento las páginas del periódico antes de doblarlas con cuidado y dejarlas en el maletín. Con el mismo cuidado, sacó la carta del sobre. La letra era la misma que la de las nóminas, firme y recta hacia arriba y hacia abajo (posiblemente escrita por un zurdo).

La misiva empezaba así:

Querido Preston:

¿Cómo estás? ¿Tu mujer y tu familia están bien? Espero que así sea. Bueno, tengo noticias fabulosas. El proyecto por fin ha concluido. Y en solo siete meses, un mes antes de lo previsto. Me atrevería a decir que esto se debe a la generosidad del señor Slate con el sueldo y las bonificaciones. Le ha dado a cada hombre cien libras por terminar y, además del nuevo coche, he percibido mil libras. Debo confesarte que me quedé bastante sorprendido. Sé que me he mostrado un poco hermético con el proyecto, pero el señor Slate nos hizo jurar que guardaríamos el secreto y yo soy un hombre de palabra. Pero una cosa sí puedo decirte: pese a que el señor Slate es una de las personas más inteligentes que conozco y todo un caballero, cuya integridad es absolutamente irreprochable, algunas veces puede llegar a ser un poco raro. Por ejemplo, es un hombre muy serio, nada propenso a la risa. Sin embargo, una mañana el señor Slate y yo escuchamos a uno de los operarios comentar: «El señor Slate haría muy bien de científico loco en una película de terror». En lugar de ofenderse por lo que yo consideraría un comentario un tanto desagradable, él se echó a reír durante un período de tiempo considerable. Este caballero siempre lleva consigo el maletín de cuero más bonito que jamás haya visto. Cuando inocentemente le pregunté por las iniciales «N. T.» en la parte de delante, repuso que el maletín se lo había prestado un amigo. ¿Por qué un hombre tan obviamente rico y con su buen gusto necesitaría que le prestase un amigo un maletín? El sitio en el que se está desarrollando el proyecto cuenta con el mayor depósito de mineral de cobre que jamás haya visto. Es casi cobre puro. De un valor de millones de libras en el mercado actual. Por supuesto, le comenté este hecho al señor Slate, quien simplemente se encogió de hombros, no hizo ni caso y dijo que ya contemplaría esa opción en otro momento. Existen muchas otras idiosincrasias, demasiadas como para recogerlas en una sola carta. Pero te prometo contarte más cuando vaya a visitarte en Navidad y el señor Slate haya vuelto a América. Tengo que dejarlo aquí, Preston, porque mañana tengo que llevar al señor Slate a

Muswellbrook para que pueda finalizar sus gestiones en el banco antes de marcharse y yo quiero dejar esta carta en la oficina postal. De todas formas, debo confesarte que estos últimos meses han sido los más increíbles y lucrativos de mi vida.

Hasta que te vea a ti y a tu familia, Preston, te saluda tu hermano que te quiere.

Lander

Mick se quedó mirando fijamente el nombre que firmaba la carta. Lander. El hermano de Preston Oldfield. Las iniciales grabadas en la lengüeta de las llaves que le había dejado a Jimmy Nise en el taller eran L. O. El electricista volvió a guardar la carta en el maletín marrón, lo cerró y se giró hacia el otro maletín negro con las iniciales «N. T».

Este maletín estaba incluso mejor curtido que el marrón, y el mango y los herrajes no eran de latón, sino bañados en oro. Empujó los cierres y se dibujó una sonrisa en sus labios cuando comprobó que se abrían sin ninguna resistencia. Dentro había una bolsa de cuero alargada y estrecha, con un doblez en una de las esquinas, un diario encuadernado en cuero, del año 1925, y unos cuantos folios con bocetos y anotaciones. Mick sacó la bolsa de cuero y notó que contenía algo pesado. Decidió abrir, en primer lugar, la bolsa.

Guardaba en su interior dos llaves Allen grandes, de diez centímetros de largo cada una. La diferencia con una llave Allen normal es que los extremos de estas, en vez de tener forma de ele, acababan en anillas. Mick sintió en su mano el peso de las llaves. Después, las volvió a dejar en la bolsa y se decantó por coger algunos de los folios. Eran bocetos técnicos y no se parecían a nada que Mick hubiera visto con anterioridad, y las anotaciones resultaban casi indescifrables. Pero se las arregló para distinguir «tubo de inducción electrodinámica», «bobina de descarga disruptiva» y «vibrador oscilante de montaje con toma a tierra». Mick negó con la cabeza, dejó los folios en su sitio y se centró en el diario.

Las páginas estaban en blanco hasta llegar al día nueve de mayo. Con la misma letra de patas de araña, hacía un breve resumen del tiempo en la parte superior de la página.

Sol. Fresco. Viento del sudoeste.

Finalmente he llegado a Newcastle, Australia. Ahora puedo empezar a escribir mi diario. Posiblemente haya sido demasiado cauteloso, pero es absolutamente necesario y, para mi gusto, el primer oficial era demasiado entrometido. No me habría sorprendido lo más mínimo que hubiera tenido amigos en el FBI.

Newcastle es más frío de lo que pensaba, pero nada comparado con el invierno de Nueva York. El señor Oldfield estaba esperando en el embarcadero cuando el buque Margarita atracó y encontré a Lander, todo un caballero, exactamente tal y como Schuyler Brunton lo había descrito. Es un hombre muy competente en su profesión y parece estar muy interesado en su trabajo. Ya ha organizado a los veinte hombres que necesitaré, y todo el mundo ha aceptado sin problemas que he venido aquí para investigar un nuevo método de exploración mineral y se muestran de acuerdo con mi deseo de mantenerlo en secreto.

Lander y yo comimos un pescado excelente en un restaurante del puerto. Luego, pasé una tarde agradable mientras recorríamos Newcastle en su coche. No es que hubiera mucho que ver, aparte de un puerto bonito y un litoral precioso. La moda tampoco ha llegado hasta aquí. Esta noche me quedaré en el barco, ya buscaré un alojamiento adecuado en Newcastle hasta que nos marchemos a Muswellbrook. También le compraré al señor Oldfield un coche mejor (tomé nota de un distribuidor de Maxwell cerca de la ciudad).

Me relajé y leí en mi camarote. Después cené con el capitán y jugué algunas partidas al bridge. Leí un poco más. Me dormí a las nueve y media.

Mick estaba completamente maravillado con lo que había encontrado y le entraron ganas de saber más. Pero la caligrafía resultaba casi ilegible, así que dio un salto hasta la última página.

Calor. Sol. Viento del nordeste.

Después de siete meses, el proyecto está finalmente acabado. Un mes antes de lo previsto, incluso con los problemas que hemos tenido con la mayoría de piezas procedentes de Europa. Ahora ya está herméticamente cerrado y puedo volver a América y alejarme de estas horribles moscas. No he visto nada igual. Pero a pesar de todos los inconvenientes y la falta de sofisticación, con toda seguridad echaré de menos Australia. En especial a Lander. Me ha tratado como a un rey. Y los hombres han sido estupendos. Trabajadores excelentes, tremendamente leales; ha valido la pena cada penique que les he pagado. Una gran cantidad, debo añadir. Y aunque rara vez muestro mis sentimientos, realmente me ha gustado su sentido del humor único.

Espero no tener que volver y poder activar la máquina. Pero a pesar de la limitada información con la que podía hacerme desde aquí, entre la codicia y el ansia de poder del hombre, no veo otra alternativa. Se podría pensar que, después

de la espantosa matanza en Europa, habrían aprendido. Lamento profundamente haber tenido que mentir a Guglielmo. Si no hubiera sido por su generosidad, una vez que resolvimos nuestras diferencias, nunca hubiera podido llevar a cabo el proyecto Piggie. Ahora, lo que piensa que va a hacer aumentar su riqueza, en realidad, lo destruirá. Pero cometimos un terrible error en Tunguska. Lo que sí sé es una cosa: si activo la máquina, experimentaré un tremendo placer al poder vengarme de J. Pierpont Morgan. Lo que él y el FBI le hicieron a la Torre de Tesla fue despreciable. Con el bien que podría haberle proporcionado al mundo entero. Ahora, el señor Slate, «el científico loco», haría con casi toda certeza lo contrario. Pero ese es mi legado. Qué extraño que tanto poder pueda recaer en manos de un único hombre.

Entretanto, tengo que dejar esto. Esta noche los invitaré a un banquete y después podrán beber cuanto quieran. «Me toca pagar esta ronda», como dicen en Australia. Mañana, Lander y yo saldremos para Muswellbrook para concluir con todas las gestiones bancarias. Después de eso, vuelta a Newcastle. Debo confesar que estoy impaciente por descansar y relajarme en la costa durante algunos días antes de embarcarme para Nueva York. Ahora he de prepararme para la cena. Francamente, ¿en qué se va el tiempo?

Mick colocó de nuevo el diario en el interior del maletín y, muy despacio, se bebió lo que le quedaba de café. Había logrado entender un par de cosas sobre el coche y el tío de la señora Hedstrom. Pero Klaus Slate era un completo enigma. Para descubrir más sobre él, Mick sabía que debía leer cada una de las páginas del diario. Y eso le podría llevar siglos. Sin embargo, había una persona que él conocía que no tendría ese problema. Y esa persona mataría por tener entre sus manos un viejo diario. Enjuagó su taza en el fregadero y después se acercó al teléfono y marcó.

—Librería El Ojo que Todo lo Ve, buenos días —dijo una voz alegre al otro lado de la línea.

—Hola —contestó Mick—, mi novia acaba de tener una sobredosis. ¿Tendría un ejemplar de *El libro tibetano de los muertos*?

—Ja, ja, muy gracioso, Mick. ¿Cómo estás… cariño?

—Bien. ¿Y tú?

—Estupendamente —replicó Jesse—. ¿Qué tal se te ha dado con el coche viejo? ¿Estaba bien?

—¿Que si estaba bien? —repitió Mick—. Desde luego. No te vas a creer lo que

voy a contarte.

El electricista le refirió a Jesse todo lo que había pasado a la hora de comprarle el coche a la señora Hedstrom, las condiciones en las que estaba el vehículo y el hallazgo que había hecho al regresar al taller. Le leyó por teléfono la carta de Lander Oldfield, lo que había encontrado en los folios y las partes que había leído del diario.

—Y además de todo esto —concluyó, volviendo a colocar cada cosa en el maletín y cerrándolo—, el plato de presión es compatible. Así que el Buick estará de nuevo en la carretera mañana.

Se hizo un largo silencio al otro lado del aparato.

—¿Hola? ¿Jesse? —dijo Mick—. ¿Sigues ahí?

—Sí —respondió ella finalmente, en voz baja—. Sigo aquí.

—Vale.

—¿Y dices que las iniciales del maletín donde estaba el diario son «N. T.»? —preguntó la librera.

Mick comprobó el maletín.

—Sí. Eso es —contestó.

—No me lo puedo creer —musitó ella.

—Sí. —Mick sonrió—. ¿Curioso, eh?

Hubo un par de minutos más de silencio antes de que Jesse articulara palabra.

—Mick —dijo secamente—, ¿me quieres?

—¿Qué? —respondió él.

—He dicho que si me quieres.

—Sí, claro. Por supuesto que te quiero.

—¿Cuánto? —preguntó ella.

—¿Cuánto? —Miró hacia el cielo—. Con toda mi alma —afirmó finalmente—. Con cada latido de mi corazón. Cada vez que respiro, yo… ¡Mierda! No lo sé.

—Entonces, si realmente me quieres, Mick —le pidió ella—, me traerás esos dos maletines y la bolsa de cuero a la tienda. Ahora mismo.

—Vale. —Mick se encogió de hombros.

—¿Y bien? —dijo ella.

—¿Y bien qué?

—Y bien, ¿qué haces aún ahí?

La llamada terminó repentinamente y Mick colgó el teléfono. *¿Por qué quiero a esa mujer?*, sonrió para sus adentros. Se dio la vuelta para contemplar la vista que

tenía desde su porche. La respuesta debía de estar por algún sitio ahí fuera. Cinco minutos más tarde salía con los dos maletines.

El tráfico dentro de la ciudad era un poco más denso de lo habitual. Pero, perdido en sus pensamientos, ya estaba subiendo por el puente Transporter en dirección al puente Stockton, y antes de que pudiera darse cuenta, había estacionado en la entrada que conducía al jardín trasero de Jesse. El abollado Commodore granate de su novia estaba aparcado sobre la hierba y una cucaburra que había en el techo salió volando hacia un árbol cercano ante la llegada repentina de Mick, dejándole a Jesse una tarjeta de visita en el parabrisas. *Eso va a ser una señal de buena suerte.*, sonrió Mick, que cerró la furgoneta y se dirigió a la parte delantera de la casa con los dos maletines en la mano.

La librería de Jesse no era grande, pero estaba repleta de pilas de libros que se alzaban desde el suelo hasta el techo y varias mesas, también llenas. Una puerta en la esquina del fondo conducía a la parte de atrás de la casa. Frente a la puerta había un mostrador y una pequeña oficina diáfana donde Jesse pasaba la mayor parte del tiempo, sentada detrás de la caja registradora, trabajando en su portátil. Un ventilador blanco colgado del techo sobre el mostrador movía el aire y, para embellecer más la tienda, Jesse había fijado pósteres promocionales de libros en todas las paredes y colocado algunas plantas de interior en las esquinas. A Mick le gustaba acceder por la puerta principal de la librería porque, en lugar de un timbre, Jesse había puesto una estúpida y gran rana de plástico por encima de la puerta mosquitera, y croaba cada vez que se abría la puerta. Así pues, el electricista abrió y sonó «¡Croac!, ¡croac!» en el interior del establecimiento.

—Hola —dijo Mick según entraba—. ¿Cómo estás?

Jesse estaba sentada en la esquina. Tan pronto como advirtió quién era, saltó de detrás del mostrador y se acercó a él con su cabellera castaña revuelta, unos vaqueros desgastados y una camiseta negra con la impresión de «Tibet libre».

—¿Son esos? —preguntó ella—. Dámelos ahora mismo. —Jesse se los arrebató de las manos, los colocó junto a la caja registradora y volvió a meterse detrás del mostrador.

—Sí. Yo también me alegro de verte —repuso Mick, siguiéndola con la mirada.

Jesse le dedicó una sonrisa, y brincó para estamparle un beso rápido.

—Hola, cariño —saludó ella, dirigiendo nuevamente su atención a los maletines —. ¿Y los encontraste en ese viejo coche?

—Sí. —Mick asintió con la cabeza—. El diario lo guardé en el negro. No está cerrado.

Jesse lo cogió, lo abrió y puso los ojos como platos al contemplar la bolsa de piel y el viejo diario.

—Oh, Dios mío.

—La carta está en el otro.

Jesse abrió con un ágil movimiento el maletín marrón y observó su contenido. Escogió el sobre y enseguida leyó la carta. Después se centró en el artículo del periódico del que Mick le había hablado y realizó una lectura rápida.

—Esto es increíble —dijo Jesse con la voz entrecortada, abanicándose con los papeles—. Increíble.

—Espera a ver el coche antiguo con los agujeros de bala en la parte de atrás.

La librera volvió a meter las cosas en el maletín marrón y lo cerró. Tras examinar las iniciales de la parte de delante del maletín negro, sacó el diario. Pasó las hojas hasta donde empezaba a haber texto y leyó la primera página. Luego, hojeó un par más y se fue hasta la última.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó ella, llevándose una mano a la boca.

—Te dije que te gustaría. —Mick esbozó una sonrisa.

Jesse cerró el diario, salió de detrás del mostrador y rodeó la cintura de su novio con sus brazos.

—Mick —dijo—, tengo una idea.

—¿Sí? —respondió él, sintiendo inesperadamente cómo le invitaban a que saliera.

—Sí. ¿Por qué no te vas a casa y me dejas todo esto aquí? Voy a cerrar la tienda para revisarlo. Y te llamaré esta noche.

—¿Seguro que no quieres que me quede aquí un rato más? —sugirió el electricista —. Cuidando de ti. ¿Dándote un pequeño masaje en la cabeza como a ti te gusta?

—Buena oferta. Pero no, gracias —contestó Jesse—. Te veré más tarde en tu casa.

—¿A qué hora? —preguntó Mick.

—A las nueve. A las diez. Entre las nueve y las diez. Adiós, precioso.

Jesse le dio otro beso rápido a Mick y de inmediato se oyó a la rana croar dentro de la tienda. Jesse colgó el cartel de cerrado en la puerta, echó la persiana y el electricista se encontró a sí mismo volviendo a la furgoneta. Una vez se hubo puesto tras el volante y bajado la ventanilla, reconoció a la misma cucaburra que seguía en el árbol y el electricista le señaló el coche de Jesse.

—Ey —le gritó—. Cágate otra vez en él.

Mick condujo hasta casa por la carretera de la playa y se percató de que, a pesar del fuerte viento que soplaba del nordeste y del sol de justicia, las olas de dos metros rompían justo delante del club de surf y no había ningún surfista merodeando. Decidió hacer una parada, así que se puso su bañador de Speedo, sus bermudas de surfista por encima y una camiseta gris lisa. Localizó su esterilla y sus aletas, bajó hasta el aparcamiento y estacionó justo cuando Ray, su amigo cartero de pelo oscuro, llegaba con su Ford familiar. Caminaron por la arena hasta el sitio donde solían ponerse siempre y se encontraron con otros dos amigos con sus equipos, también preparándose para chocar contra las olas. Se intercambiaron los saludos habituales y, después, Mick les contó que se había comprado un viejo Maxwell y que volvería a surcar las carreteras con su Buick a partir de mañana. No hizo ninguna mención a los maletines. Los chicos se alegraron por él y le dieron una palmadita en la espalda. Luego, se metieron todos en el agua y dejaron transcurrir el resto de la tarde deslizándose sobre buenas olas, mareándose y cayéndose con aquellas más grandes y que venían con más fuerza y, en general, pasando un buen rato.

La playa se estaba vaciando: el sol había decidido que ya había sido suficiente por hoy. Los chicos tomaron cada uno rutas diferentes. Mick sentía los brazos como si se le fueran a desprender del tronco; dormiría muy bien esa noche. Condujo hasta el Oporto y compró medio pollo asado, patatas fritas y una ensalada de col, zanahoria y mayonesa; se lo comió todo, ayudado por el contenido de una botella de agua, mientras veía el telediario de la ABC. Le hubiera gustado tomarse una o tres cervezas, pero sabía que lo dejarían planchado y no quería que Jesse lo encontrase comatoso en el comedor. En lugar de eso, Mick apagó la televisión, se dirigió a su despacho, revisó sus correos electrónicos e hizo otros menesteres. Aunque no iba a empezar a trabajar otra vez hasta el lunes, tenía cinco encargos pendientes. Después de haber ordenado todo, se disponía a apagar el ordenador cuando llamaron a la puerta de una forma que le resultó familiar.

La abrió y al otro lado estaba Jesse con los dos maletines. Iba vestida con la misma ropa, cargaba con una mochila de cuero y tenía una expresión inusual de preocupación en el rostro.

—Hola —la saludó él—. ¿Qué tal?

—¿Que qué tal? —repitió ella. Se abrió paso, dejando a un lado a Mick, y se dirigió al comedor. Luego, se dio la vuelta y esperó a que cerrara la puerta y se uniese

a ella—. Mick —dijo—, ¿sabes qué es lo que tienes aquí?

—No. —Se encogió de hombros—. Ni idea.

—¡Mierda! Simplemente al hablar contigo por teléfono, ya lo sabía. Has descubierto algo fuera de lo común. Pero ¡por el amor de Dios! Para nada me esperaba esto.

—¿Esperar qué? ¿A qué te refieres?

—Mick. Estoy hablando de los rayos de la muerte. La máquina del juicio final. El final de este maldito mundo.

—Jesse empezó a emocionarse—. ¡Dios…!

Mick posó una mano sobre el hombro de su novia.

—Venga, cariño, cálmate. Seguro que lo que has encontrado es solo otro de esos círculos que aparecen en los cultivos.

—Mick —le interrumpió ella—, ¿te importaría traerme algo de beber?

—Claro. ¿Qué quieres? ¿Té, café?

—No. Me refiero a una bebida en condiciones. Burbon. Hielo en cubitos. Agua mineral.

—Ahora mismo vuelvo —dijo él—. A lo mejor me tomo yo otro.

Mientras el electricista cogía una botella de Jim Beam del armario de la cocina, Jesse ponía los dos maletines sobre la mesa de centro de azulejos y tomaba asiento en el sillón de terciopelo azul de su novio. Mick regresó con las bebidas y le pasó la suya, entrechocaron las copas y se sentó frente a ella en una silla que iba a juego con el sillón. Los dos bebieron, aunque el trago de Jesse fue especialmente largo.

—Está bien —dijo él, poniéndose cómodo—. Dispara.

Jesse lo miró directamente a los ojos.

—Mick —comenzó ella—, ¿alguna vez has oído hablar de Nikola Tesla?

Negó con la cabeza.

—No.

—Pues deberías saber qué es una bobina Tesla.

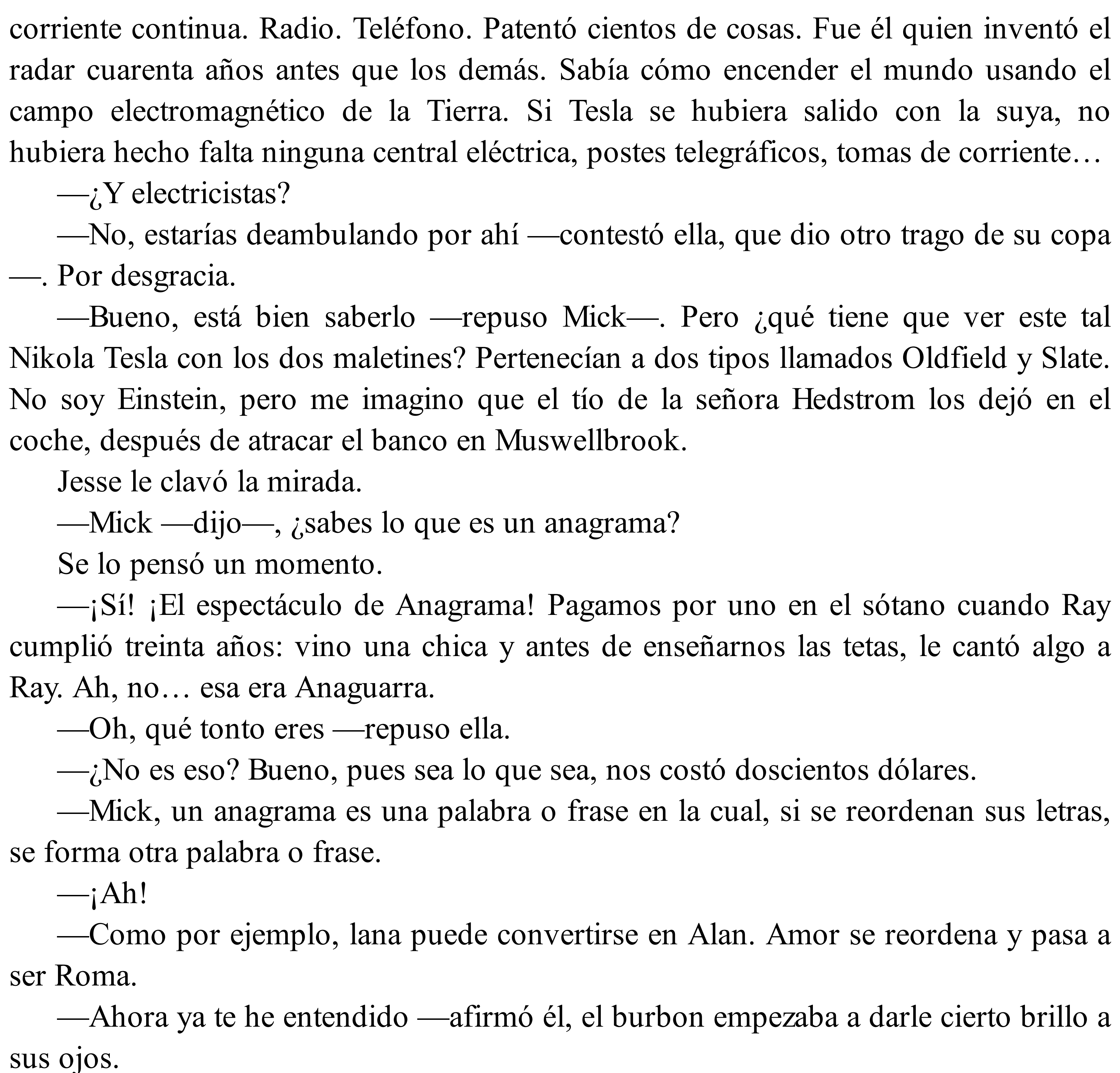
Se frotó la barbilla.

—¿Es una pieza de un Maxwell de 1925?

—¡Dios santo! ¿Y te haces llamar electricista? —protestó la librera.

—Perdón.

—Mick, Nikola Tesla era un genio. Un genio de la electrónica. Más inteligente incluso que Einstein. Si no hubiera sido por él, no tendríamos ni corriente alterna ni



corriente continua. Radio. Teléfono. Patentó cientos de cosas. Fue él quien inventó el radar cuarenta años antes que los demás. Sabía cómo encender el mundo usando el campo electromagnético de la Tierra. Si Tesla se hubiera salido con la suya, no hubiera hecho falta ninguna central eléctrica, postes telegráficos, tomas de corriente…

—¿Y electricistas?

—No, estarías deambulando por ahí —contestó ella, que dio otro trago de su copa —. Por desgracia.

—Bueno, está bien saberlo —repuso Mick—. Pero ¿qué tiene que ver este tal Nikola Tesla con los dos maletines? Pertenecían a dos tipos llamados Oldfield y Slate. No soy Einstein, pero me imagino que el tío de la señora Hedstrom los dejó en el coche, después de atracar el banco en Muswellbrook.

Jesse le clavó la mirada.

—Mick —dijo—, ¿sabes lo que es un anagrama?

Se lo pensó un momento.

—¡Sí! ¡El espectáculo de Anagrama! Pagamos por uno en el sótano cuando Ray cumplió treinta años: vino una chica y antes de enseñarnos las tetas, le cantó algo a Ray. Ah, no… esa era Anaguarra.

—Oh, qué tonto eres —repuso ella.

—¿No es eso? Bueno, pues sea lo que sea, nos costó doscientos dólares.

—Mick, un anagrama es una palabra o frase en la cual, si se reordenan sus letras, se forma otra palabra o frase.

—¡Ah!

—Como por ejemplo, lana puede convertirse en Alan. Amor se reordena y pasa a ser Roma.

—Ahora ya te he entendido —afirmó él, el burbon empezaba a darle cierto brillo a sus ojos.

—Bien. De ahí, que Slate sea un anagrama de Tesla —apuntó Jesse—. Y Klaus es el nombre escandinavo para Nikola. La abreviatura de Nicholas.

—Corrrrecto —repuso Mick.

—Por eso pienso —continuó ella— que Klaus Slate era en realidad Nikola Tesla.

La miró por encima de su copa.

—¿Estás segura de eso? —le preguntó.

—Sí, lo estoy —respondió ella.

—Vale —intervino él—. ¿Y qué estaba haciendo Tesla aquí?

Jesse alzó su copa.

—Sírveme otra y te lo diré.

Mick cogió el vaso vacío de su novia.

—Más de estos y no podrás volver conduciendo a casa —dijo él.

—No te preocupes. Ya he pensado en eso —contestó ella.

—Ey. Genial. —Mick sonrió, se puso de pie y se dirigió a la cocina.

Regresó con dos copas. Jesse se lo agradeció y le dio un trago a la suya mientras Mick tomaba asiento y se ponía cómodo nuevamente.

—Además de trabajar —señaló la librera—, he estado buscando en internet libros y demás hasta que mis ojos han dicho basta.

—Sí. Están un poco rojos. —Mick reparó en ello.

—Pero te diré lo que he averiguado y descubierto hasta ahora. Empezaré con el tío de la señora Hedstrom.

—De acuerdo.

—Lonsdale Hedstrom —dijo Jesse— era el Gran Lonnie Hedstrom, un atracador de bancos y extorsionista de Sídney oriundo de Maitland. Le metieron en la cárcel por agredir a la policía. Pero se las apañó para escaparse con todo lo que había conseguido en sus atracos.

—Como el de Muswellbrook —apuntó Mick.

—Exacto. Pero algo salió mal en Victoria en 1926, cuando atracó el banco de Bendigo con un criminal de Melbourne, Frank Westblade. Lograron escapar con el botín del atraco, pero el Gran Lonnie desapareció. Y no mucho después, se pudo ver a Westblade derrochando dinero como si no hubiera un mañana. Aunque nunca hubo pruebas, se cree que Westblade asesinó al Gran Lonnie y se quedó con su parte del botín.

—Y se marchó con la pasta —concluyó Mick.

—Más o menos —respondió Jesse—. Porque Frank también desapareció en circunstancias misteriosas. Junto con el resto del dinero.

—Eso sería en Melbourne —dijo él.

—Sí —afirmó ella—. Yo creo que después del atraco al banco en Muswellbrook, el Gran Lonnie escondió el coche en casa de su hermana y le quitó la matrícula, dejando abierta la posibilidad de volver a usarlo algún día cambiando la placa. Seguramente en los dos maletines nunca hubo dinero. Así que simplemente los dejó allí. Probablemente tenía pensado deshacerse de ellos cuando regresara y las cosas se

hubieran calmado un poco.

—Tiene sentido —dijo Mick—. ¿Y por qué crees que dejó las páginas del periódico en el coche? —le preguntó.

—Por su ego —respondió.

—¿Ego?

Jesse asintió con la cabeza.

—Sí. A todos los delincuentes les gusta vanagloriarse de lo que han hecho. Probablemente, el Gran Lonnie pensaba enseñárselo en un futuro a alguno de sus compañeros de profesión.

—Correcto. —Mick le dio otro sorbo a su whisky—. Está bien. Tenemos el coche y una explicación razonable. Pero ¿en qué momento entra en juego ese tal Nikola Tesla?

Jesse abrió su mochila y sacó un trozo de papel.

—Mick, lee esto. Me lo he bajado de internet. Es del *Chicago Tribune* de 1935. Te explicará más rápido que yo algunas cosas.

—Vale. —Posó su copa sobre la mesa, se hizo con el folio y lo desdobló.

A los pies de una fotografía difusa de un encorbatado anciano de rostro enjuto había una leyenda que decía «Nikola Tesla, inventor de renombre, setenta y ocho años» y un encabezamiento que informaba de lo siguiente: «Tesla, a los setenta y ocho años de edad, descubre el nuevo rayo de la muerte. Invento lo suficientemente potente como para destruir diez mil aviones a cuatrocientos kilómetros de distancia. En la entrevista, el científico habla del aparato que él mismo afirma que mata sin dejar rastro». Y el artículo seguía así:

Nikola Tesla, el padre de los nuevos métodos de generación y distribución de la energía eléctrica, quien ayer cumplió setenta y ocho años, ha anunciado un nuevo invento, o inventos, y lo considera el más importante de entre los setecientos que ha realizado hasta la fecha. Ha perfeccionado una técnica y un aparato, según las palabras del propio doctor Tesla en una entrevista concedida ayer en el hotel New Yorker, que lanzará rayos concentrados de partículas al aire, con tanta energía que podría derribar una flota entera de diez mil aviones enemigos a cuatrocientos kilómetros de distancia de la frontera de cualquier país que quisiera defenderse, y provocaría que ejércitos de millones de efectivos desaparecieran sin dejar huella.

Mick releyó la hoja y después se la devolvió a Jesse.

—¿Tesla soltó algo así en 1937?

Jesse cogió el folio, lo dobló y lo introdujo nuevamente en su mochila.

—Sí, así es.

—No me extraña que ese tío dijera que haría muy bien de científico loco en una película. Habla como si fuera uno de esos lunáticos apasionados por la destrucción.

—Pues era pacifista —apuntó Jesse—. Odiaba la guerra. Aunque el personaje de Lex Luthor, el científico loco de los viejos cómics de Supermán, estaba basado en él.

—Me acuerdo de Lex —dijo él—. ¿No vivía en una fortaleza en la Antártida?

—No lo sé. Pero Tesla pasó la mayor parte de su vida en Nueva York.

—¿Has averiguado algo más del diario aparte de lo que ya me has dicho? —le preguntó él a ella.

—Poco más. Pero tendré que releerlo. La caligrafía es complicada y algunas cosas parecen estar escritas siguiendo algún tipo de código secreto. Pero entre el diario y lo demás, te contaré cuanto pueda.

—Adelante —la animó.

—Bien, Schuyler Brunton era un geólogo canadiense amigo de Tesla. Estuvo en Australia buscando carbón. Y encontró una montaña de cobre puro.

—Oldfield mencionaba eso en la carta que le escribió a su hermano.

Jesse asintió.

—Entonces, Tesla consiguió sacarle un derecho de explotación de cincuenta años. Guglielmo era Guglielmo Marconi.

—¿Marconi? —dijo Mick—. ¿No fue quien inventó la radio?

—Sí y no. Tesla la inventó primero. Pero no siguió indagando. Por lo que Marconi se llevó todos los méritos y todo el dinero. Aunque se encargó de que Tesla, al final, obtuviera una parte.

—Tesla también mencionaba eso —remarcó él.

—Así es. Pero antes de que Marconi rectificara, Tesla se había arruinado. Le estafó un despiadado magnate estadounidense llamado J. Pierpont Morgan.

—Sí. Tesla parecía un tanto enfadado con él. ¿Qué es lo que pasó?

—Al parecer Tesla quería proporcionar electricidad gratis a todo el mundo —explicó Jesse—. En 1903, había desarrollado el proyecto de la inmensa Torre de Tesla en Long Island. El científico quería usarla para brindar electricidad gratuita a todo el mundo. Morgan quería que la torre se utilizara para la transmisión sin cables y los teléfonos, en definitiva, para obtener más beneficios. Morgan era quien suministraba los fondos. Así que, con el beneplácito de Thomas Edison y del FBI, hicieron volar por los aires la torre. Dijeron que era un peligro para la sociedad y que Tesla estaba loco. Incluso llegaron a desacreditar a Tesla a través de las editoriales encargadas de

los libros de texto, por lo que nunca fue reconocido por sus inventos. Edison y Marconi se llevaron todos los méritos. Esa es la razón por la que, incluso actualmente, muchas personas no han oído hablar nunca de él. Tú no lo habías hecho. Y eres electricista.

—No me extraña que estuviera enfadado con J. Pierpont Morgan —apuntó Mick.

Jesse cogió otro trozo de papel de su mochila.

—Casi se me olvida enseñarte esto. Es una cita de Tesla del año 1900. Te la leeré. «Si usamos combustible para obtener nuestra energía, estamos agotándolo rápidamente y cavando nuestra propia tumba. Este método es una barbaridad y un despilfarro injustificado y tendríamos que detener esta práctica en beneficio de las generaciones futuras».

—¿Dijo eso en 1900? —preguntó él.

—Sí —respondió Jesse—. Si no hubieran parado a Tesla, el mundo en el que vivimos ahora sería completamente diferente.

—Sí —repuso convencido Mick—. Nada de quema de combustibles fósiles. Nada de emisiones de efecto invernadero. Nada de cambio climático.

—Nada de agujero en la capa de ozono —añadió la librera.

Mick señaló hacia el maletín negro.

—Entonces, según lo que leí en su diario, ¿por qué quería hacer estallar el mundo? ¿Y por qué no lo hizo?

—Esa —dijo ella—, es la pregunta del millón. Debo volver a leer el diario para descubrirlo. Porque eso era precisamente lo que estaba haciendo aquí. Construyendo una especie de máquina de los rayos de la muerte, como la del artículo del *Chicago Tribune*. —Jesse esbozó una sonrisa opaca de alegría—. Ahora bien, ¿quieres más buenas noticias, Mick?

El electricista le dio un trago a su whisky.

—Continua —pidió.

—Tesla dice en su diario «Cometimos un error en Tunguska». ¿Sabes lo que sucedió en Tunguska, Mick? —le preguntó.

—Me parece haber leído un artículo en algún número de la revista *New Age* en tu casa —respondió—. Pero se me ha olvidado.

—Está bien. Tunguska era, o sigue siendo, un valle en Siberia. En 1908, se produjo una explosión allí que arrasó doscientos cincuenta kilómetros cuadrados de bosque de pinos. Lo que corresponde más o menos a seis veces lo que arrasaron las

bombas de Hiroshima y Nagasaki.

—¡Joder! —exclamó Mick.

—Los científicos creen que fue un meteorito —aclaró ella—. Otros opinan que lo que explotó fue un OVNI. La incógnita permanece. Pero no hay ningún indicio de radiación. Por lo que.…

—¿Tesla? —preguntó el electricista.

—Él era el principal sospechoso. —Ella sonrió—. Pero continúan las buenas noticias, Mick.

—¿Aún más? —dijo él, dándole otro trago a su bebida.

La librera dibujó una sonrisa en sus labios.

—En una de las páginas del diario, Tesla revela que Lander Oldfield creía que la montaña en la que estaban trabajando se hallaba sobre una falla.

—Oh… ¡mierda! —espetó él.

—Lo que significa, Mick, que con un terremoto medio decente… adiós al valle Hunter.

—¿Qué me dices de adiós, Australia? —señaló el electricista—. ¿O adiós, mundo?

—Exacto —dijo ella—. Y de hecho ya hemos tenido un terremoto en Newcastle. Es inevitable que haya otro parecido. Y aunque no sé dónde dejó Tesla su máquina del juicio final, debió de escoger un lugar cercano a Muswellbrook.

Mick negó con la cabeza.

—¡Dios mío! Estoy empezando a desear no haber encontrado nunca ese maldito coche viejo.

—Sí. —La librera sonrió—. Ojos que no ven, corazón que no siente, ¿eh? —apuntó—. Me he dado cuenta de que tienes el ordenador encendido. ¿Te importa si lo uso un momento?

—No, mujer. Faltaría más.

Jesse se incorporó y se terminó la copa.

—Aunque Tesla llame a la máquina del juicio final su «legado», también se refiere a ella como el proyecto Piggie. Voy a poner «Tesla» en el buscador de Google para comprobar si hay alguna referencia al proyecto Piggie. Quería haberlo hecho en mi casa, pero se me olvidó.

Mick también se acabó su copa, se puso de pie y recogió el vaso de su novia.

—Echaré una meadilla rápida —anunció.

Llevó las dos copas vacías a la cocina y las dejó en el fregadero. Para cuando

hubo acabado en el cuarto de baño, se encontró a sí mismo bostezando. También le daba vueltas en su cabeza a lo que Jesse le había contado. Se dirigió a su despacho y vio a su novia cómodamente sentada en su gran silla de oficina negra, con el buscador en la pantalla listo para ponerse en marcha. Mick se colocó de pie detrás de ella y posó sus manos con suavidad sobre sus hombros mientras observaba la pantalla.

—Está bien. Allá vamos —dijo ella.

Jesse movió el cursor y escribió «Nikola Tesla, proyecto Piggie». Al principio no pasó nada. Luego se oyó un clic, apenas perceptible, y la pantalla se volvió negra, como si se hubiera producido una subida de tensión eléctrica. Unos segundos más tarde, la pantalla resucitó. Pero lo que había escrito en ella había desaparecido.

—Qué curioso —apuntó ella—. Lo intentaré de nuevo.

Escribió en la barra de búsqueda «Nikola Tesla, proyecto Piggie» una vez más y volvió a ocurrir lo mismo. Cuando la pantalla se encendió nuevamente, parpadeó en dos ocasiones y después recuperó su estado normal.

—Debe de haber sido una subida muy rápida —sugirió Mick.

—Sí —manifestó ella—. De todos modos, no hay nada. Quizá sería conveniente apagar el ordenador. Ya has terminado con él, ¿verdad?

—Sí. —El electricista bostezó—. Me voy a la cama.

—Yo también. —Se le contagió el bostezo a Jesse—. He tenido un día muy duro y muy largo. —Apagó el ordenador de su novio, se levantó, le rodeó las caderas con los brazos y apoyó la cabeza en su pecho—. Mick —dijo con voz de cansada—, vámonos a la cama. Aparquemos esto por hoy y hagamos el amor lenta y suavemente.

Mick le besó la coronilla y la abrazó con dulzura.

—Ossie, querida —dijo en voz baja—. Ni tan siquiera a Nikola Tesla se le hubiera ocurrido nada mejor.

Jesse fue al cuarto de baño mientras Mick apagaba todas las luces de la casa y se dirigió a su habitación. Salió del salón por otra puerta corredera de cristal que quedaba frente al porche. Como la luz de la luna era más que suficiente, ni se molestó en encender la de la mesilla de noche. Se desnudó y esperó a su librera bajo las sábanas de cuadros verdes que cubrían su cama de matrimonio, sumamente cómoda. Jesse apareció en la habitación, se quitó la ropa y le cogió prestada a Mick de su armario una camiseta azul marino; a él le gustaba dormir completamente desnudo. Se colocó junto a él y se besaron y abrazaron durante un rato, susurrándose tonterías el uno al otro. Después, como había pedido Jesse, hicieron el amor lenta y suavemente.

En Newcastle eran las diez y media de una templada noche de primavera cuando Jesse usó el ordenador de Mick. El cielo estaba lleno de estrellas, promesa de un próximo día cálido y soleado.

En Washington eran las siete y media de una mañana muy fría de finales de otoño. Estaba nevando y ya había partes del río Potomac que se estaban helando. En la tercera planta subterránea de la Agencia de Seguridad Nacional, en las instalaciones militares de Fort Meade, el agente Floyd Moharic, ataviado con su traje arrugado de color gris con la corbata a juego, estaba a punto de concluir su turno de ocho horas delante de una pantalla en una habitación, tenuemente iluminada, repleta de la última tecnología para la interceptación de conversaciones a través de correos electrónicos o para piratear los sistemas operativos informáticos de cualquier parte del mundo. Alto y delgado, con el pelo oscuro muy corto y una mirada pensativa, Floyd y una célula de agentes trabajaban en la habitación 90, en turnos rotativos, a la espera de que una combinación de palabras en específico apareciera en uno de los monitores. Muchos agentes habían pasado por allí, justo hasta que la Agencia Central de Inteligencia trasladó la investigación a la supersecreta Agencia de Seguridad Nacional después del once de septiembre, pero las palabras nunca aparecieron. Ni por radio ni por código Morse o por cualquier otro medio desde que esa investigación comenzara, justo después de la segunda guerra mundial. Nadie sabía a qué hacían referencia dichas palabras, ni tan siquiera si existían. Para el actual grupo de jóvenes agentes cuya misión consistía en esperar las famosas palabras, su situación era comparable a la de sentarse bajo el radiotelescopio SETI (Búsqueda de Inteligencia Extraterrestre) a aguardar a que un pequeño hombre verde nos llamara desde el espacio. Pero lo que sí sabían los agentes, existiera o no dicha combinación de palabras, era que resultaban vitales y prioritarias para la seguridad nacional. Y si algún agente metía la pata, no solo suponía el final de su carrera, sino también una sentencia inculpatoria de cárcel por negligencia en el cumplimiento del deber. Por lo que los agentes se tomaban muy en serio su turno de trabajo. Sin embargo, los agentes que asignaban a la habitación 90 tenían que admitir que era un buen destino y que les otorgaba la posibilidad de leer o estudiar un poco, además de tener todas las comidas incluidas, que les dejaban en la puerta.

El agente Moharic se estiró, bostezó y comprobó el reloj situado encima de la puerta, que marcaba la hora de Washington. Otra hora y, si las carreteras no estaban heladas, podría volver a casa en pocos minutos y meterse en la cama con su manta

eléctrica al máximo. Dormiría hasta primera hora de la tarde, luego tenía una cita con una chica de la embajada británica. Estaba planeando qué hacer en la cita, si ir a ver una película de autor cerca de Logan Circle o algo más comercial en algún cine del centro, cuando el agente Moharic a punto estuvo de caerse de la silla.

El monitor al que miraba se iluminó de repente y empezó a sonar una alarma instalada en la pared. Todos los paneles de control de la habitación se encendieron y una gran pantalla azul, conectada con un satélite de posicionamiento global, comenzó a apuntar hacia todos los países dibujados en la pared. El monitor del agente Moharic se apagó por un instante, después se encendió con cinco líneas rojas que parpadeaban simultáneamente:

Alerta.
El proyecto Piggie de Tesla.
Alerta.
El proyecto Piggie de Tesla.
Peligro, peligro.

Durante un segundo, el agente Moharic miró boquiabierto la pantalla sin dar crédito.

—¡Oh, mierda! —exclamó. Y de inmediato se ciñó al procedimiento.

Pulsó todos los interruptores y botones para grabar lo que sucedía y avisar a la agencia de que había una alerta relacionada con el proyecto Piggie. Tecleó el código que activaba el satélite que debía localizar dónde se había producido la transgresión. Después, cerró bien la puerta y apagó la sirena. Una vez que puso orden, el agente Moharic cogió el auricular del teléfono rojo que estaba junto al monitor y rápidamente marcó un número en silencio.

—Bousseal —respondió una voz apagada y fría al otro lado.

—Señor, ha saltado la alarma del proyecto Piggie. Se ha producido una infracción.

—Voy para allá.

El despacho del secretario Clay E. Bousseal se encontraba varias plantas por encima de la habitación 90. Por medio de su ascensor privado, llegó a la sala acompañado del jefe de sección Hoyle Creelman en un minuto y siete segundos. El secretario Bousseal era delgado y tenía el pelo oscuro y una cara huesuda e inexpresiva. El jefe de sección Creelman era más fornido, de cara rellenita y pelo rubio. Con sus trajes grises y sus chalecos, formaban una pareja formidable. El secretario se dirigió directamente hasta donde permanecía sentado el agente Moharic y

miró con fijeza el mensaje que aparecía de manera intermitente en la pantalla.

—¿Esto acaba de ocurrir? —preguntó.

—Sí, señor —respondió el agente Moharic.

—¿Nos ha dado ya una posición el GPS?

—Está triangulando, señor.

Un folio empezó a salir por la impresora. El agente Moharic lo cogió de la bandeja de salida y se lo pasó a Bousseal.

—Léalo —ordenó el secretario.

—Sí, señor. —El agente centró su atención en el folio—. Señor, la infracción se ha cometido en Australia.

—¿Australia? —refunfuñó el jefe de sección Creelman—. Así que ese bastardo de Tesla estuvo por allí. ¿Dónde, agente Moharic?

—Newcastle, señor. Es una ciudad del estado de Nueva Gales del Sur, a unos ciento cincuenta kilómetros al norte de Sídney.

—No se moleste —dijo el jefe de sección—. Nunca he oído hablar de ese sitio.

—Yo sí —señaló Bousseal—. La Fuerza Aérea australiana tiene una base allí, en Williamtown.

—La triangulación final se está imprimiendo ahora, señor —anunció el agente Moharic. Cogió el segundo folio impreso—. Señor, la señal procede de una casa en la avenida Fenton, Newcastle, en una zona de esa ciudad llamada Bar Beach. El ordenador de origen pertenece a Michael Andrew Vincent. Es electricista. Es un PC básico con sistema operativo Windows.

—Me pregunto cómo ese hijo de puta ha podido llegar al proyecto Piggie —dijo el jefe de sección Creelman.

—Ni lo sé ni me importa —contestó Bousseal, serio. Se giró hacia el agente Moharic—. Pero tan pronto como lo averigüe, usted y dos agentes de campo tomarán un avión privado de la agencia y viajarán a Williamtown esta misma tarde para zanjar este asunto.

—Sí, señor. ¿A qué lugar solicito la extradición del tal Vincent, señor? ¿Egipto? ¿Turquestán? ¿Guantánamo?

—Olvídese de la rendición extraordinaria —dijo Bousseal—. Lo quiero muerto.

—Con todas las de la ley —sentenció Creelman.

—Y a cualquier otra persona que se encuentre con él —añadió el secretario.

—¿Qué les diré a los australianos, señor? —preguntó el agente.

—Eso déjenoslo a nosotros —respondió el jefe de sección—. Si preguntan algo, tendremos preparada una inexactitud terminológica.

—Sí, señor.

—Por el momento —ordenó el secretario Bousseal—, quédese aquí mientras organizo al equipo que lo acompañará.

—Sí, señor.

Clay E. Bousseal y Hoyle Creelman dejaron al agente Moharic y se dirigieron al ascensor privado del secretario. La puerta se cerró y Hoyle se volvió hacia su superior, el secretario de la Agencia de Seguridad Nacional, que apretaba el botón de su planta.

—Clay —dijo—, me expongo a parecer un ignorante, pero ¿qué es exactamente el proyecto Piggie?

Su jefe lo escrutó con la mirada.

—Nadie lo sabe a ciencia cierta, Hoyle —respondió con seriedad—. Lo único que sabemos es que, si alguna vez se destapa, todos nos iremos a la mierda.

Eran las ocho de la mañana de un martes cuando Mick se despertó y reparó en que Jesse se había marchado. Visitó el baño, se puso su Speedo y emprendió el camino hacia la cocina para poner a hervir agua. De repente, escuchó un graznido nervioso procedente del otro lado de la puerta mosquitera. —Está bien —dijo Mick—. No os desesperéis.

Mick cogió un trozo de fruta y pan de muesli, lo desmigó en su mano y abrió la puerta. Salió al porche; Ike se posó en su mano mientras que Tina esperaba junto a su plato.

—Hola, Ike —saludó sonriente el electricista—. ¿Cómo estás, compañero?

El pajarillo abandonó la mano de Mick cuando este puso el pan en el plato. Entonces, los dos pajaritos le dedicaron una breve mirada y comenzaron a picotear. Mick dejó que comieran y echó un vistazo a los minás muertos, que estaban cubiertos de hormigas y moscas. *Eso es lo que debo hacer, pensó para sí mismo, deshacerme de los cadáveres y cortar el césped… Por otra parte, qué necesidad tengo de cargarme tanto la agenda. Habrá tiempo de sobra para hacerlo en otro momento*. Mick volvió dentro, encendió la radio y el hervidor y desayunó algo ligero cerca de sus dos pajaritos. Mientras observaba distraídamente a Ike y Tina a través de la ventana, degustaba el desayuno y meditaba sobre la visita de Jesse ayer por la noche.

El hallazgo de los dos maletines y su contenido fue inesperado y sorprendente, por no decir otra cosa. Y si él y Jesse habían descubierto algún tipo de arma diabólica de destrucción masiva, tenían que informar al gobierno. Pero conociendo al gobierno y al ejército, era mejor que nadie lo supiera. Lo que quizá pusiese en peligro sus vidas. Por otro lado, no podían dejar las cosas así, sin más, si existía la posibilidad de que medio mundo explotase por los aires. Mientras masticaba metódicamente un trozo de tostada con mermelada, se dio cuenta de que él y su novia estaban sin querer en un problema bastante delicado.

Fuera hacía un día estupendo y la suave brisa de la mañana seguía soplando en la costa. Mick se terminó el desayuno, se vistió con sus pantalones cargo azul oscuro y una camiseta. Después, cogió su bañador largo, ya seco, del porche y se dirigió hacia la furgoneta. Su equipo de bodysurf seguía en el maletero. Condujo hasta la playa y aparcó en el mismo sitio que el día anterior. En un santiamén, estaba deslizándose sobre la primera ola del día.

Mientras Mick disfrutaba del mar practicando un poco de deporte en Bar Beach, el agente Moharic viajaba a Australia en un avión Gulfstream con dos agentes más jóvenes, ninguno tan alto como él: Orrin Coleborne y Steve Niland. Debido a una tormenta repentina procedente de Boston, el aeropuerto de Washington tuvo que cerrar temporalmente y su salida se retrasó tres horas. Después de repostar en Hawái, esperaban llegar a Williamtown la noche del jueves, hora australiana. Ya que se trataba de una misión secreta, los tres hombres estaban contentos de poder llevar cazadoras, vaqueros, pantalones de algodón o deportivas y felices de descansar de un Washington bloqueado por la nieve. Ninguno de los agentes había estado antes en Australia. En la base aérea de Williamtown les recibiría a su llegada un experimentado agente de la NSA destinado en Australia: Zimmer Sierota. Todos conocían la relevancia de la misión. Les habían dado tres días para cumplirla. La «inexactitud terminológica» era que estaban comprobando la seguridad del puerto de Newcastle, pues se esperaba la llegada de dos buques de la Séptima Flota de Estados Unidos.

A los cuarenta y cinco minutos de haber salido de Honolulu, los tres agentes estaban terminando su comida, unos bocadillos, y charlando distendidamente entre ellos antes de dormirse lo que quedaba de vuelo. Al igual que el resto de agentes de la Agencia de Seguridad Nacional, estos se tomaban muy en serio sus carreras y nunca cuestionaban las órdenes recibidas. No obstante, cualquier agente que hubiera pasado un tiempo trabajando en la habitación 90, en alguna ocasión habría adoptado una actitud ambivalente o burlona ante ese trabajo.

El agente Coleborne se tragó el último trozo que le quedaba de su sándwich de jamón y queso y se terminó su zumo de piña; luego, se giró hacia los demás.

—Sinceramente, tíos —dijo—, cargarme a un gilipollas no me importa. Pero ¿cómo me voy a tomar en serio algo que se llama proyecto Piggie? Quiero decir, ¿de qué estamos hablando? ¿La cerdita Piggy que se ha escapado de los *Teleñecos*? ¿El cerdito tartamudo Porky? Venga ya.

—Ey —repuso el agente Moharic—. Yo estaba presente cuando salió en la pantalla. Bousseal montó el numerito igual que si fuera un ataque nuclear inminente.

—¿Alguno sabe qué es lo que estamos buscando? —preguntó el agente Niland—. Me refiero, ¿a qué…?

El agente Moharic negó con la cabeza.

—Steve, nos han dicho que no estamos buscando nada. Simplemente nos tenemos que cargar a un tío. Un electricista. Y Bousseal recalcó que hiciéramos el trabajo y que

no la fastidiásemos. Vosotros estuvisteis en la última sesión informativa.

—Sí. Pero ¿por qué toda esta mierda de agentes secretos? —El agente Niland tenía acento tejano—. ¿Por qué no simplemente pegarle un tiro al tipo y largarse?

—Por lo visto, Sierota tiene un plan —apuntó Moharic.

—Ey —dijo el agente Coleborne—, ¿hay posibilidad de prolongar esto unos cuantos días más? En el sitio al que vamos están a 26º C. Se supone que en Australia hay unas playas fantásticas. Y para esta misión tenemos un presupuesto increíble.

—Sí. ¿Y sabéis dónde acabarán nuestros culos si la cagamos? —dijo el agente Moharic.

El agente Coleborne rápidamente cambió de opinión.

—Sí, tienes razón —reconoció.

—¿Por qué siempre has de darle la puntilla a todo, Floyd? —dijo el agente Niland —. La habitación 90 era un buen destino. Tengo hecha desde la semana pasada mi declaración de la renta.

El agente Moharic negó con la cabeza mientras se limpiaba la boca con una servilleta de papel.

—Chicos, voy a leer un rato y luego dormiré un poco. Despertadme cuando lleguemos a Australia.

• • • • •

Mick estuvo haciendo surf hasta que el viento cambió de dirección hacia el este y varias carabelas portuguesas empezaron a aparecer entre las olas. Salió del agua, se dio una ducha y charló con un amigo del cuerpo de bomberos. Después cogió la furgoneta y condujo hasta llegar a casa. Tras beberse una botella entera de agua y picar algo de fruta, Mick se cambió de ropa, se puso una camiseta y unos bermudas y sacó el cortacésped del garaje. Segó la hierba de los dos jardines, el delantero y el trasero, y ya que estaba, hizo un poco de limpieza alrededor de la casa y lavó la furgoneta por fuera. Cuando hubo terminado, en mitad del garaje había un viejo televisor, una minicadena, cojines, ropa, un colchón y otros objetos a la espera de ir al punto limpio. Y tres bolsas de basura llenas, listas para hacer un viaje hasta el contenedor de la obra que había al final de la calle. Tras otra ducha y un afeitado, Mick se cambió de ropa (optó por sus pantalones cargo), preparó unos bocadillos con lo que quedaba de pollo y se los comió acompañados por un café. Una vez que hubo acabado, decidió que había llegado el momento de llamar a Jesse.

—Hola —respondió una voz risueña al otro lado del teléfono—. Librería El Ojo que Todo lo Ve.

—Hola, soy yo —dijo Mick—. Solo te llamaba para decirte que no volveré a dirigirte la palabra.

—Me parece justo —contestó Jesse—. ¿Qué es lo que he hecho esta vez?

—Dejarme solo esta mañana. Me quedé destrozado.

—Bueno, ¿qué esperabas? Solo fui a lo que fui.

—Gracias —repuso el electricista.

—Entonces, ¿cómo estás, semental? —preguntó Jesse—. ¿Qué has estado haciendo?

—Ha sido una mañana dura, mami, eso te lo puedo asegurar. —Mick le contó a su novia en qué se había empleado desde que volvió de la playa—. Incluso he tirado el póster de Hannibal Lecter que tanto odiabas.

—Bien hecho. Me daba escalofríos —apuntó ella—. Y hablando de escalofríos, he pasado por el taller esta mañana de camino a casa y le he echado un vistazo al Maxwell.

—¿Sí? —preguntó él.

—Sí. Vaya, no sabía nada de ese tal Neville. Ha sido un poco… Oye, ¿eso que llevas en el bolsillo es una llave inglesa, Neville, o es que te alegras de verme?

—¿Has visto alguna vez a su mujer? —preguntó Mick—. Hace que, a su lado, tú parezcas Catherine Zeta-Jones.

—Pero ¿qué dices? —respondió ella—. Yo ya me parezco a Catherine Zeta-Jones.

—Sí. No nos desviemos del tema.

—¡Ja, ja! Qué coche tan maravilloso, Mick.

—Sí, ¿verdad? Cuando lo conduzca, puedes llevar una pamela y un miriñaque, y yo llevaré un sombrero canotié.

—Sí, vale —dijo ella—. He visto los dos compartimentos en la parte trasera. Y los agujeros de bala. Es todo tan extraño…

—¿A que sí? —añadió él—. Escucha, Jesse —dijo con una voz seria—, le he dado vueltas a lo de ayer por la noche. Y estoy un poco preocupado.

—Sí. Sé a lo que te refieres —señaló ella—. Y tengo una idea.

—¿En serio?

—Sí. ¿A qué hora vas a recoger el Buick?

—A última hora de la tarde —respondió él.

—Bien, cuando lo hagas, ¿por qué no te vienes a la tienda y hablamos un poco?

—Vale. —De repente, Mick escuchó de fondo croar a la rana.

—Hola —dijo Jesse—. Creo que tengo un cliente. ¿Te veo esta tarde?

—Sí. Hasta luego, Oz.

Mick colgó y se quedó observando el teléfono distraídamente durante un rato. *Bueno, ¿qué hago ahora?*, pensó para sus adentros. Miró la hora en su reloj. *Supongo que cuando acabe de pasar el aspirador por el comedor y ordenar mi habitación, será el momento de ir a recoger el coche.*

Con la limpieza de la cocina, Mick dio por terminadas las tareas de la casa. Después, se puso una camiseta de algodón gris suelta y llamó a un taxi.

El coche llegó puntual, no había mucho tráfico y enseguida se personó en el taller de los hermanos Nise. El electricista estaba encantado de ver su querido Buick listo en mitad de la entrada. Cuando entró, le recibió la cacofonía de ruidos habituales y sonando a todo volumen de fondo la canción *Everything I'm Not*, de The Veronicas. El Maxwell estaba más retirado, en el lugar que antes ocupaba el Buick. No había ni rastro de Neville. Pero Jimmy se encontraba debajo de una plataforma elevadora, observando con una linterna las entrañas de un Holden Rodeo. Se percató de la llegada de su cliente, pero le habló sin mirarlo.

—Hola, Mick —dijo Jimmy—. ¿Qué tal?

—Bien, gracias, Jimmy —contestó él—. He visto que el Buick está preparado.

—Sí. Preparado y esperando.

—¿Cuánto te debo? —preguntó Mick.

—Eso con Neville. Está en la oficina. —El mecánico negó con la cabeza mientras seguía con la mirada clavada en la parte de abajo del Rodeo—. ¿De qué estaba hablando este subnormal? No hay ninguna maldita fuga de aceite.

Mick se dio cuenta de que Jimmy estaba muy concentrado en su tarea.

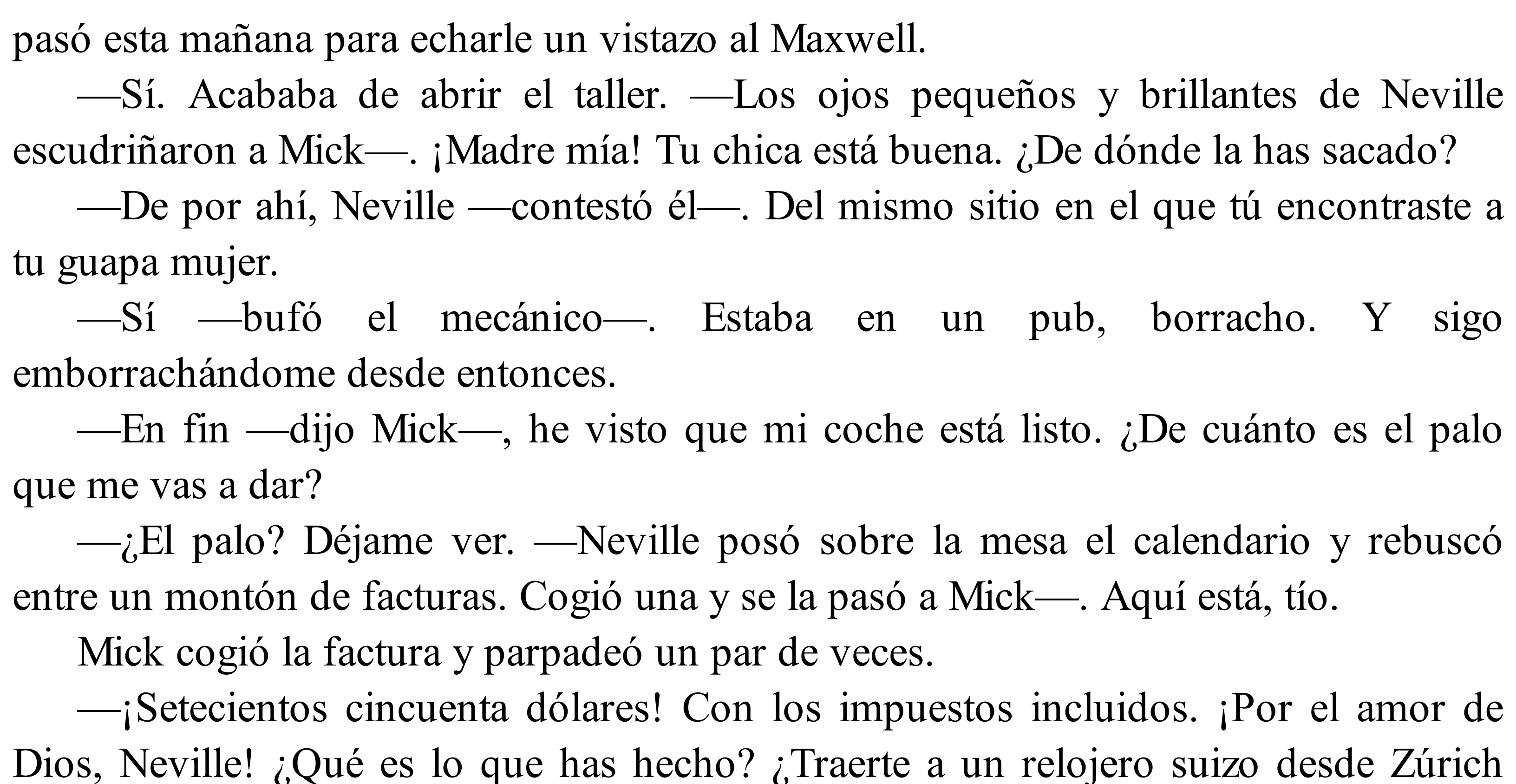
—Iré a ver a Neville.

—Vale —gruñó Jimmy.

Se dirigió a la oficina y entró. El hermano de Jimmy, incluso más grande y feo que él, estaba sentado tras el escritorio, vestido con un mono azul grasiento, comiéndose con los ojos un calendario de chicas que acababa de sacar de un sobre grande. Alzó la mirada y, al ver a Mick, esbozó una sonrisa de medio lado, dejando al descubierto algún diente.

—Michael, tío —dijo—. ¿Cómo estás?

—Bien, gracias, Neville —respondió el electricista—. Jesse me ha dicho que se



pasó esta mañana para echarle un vistazo al Maxwell.

—Sí. Acababa de abrir el taller. —Los ojos pequeños y brillantes de Neville escudriñaron a Mick—. ¡Madre mía! Tu chica está buena. ¿De dónde la has sacado?

—De por ahí, Neville —contestó él—. Del mismo sitio en el que tú encontraste a tu guapa mujer.

—Sí —bufó el mecánico—. Estaba en un pub, borracho. Y sigo emborrachándome desde entonces.

—En fin —dijo Mick—, he visto que mi coche está listo. ¿De cuánto es el palo que me vas a dar?

—¿El palo? Déjame ver. —Neville posó sobre la mesa el calendario y rebuscó entre un montón de facturas. Cogió una y se la pasó a Mick—. Aquí está, tío.

Mick cogió la factura y parpadeó un par de veces.

—¡Setecientos cincuenta dólares! Con los impuestos incluidos. ¡Por el amor de Dios, Neville! ¿Qué es lo que has hecho? ¿Traerte a un relojero suizo desde Zúrich para que hiciese el trabajo?

—Mick —contestó el mecánico sin inmutarse—, ¿tú sabes lo que nos ha costado sacar esos dos viejos platos de presión del embrague? He tenido a dos mecánicos trabajando horas extras para que pudieras tener tu Buick en la carretera hoy. Aparte del servicio de remolque, nosotros no hemos hecho nada.

—Sí, vale… —murmuró Mick. Sacó su talonario de cheques y tomó asiento frente a Neville—. De todas formas, funciona otra vez. Eso es lo importante.

—No solo eso. —El mecánico sonrió—. Además, tu antiguo plato de presión está de camino para que lo suelden y, antes de que te des cuenta, tu bella dama y tú estaréis conduciendo dos coches antiguos. Y formaréis una pareja estupenda.

—Sí, y Jesse tendrá que pagar la gasolina. —Mick negó con la cabeza mientras rellenaba el cheque—. Setecientos cincuenta pavos. No me lo creo.

Arrancó el cheque y se lo dio a Neville. Este puso el sello de «pagado» en la factura y se la entregó a Mick.

—Un placer, como siempre. —El mecánico esbozó una sonrisa.

—Sí. Lo mismo digo —masculló el electricista.

—Esa es la razón por la que siempre acudes a nosotros. —Neville le guiñó un ojo —. ¿Quieres un calendario?

—No, gracias. —Mick se puso de pie y se guardó en el bolsillo el talonario—. ¿Dónde están las llaves?

—¿Las llaves? Debajo del parasol.

Mick estaba a punto de despedirse y de decir que seguirían en contacto, cuando uno de los carroceros se asomó por la puerta.

—Ey, Neville —dijo—, el compresor se ha vuelto a atascar.

—¡Mierda! —masculló el mecánico—. ¿Qué ha pasado ahora?

Pensando que sería tan buen momento como cualquier otro para marcharse, Mick dejó a Neville discutiendo con el carrocero y puso rumbo hacia donde estaba aparcado su Buick.

Más allá de los setecientos cincuenta dólares, los labios de Mick dibujaron una sonrisa en cuanto se puso detrás del volante y su nariz inspiró el peculiar olor a curtido que solo podía encontrarse en los coches vintage. La sonrisa rápidamente dio paso a una más amplia, de oreja a oreja, cuando introdujo la llave en el contacto, encendió el motor de arranque y el viejo Buick rugió. *Oh, sí*, dijo para sí mismo. Mick se rió entre dientes al sentir bullir el gran motor de ocho cilindros en línea bajo el capó. Dejó que se calentara; luego, con suavidad metió la primera, soltó el embrague y se unió al tráfico de la tarde.

Mick sabía que se trataba de vanidad rayana con la ostentación, pero no podía evitar fijarse en las miradas que le dedicaban los otros conductores y peatones cuando pasaba junto a ellos con su Buick amarillo chillón. Con frecuencia, le solían sonreír y guiñar un ojo; Mick les devolvía siempre la sonrisa o el guiño. Llamaba la atención. Cruzó Kooragang y estaba surcando la carretera cuando redujo a segunda e hizo sufrir un poquito a su vehículo al subir por el puente Stockton. Finalmente, aparcó el Buick en la entrada de la casa de Jesse, apagó el motor y salió.

—Hola, tío —dijo sonriente según pasaba la mano con cariño por el techo del coche y le daba una palmadita—. No sabes lo que te he echado de menos. —Silbando con alegría, Mick cerró su puerta y se dirigió a la parte delantera del establecimiento.

El electricista oyó a la rana croar cuando entró. Vestida con unos vaqueros y una camiseta azul que decía «La magia existe», Jesse salió de detrás del mostrador y se encontraron a medio camino.

—Hola, cariño —lo saludó ella, abrazándolo.

—Hola, Jesse —respondió él—. ¿Qué tal?

—Bien —contestó ella—. Mejor cuando te veo, mi macho.

Mick clavó su mirada en Jesse por un momento, después, se separó de su abrazo.

—¿Qué te traes entre manos?

—¿Que qué me traigo entre manos? —repitió ella—. Qué bonito lo que me dices. Te muestro un poco de cariño y afecto, ¿y qué es lo que recibo a cambio? «¿Qué te traes entre manos?». ¡Dios santo! Qué bonito.

—Lo siento, Oz —se disculpó él—. Es que te conozco.

La librera alzó la mirada hasta él durante un segundo.

—Tienes razón —afirmó ella—. Coge una silla.

Jesse tenía dos taburetes en la tienda. Uno para los clientes y otro para ella. Mick se sentó en el que quedaba frente al mostrador. Ella lo rodeó y tomó asiento, de forma que quedasen el uno frente al otro.

—De acuerdo —dijo él—, dime.

—Lo primero es lo primero —repuso ella—. ¿Ya tienes el coche?

—Sí —afirmó él.

—¿Funciona todo bien?

Mick posó sus manos sobre las de su novia.

—Sí. Contigo y con el Buick, mi vida está llena nuevamente.

—Bien. —Jesse le sonrió—. ¿Te gustaría llevarlo más tarde a dar una vuelta por el campo?

—¿Por el campo? —preguntó Mick—. ¿Por dónde?

—Por Muswellbrook.

—¿Muswellbrook?

—Sí —contestó ella. Lo miró directamente a los ojos—. Mick, he estado leyendo más cosas del diario. Y he estado pensando.

—No eres la única —señaló él.

Mick le contó a Jesse qué era lo que se le había pasado por la cabeza. Ella lo escuchó atentamente y estuvo de acuerdo en todo lo que su novio le dijo.

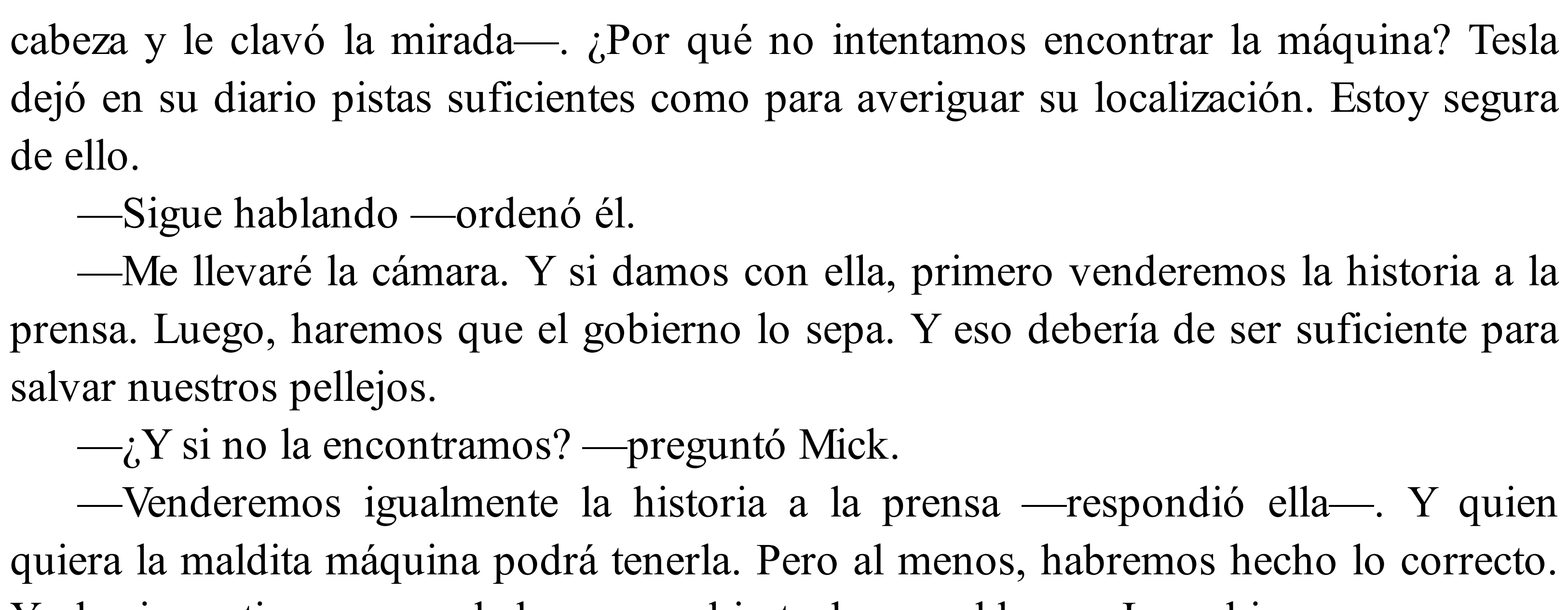
—El gobierno australiano será todo lo malo que tú quieras —repuso ella—, pero imagínate qué pasaría si esos yanquis paranoicos a los que les entusiasman las bombas se enteran de lo que hemos descubierto.

—Sí —afirmó él—. Se lo guardarían para ellos mismos. Y nadie más volvería a saber de nosotros.

—Exacto —asintió ella—. Pero como has dicho, no podemos quedarnos con los brazos cruzados.

—No. No podemos.

—Por tanto, lo que propongo, Mick, es esto. —Jesse inclinó hacia un lado la



cabeza y le clavó la mirada—. ¿Por qué no intentamos encontrar la máquina? Tesla dejó en su diario pistas suficientes como para averiguar su localización. Estoy segura de ello.

—Sigue hablando —ordenó él.

—Me llevaré la cámara. Y si damos con ella, primero venderemos la historia a la prensa. Luego, haremos que el gobierno lo sepa. Y eso debería de ser suficiente para salvar nuestros pellejos.

—¿Y si no la encontramos? —preguntó Mick.

—Venderemos igualmente la historia a la prensa —respondió ella—. Y quien quiera la maldita máquina podrá tenerla. Pero al menos, habremos hecho lo correcto. Y al mismo tiempo, nos habremos cubierto las espaldas. —Jesse hizo una pausa—. ¿Tiene sentido, Mick?

—Creo que sí —contestó él—. Si salimos en las noticias, le resultaría un tanto complicado a cualquier persona hacernos desaparecer. ¡Ey! Incluso podríamos acabar convirtiéndonos en héroes nacionales.

—A lo mejor —dijo ella—. Y también ganaríamos algo de dinero. Merecidamente, supongo. —Jesse sonrió.

—¿Y si encontramos la máquina y la hacemos funcionar? —preguntó el electricista.

—Bueno, en ese caso, cariño —contestó ella—, no tendremos que preocuparnos por nada, porque nuestros culos estarán flotando por algún lugar entre Júpiter y Marte.

Mick le dedicó una sonrisa a su novia, que seguía sentada detrás del mostrador.

—Siempre hallas una forma maravillosamente simple de decir las cosas, ¿verdad, oh, océano de sabiduría?

—Lo intento. —Le devolvió la sonrisa.

—De acuerdo —dijo Mick—. Me has convencido. ¿Cuándo quieres que nos pongamos en marcha?

—Mañana por la mañana. Sobre las ocho —propuso ella—. Y volveremos el lunes. Mi madre se hará cargo de la librería mientras estemos fuera.

—Muy bien.

—Quédate aquí esta noche. Compraremos un pollo asado y prepararé una ensalada. Y si te portas bien —sonrió—, puede que te entregue mi cuerpo joven y tierno.

Mick alzó las cejas.

—¿Te pondrás el uniforme de colegiala?

—¿Qué me dices del uniforme de enfermera y tú el de malvado doctor?

—Yuju —dijo él—. Me encantaría. Vale. Ahora iré a casa. Para cuando recoja algunas cosas y vuelva, será la hora de la cena.

—Estupendo —respondió ella. Mick estaba a punto de irse cuando Jesse pareció sentirse herida—. ¿No se te olvida algo? —preguntó y puso morritos.

—Perdóname, tesoro. —El electricista se inclinó sobre el mostrador y le dio un beso cariñoso y delicado en la boca.

Por alguna razón, el beso se hizo más intenso. El siguiente paso fue que Jesse coló su lengua dentro de la boca de Mick y él coló una mano por debajo de la camiseta de ella. En plena acción, la rana croó desde la puerta. Se detuvieron en seco y se quedaron el uno al lado del otro mientras un joven rubio, vestido con un mono gris, se acercaba hacia el mostrador.

—¿Sí? —lo atendió Jesse con una sonrisa, pasándose una mano por el pelo—. ¿En qué puedo ayudarlo?

—¿Tiene algún libro de Charles Bukowski?

—Sí —contestó ella. Señaló hacia una parte de la librería—. Allí están *Cartero* y *Erecciones, eyaculaciones, exhibiciones*. ¿Qué es lo que buscaba?

—*Guerra sin cesar*.

—Podría tenerlo la semana que viene.

—Vaya, sería genial. —El joven, enfundado en un mono de trabajo, esbozó una sonrisa de oreja a oreja—. Gracias.

—Será mejor que me vaya —dijo Mick.

—Vale. —Jesse seguía sonriendo—. Nos vemos.

Difícilmente Mick podría haberse sentido más feliz que cuando paró el coche en la entrada de su casa. El Buick funcionaba perfectamente, daría una vuelta con él por el campo, en compañía de Jesse, y no habría ningún problema. Mick no confiaba mucho en que fueran a encontrar la máquina del juicio final de Tesla después de tanto tiempo, pero en lo que sí que estaba de acuerdo con su novia era en que tan solo la historia del diario encontrado en el viejo coche podría venderse a la prensa por una buena suma de dinero. Hasta el programa de televisión *60 Minutos* estaría interesado. Si la historia tenía una repercusión mundial, él y Jesse podrían ganar mucho dinero.

Los Wardleys, los vecinos de Mick de la casa de la izquierda, estaban de viaje en

Tasmania, por lo que fue directamente a ver a la señora Parsons, la vecina de la derecha. A Mick le caía bien la señora Parsons y la había apodado señora Doubtfire. A su marido Reg le gustaba ir a jugar a los bolos algunas tardes, luego se emborrachaba con sus viejos compañeros y Rose tenía que salir a buscarlo y traerlo de vuelta a casa. Algunas veces, si Reg iba a jugar a las tragaperras y perdía todo el dinero, Rose tenía que pedirle ayuda a Mick para meter en casa a su marido. Silbando bajito, el electricista se acercó hasta la puerta de la señora Parsons y llamó al timbre. Unos segundos más tarde, la mujer abrió la puerta; llevaba una chaqueta de punto azul marino, sus habituales gafas de montura de alambre y el pelo gris recogido en un moño. Detrás de ella y procedente de la cocina, flotaba un delicioso aroma a cordero asado.

—Oh, hola, Mick —dijo ella alegremente—. ¿Cómo estás?

—Bien, gracias, Rose —contestó él—. ¡Caramba! Qué bien huele por ahí dentro.

—Sí. Estoy haciendo una pierna de cordero. Reg probablemente esté demasiado borracho cuando vuelva a casa como para comer demasiado. ¿Quieres un poco?

—No, gracias. Voy a cenar a casa de Jesse.

—Ah, vale.

—Oye, Rose —dijo Mick—, voy a estar fuera unos días. ¿Te importaría echar un vistazo a mi casa de vez en cuando?

—No, no. En absoluto, Mick —respondió la señora Parsons—. ¿Cuánto tiempo estarás fuera?

—Tengo pensado volver el domingo por la noche. Voy a ir a Muswellbrook.

—Qué bien. Es muy bonito en esta época del año. —La mujer esbozó una sonrisa en dirección a la entrada de la casa de Mick—. Veo que has recuperado tu coche.

—Sí. Voy a llevarlo de paseo. —Él señaló hacia la furgoneta—. El garaje está lleno de porquería ahora mismo. Así que, dejaré la furgoneta en la entrada.

—Vale. Reg le echará un ojo.

—Estupendo. —Mick charló un poco con la señora Parsons, luego la dejó cocinando y se fue a su casa.

Tomándose su tiempo, Mick programó el temporizador para que las luces y la televisión se encendieran de noche y se apagaran de día, borró todos los mensajes antiguos del contestador y, después, comprobó todas las cerraduras y se aseguró de que las puertas que daban al porche estuvieran bien cerradas. No pasarían mucho tiempo fuera. Pero Mick cogió más ropa porque, según la previsión meteorológica, el

tiempo iba a cambiar. Añadió un par de cosas, entre las que se incluían un libro y la radio de la cocina para escuchar las noticias, ya que la radio del Buick estaba estropeada y no fue capaz de arreglarla mientras el coche estuvo en el taller. Pero el reproductor de cedés funcionaba a la perfección, así que Mick se hizo con un buen número de discos para asegurarse de que dispondrían de un montón de música durante el viaje. Una vez que tuvo cuanto necesitaba y todo estaba en orden, Mick cogió su maleta y una bolsa de viaje pequeña, cerró la casa y se dirigió hacia el Buick. Después de sacar de la furgoneta una caja de herramientas, la colocó junto con su equipo en el espacioso maletero, echó el último vistazo alrededor, se sentó en el asiento del conductor y puso rumbo a casa de Jesse. Para cuando se detuvo a comprar un pollo asado a la parrilla y dos paquetes de seis de la cerveza favorita de Jesse, ya se había hecho de noche. Y para cuando aparcó su Buick en el jardín trasero de la casa de su novia y cerró la puerta, ya era la hora de la cena.

Aunque la librería ocupase más de la mitad de la planta baja de la casa, había una pequeña habitación que servía de almacén detrás de la tienda, además de una gran cocina con el cuarto de la lavadora pegado. Unas escaleras salían de ahí hacia un comedor espacioso en el que había un cómodo sofá beis, una nevera de bar, cuatro altavoces conectados al equipo de música y una televisión de pantalla panorámica. Y además de una terraza cerrada que daba a la calle Mitchell, había dos habitaciones y un cuarto de baño. A Jesse le gusta tener la cocina en el piso de abajo, porque así no se podía merodear por la nevera y atracarla continuamente, según sus propias palabras. En la parte trasera de la casa había un porche de madera, al que se accedía a través de una puerta mosquitera, rodeado de plantas de marihuana.

—¿Hay alguien en casa? —preguntó Mick al tiempo que llamaba a la puerta mosquitera. Entró cargado con su pequeña bolsa de viaje, la cerveza y el pollo.

Jesse estaba en la mesa de la cocina añadiendo guisantes cocidos a la ensalada de patata.

—No hay nadie aquí excepto nosotros, los pollos —canturreó ella sobre un aire de swing.

—Bueno, aquí hay un pollo del que te has olvidado, nena —repuso él, dejando lo que traía en las manos sobre la mesa de la cocina.

Jesse reparó en la cerveza.

—Oh, sí. Cantina —dijo—. Métela en la nevera, guapo. Y abre ahora mismo dos.

—Sí, señora. —Mick sonrió.

Hizo lo que la librera le había pedido. Luego, cada uno brindó por la salud del otro, soltando a la vez un sonoro eructo antes de intercambiar las anécdotas del día.

—¿Sabes? Estoy contento de que vayamos a Muswellbrook a intentar dar con una explicación para todo esto —señaló Mick.

—Sí. Yo también —contestó ella.

—¿Sigues creyendo que encontraremos el legado de Tesla?

Jesse se encogió de hombros.

—No nos queda otra que intentarlo. Pero ganemos, perdamos o empatemos, tenemos que sacar algo de dinero con esta historia.

—Cuántas cosas podríamos hacer con un poco de dinero extra —apuntó él.

—Ahí tienes razón —reconoció Jesse. Le dio un trago a la cerveza y eructó ligeramente—. Y bien, ¿qué harías con tu parte del botín, Mick?

—¿Yo? Comprarte un solitario que pondría celosa a la mismísima Elizabeth Taylor. Luego, pedirle a tu padre tu mano. ¿Qué más?

—¿Crees que te la daría después de aquella vomitona sobre el perro en el vigésimo primer cumpleaños de mi hermano?

—Lo hará si quiere más instalaciones eléctricas gratuitas. ¿Y qué me dices de ti?

—Mandar algo de dinero a Paul Watson de Sea Shepherd —respondió la librera con firmeza—. Y esperar a que hundiese esos malditos y podridos balleneros japoneses.

Mick alzó su botellín.

—Ahí estoy contigo, Oz.

Charlaron un rato y se bebieron dos cervezas más por cabeza. Después, Jesse decidió que era hora de comer. Se hizo con un cuchillo grande y troceó el pollo, luego dispuso sobre la mesa los cuencos con la ensalada de patata y la de lechuga, y todo ello lo regaron con dos botellines más. Terminaron el banquete con café, recogieron la mesa y fregaron los platos, y se pusieron a ver la televisión.

—¿Qué quieres ver, Oz? —le preguntó él según colocaba el último plato limpio y seco en el armario.

—*Deadwood*—respondió ella.

—¡Sí! —Se entusiasmó el electricista—. Por mí vale.

Jesse había cambiado dos viejas enciclopedias por la colección de seis deuvedés de la serie *Deadwood*. Era la serie más violenta, sexista, racista, depravada, cruel, malhablada y alcoholizada que pudieras imaginar. Pero las tramas no estaban mal, los

escenarios eran tan auténticos y los personajes tenían tanto carácter que Mick y Jesse lo veían de forma compulsiva. Se subieron las cervezas que les quedaban al piso de arriba, se acomodaron delante de la televisión para el episodio de aquella noche, titulado *Señor Wu*.

El señor Wu, el despiadado proveedor de carne chino, va al Gem Saloon para contarle a Al Swearengen, el propietario y el lerdo más retorcido y horrible de Deawood, que habían robado sus provisiones de opio. Al descubre quiénes son los responsables y hace que uno de ellos se tire por el balcón y ahoga al otro en la bañera, y con sus restos alimenta a los cerdos del señor Wu. La sencilla moraleja del capítulo, en medio de tantas palizas, tiroteos, tragos de whisky y lenguaje obsceno, era: si tocas el alijo de Al Swearengen, te convertirás en comida para gorrinos.

—Ey, Ossie —dijo Mick una vez que el capítulo hubo acabado y Jesse extrajo el deuvedé del reproductor—. ¿Qué crees que pasaría si entraras en el Gem Saloon y le pidieras a Al Swearengen una Coronita con una rodaja de lima?

—¿Que qué pasaría? —respondió Jesse—. Creo que sería muy divertido verte caminando por la calle principal de *Deadwood*con una escupidera como sombrero y una botella vacía de whisky sobresaliendo por el bolsillo de tu pantalón.

—Sí, tienes razón. —Mick soltó una risita—. Bien, ¿qué viene ahora? —preguntó él.

Jesse le dio un beso rápido a Mick en los labios.

—Quédate aquí —le ronroneó al oído—. Vuelvo enseguida.

La librera puso en la minicadena un cedé antiguo de las Supremes y se fue a su habitación. Mick estaba dándole un sorbo a su cerveza y dejándose llevar por la canción Baby Love, cuando apareció Jesse delante de él vestida con un cortísimo uniforme azul de enfermera, un liguero y unas medias de rejilla. Llevaba una pequeña cofia blanca en la cabeza y un reloj en el bolsillo superior delantero. Le pasó un estetoscopio a Mick para que se lo pusiera alrededor del cuello.

—¿Y cómo está esta noche, doctor Vincent? —le preguntó ella, contoneándose frente a él.

—¿Que cómo estoy? —dijo Mick, apoyando su cerveza en la mesa y colocándose el estetoscopio—. Muy enfadado con usted, enfermera Osbourne.

—¡Oh, Dios mío! —musitó Jesse—. ¿Qué es lo que he hecho?

—Ha sido una enfermera muy mala —contestó él—. Y creo que necesita un buen azote.

—Oh, es usted un médico cruel y horrible —dijo ella—. He sido una buena chica.

—Oh, no, no lo ha sido. Ahora, venga aquí, pequeña enfermera traviesa.

Mick puso a Jesse sobre su rodilla y cuando se le levantó el vestido, la vista que tenía delante de él, de su precioso trasero cubierto por unas bragas blancas de encaje, hizo que le entraran unas ganas irrefrenables de quitárselas a mordiscos. En vez de eso, le dio un azote. No demasiado fuerte. No demasiado suave. Con la fuerza suficiente para provocar que Jesse se riera tontamente y chillase, y le dijera al doctor Vincent la bestia cruel que era y que deberían echarlo.

• • • • •

Mientras Mick y Jesse jugaban a médicos y enfermeras, los agentes Moharic, Colebrone y Niland aterrizaban en la base aérea de Williamtown, donde les recibió el agente especial Zimmer Sierota. Al agente Sierota lo habían destinado a Australia hacía dos años. Pero el sol y el aire fresco no habían hecho que su rostro se oscureciera un poco o le dejara manchas o le diera un tono de color a su tez pálida y grasa. Plantado en la pista de aterrizaje, vestido con una camiseta de deporte verde y unos pantalones negros, con su pelo oscuro y grasiento moviéndose con el viento, tenía un aspecto más cercano al de un narcotraficante colombiano vicioso que al de un agente del gobierno de Estados Unidos. Sierota se había puesto en contacto previamente con la embajada de Estados Unidos en Canberra y todos los engranajes necesarios se habían engrasado y se había ejercido la presión correspondiente. De esta manera, la llegada de los agentes a Williamtown no era más que una simple formalidad. El único problemilla era que el comandante McKell, de Inteligencia Militar, quería que declarasen las armas que llevaban consigo y que le dijeran para qué necesitaban tres pistolas del calibre 45, una escopeta de pistón Remington M870 y trescientas balas de munición para inspeccionar el puerto, relativamente tranquilo, de Newcastle. Una vez que hubieron aterrizado, se subieron a un Jeep Cherokee negro con los cristales tintados conducido por Sierota, que les llevaría hasta su refugio en Redhead, dos calles más atrás del Webb Park.

El agente Niland se giró hacia el agente Moharic, sentado detrás de él, mientras recorrían ya de noche las calles de Newcastle.

—Sigue sin parecerme bien la manera en la que ese entrometido comandante australiano ha registrado nuestras pertenencias. ¿Y a qué se refería cuando ha dicho: «Vosotros, los *seppos*[1], no podéis realizar una misión de recopilación de datos sin

llevar vuestras pistolitas»?

—Yo no me enteré de nada de lo que dijo —respondió el agente Moharic—. ¿Por aquí todo el mundo habla igual de raro?

—¿Y cómo es que conducen por el lado equivocado de la carretera? —preguntó el agente Coleborne.

—No te preocupes por eso —gruñó Sierota—. Simplemente concéntrate en el trabajo que tienes que hacer. Os quiero de vuelta en casa el domingo.

El resto del camino lo hicieron en silencio hasta que se detuvieron delante de la entrada de un bungaló de cuatro habitaciones, bien cuidado, con una valla de ladrillo baja en la parte delantera y una cruz blanca sobre la puerta. Sierota pulsó el botón de un mando y una puerta de garaje a la derecha empezó a abrirse. Condujo el todoterreno hasta dentro, volvió a pulsar el mando, y la puerta se cerró detrás de ellos.

Después, los tres agentes salieron del coche y siguieron a Sierota a través de una puerta que conducía directamente a un salón enmoquetado en índigo. Había una televisión y unos sillones a juego. Pero la mayor parte del espacio estaba ocupado por un sistema informático de lo más moderno, un equipo de vigilancia y un codificador de satélites. Había una cocina, una habitación principal que era el salón y una habitación más pequeña amueblada con poco más que con una gran mesa de madera de pino y unas sillas. Los cuatro dormitorios y el baño se distribuían a lo largo de un pasillo que conducía hasta la zona delantera de la casa. La única decoración que había eran unas cortinas azules gruesas en las ventanas y algunas fotos de paisajes de Estados Unidos colgadas en las paredes. Sierota dejó que los tres agentes escogieran sus habitaciones y que organizaran su equipaje. Luego, los reunió en la sala de estar más pequeña. Allí, sobre la mesa de madera de pino, había una caja de zapatos negra junto a una pequeña pila de biblias. Les hizo tomar asiento y después él se puso de pie, presidiendo la mesa.

—Bien —dijo Sierota—. Seré breve. Os habéis fijado en las camisas blancas de manga corta que están colgadas en vuestros armarios, ¿verdad?

El agente Niland asintió mirando en dirección a las biblias.

—¿Eso significa que….?

—Sí. Si alguien os pregunta, sois mormones.

—Difundiendo la palabra de Jesús, nuestro señor y salvador —espetó sonriente el agente Coleborne.

—Va a volver, ¿sabes? —añadió el agente Niland.

—Pues asegúrate de que trae más hielo —dijo el agente Moharic—. Hay que enfriar las cervezas.

—Vale. Tranquilizaos —ordenó Sierota—. Vale, no hemos conseguido demasiada información sobre Michael Vincent, de hecho no tenemos ni una simple fotografía. Pero me las he apañado para descubrir un par de cosas sobre él. Por ejemplo, que conduce una furgoneta Volkswagen Transporter blanca con el logo «M y M Servicios Eléctricos» en los laterales. Vincent tenía un socio, Mark Brooks, quien falleció mientras hacían un trabajo el mes pasado. Apareció en el periódico local. En el funeral, se sentía mucho malestar y el hermano de Mark Brooks, Andrew, que ha estado en prisión, se opuso a que Vincent condujera la furgoneta de trabajo con el nombre de su hermano todavía ahí escrito. Dijo, y cito textualmente: «Tú mataste a mi hermano. Eres un cabrón, Vincent. Me gustaría hacerte volar por los aires en mil pedacitos, a ti y a tu furgoneta».

—¿Todo eso apareció de verdad en las noticias? —preguntó el agente Moharic.

—Sí, así es. —Asintió Sierota—. Así que, caballeros, esto es lo que vamos a hacer.

Sierota abrió la caja de zapatos y sacó una bomba. Se componía de poco más que un detonador, un mecanismo de relé y cuatro barras de gelignita. Dejó que cada uno de los agentes echara un vistazo antes de continuar hablando.

—Como podéis apreciar, comparado con lo que usamos en la actualidad, el mecanismo es bastante antiguo. Pero así es como lo queremos. Cuando el equipo de policías forenses acuda a inspeccionar los restos de la furgoneta de Vincent y encuentre lo que quede de un artefacto tan burdo como este, no cabrá ninguna duda de que Andrew Brooks es el culpable. Lo volverán a encarcelar. Y todos vosotros ya estaréis en casa. Caso cerrado y nada que nos relacione. —Sierota miró a su alrededor —. ¿Alguna pregunta, caballeros?

Los agentes se miraron los unos a los otros y se encogieron de hombros.

—Me parece bien —empezó Moharic.

—Es un buen plan —respondió Sierota.

—¿Cuándo quieres que le pongamos la bomba al vehículo del señor Vincent? —preguntó el agente Coleborne.

—Esta misma noche, pero más tarde —contestó—. Vive en una calle muy tranquila y no habrá nadie merodeando por los alrededores.

—¿Quieres que lo haga yo? —se ofreció el agente Niland.

—Tú eres el experto en explosivos, agente Niland —respondió Sierota.

—Lo tomaré como un sí —dijo este.

Sierota miró su reloj.

—De acuerdo, caballeros. Tenemos mucho tiempo. ¿Alguien tiene hambre?

—Yo —contestó el agente Coleborne.

—Hay café y leche condensada en la cocina —dijo Sierota—. Pediré una pizza. ¿De qué la queréis?

Mientras que el agente Sierota conducía hacia Redhead en el Jeep Cherokee, el oficial Laurie Blessing trabajaba en su oficina en la sede del Servicio de Inteligencia para la Seguridad Nacional de Australia, en Canberra. De pelo oscuro y bigote, el oficial Blessing hizo un buen trabajo desmantelando células terroristas y capturando radicales musulmanes. Pero al igual que sus compañeros oficiales, algunas veces se preguntaba por qué los sensibles corazones de los miembros de la prensa y de ciertos sectores del gobierno a ellos los trataban como si fueran los delincuentes y a los otros como si no fuesen los locos que quieren volar por los aires en trenes y autobuses. Justo cuando estaba inmerso en una investigación sobre un grupo que habían descubierto en Adelaida, e intentando averiguar qué significaba una frase en árabe, el teléfono empezó a sonar.

—Aquí Blessing.

—¿Oficial Blessing? Soy el comandante McKell, de Williamtown.

—Comandante McKell, ¿cómo está?

—Bastante bien. Escuche. Zimmer Sierota acaba de recoger a tres agentes de la Agencia de Seguridad Nacional de Estados Unidos procedentes de Washington.

—Continúe.

—La misión que les trae a Australia es velar por la seguridad del puerto de Newcastle, pues están pendientes de llegar dos buques de la Séptima Flota estadounidense.

—Que estará amarrada en el Golfo los próximos doce meses —explicó el oficial Blessing—. Cualquier permiso se hace en Italia.

—Eso es —dijo el comandante McKell—. Y además, por su armamento, yo diría que se traen algo entre manos.

—¿Se alojan en el bungaló de las biblias?

El comandante McKell asintió hacia el teléfono.

—Sí.

—Está bien. Haré que alguien los vigile. Gracias por avisarme, comandante McKell.

—De nada, oficial Blessing.

• • • • •

Con el estómago lleno de pizza marinara, el agente Niland, sentado frente al todoterreno, estaba bastante contento porque el agente Sierota los había llevado a los

tres a Bar Beach. No se sentía para nada nervioso con la caja de zapatos sobre su regazo. La caja era segura y, además, había hecho trabajos más duros y difíciles que este. Bar Beach les pareció una playa preciosa conforme pasaban junto a ella bajo el cielo estrellado, y la avenida Fenton estaba tan tranquila como un cementerio. Luego, el agente Sierota detuvo el Cherokee cerca de la farola que quedaba en la acera de enfrente de casa de Mick.

—Esa es la furgoneta, la que está en la entrada —dijo Sierota.

—Hay una luz encendida en la casa —apuntó el agente Moharic.

—No te preocupes —repuso el agente Niland—. Nadie oirá nada. —Les dedicó una sonrisa a los otros dos agentes—. Aunque sí que lo harán más tarde.

El agente Niland salió del coche y, con el agente Moharic detrás de él sujetando una linterna, cruzaron sigilosamente la calle hasta la furgoneta. En un santiamén, había abierto el capó y, bajo la tenue luz de la linterna, no tuvo ningún problema en encontrar el cable rojo de la bobina, el solenoide de arranque y el cable positivo de la batería. Minutos después, el agente Niland había conectado la bomba al vehículo y los cuatro agentes estaban de vuelta en el bungaló de las biblias.

• • • • •

Tras una noche de diversión y un erotismo sano del bueno, Mick y Jesse dormían plácidamente en la cama de matrimonio de la librera, en Stockton. Había sido una noche loca y como prueba de ello, tenían los botellines vacíos y los cedés desperdigados.

• • • • •

El oficial Blessing dormía con su mujer en su espaciosa casa unifamiliar en el centro de Canberra. Los niños estaban acostados, una rica cena lo había estado esperando en el microondas y su fantástica mujer le había proporcionado sexo a altas horas de la madrugada como postre.

• • • • •

En el bungaló de las biblias, todos habían caído profundamente dormidos sin remordimientos ni preocupaciones. Hacer volar por los aires en mil pedazos a un pobre joven inocente, y a cualquiera que coincida que pase por allí, no era nada

extraordinario para los agentes de la Agencia de Seguridad Nacional.

• • • • •

Sin embargo, bajo la tenue luz de la luna en Bar Beach, dos veinteañeros tatuados de arriba abajo no estaban durmiendo. Todo lo contrario. Vestidos con vaqueros y camisetas negras, el Gran Larry y el Pequeño Burnsie acaban de aparecer en Fenton desde Memorial Drive buscando un coche que robar. No les valía cualquier coche viejo. No. Necesitaban una furgoneta. Un cómplice que trabajaba en una tienda de artículos eléctricos en Kotara iba a dejar la puerta trasera de la tienda sin cerrar con llave, por lo que precisaban un vehículo que pudieran cargar hasta arriba. Habrían encontrado un coche antes, pero el Gran Larry quiso pasar por la casa de una madre soltera, traficante de drogas en Merewether, para beneficiársela. Y como era amigo de sus amigos, le preguntó a la madre soltera que si dejaba que el Pequeño Burnsie también se la beneficiara. Luego, después de acabar con casi todas las existencias de cerveza de la mujer y tras atacar la marihuana y el speed como si hubiera barra libre, se marcharon. Habían estado caminando alrededor de una hora cuando pareció que dieron con lo que estaban buscando.

—¿Qué me dices de esa furgoneta blanca de allí, Larry? —le susurró Burnsie—. Tiene baca y todo.

El Gran Larry le guiñó un ojo a su socio.

—Y aquí está el toro —dijo con suficiencia.

Después de comprobar las inmediaciones, los dos hombres se acercaron a la furgoneta de Mick. Burnsie se sacó de los vaqueros un trozo de metal plano y rápidamente forzó la puerta del lado del conductor. En cuanto el Gran Larry se coló dentro, abrió la otra puerta para Burnsie.

—Demasiado fácil —señaló el Gran Larry, tanteando por debajo del salpicadero con unas pinzas de cocodrilo. Burnsie se giró en su asiento.

—Ey. En la parte de atrás hay un montón de cosas que también podemos robar. Y un par de aletas nuevecito.

—Sí, señor Burnsie. Perfecto. Creo que estos son los cables correctos —dijo el Gran Larry—. Déjame que.…

El Gran Larry juntó los cables e instantáneamente una explosión terrible iluminó el cielo y tronó en todos los barrios de alrededor. Una lluvia de pedazos de metal ardiendo, tornillos, tuercas, cables y cristales cayó sobre las casas cercanas, junto con

los restos triturados de una colchoneta de bodysurf y dos aletas humeantes. Una rueda en llamas rodó desde el foco del incendio hasta la entrada de la casa de Mick, después, se tambaleó, giró a la derecha y se perdió calle abajo. Lo único que sintieron el Gran Larry y Burnsie antes de calcinarse fue un estallido repentino de un calor inimaginable. El brazo derecho de Larry y un retrovisor aterrizaron en el jardín delantero de la casa de los Wardleys y la pierna izquierda de Burnsie se estrelló contra el tejado de los Parsons, partiendo en varios trozos la antena de televisión. Aún medio borracho y roncando como un poseso, Reg Parsons no oyó nada. Con un oxazepan y un vaso de leche caliente circulando por su cuerpo, y con tapones en las orejas para así dormir mientras su marido roncaba, Rose Parsons tampoco escuchó nada.

• • • • •

Como madrugador nato, el oficial Blessing se levantó a las seis de la mañana para salir a correr circundando el lago Burley Griffin. Su esposa le preparó un saludable desayuno cuando regresó. Luego vio a los niños marcharse al colegio. Ahora ya estaba en la oficina. Mientras corría, había decidido quiénes serían los dos oficiales, radicados en Sídney, a los que encargaría la vigilancia de los estadounidenses: Kerrie Ryman y Craig Cozens. Ambos eran de fiar y los habían ascendido recientemente. El oficial Blessing tenía sobre su escritorio sus expedientes. La oficial Ryman, de Rose Bay, era una mujer enjuta de treinta y dos años, con el pelo castaño rebelde y los ojos marrones, y que se había roto la nariz en un accidente de coche. El oficial Craig Cozens, de treinta y cuatro años, de Warriewood, tenía el pelo oscuro y los ojos color avellana, le gustaba tomar el sol y se mantenía en forma practicando windsurf y saliendo a correr.

Por alguna razón, por pura coincidencia o por las leyes del caos, el oficial Blessing había escogido a dos oficiales con un misterioso parecido a Mick y a Jesse. Primero había llamado a la oficial Ryman; ahora estaba al teléfono con el oficial Cozens.

—No sé qué se traen entre manos esos seppos —concluyó—, pero tengo a un agente en Newcastle infiltrado en un grupo sospecho de sonrientes musulmanes. Y si Zimmer Sierota está pensando en secuestrar a alguien, es probable que a quien secuestre sea a nuestro hombre por error.

—Sí, conociendo a Sierota, es una posibilidad —coincidió el oficial Cozens—. ¿Dónde quiere que nos hospedemos en Newcastle?

—En el Capitain Phillip, en la ciudad. Ya he hecho las reservas. —El oficial

Blessing miró su reloj—. Si recoge a la oficial Ryman en una hora, podrán estar en Newcastle al mediodía. Llámenme en cuanto estén delante del bungaló de las biblias.

—Sí, señor. Voy para allá.

Cozens colgó el teléfono y esbozó una sonrisa desde su apartamento, en el primer piso, hacia su coche, un Commodore blanco aparcado en la entrada. Podría ser una buena oportunidad para ver a los agentes de la Agencia de Seguridad Nacional en Newcastle. Él y Kerrie Ryman eran amigos. Sabían cómo trabajaba cada uno y habían participado en algunas misiones los dos juntos. Además, tenían algo en común. Kerrie salía con un músico chalado fumador de porros llamado Jack. Y Craig salía con una artista estrafalaria fumadora de porros llamada Jackie.

• • • • •

Con aspecto de no haber dormido, el agente Sierota estaba sentado en la cocina del bungaló, escuchando la radio, cuando los otros entraron justo a tiempo para escuchar el boletín de noticias locales.

—Bueno, parece que lo tenemos —dijo el agente Niland, regalando una sonrisa a su alrededor una vez que el boletín informativo concluyó.

—Han dicho que había dos personas en la furgoneta —respondió adustamente Sierota.

—A lo mejor se trataba de un nuevo socio o algo así —sugirió el agente Coleborne.

El agente Moharic se encogió de hombros.

—Lo más seguro es que fuera uno de sus colegas.

Sierota miró su reloj.

—Lo sabré en una hora.

• • • • •

Con unos vaqueros ajustados, una camiseta blanca con el dibujo de una orca y una sonrisa de satisfacción en su cara, Jesse estaba en la cocina preparando el desayuno cuando Mick bajó las escaleras vestido con la misma ropa que la noche anterior. La librera tenía la radio puesta, se entretenía con un programa matinal de FM en el que todos intentaban desesperadamente ser graciosos entre los montones de anuncios publicitarios que metían y las canciones que pinchaban.

—Hola —saludó Jesse—. Ayer por la noche hubo una explosión en Bar Beach.

—¿De verdad? —preguntó Mick.

—Sí. Una furgoneta voló por los aires. Creen que fue una bombona de butano.

Mick le dedicó una mirada de complicidad a su novia y cogió una botella de agua mineral de la nevera.

—Sí, creo que sé quién ha podido ser. El viejo Jack. Ha estado viviendo en su caravana en la entrada del club de surf durante el último par de meses. Él y su perro. Le dije que arreglara la bombona.

—¿En serio? —dijo ella.

—Sí, sí. «La arreglaré.» —parodió Mick. Negó con la cabeza—. Parece que finalmente se puso manos a la obra.

—¡Mierda! Pobre hombre.

—Sí. Jack era majo. Le caía bien a todo el mundo. Tenía un pequeño fox terrier muy gruñón llamado Fidel.

—Qué pena —se lamentó ella.

—Sí. —Mick rozó su cuerpo con el de Jesse al dar la vuelta a la mesa.

—Oooh —dijo ella—, ¿sigue el estetoscopio en su bolsillo, doctor, o es que se alegra de verme?

—¿Quiere descubrirlo por sí misma, enfermera Sin Bragas?

Jesse señaló hacia la mesa con su cuchara de madera.

—Siéntate y compórtate —ordenó—. Te estoy preparando tu desayuno favorito. Huevos revueltos con cebollinos y pimentón. Y tomates fritos en salsa de pepinillos dulces. Incluso he frito beicon para ti.

—Perfecto. Además, tomaré té y tostadas.

• • • • •

El equipo forense iba y venía por la avenida Fenton, junto con la grúa y un enjambre de reporteros, periodistas de la radio y equipos de filmación. Los forenses habían estado en numerosas escenas del crimen horribles, pero reconocieron que esta había sido de las peores cuando sacaron los restos carbonizados del Gran Larry y del Pequeño Burnsie de lo que quedaba de la furgoneta de Mick. Y después de encontrar el brazo de Larry en el jardín delantero de la casa de los Wardleys y de recuperar la pierna de Burnsie de entre los restos retorcidos de la antena de televisión de los Parsons, el escuadrón de la policía para Operaciones de Rescate también estuvo de

acuerdo con el equipo forense. Los detectives de rostro sombrío del Departamento de Homicidios de Newcastle no encontraron raro que Mick y los Wardleys no estuvieran en casa. Pero les costaba admitir que una sorprendida señora Parsons y su marido resacoso no hubieran oído nada. Mientras tanto, se había analizado el ADN de los restos de las dos personas muertas y, aunque no había ninguna conexión entre ellas y Mick, los detectives ya tenían un sospechoso.

Poco después, un escuadrón de policía fuertemente armado rodeó una pequeña casa en Birmingham Gardens, y «un varón caucasiano, Andrew Brooks, permanece bajo custodia, y está ayudando a la policía con sus investigaciones».

Los únicos vestigios que quedaban de la explosión en la escena del crimen eran una enorme quemadura en la entrada de la casa de Mick, dos ventanas rotas en la parte delantera de la casa y las salpicaduras de metralla en la puerta basculante del garaje. La zona estaba cercada por un cordón policial custodiado por dos oficiales de policía jóvenes y aburridos que espantaban moscas delante de una multitud de vecinos conmocionados y de fisgones parlanchines que llevaban cámaras de vídeo y cámaras digitales.

• • • • •

En el bungaló de las biblias, el agente Sierota, con esa cara picada de viruela que parecía el lado oscuro de la luna, colgó con un golpe seco el teléfono. No solo eran malas noticias. También habían tardado más de una hora en comunicárselas.

—¡Malditos australianos vagos de los cojones! —gritó.

Los otros agentes, sentados alrededor de la mesa del comedor, parpadearon un par de veces e intercambiaron miradas de desconcierto.

—¿Malas noticias, jefe? —preguntó con vacilación el agente Coleborne.

—Sí, podríamos decir que sí, agente Coleborne —respondió Sierota, mordaz—. No era el señor Vincent el que estaba en la furgoneta.

—¡¿Qué?!

—Eran dos delincuentes de poca monta llamados Larry Aldershot y Daniel Burns.

—¡Oh, mierda! —exclamó el agente Moharic.

—Intentaron robar la maldita furgoneta, ¡por el amor de Dios! —les explicó Sierota.

El agente Niland puso los ojos en blanco.

—¡Me cago en Dios! ¡Qué suerte tenemos!

—Sí. Buenísima. —Los ojos de Sierota se entrecerraron antes de dedicarle una sonrisa amarga al agente Niland—. Pero me alegra que mencione a Dios, agente Niland. —Sierota señaló las habitaciones—. Ya sabéis dónde están vuestras camisas blancas de manga corta. Las biblias os esperan encima de la mesa y encontraréis un gran número de ejemplares de la Atalaya en el garaje.

—¿La Atalaya? —preguntó el agente Coleborne—. ¿Eso no es de los testigos de Jehová?

—Me importa una mierda, Orrin —contestó el agente Sierota—. Todos son unos yonquis de Jesús.

—Si tú lo dices, jefe. —El agente Coleborne se encogió de hombros.

—Entonces ¿nosotros somos…? —preguntó el agente Moharic.

—Eso es, Floyd. —El agente Sierota le dedicó una sonrisa leve—. Como si tenéis que llamar a todas y cada unas de las puertas de Newcastle difundiendo el Evangelio, vais a averiguar dónde está ese hijo de puta de Vincent.

El agente Moharic se puso en pie.

—Empezaremos por sus vecinos.

—Eso estaría muy bien, Floyd —dijo Sierota.

Para cuando la diversión y los juegos hubieron empezado en el bungaló de las biblias, Mick y Jesse habían disfrutado de un desayuno estupendo y habían recogido. Jesse había metido en una maleta todo lo que pensaba que necesitaría para el viaje a Muswellbrook, incluyendo una caja de analgésicos, carretes para la cámara y varios de sus cedés favoritos. Con sus maletas en la cocina, la librera miraba con aire pensativo a su novio.

—Has cogido una mochila, ¿verdad, Mick? —le preguntó ella a él.

—Sí —contestó—. Mi bolsa de viaje se dobla como una mochila.

—Bien. Porque si vamos en busca de la máquina del juicio final de Tesla, me imagino que haremos bastantes excursiones por el bosque.

—No te preocupes, cariño —dijo él—. Ya había pensado en eso. Así que también he metido en la maleta repelente para mosquitos y un par de plantillas para mis botas de montaña. —Mick enarcó una ceja—. Y llevo ese desodorante tan sexi. Espero que puedas mantener tus pequeñas y sucias manos alejadas de mí.

Jesse parpadeó dos veces, intercalando una mirada fulminante de arriba abajo.

—Mick —dijo ella—, no te tomes esto a la ligera, idiota. El futuro de nuestro maldito mundo está en nuestras manos.

—Posiblemente, junto con una cantidad sustancial de dinero, debo añadir —respondió él.

Jesse pareció ofenderse.

—¿Cómo puedes decir eso? —le preguntó.

—Tranquila. —Mick cogió del suelo la maleta de Jesse—. Vamos, horrible, pútrida y avariciosa bestezuela. Despegamos.

Jesse entrecerró los ojos antes de agarrar a Mick por la parte de delante de la camiseta y coger aire entre los dientes.

—¡Dios, me encanta cuando me llamas así! —gruñó ella.

• • • • •

Al mismo tiempo que la voz de Madeleine Peyroux los deleitaba con la canción *Weary Blues* desde el estéreo del coche de Mick y Jesse, que surcaba majestuosamente la autopista de Nueva Inglaterra una vez pasado Maitland, los dos jóvenes oficiales de policía aparcaron el vehículo delante de la vivienda del electricista y repararon en la presencia de tres mormones abriéndose paso entre la multitud hacia la puerta principal de la casa de la señora Parsons.

—Increíble —dijo el policía más alto—. ¿Has visto esa pandilla de mormones? ¿Qué hacen aquí?

—No sé —contestó su compañero—, pero si se atreven a molestarme, les pateo los huevos a los tres.

Antes de que Coleborne tomara la palabra, los tres miembros de la Agencia de Seguridad Nacional se pararon en el porche de la señora Parsons y se intercambiaron unas cuantas miradas.

—Está bien —dijo—, ¿quién quiere ser Joseph Smith[2]?

—Yo mismo —se ofreció el agente Moharic.

Moharic llamó a la puerta y retrocedió un paso. Unos segundos más tarde, una señora Parsons con los ojos hinchados y ataviada con un viejo chándal azul abrió la puerta. Después de que la interrogaran los detectives y de que la acosaran los medios de comunicación, fue una grata sorpresa para ella encontrarse con tres jóvenes caballeros, que inspiraban confianza, con biblias y maletines en las manos esperando en su puerta.

—Oh, hola —los saludó con alegría—. ¿Qué puedo hacer por ustedes?

—Señora —respondió el agente Moharic—, soy el hermano Gorgel. Y ellos, los

hermanos Caleb y Bozidar. ¿Podríamos hablar con usted sobre el buen señor Jesús?

—Nuestro señor y salvador. —El agente Coleborne esbozó una sonrisa.

—Y redentor —añadió el agente Niland.

Y, de repente, una voz iracunda bramó desde el interior de la casa:

—¿Quién es?

—Son mormones, querido —respondió la señora Parsons.

—¿Ah, sí? Bien, pues diles que se vayan a la mierda.

—Lo haré, querido. —La mujer sonrió a los tres hombres—. No le hagan ni caso. Siempre está así. ¿Me lo pueden repetir otra vez?

—Somos soldados que luchamos en nombre del Señor —explicó el agente Moharic—. Nos gustaría hablarle de Jesucristo.

—Amén —dijo el agente Niland.

—Un aleluya por eso, hermano —salmodió el agente Coleborne.

—Uy, me encantaría —respondió la mujer.

Después de que les hubieran dicho una y otra vez qué hacer con la biblias, a los tres agentes les desconcertó la disposición cordial de la señora Parsons. Sin embargo, sabiendo la señora como sabía que lo que le esperaba el resto del día era un marido gruñón, ella habría disfrutado igualmente de mantener una conversación con Adolf Hitler si hubiera acudido a su puerta intentando vender acuarelas.

—Antes de iniciar la charla —interrumpió el agente Moharic—, creo que ayer por la noche pasó algo aquí, ¿no es así?

—Oh, sí. Explotó una bomba en la entrada de la casa de al lado —explicó la señora—. Fue espantoso.

—¿Una bomba? ¡Vaya forma de empezar el día! —exclamó el agente Moharic.

—¡Alabado sea Dios! —dijo el agente Coleborne, moviendo su Biblia—. ¿En qué clase de mundo vivimos?

—¿Alguien ha resultado herido, señora…? —preguntó el agente Niland.

—Parsons.

—¿Alguien ha resultado herido, señora Parsons?

—Sí. Han muerto dos hombres.

—¿Dos hombres? ¿Le ha pasado algo al señor Vincent, de la casa de al lado? —preguntó el agente Moharic—. Esperábamos poder mantener una pequeña conversación con él también. ¿Se encontrará bien?

—Sí. Afortunadamente está fuera.

—¿Fuera? —El agente Moharic intercambió una mirada rápida con los otros dos agentes—. ¿Dónde?

—Ha ido a Muswellbrook con su novia Jesse.

—¿Muswellbrook? —repitió el agente Niland.

—Señora Parsons —intervino el agente Moharic—, ¿podría describirnos al señor Vincent y a su novia?

—Mejor que eso —contestó la mujer—. Esperen aquí un momento.

Los tres agentes intercambiaron miradas de perplejidad y aguardaron en silencio mientras la señora Parsons desaparecía por el pasillo. Regresó enseguida con un ejemplar de la revista Weekender, que se vendía con el periódico Newcastle Herald.

—Se la tomaron en el Día de Australia del año pasado —dijo la señora Parsons, pasando orgullosa las páginas—. Mick conduce un antiguo Buick amarillo muy grande. Lo forró entero con banderitas verdes para celebrar el Día de Australia. Por eso el periódico le hizo una foto. Aquí está.

La señora Parsons abrió la revista por la página correspondiente y se la pasó a los tres agentes. Había una fotografía, que ocupaba la mitad de la página, en la que salían Mick y Jesse delante de la librería de ella. Estaban los dos juntos de pie al lado del Buick. Llevaban pantalones cortos y camisetas de manga corta y el coche estaba cubierto de banderitas verdes y una bandera de Australia ondeando en la antena de la radio. Mientras que el agente Moharic sujetaba el ejemplar, el agente Niland abrió rápidamente su maletín y sacó una cámara de fotos digital pequeña, fabricada específicamente para la Agencia de Seguridad Nacional, que hacía de todo menos café.

—Les haré una foto —anunció Niland, que sacó seis fotografías rápidas y volvió a meter la cámara en su maletín.

—¿Y dice que se han ido a Muswellbrook? —preguntó el agente Moharic, devolviéndole a la señora Parsons la revista *Weekender*.

—Sí, así es —contestó ella.

—¿Cuándo se fueron? —Esta vez preguntó el agente Coleborne.

—No lo sé. Anoche Mick se quedó en casa de su novia. Se habrán marchado por la mañana. Los tres agentes intercambiaron miradas nuevamente en las que se podía leer: «Ya tenemos todo lo que estábamos buscando. Marchémonos».

—Bueno, gracias, señora Parsons —dijo el agente Moharic—. Ha sido un auténtico placer hablar con usted.

La mujer se quedó perpleja.

—¿Y qué pasa con Jesús? —preguntó ella.

—Va a volver —repuso el agente Niland—. Ya verá. Tome una Atalaya.

—Siga mirando al cielo —le recomendó el agente Coleborne.

Tras dejar a la señora Parsons en su porche con una vieja Atalaya, los tres agentes disfrazados de mormones se apresuraron a sortear a la muchedumbre allí concentrada. Se detuvieron al girar la esquina, donde el agente Moharic sacó su teléfono móvil y presionó con fuerza los botones.

—Sierota —respondió una voz apagada al otro lado de la línea.

—Es nuestro día de suerte. Ven a buscarnos.

—¿Dónde estáis?

—En la esquina de la avenida Fenton —dijo Moharic.

—Tardo diez minutos.

• • • • •

A cien metros de distancia del bungaló de las biblias, los oficiales Ryman y Cozens habían aparcado el Commodore blanco. Iban vestidos de manera informal y cada uno bebía un zumo de frutas. Cozens estaba sentado en el lado del conductor. Tras un viaje tranquilo desde Sídney, registrarse en el motel, hacerse con sus armas y un cambio de ropa en el maletero, ahora estaban esperando a que Sierota y su equipo visitante hicieran su aparición.

—El bueno de Zimmer Sierota —dijo Craig Cozens—. ¿Te acuerdas de su último gran intento? Creía que había descubierto a uno de los cabecillas de Al Qaeda. Y resultó que el tío era un verdulero de Malta.

—Sí —asintió la oficial Ryman—. Si Blessing no se hubiera hecho cargo, el pobre hombre seguiría en la bahía de Guantánamo.

—¿Y cuándo se va a dar cuenta de que estamos al corriente de todo este embrollo de los mormones? Yendo de aquí para allá con sus maletines y sus camisas blancas de manga corta. Parecen un grupo de vendedores búlgaros de seguros.

—Los vendedores de seguros son fáciles de detectar —señaló Kerrie.

—Sí. Eso es algo bueno. —Craig se rió entre dientes.

Kerrie tenía una expresión meditabunda en su rostro y asintió hacia la radio del coche.

—¿Sabes, Craig? He estado pensando en el vehículo que estalló por los aires ayer

por la noche… Puede que sea solo una coincidencia, pero ha sido llegar el equipo de Sierota y ocurre eso. ¿Tú qué crees?

—Sí. Es una posibilidad… Por qué no —coincidió el oficial Cozens. De repente, se enderezó—. ¡Mierda! Ahí están.

Zimmer Sierota dirigió el Cherokee hasta la entrada y los agentes se metieron en el garaje. La puerta se cerró tras ellos y el equipo visitante rápidamente siguió a Sierota hasta el comedor, donde el agente Niland sacó la cámara de fotos de su maletín y la conectó al ordenador. En poco tiempo los agentes estaban agrupados alrededor, examinando una copia de la foto de Mick y Jesse.

—Así que así es el hijo de puta. —Sierota frunció el ceño.

—Su novia tiene un bonito culo, prieto y pequeño —matizó el agente Coleborne —. Pero seguro que no fue la reina del baile.

—Yo prefiero el viejo Buick —apuntó el agente Niland.

—Si es en eso en lo que han ido a Muswellbrook —dijo el agente Moharic—, no resultará muy difícil encontrarlos. —Se giró hacia Sierota—. Está bien, Zim. ¿Qué quieres que hagamos?

—Coged la camioneta y salid cuanto antes. Yo me quedaré aquí. Cuando encontréis al objetivo, elegid un lugar tranquilo y disparadles a los dos, a él y a su novia. Luego, destrozad el coche y quitadles todo lo que tengan. Aseguraos de que parezca que es obra de algún chiflado cabreado. Tan rápido como esté hecho, volved aquí de inmediato. Después, volaréis directos a D. C.

—Zim —vaciló el agente Niland—, no quiero que suene fuera de lugar, pero ¿por qué no seguir a Vincent y ver qué busca? Si lo está buscando… ¿da igual lo que sea?

—Sí. Debo admitir, jefe —intervino el agente Coleborne—, que me pica un poco la curiosidad.

Los ojos oscuros de Sierota se entrecerraron.

—Vale, escuchadme todos. Nadie sabe a ciencia cierta qué es lo que buscan y qué es lo que puede llegar a hacer. Por tales razones, los altos mandos quieren que se quede donde está y que se olvide. Y eso es todo lo que tengo que decir al respecto. ¿De acuerdo?

—Sí tú lo dices, jefe… —El agente Niland se encogió de hombros.

—Está bien, caballeros —dijo Sierota, dando una palmada—, en marcha. Agente Moharic, tú serás quien conduzca.

No queriendo forzar el viejo Buick demasiado, como en los mejores tiempos, Mick se limitó a respetar la velocidad permitida y a disfrutar de la conducción. De vez en cuando, se encontraba con un remolque de caballos o un tráiler. Pero se sentía feliz simplemente con estar ahí sentado, devolviéndoles la sonrisa a los otros conductores que lo adelantaban (hasta que él tenía la oportunidad de hacer lo mismo). Sentada en la parte de atrás, estudiando el diario de Tesla o leyendo cosas sobre él, Jesse también disfrutaba del viaje. Hacía un día maravilloso, estaba comodísima, Mick ponía sus cedés favoritos y habían acordado mantener apagados los teléfonos móviles para así poder concentrarse en el trabajo que tenían por delante. Cada cierto tiempo, la librera alzaba la mirada, focalizaba en los ojos de Mick reflejados en el retrovisor y le leía algo nuevo que había descubierto sobre Nikola Tesla.

—Oye, Mick, ¿sabías que, en 1898, Tesla probó un oscilador electromecánico en su piso de Nueva York, en el número 46 de la calle East Houston? Era del tamaño de una caja de bombones, pero las vibraciones viajaron a través de una columna de hierro de su apartamento y provocaron una sacudida que hizo que se rompieran las ventanas de todo Manhattan. La gente empezó a salir corriendo a la calle pensando que se trataba de un terremoto.

—Increíble.

—La policía acudió a su casa y le obligaron a destrozarlo con una almádena. Les dijo a los periodistas que, si quería, podía destruir el puente de Brooklyn en cuestión de minutos.

—¡Joder!

La música seguía sonando en el coche y ya estaban al otro lado de Branxton.

—Ey, Mick, ¿te acuerdas de esa explosión en Tunguska de la que te hablé?

—Sí.

—Un científico llamado Olive Nichelson dijo: «Los hechos históricos apuntan hacia la posibilidad de que este evento lo hubiera causado la detonación durante una prueba del arma de energía de Tesla». Tesla hace referencia a esto en su diario. Así que parece que al final sí que fue él.

—¡Maldita sea!

Los kilómetros seguían pasando y ya estaban atravesando Singleton.

—Ey, Mick. ¿Sabías que Gustav Hertz, que fue premio Nobel y el hombre del que reciben el nombre las unidades de frecuencia, calculó las ondas electromagnéticas propagadas en línea recta y supuso que podían estar limitadas por la curvatura de la

Tierra? Pero Tesla descubrió que la Tierra era un buen conductor y que estaba literalmente llena de vibraciones eléctricas, por lo que podían mandarse mensajes a cualquier lugar inimaginable. Incluso a Marte. Y tenía la intención de hacerlo.

—¿Marte?

—Sí. Existe una extraña conexión entre Marconi, Tesla y Marte. Hay una corriente de pensamiento que cree que fueron hasta allí en alguna nave espacial que ayudaron a construir.

—¡Caramba!

—Hay otra corriente de pensamiento que cree que Tesla inventó una máquina del tiempo, fingió su propia muerte y desapareció en el futuro. Con frecuencia se hace referencia a él como un hombre adelantado a su tiempo.

—No me sorprendería —dijo Mick.

Gretchen Wilson y un coro de cien mujeres gritaban «Hell yeah!», dando por concluida la canción Red Neck Woman, y Singleton se quedó detrás de ellos mientras recorrían la autopista.

—Ey, Mick. ¿Qué me dices de esto? —preguntó Jesse—. En 1916, Tesla inventó un pequeño oscilador mecánico que comprimía el aire hasta transformarlo en oxígeno líquido. Y dijo que si se unían imanes a los pistones oscilantes, se creaba un sistema energético inmensamente superior e infinitamente más respetuoso con el medioambiente que los motores de gasolina. Lo patentó y nunca más se supo.

Mick le clavó la mirada a Jesse a través del retrovisor.

—Oz, ¿detecto otra teoría conspiratoria asomando la cabeza por aquí?

—¿Teoría conspiratoria? ¿Bromeas? Exxon Mobil ha tenido unos beneficios de cuarenta y nueve mil millones de dólares este año. Son miles de millones. En un año. Ey, ¿cuánto te costó llenar el depósito la última vez?

Mick negó con la cabeza.

—No me preguntes eso, Oz. Todavía me duele.

—Sí. Así que, ¿crees que a las petroleras les gustaría ver el oscilador mecánico de Tesla en el mercado?

—Lo más seguro es que no.

—Y todavía tienes que soportar a ese columnista de Sídney gordo y drogata decir que los yanquis no invadieron Iraq porque posea la tercera mayor reserva de petróleo del mundo —se burló Jesse—. ¿O tú crees que el bueno de Bush hubiera invadido Iraq si Saddam Hussein hubiera tenido hundido el culo en la tercera reserva mundial

de zumo de naranja? ¡Que se vaya a la mierda!

—Sí. Bueno, ya sabes lo que le gusta a ese montón de grasa —dijo el electricista —. Incluso se puso de parte de la industria ballenera de Japón y en contra de Greenpeace.

Mick se calló. También Jesse. Después, la librera volvió a resurgir de las cenizas.

—Mierda, Mick. En 1894, Tesla patentó, con el número de patente de Estados Unidos 514 170, una lámpara de inducción electrodinámica. Una bombilla muy por delante de cualquier dispositivo actual. Y aún no está en uso. En 1896 patentó, con el número 568 177, un generador de ozono. Los generadores de ozono están prohibidos para el uso médico en Estados Unidos. Por mucho que los médicos en todo el mundo hayan reivindicado que la ozonoterapia puede curar el cáncer y el sida. Y en 1916, patentó, con el número 1 329 559, una turbina sin aspas que puede generar la potencia necesaria para poner en marcha embarcaciones rápidas, aerodeslizadores, bombas de agua y lo que sea. Veinte veces más eficiente que una turbina convencional. Y sigue sin fabricarse.

—¿Tesla patentó todas estas cosas? —preguntó Mick.

—Sí. Y muchas más. —Jesse levantó las manos—. Sinceramente, es de locos.

Jesse dejó sobre el asiento su investigación sobre Nikola Tesla y cogió el diario. El electricista conducía sin prisa, escuchando la radio. En poco tiempo, dejaron a la derecha el lago Liddell y a la izquierda la inmensa central eléctrica. Mick observaba las nubes de vapor que salían de la central, que se mezclaban con las que sobrevolaban sin rumbo las montañas de los alrededores, cuando apareció en la carretera una señal: «Muswellbrook. Rebosante de energía». Divisaron a lo lejos casas, concesionarios y el omnipresente McDonald. Mick giró a la derecha, hacia un conjunto de luces que se veían al fondo, procedentes de un club de trabajadores, justo cuando los Warren Brothers terminaron de cantar una versión funky de la vieja canción de los ZZ Top, *Cheap Sunglasses*. Mick condujo el coche por debajo del puente por el que pasaban las vías del tren al principio de la calle principal de Muswellbrook.

—Bueno, Oz —dijo Mick—. Ya hemos llegado, compañera. Muswellbrook tiene un centro histórico bastante bonito.

Jesse alzó la mirada de lo que estaba leyendo.

—Hola. Nosotros también hemos llegado. —Fijó la mirada en los ojos de Mick a través del retrovisor—. ¿Vas a dar una vuelta triunfante para así hacerles saber que Mick Vincent y su deslumbrante y amarillo carro con motor de ocho cilindros en línea

están en la ciudad?

El electricista le dedicó una sonrisa a su novia.

—¿Tú qué crees?

Para ser viernes, no había ni mucho tráfico ni mucho trajín de peatones. Mick se detuvo en una rotonda, junto a un hotel de colores llamativos que quedaba a la izquierda, antes de proseguir con su camino por la calle Bridge, que empezaba después de pasar por delante de un restaurante chino y otras tiendas que quedaban tras los árboles plantados a lo largo de la acera. Después de varios semáforos y un concesionario, Jesse le dio un golpecito en el hombro a Mick.

—Eh, Mick. Ahí está la biblioteca.

El electricista reparó en un edificio de ladrillo y cristal, con un patio delantero repleto de árboles, que se alzaba junto a una vieja construcción de dos plantas con la fachada de arenisca.

—Qué bonito —dijo él al pasar.

Pasaron por delante de más tiendas y edificios y de una estatua de un perro pastor australiano y, después de aproximadamente un kilómetro más de recorrido, la calle acababa con una vista de toda la llanura y de la sierra circundante.

Mick hizo un cambio de sentido al llegar a una señal que indicaba que estaban en la calle Manning. Luego circularon por el otro lado de la calle.

Había otro concesionario, una sede de un club de motoristas, un edificio dedicado a la Asociación de Militares Retirados, con la obligada pieza de artillería en la entrada, un par de moteles seguidos de unas cuantas tiendas, hasta llegar a una gran oficina postal, los juzgados y una la galería de arte local. En la rotonda, hacia la izquierda, salía otra calle en la que había un monumento dedicado a los caídos en la guerra y un pequeño parque, contiguo a la estación de tren. Mick paró el vehículo cerca de la galería de arte.

—Bueno, ¿qué te parece, Oz? —preguntó.

—Uau —respondió ella—. Roma, París, Nueva York: Muswellbrook. Este sitio lo tiene todo.

—Sí. Es una ciudad completa.

—¿Dónde nos vamos a quedar? Esos moteles de ahí parecen estar bien.

Mick negó con la cabeza.

—No. Ya estuve una vez aquí. Los moteles están bien, pero los camiones no dejan de pasar por delante durante toda la noche y es desquiciante. —Señaló a la izquierda

—. Hay un rinconcito al doblar la esquina. Conozco al dueño y resultará un sitio más tranquilo. Nos quedaremos allí.

—Me parece bien. —Jesse sonrió—. Adelante, oh, luz de mi vida.

Al girar la esquina, la calle se dividía en dos y a la izquierda había un pequeño hotel de nombre Criterion. Mick continuó por la calle y antes de detenerse delante del hotel Cosmopolitan, al lado contrario de la estación de tren, pasó por delante de un quiropráctico (en la esquina), de la comisaría, de un puesto de ambulancias y del parque de bomberos.

Detrás de una hilera de árboles, el Cosmopolitan surgía como un típico hotel de campo, encalado y con una terraza en la parte superior. Las ventanas que daban a la calle tenían los cristales tintados. La puerta de cristal que conducía al interior contenía las normas del pub. En la pizarra del restaurante, escrito con tiza, estaba el nombre del grupo de música que tocaría el sábado por la noche: Serpientes Poderosas. Había un letrero que cruzaba todo el hotel en el que podía leerse: «Habitaciones».

—Supongo que estará bien —comentó la librera.

—Estoy seguro de que así será. Vamos. Veamos si podemos encontrar a Og.

—¿Og?

—Sí, Peter O'Grady. El dueño. Su familia conocía a mi tía Nina.

Se bajaron del Buick y caminaron por la acera. Mick abrió la puerta del hotel y accedieron a un bar grande con taburetes y mesas dispersas sobre una moqueta azul muy desgastada. A la izquierda había una sala llena de billares y máquinas de póquer y, justo en el lado contrario, la pista de baile. La barra se situaba frente a la calle y a una televisión que colgaba del techo, y bajo la cual había media docena de clientes que estaban inclinados sobre sus cervezas, viendo las carreras en medio de densas nubes de humo de cigarros. Un hombre corpulento, vestido con un polo azul marino y con el pelo negro de punta y la nariz achatada, estaba de pie detrás de la barra, escribiendo algo en un libro mayor. Levantó la mirada cuando oyó abrirse la puerta y exhibió una sonrisa agradable de oreja a oreja en su rostro recio.

—¡Mick Vincent! —dijo el hombre—. ¿Cómo estás, tío?

—Bien, Og —contestó Mick, acercándose a la barra y dándole un apretón de manos al propietario del pub—. ¿Cómo estás tú?

—Bien. —El dueño señaló con la cabeza hacia la puerta—. Veo que sigues teniendo el viejo Buick.

—Por supuesto. —El electricista sonrió. Se giró hacia Jesse—. Pete, esta es mi

novia Jesse.

—Hola, Jesse. —Se estrecharon la mano e intercambiaron los cumplidos de rigor antes de que volviera a centrarse en Mick—. ¿Y qué es lo que te ha traído hasta Muswellbrook, Mick?

—¿Que qué es lo que me ha traído hasta Muswellbrook? —Se dio la vuelta hacia Jesse—. Cuéntaselo, Oz.

La librera escudriñó por un segundo al hombre que tenía enfrente.

—Estoy aquí… recopilando información para escribir un libro —dijo ella.

—¿En serio? —respondió el dueño—. ¿De qué va?

—Sobre… mineros. En el pasado.

—¿Qué me dices de incluirme a mí también? —Sonrió el hombre—. Fui minero. Pero no en el pasado.

—Veré qué puedo hacer. —Jesse le devolvió la sonrisa, haciéndole un gesto a Mick para que cambiara de tema.

—Og, ¿tendrías una habitación libre para nosotros para esta noche? —le preguntó el electricista—. Y a lo mejor para dos o tres noches más. Depende de cómo se nos dé.

—Claro, hombre. Sin problema. Ahora mismo tengo una bonita habitación doble libre. —El dueño cogió el libro de registros del mostrador que quedaba detrás de él y pasó las hojas—. Sí. Número quince. Treinta dólares.

Jesse y Mick intercambiaron alguna que otra mirada.

—¿Treinta dólares? —preguntó Jesse.

Og movió la cabeza.

—Sí. No puedo dejárosla más barata. Mi mujer se enfadaría muchísimo.

—Está bien —dijo Mick.

Mientras que Jesse le clavaba la mirada en silencio, Mick sacó su tarjeta de crédito y pagó la habitación. Luego, Og señaló una puerta de cristal al final del pasillo, entre las mesas de billar y la barra.

—Las escaleras están fuera a la izquierda, al lado del restaurante —explicó él—. Pero si recorres con el coche unos doscientos metros más allá hasta el siguiente bar y giras a la izquierda, podrás llegar a la parte trasera del pub y aparcar ahí. —Tendió dos llaves—. Si hay algún problema, ya sabéis dónde encontrarme.

—¿Treinta dólares por una habitación doble? —dijo Jesse—. Eso tengo que verlo.

—Oz, esto no es la ciudad —repuso él—. La gente aquí es más hospitalaria.

—Sí. Tienes razón.

Mick giró a la izquierda mientras hablaba y atravesaron una pequeña zona industrial. Había un gran aparcamiento justo detrás del pub, donde una puerta de malla abierta conducía a la terraza de verano del bar. Un letrero en la puerta decía «Esta puerta se cierra a las nueve de la noche». Mick aparcó en batería, con el morro contra una pared y dejando a su derecha un gran garaje prefabricado verde. Apagó el motor, cogieron sus maletas y, con Mick en cabeza, cruzaron la puerta que les llevaba hasta su habitación.

Unos escalones exteriores a la izquierda anunciaban un pasillo abierto, donde dos hombres mayores, sentados en los umbrales de las puertas de sus cuartos, bebían latas de cerveza. El electricista y su novia mascullaron un leve «Hola» al pasar por delante de ellos, y estos les devolvieron el saludo. Los escalones exteriores se detenían a los pies de otras dos escaleras con moqueta con una vieja barandilla de madera que se abría paso por el medio. Estas conducían a un pasillo que llevaba a la terraza y a otros dos pasillos más largos, uno hacia la izquierda y otro hacia la derecha. Los baños y las duchas estaban al final del pasillo de la izquierda. La habitación número quince, al final del corredor más corto. Mick abrió la puerta y entraron.

—Así que aquí es donde los Versace tienen otro lujoso complejo hotelero —apuntó Jesse, echando un vistazo a su alrededor—. Sí que lo mantenían en secreto.

La estrecha habitación con moqueta tenía dos camas individuales, un único armario y un pequeño tocador. Una silla vieja reposaba en una esquina, un ventilador colgaba del techo y una puerta de cristal esmerilado con una cortina amarilla daba a la terraza. No había ni televisión ni lavabo. Por treinta dólares, era el sueño de un mochilero. Jesse encendió la luz y empezó a inspeccionar cerca de la almohada de una de las camas.

—¿Qué buscas, Oz? —preguntó Mick.

—Mi chocolatina de menta de Lindt. Se le ha debido de olvidar a la camarera cuando hizo la cama. —De repente, Jesse dio un pequeño grito—. ¡Oh, Dios mío, Mick! Acabo de ver un ratón.

—¿Un ratón? ¿Dónde?

—Por ahí. Mira. La capa de polvo es tan gruesa que está caminando con zancos. ¡Mierda! Hay otro más. Y tiene joroba.

—Venga, Jesse —dijo Mick—. La habitación no está tan mal. Y mira qué vistas tiene. —El electricista abrió la puerta que daba a la terraza y señaló entre los árboles hacia la estación de ferrocarril—. ¿Qué tiene de malo esto?

—Nada. Tienes razón, Mick. —Jesse asintió con la cabeza—. Está bien. De hecho, si alguna vez decido casarme contigo, me empeñaré en que pasemos nuestra luna de miel aquí. Llamaré a Interflora para que llene la habitación de rosas y podrás hacerme el amor en mi cama. Después de haber lavado con vapor las sábanas.

Mick negó con la cabeza.

—Madre mía, eres una exagerada. En fin, ¿qué cama quieres?

Jesse echó un vistazo y, finalmente, posó su mochila en la cama que estaba más cerca de la terraza.

—Esta.

Mick tiró sobre la otra su bolsa y empezaron a deshacerlas; como no tenían muchas cosas, no tardaron demasiado. Jesse fue al cuarto de baño y Mick la esperó en la terraza.

—Bueno, ¿y qué quieres hacer ahora? —le preguntó él a ella, cuando volvió a entrar en la habitación.

—Oh, no lo sé —respondió—. ¿Qué me dices si llamamos al servicio de habitaciones, pedimos un par de ensaladas César y una botella de Bollinger y después nos pasamos el resto de la tarde viendo películas en el canal Sky?

Mick la miró sin inmutarse.

—Oz —dijo—, solo hay una silla en la habitación. Si me obligas a que te la estampe en la cabeza, nos quedaremos sin ninguna.

—De acuerdo, querido. —Jesse dibujó una sonrisa en sus labios—. No soy más que una puta maleducada.

—En eso tienes razón, cara caballo.

Jesse se echó su mochila al hombro.

—Está bien —apuntó ella—. Voy a pasar el resto de la tarde en la biblioteca. Pero antes de eso, ¿qué te parece si seguimos esa calle hasta dónde quiera que vaya y así puedo hacerme una composición de lugar?

—¿No quieres comer nada?

Ella negó con la cabeza.

—No. Más tarde me tomaré un sándwich y un vaso de leche.

—Vale —contestó él—. Vamos.

Mick echó la llave a la habitación y bajaron por la escalera hasta la puerta por la que habían entrado. Puso en marcha el viejo Buick y, después, condujo por la parte trasera del hotel hasta la esquina para incorporarse a la calle y seguirla hasta salir de la

ciudad.

La calle por la que iban se ensanchó al pasar junto a un vivero grande, varios talleres de máquinas y lugares de trabajo. Luego, se volvió a estrechar mientras serpenteaba entre las colinas circundantes. Poco después, cualquier señal de vida había desaparecido. Mientras que la vegetación se espesaba, la carretera por la que avanzaban empeoraba por momentos y los baches eran cada vez más profundos. Con Jesse recogiendo todo lo que se caía, recorrieron unos pocos kilómetros más hasta que Mick pudo oír al viejo Buick protestar por el trato tan poco cariñoso al que le estaban sometiendo y al que no estaba nada acostumbrado. Avanzaron un tramo más antes de que el electricista le diera una tregua a su orgullo y alegría y redujera la marcha a segunda para finalmente detenerse sobre una extensión de hierba junto al arcén.

—Escucha, Oz —dijo él—. Acabo de ponerle al coche un plato de presión del embrague que tiene ochenta años, así que nada garantiza que esté preparado para ir por este tipo de carreteras.

Jesse le acarició la pierna.

—Está bien, Mick. Lo entiendo.

Miraron el panorama a través de la ventanilla del lado de Jesse y pudieron contemplar las minas a cielo abierto que se prolongaban hasta la sierra que se vislumbraba en el horizonte y que se revelaban ante ellos entre nubes y nubes de humo que despedían las centrales eléctricas del lago Liddell.

—¿Has visto algo? —preguntó Mick.

Ella movió la cabeza.

—No. En realidad no. Echa un vistazo. Es como buscar una aguja en un pajar.

—Sí —accedió Mick—. Ya sé a qué te refieres.

—Espera, voy a hacer una foto. —Jesse sacó su cámara de la mochila y disparó desde el interior del coche—. Vale —dijo, guardando otra vez la cámara—. Volvamos.

—Buena idea.

Haciendo muecas mientras daba marcha atrás con el coche, Mick giró y se dispuso a recorrer en el sentido inverso la carretera por la que habían venido. Nuevamente en la ciudad, pasó por delante del hotel, giró a la derecha en la rotonda y, tras detenerse ante varios semáforos, paró el vehículo delante de la biblioteca.

—¿Cuánto crees que tardarás? —le preguntó a su novia.

—No lo sé —contestó, abriendo la puerta—. Pero lo más seguro es que hasta


última hora de la tarde no haya acabado.

—Vale.

—¿Qué vas a hacer tú?

—Darme un baño.

—Está bien. —Jesse sonrió—. Te veré en el hotel.

La librera le dio un beso rápido a su novio y él se quedó mirándole tiernamente el culo que le hacía el vaquero, tan ceñido y desgastado, hasta que desapareció por las puertas de cristal de la biblioteca. Después, se marchó. Realizó un cambio de sentido un poco más adelante, luego, volvió a cambiar de sentido en la rotonda que quedaba frente a la galería de arte y, finalmente, detuvo el vehículo cerca del restaurante chino. El local era espacioso, climatizado y estaba prácticamente vacío cuando el electricista entró. Se sentó en una mesa junto a la pared y pidió pollo al curry con arroz y un zumo de naranja.

• • • • •

En cuanto Jesse accedió al refrescante ambiente regulado por el aire acondicionado de la biblioteca, se sintió como en casa. Se paró un momento para maravillarse y disfrutar de lo que tenía delante: muebles azul claro e hileras de libros que absorbían toda la luz solar que se colaba por las ventanas del techo. Después, se dirigió al mostrador de recepción que quedaba a mano derecha. En él había una mujer con el pelo corto negro, vestida con una camisa azul, que acababa de archivar algo.

—Hola —dijo la mujer con una sonrisa—. ¿En qué puedo ayudarla?

—¿Podría decirme dónde están los libros de consulta, por favor? —preguntó Jesse.

—Claro. Justo allí. —La mujer salió de detrás del mostrador y condujo a Jesse por varias hileras de libros—. Ahí están todos. Si necesita cualquier otra cosa, venga a decírmelo.

—Gracias. —Esta vez fue Jesse la que sonrió—. Así lo haré.

Colocó su mochila debajo de una mesa que tenía una pantalla y un lector de microfilmes y rápidamente regresó con una pila de libros. Entre ellos estaba *Wannin Thanbarran: la historia de los aborígenes y el contacto europeo en Muswellbrook* y *En el alto valle de Hunter*; *Los primeros colonos y sus relaciones, los primeros 150 años*; *La familia Seaton, 1840-1990*. Jesse empezó con *El valle de Hunter: curiosidades geológicas, minerales y fósiles*, y fue directa a un apartado titulado

Depósitos fluvioglaciales carboníferos.

• • • • •

El oficial Blessing, de muy buen humor, estaba sentado en su despacho de Canberra. Habían resuelto antes de lo previsto y sin complicaciones un caso complicado en Melbourne en el que habían estado trabajando varios agentes bajo su mando, por lo que no veía la hora de empezar el fin de semana un poco antes. Le había dejado un mensaje a un antiguo compañero del edificio del Tribunal Superior invitándolo a un partido de squash. Más tarde, después de un par de cervezas, pretendía ir a cenar con su familia a un restaurante tailandés. El teléfono comenzó a sonar y pensó que se trataría de su amigo devolviéndole la llamada.

—Hola. Aquí Blessing.

—Jefe, soy Craig Cozens.

—Craig, ¿cómo está?

—Bien. Escuche, estamos siguiéndole la pista al equipo visitante de Sierota fuera de Newcastle. No tengo ni idea de adónde se dirigen, pero estamos en la autopista de Nueva Inglaterra, llegando a Branxton.

—¿Branxton? Me pregunto qué querrán hacer ahí —dijo Blessing.

—No lo sé —respondió el oficial Cozens—. Pero van en un Jeep Cherokee engalanados con sus trajes de mormones.

—Está bien. Sigan vigilándolos. Y llámeme si ocurre algo más. Ya sabe dónde encontrarme.

—Sí, señor.

• • • • •

—¿Qué te ha dicho? —preguntó la oficial Ryman en cuanto vio que Craig guardaba su teléfono móvil.

—Simplemente que sigamos vigilando y que lo llamemos si pasa algo. Nada más.

—No será fácil perderlos de vista con ese gran tanque negro yanqui que llevan.

—No. —Craig sonrió—. Lo único que les falta es un letrero detrás que diga «Somos agentes especiales de Estados Unidos en una misión muy importante».

Kerrie le devolvió la sonrisa a su compañero.

—Y el Air Force One sobrevolando por encima.

• • • • •

Más adelante, el agente Moharic y sus compañeros avanzaban en su Jeep Cherokee, disfrutando del clima cálido y soleado después de haber tenido que soportar el nevado y frío Washington.

—Muswellbrook, ¿Muswellbrook? —preguntó el agente Niland—. He oído ese nombre en alguna parte.

—Sí. Yo también —contestó el agente Coleborne.

—Ya sé —intervino el agente Niland—. Esa vieja canción de Steely Dan: *Black Friday*. «Yadda, yadda, yadda, estoy yendo a Muswellbrook.» —canturreó.

—Acercándome a Muswellbrook —corrigió el agente Coleborne—. Sí, ahora la recuerdo.

—Puede que sea una ciudad divertida —sugirió el agente Niland.

—Sí, puede —respondió el Coleborne.

—Yo sé lo que no es divertido —interrumpió el agente Moharic—. Conducir por el lado contrario de la carretera. Cada vez que un miserable me sale por la derecha, pienso que viene directo hacia mí. Y cuando quiero poner los intermitentes, le doy al maldito limpiaparabrisas.

—¿Cuánto falta para que lleguemos? —preguntó el agente Niland.

Moharic le echó un vistazo rápido al mapa que tenía junto a él.

—Como mucho, dos horas.

—¿Puedes parar en la siguiente gasolinera para que compre agua fría? —pidió el agente Coleborne—. Estoy más seco que una tostada sin mantequilla.

—Si quieres…

• • • • •

Mick disfrutó muchísimo su pollo al curry; para ser un restaurante de una pequeña ciudad había sido una de las mejores comidas chinas que jamás había probado. Mientras comía, sin embargo, estuvo reflexionando a conciencia. Pagó la comida, luego se dirigió al Buick y condujo directamente hasta el hotel, aparcando otra vez al lado del garaje prefabricado detrás de la terraza de verano del pub. El dueño estaba detrás de la barra, frente a las mesas de billar, hablando con una camarera rubia cuando Mick entró por la puerta de cristal del fondo. El propietario interrumpió la

conversación que mantenía y le dedicó una sonrisa al electricista cuando este se acercaba a la barra.

—Mick, ¿cómo estás, tío? —preguntó—. ¿La habitación está bien?

—Sí, perfecta —respondió Mick.

—Bien.

—Og. Me estaba preguntando si podrías hacerme un favor —dijo.

—Claro, tío. Si puedo…

—Ese garaje grande verde de ahí afuera, ¿lo está usando alguien?

—No —contestó Og—. Mi mujer guarda su coche ahí dentro, pero está en Brisbane, visitando a su familia. ¿Por qué?

Mick le explicó que acababa de cambiarle el plato de presión al Buick y que estaba preocupado por si lo rompía en una de esas salidas con Jesse, por lo que iba a alquilar un coche. Le preguntó que si podía usar el garaje hasta el lunes. Og le dijo que sin ningún problema. Le dio un donativo de veinte dólares para el equipo de fútbol del hotel.

—¡Joder! Muchísimas gracias, Og —respondió Mick, entregándole los veinte dólares a cambio de la llave del garaje—. Es todo un detalle por tu parte.

—No es nada, Mick.

—Bueno, ¿y dónde puedo alquilar un coche? —preguntó el electricista.

—Ahora que lo dices —Og dibujó una sonrisa en sus labios—, puede que haya un pequeño problema.

—¿Sí?

—De hecho, no tenemos ninguna empresa de alquiler de coches en nuestra preciosa ciudad de Muswellbrook.

—¿No?

Og negó con la cabeza.

—No. Pero dame un segundo. Veré qué puedo hacer.

El dueño del pub se dio la vuelta en busca del teléfono que estaba detrás de la barra y marcó un número. Habló, sonrió y asintió con su gran cabeza durante un rato, y luego colgó y regresó junto a Mick.

—¿Ha habido suerte? —preguntó Mick.

Og asintió.

—Tengo un colega con un taller justo donde empieza esta calle. Ve allí, te echará una mano. Se llama Ralph. Pero todo el mundo lo llama Ralphy Boy.

Mick se quedó pensativo.

—¿Como uno de esos perros pastores que siempre ganan al Coyote? —preguntó.

—Eso es, lo has cogido… —Og sonrió satisfecho—. Espera un segundo. Te diré exactamente adónde ir.

El propietario le explicó todo a Mick al mismo tiempo que le escribía la dirección detrás de un posavasos. El electricista le dio las gracias, se dirigió a la parte trasera del pub y guardó el viejo Buick en el garaje. Después de cerrarlo, se acercó a la calle Bridge.

El taller de Ralphy Boy estaba en una avenida dividida por árboles, a media altura de la calle que había a la derecha. En la parte delantera, una entrada doble dejaba ver algunos coches en su interior con sus capós abiertos, así como una oficina, según se entraba a mano derecha, en cuya ventana podía leerse un rótulo de letras rojas que decía: «Reparaciones de coches Ralph». Un mecánico delgaducho, que llevaba puesto un mono blanco grasiento, se hallaba debajo de un gato, drenando aceite de un viejo depósito, cuando Mick entró; el electricista lo dejó a la izquierda y se dirigió directamente a la oficina. La puerta estaba abierta, así que Mick llamó y pasó sin esperar. Allí se encontró con otro mecánico flacucho, de pelo escaso, moreno y bien peinado, sin afeitar, sentado en el escritorio que quedaba frente a la puerta.

—Hola —saludó Mick—. ¿Es usted Ralphy Boy?

—Sí, ese soy yo, tío —respondió el propietario del taller—. ¿Eres el colega de Pete?

—Sí, el mismo —contestó Mick.

—¿Y lo que buscas es un coche?

—Eso es —repuso Mick.

—Tengo un Holden Commodore ahí fuera que puedes llevarte. No es nada del otro mundo, pero funciona.

—Me parece perfecto —dijo el electricista.

—¿Cuánto tiempo lo quieres?

—¿Hasta el lunes podría ser?

—Claro.

—¿Cuánto cuesta?

—Cincuenta dólares al día y una fianza de cien dólares. Está asegurado. Pero si tienes un accidente, tú te harás cargo del pago de los trescientos primeros dólares. ¿De acuerdo?

—Sí —respondió Mick—. ¿Acepta tarjetas de crédito?

—Colega, aceptaría cualquier cosa menos una mierda de perro.

No le llevó mucho tiempo a Ralphy Boy arreglar todos los papeles y antes de que pudiera darse cuenta, Mick estaba aparcando en la parte trasera del hotel Cosmopolitan un Holden Commodore blanco, polvoriento, con una radio que funcionaba mal y arañazos en la tapicería y por el que se hubiera pujado en una subasta entre veinte y quinientos dólares. Pero era mucho mejor que correr el riesgo de dañar otro plato de presión del Buick.

Mick echó un vistazo rápido en el bar para agradecerle a Pete su ayuda, pero no lo vio, por lo que decidió ir a la habitación. De camino a la ciudad, había reparado en una señal que indicaba el acceso a un complejo acuático. Se puso el bañador, metió una toalla y un libro en su mochila, y bajó hasta el Holden. Poco después, Mick estacionaba el coche en el aparcamiento del complejo acuático.

A la derecha había una piscina climatizada y más abajo, una piscina al aire libre de cincuenta metros; enfrente, el puesto de socorrista junto a una piscina para niños poco profunda. Todo estaba rodeado de césped artificial y, a través de la valla de alambre, el azul del agua refulgía e invitaba a bañarse. *Me gusta*, sonrió Mick para sí mismo, cogiendo del asiento del copiloto su mochila. En taquilla, pagó la entrada y se compró unas gafas para nadar, tapones y un polo de chocolate. Mordiendo su helado, dio un paseo hasta llegar a la piscina de cincuenta metros, extendió la toalla y se preparó para disfrutar de una agradable tarde.

• • • • •

Casi nada más pasar Branxton, el agente Moharic condujo el todoterreno hasta una estación de servicio y esperó, con el motor en marcha, a que el agente Coleborne volviera con tres botellas grandes de agua mineral.

—Eh, ¿qué me decís de este dinero de plástico que parece de Mickey Mouse? —apuntó el agente Coleborne mientras se acomodaba en el asiento del copiloto y repartía las botellas de agua—. No lo puedes doblar. No puedes hacer nada.

—Mientras que lo puedas gastar, Orrin —dijo el agente Niland—, eso es lo que importa, tío.

—Eso es. —El agente Moharic le dio un trago a una de las botellas de agua y luego volvió a enroscar el tapón—. Está bien, chicos —dijo con confianza—, siguiente parada, Muswellbrook. —El agente Moharic esperó a que no pasaran coches para

incorporarse de nuevo a la carretera y dejó la estación de servicio por el carril equivocado.

—¡Por el amor de Dios, Floyd! —gritó el agente Coleborne, señalando frenéticamente al camión que se acerba a ellos a gran velocidad—. Vas en sentido contrario.

—¿Qué? ¡Oh, mierda!

Con el estallido ensordecedor de la bocina del camión resonando en sus oídos, el agente Moharic dio un volantazo para reconducir el Cherokee por el carril correcto, cortándole el paso a un Rover verde último modelo conducido por la señora Vera Winters, una viuda con el pelo teñido. Vestida con su uniforme blanco inmaculado de jugar a los bolos, la señora Winters reaccionó con el tiempo justo para tocar el claxon antes de derrapar. Después siguió un golpe metálico sordo, y alcanzó la puerta del maletero del Cherokee. Los dos coches viraron bruscamente hacia el arcén de la carretera, donde el agente Moharic patinó con el vehículo hasta detenerse delante del Rover. Tras un par de minutos, se giró y reconoció el horror reflejado en los ojos de los otros agentes.

—¡Oh, mierda! —repitió—. ¡Oh, mierda!

• • • • •

—¡Maldita sea! ¿Has visto eso? —dijo Craig Cozens, uno de los dos oficiales del Servicio de Inteligencia para la Seguridad Nacional de Australia, cuando pasaron por delante de los dos coches parados en el arcén de la autopista—. ¡Esos imbéciles conducían en sentido contrario!

—¡Mierda! —exclamó Kerrie—. Será mejor que pares.

Craig avanzó otros cien metros más o menos y detuvo el vehículo cerca de la entrada de un camino de tierra en la cual un tambor de hojalata hacía la función de buzón. Apagó el motor y los dos oficiales se dieron la vuelta y miraron por el retrovisor.

—Menos mal que el Rover iba despacio —apuntó Craig.

—Sí, han tenido mucha suerte —convino Kerrie. Se giró hacia Craig—. ¿Crees que deberíamos intervenir?

Su compañero se encogió de hombros.

—No hay mucho que podamos hacer. Solo esperar aquí hasta que se rehagan. Después, pondrán de nuevo sus culos en marcha.

—Llamaré a Blessing —anunció Kerrie.

Un par de personas salieron de la estación de servicio al escuchar el estruendo. Pero no parecía nada grave, por lo que tras un fugaz vistazo, volvieron dentro. Algunos coches que pasaban junto a los vehículos accidentados reducían la velocidad y, luego, una vez satisfecha su curiosidad, proseguían su camino.

—No pasa nada. Ahora todos mantendremos la calma —ordenó el agente Moharic.

—Mantener la calma —repitió el agente Coleborne—. ¡Por el amor de Dios, Floyd, casi nos matas!

—Por segunda vez —puntualizó el agente Niland.

—De acuerdo. —El agente Moharic gesticuló a la defensiva—. Ha sido por mi culpa. Pero salgamos del coche, vayamos a hablar con el conductor del otro vehículo e intentemos resolver esto. Y recordad: todos nosotros trabajamos para el Señor.

—Hablando del Señor —dijo el agente Niland—. ¿Quién va a llamar a Sierota?

—Puedes hacerlo tú —propuso Moharic.

Los tres agentes salieron del coche y comprobaron los daños. La puerta del maletero del Cherokee estaba desfondada, pero aún se podía abrir; el Rover tenía abollado el guardabarros por el lado derecho y el faro estaba roto, con el borde colgando. La señora Winters permanecía sentada detrás del volante con el cinturón de seguridad puesto, ilesa y con la mirada perdida en el horizonte. Alzó la mirada cuando reparó en los tres hombres que se acercaban enfundados en sus trajes negros.

—Es una señora mayor —señaló el agente Coleborne—. Parece una enfermera.

—No creo que esté herida —aclaró el agente Moharic. Se aproximó a la ventanilla del lado del conductor—.

Hola, señora —dijo con afectación—. ¿Está bien?

—Sí, sí. Eso creo —contestó la mujer—. Simplemente, un poco conmocionada. Eso es todo.

—Siento muchísimo lo que ha pasado —se disculpó el agente Moharic—. Pero me salió un canguro de repente.

—¿Un canguro? —preguntó la señora Winters.

—Sí. Una cosa enorme, gris —respondió el agente Coleborne—. Parecía un ratón tratado con esteroides.

La mujer mayor levantó la mirada hasta encontrarse con la del agente Moharic.

—¿Son estadounidenses?

—Sí, señora —sonrió él—. Hemos venido con la iglesia. Somos mormones. Yo soy el hermano Gorgel, él es el hermano Caleb y él, el hermano Bozidar.

La señora Winters puso los ojos en blanco.

—¡Oh, Dios mío!

—Ese es él. —Volvió a sonreír el agente Moharic—. Siempre está ahí cuando necesitas su auxilio. Déjeme que le preste el mío y la ayude a salir del coche.

El agente Moharic abrió la puerta y ayudó a la señora Winters a levantarse de su asiento. Se incorporó ella sola y comprobó los daños ocasionados.

—Llevo conduciendo casi cincuenta años y nunca había tenido un accidente —explicó—. No sé qué decir.

—Sí, bueno, no hay grandes daños —confirmó el agente Moharic—. Y, alabado sea el Señor, ningún herido.

—Sí, afortunadamente —dijo ella.

—Por tanto, no hay ninguna necesidad de llamar a la policía. Simplemente nos intercambiamos nuestros datos y cada uno que siga su camino.

—Oh, no —contestó la señora Winters—. Tengo que llamar a la policía. No quiero perder mi bonificación.

—Pero —suplicó el agente Moharic— ha sido todo por nuestra culpa. Y tenemos el seguro en regla.

—Es verdad —añadió el agente Coleborne—. Quiero decir, si no puede fiarse de tres hombres que trabajan para el Señor, ¿de quién puede fiarse?

—Exacto —replicó la mujer—. No. Llamaremos a la policía —insistió—. Que su amigo saque su móvil ahora mismo. Telefoneáremos desde el suyo. No tardarán mucho en llegar hasta aquí.

El agente Moharic apretó los dientes.

—Muy bien, señora. Si insiste…

• • • • •

En la comodidad del aire acondicionado del bungaló de las biblias, Zimmer Sierota tenía los ojos cerrados mientras sujetaba el teléfono y hablaba con el agente Niland.

—¿Que qué? —gritó.

—Hemos tenido un accidente —le explicó el agente Niland—. Floyd ha chocado contra uno de estos coches ingleses conducido por una señora mayor.

Sierota movió la cabeza.

—Ni se te ocurra decirme que había estado conduciendo en sentido contrario.

—Bueno… sí, jefe. Pero durante un par de segundos.

—¡Dios santo! —exclamó Sierota—. ¿Qué le ha pasado al coche? ¿Hay algún herido? ¿Ha ido la policía?

—No. Ha sido poca cosa. Pero la vieja quiere llamar a la policía.

—¡Joder! —Sierota lo pensó por un momento—. Está bien. No debería haber ningún problema. Pero si lo hubiese, llámame. ¿Lo has entendido?

—Sí, señor.

A unos doscientos metros de distancia, en el Commodore blanco, Craig y Kerrie seguían muy de cerca cómo iban desarrollándose los acontecimientos tras el accidente. El oficial Cozens tenía unos prismáticos.

—¿Qué hacen ahora? —preguntó la oficial Ryman.

—Han sacado los móviles. Así que me atrevería a decir que van a llamar a la policía.

—Me pregunto cuánto tiempo tardarán en llegar —dijo Kerrie.

—Ni idea.

—¿Qué te parece si volvemos a la estación de servicio sin que adviertan nuestra presencia y allí esperamos mientras bebemos algo?

—Vale, pero primero llama a Blessing y dale el parte con las últimas novedades.

• • • • •

Sentada en su mesa de la biblioteca, Jesse devoraba sin pestañear la sección de libros de consulta sobre el Muswellbrook antiguo. Hasta ahora, no había encontrado nada que apuntara directamente hacia el lugar donde Klaus Slate había dejado su máquina del juicio final, pero fotocopió algo que le resultó interesante porque se trataba de una referencia cruzada con el contenido de uno de los maletines.

• • • • •

Mientras tanto, en la piscina, Mick leyó el libro que se había llevado, nadó dos kilómetros y chapoteó en la hermosa agua cristalina que tenía delante, disfrutando como un niño pequeño de aquella tarde. Hasta que conoció a Jesse, no puede decirse que hubiera sido un gran lector. Pero al tener una novia propietaria de una librería, no

tenía otra opción. Jesse lo introdujo en el mundo de las letras con algunas lecturas sencillas y, al fin, Mick sabía apreciar un buen libro. Ahora estaba con *Jabberrock. The Ultimate Book of Rock and Roll Quotations*[3], de Obstfeld y Fitzgerald. Mick encontró graciosas dos citas. Una era de Frank Zappa:

«Los periodistas dedicados al rock son personas que no saben escribir, entrevistando a personas que no saben hablar, para personas que no saben leer».

Y otra, de Elton John:

«Algunas veces, cuando sobrevuelo los Alpes, pienso: esa es toda la cocaína que he esnifado. Una vez intentamos calcular cuánto dinero nos habíamos gastado en coca y alcohol. Nos indignó tanto que lo dejamos».

• • • • •

El sargento Bob Schueling era un policía de pueblo de trato fácil, corpulento y con un penacho de pelo castaño, que había visto de todo durante los veinticinco años que llevaba sirviendo en las fuerzas de seguridad. Estaba solo en la pequeña comisaría cuando recibió la llamada de que se había producido un accidente no muy lejos de Branxton. Una vez que el sargento Schueling hubo comprobado que no se trataba de nada grave, contestó que estaría en el lugar del siniestro en cuanto pudiera; lo que significaba tan pronto como se hubiera comido dos sándwiches inmensos de carne y una tarta casera de chocolate y ralladura de coco, todo ello acompañado por una taza grande de té fuerte; seguido de una cagada larga y relajante mientras leía el periódico.

• • • • •

De vuelta en el escenario del accidente, los agentes Coleborne y Moharic estaban sentados impacientemente en el Jeep Cherokee cuando el agente Niland volvió de la gasolinera con varias barritas de chocolate. Levantaron la mirada de lo que fuera que estuvieran haciendo cuando accedió a los asientos traseros.

—Ey, chicos —dijo, repartiendo chocolate—. No os vais a creer esto, pero creo que acabo de ver a Vincent y a su novia saliendo de la gasolinera en un coche blanco.

—¿En un coche blanco? —preguntó el agente Moharic.

—Sí.

—¿Estás seguro? —insistió el agente Coleborne.

—Bueno, no estoy seguro al cien por cien porque me los esperaba llevando un Buick amarillo, pero ¡maldita sea!, se les parecían.

—¿Has cogido la matrícula? —preguntó el agente Moharic.

Niland negó con la cabeza.

—No. Pero ahí hay otro coche igual que en el que estaban ellos. Un Holden Commodore.

—¡Dios mío! —exclamó el agente Moharic—. Lo que nos faltaba. Van en un coche diferente.

La señora Winters estaba sentada tranquilamente en su Rover, leyendo la última novela de Mills & Boon escrita por Valerie Parv, cuando el sargento Schueling se detuvo detrás de su vehículo y se bajó del coche patrulla con su libreta. La mujer posó el libro en su regazo y se quitó las gafas de lectura.

—Vaya, mirad —dijo el agente Niland—. Aquí está el orgullo de la policía de Nueva Gales del Sur.

—Vamos mal de tiempo —intervino el agente Moharic—. ¡Por el amor de Dios! ¿Cuánto tiempo necesitan estos palurdos para responder a una llamada?

—¿Quieres saber cuánto, Floyd? —le preguntó el agente Colerbone—. Mira el tamaño del culo de ese tío. La expresión «muévelo» no la tiene registrada.

—De acuerdo. Vamos —ordenó el agente Moharic, abriendo la puerta del coche —. Y sed amables con el cretino. ¿Vale? Muy simpáticos. Encantadores a rabiar.

—Amables y simpáticos. Que así sea, hermano Gorgel —dijo el agente Niland.

Para cuando la señora Winters se bajó del coche y los tres agentes del suyo, el sargento Schueling ya había comprobado que el accidente no había sido más que un pequeño choque, pero se había producido lo suficientemente cerca de su área de acción como para estar obligado a malgastar su tiempo en desplazarse hasta allí. Al menos las personas implicadas parecían ciudadanos responsables que mantenían la calma y estaban tranquilos.

—Parece que han tenido un poco de mala suerte, señores —dijo el policía, sacando un bolígrafo—. De acuerdo, ¿quién quiere contarme lo que ha pasado?

—Oficial —tomó la palabra el agente Moharic—. Somos miembros laicos de la Iglesia mormona. Yo era el que conducía y asumo toda la culpa.

—Dijo que se le apareció un canguro de repente —añadió la señora Winters.

—¿Un canguro? —Intentando reconocer el acento del agente Moharic, el sargento Scheuling se dio la vuelta hacia él—. ¿Era rojo o gris?

—No estoy seguro —respondió el agente—. Pasó tan rápido. Alguna tonalidad intermedia. Rojizo… una especie de gris.

—¿Tenía rayas en la espalda? —preguntó el sargento.

—Sí. Puede ser.

—Creo que, por su descripción, ha podido ser un lobo de Tasmania. —El sargento Schueling asintió con la cabeza, sabiamente—. Hay muchos por esta zona en esta época del año.

—Entonces sería eso —dijo el agente Moharic—. Un lobo de Tasmania.

—Salió de la nada —apuntó el agente Coleborne.

—La cosa más increíble que jamás haya visto —matizó el agente Niland.

El sargento Schueling sabía que los tres norteamericanos que difundían la palabra de Dios estaban mintiendo. Pero no le cabía la menor duda de que lo hacían en un intento de ocultar su vergüenza por haber provocado el accidente. De modo que no se tomó aquello como algo a tener en cuenta. Sin embargo, el sargento Schueling reflejó este comportamiento en su informe, ateniéndose a la declaración del agente Moharic. «Conductor de un vehículo negro giró bruscamente para evitar a un lobo de Tasmania». El sargento, de tamaño considerable, fotocopiaría el informe, una vez que regresara a la comisaría, y lo colgaría en la pared para luego contárselo a todo el mundo cuando fuese a beber una cerveza después del trabajo. Aparte de eso, todo lo demás estaba bien. Ninguno de los dos conductores había ingerido alcohol, el carné de conducir del agente Moharic se hallaba en regla, el coche estaba registrado y asegurado y la señora Winters sin duda no suponía un peligro para la sociedad. Claro que si el sargento Schueling se hubiera molestado en registrar el Cherokee y hubiera encontrado un compartimento en la parte trasera repleto de pistolas y munición, hubiese sido otra historia. En lugar de eso, hurgó en el maletero del coche patrulla hasta que dio con un rollo de cinta adhesiva y, con la ayuda de los tres preocupados hermanos, aseguró el faro del vehículo de la señora Winters para que pudiera circular hasta que llevara el coche a un taller.

Finalmente, la mujer había retomado su ruta, el sargento había emprendido el suyo y, con un final feliz, los tres jubilosos hermanos del Señor también proseguían su camino, aunque detrás de las sonrisas que dibujaban sus labios, a los tres agentes nada les hubiera gustado más que haberles pegado un tiro a los dos, a la señora Winters y al sargento Schueling.

Entre la llamada de la mujer a la policía, la aparición en el lugar de los hechos del sargento y la dilación de este, debido principalmente a sus lentos movimientos, parecidos a los de un oso perezoso con un problema de hemorroides, los agentes secretos llevaban un retraso de muchas horas y ya sería de noche para cuando llegasen

a Muswellbrook e intentasen encontrar el Buick amarillo de 1936 y un lugar donde pasar la noche.

• • • • •

Era tarde y la piscina estaba llena de niños aprendiendo a nadar con las técnicas más refinadas cuando Mick dobló la toalla, marcó la página por la que se había quedado del libro y lo guardó en la mochila. Condujo de vuelta al hotel y fue directo a la habitación. Después de un afeitado rápido en las duchas en bloque, se puso unos vaqueros y una camiseta gris del grupo Powderfinger y, por último, encendió la radio. Estaba tumbado sobre la cama, escuchando a James Blundell en una emisora de música country, cuando Jesse se asomó por la puerta. Tenía un periódico en la mochila y una mirada extraña en el rostro.

—Ey. ¿Cómo te ha ido? —le preguntó Mick.

La librera le pasó el periódico y dejó la mochila en la otra cama.

—Lee eso —le ordenó, sin tan siquiera molestarse en tomar asiento—. Es la edición de la tarde. Échale un vistazo a la tercera página.

Mick apagó la radio y cogió el periódico de Newcastle. Andrew Johns se había cortado afeitándose, por lo que tal acontecimiento merecía ir en primera plana. La captura de un tiburón tigre en la playa de Stockton aparecía en la segunda página. Pero en la primera mitad de la tercera página había una fotografía tomada en la escena de un crimen cometido en la avenida Fenton, con el relato de todo lo ocurrido en la segunda mitad de la página. Mick se incorporó de su cama mientras que Jesse se sentó en la suya.

—¡Maldita sea! —exclamó el electricista—. Eso es…

—Tu casa —convino Jesse.

—Y eso es…

—Lo que queda de tu furgoneta.

—¡Menuda mierda!

—Algo parecido. Sí —dijo Jesse.

Con Jesse observándolo sin inmutarse, Mick leyó la noticia. La releyó una segunda vez y bajó el periódico clavándole la mirada a su novia en la corta distancia que separaba las dos camas.

—Al parecer han arrestado a Andrew. Pero su madre me llamó después del funeral y me dijo que no tuviera en cuenta lo que me había dicho. Y cuando me lo

crucé un día en la calle, se disculpó. ¿Por qué iba a…?

—Mick —dijo ella en voz baja—, hay un par de cosas que he estado queriendo decirte… cariño.

—¿Queriendo decirme? —repitió él—. ¿Como qué, Oz?

Jesse dirigió por un momento la mirada hacia el suelo y luego volvió a centrarse en su novio.

—Mick, el Pentágono y la NORAD tienen un archivo abierto sobre Tesla llamado «misión Arragon».

—¿NORAD? —preguntó él.

—Sí, Mick. Mando Norteamericano de Defensa Aeroespacial. Debajo de la montaña Pikes Pike, en el monte Cheyenne, en Colorado. Es parte de su escudo de defensa de la guerra de las galaxias.

—¿La guerra de las galaxias? Vale. ¿Y qué es eso de la misión Arragon?

—La misión Arragon —le explicó Jesse— está relacionada con la máquina de los rayos de la muerte de Tesla. Cuando él murió, desaparecieron un montón de papeles suyos. Los rusos se quedaron con algunos. La antigua Yugoslavia, con otros. Los yanquis, con otros pocos. Pero los más importantes siguen aún en paradero desconocido. Quienquiera que los encuentre, encontrará también la clave para la mayor arma no nuclear.

—Entonces, ¿eso es lo que estamos buscando? —preguntó él—. ¿Una caja llena de papeles?

Jesse negó con la cabeza.

—No. Tesla construyó una máquina de los rayos de la muerte en algún sitio cercano a este. La misión Arragon es básicamente la búsqueda de las instrucciones de cómo construirla. Lo que no saben es que ya está construida. O quizá sí que lo sepan, pero no saben dónde. ¿Quién sabe qué es lo que saben?

—¿Y ellos son la NORAD?

La librera movió la cabeza.

—No. Creo que son la NSA.

—¿La NSA? ¿Qué demonios es la NSA?

—Esa es la otra cosa que tengo que contarte, Mick. ¿Te acuerdas del miércoles por la noche, cuando estuve en tu casa y busqué el proyecto Piggie en internet y el ordenador se volvió loco?

—Sí.

—Dije que había sido una subida de tensión. —Jesse señaló el periódico—. Después de leer esto, creo que la NSA pirateó tu ordenador.

—¿Pirateó mi ordenador? —Mick sacudió la cabeza—. ¡Dios mío, Oz! Estoy tan preocupado como confuso. Vale. ¿Quién es la maldita NSA? ¿Y qué narices tenemos que ver nosotros con el puñetero proyecto Piggie?

—De acuerdo —respondió ella—. La NSA es la Agencia de Seguridad Nacional de Estados Unidos. Los yanquis la fundaron después del once de septiembre, junto con la aprobación de la Ley Patriótica.

—Continúa —la instó él.

—Esta gente está tan mal de la cabeza como el tipo de derechas que los gobierna. Una locura. Ven terroristas hasta debajo de la cama. En los cereales. En el retrete. Hasta en los vestidos de sus abuelas. Y además de estar locos, son despiadados. A los secuaces del viejo Tío Sam les importa una mierda a quién matan o a quién secuestran en aras de su particular guerra contra el terrorismo.

—Por no mencionar la libertad, la democracia y que Dios bendiga a América.

—Sí. Bieeen, lo has pillado, peregrino —dijo Jesse alargando las palabras.

—Vale —dijo Mick—. Ahora volvamos al proyecto Piggie.

—De acuerdo —contestó ella—. El proyecto Piggie tiene que ser un resultado derivado de la misión Arragon. Tesla tuvo que aludir a él en algún momento. Ahora el Pentágono sabe que lo tecleamos en un motor de búsqueda. Desencadené todo esto en tu casa. Y, ¡bingo! Te identificaron y mandaron a alguien para detener nuestras pesquisas. En resumidas cuentas, Mick, la NSA nos pisa los talones. Me juego lo que sea.

Mick la escudriñó durante un momento.

—En otras palabras, Oz, que la hemos cagado. Todo eso de salvar nuestros pellejos se ha ido al garete. Estamos muertos.

—Sí —contestó ella despacio—. Podríamos decir que sí.

Mick levantó las manos.

—Bien, esto es todo. Tenemos que volver a casa. E ir a la policía. Y será mejor que llames a tus padres. Yo llamaré a mi hermana. —El electricista cogió su mochila —. ¿Dónde está mi teléfono?

Jesse negó con la cabeza con decisión y lo detuvo.

—No —enfatizó—. Usar tu móvil es lo peor que puedes hacer. Si pueden encontrarte a través de tu ordenador, darán contigo incluso más rápido con el

teléfono.

—Entonces acudiremos a la policía local —señaló él—. Vamos. La comisaría está al principio de la calle.

—No —dijo ella de nuevo—. Mick. Esto tiene tal magnitud que ni siquiera puedes confiar en la poli.

—¿No puedo fiarme de los pichaflojas locales? Bien, si no puedes fiarte de ellos, ¿de quién puedes hacerlo?

—De nadie —contestó ella—. Estamos solos en esto.

—¿Solos? ¡Oh, mierda! Es fantástico. —Mick miró directamente a su novia—. ¿Y qué vamos a hacer?

—¿Hacer? Nada —respondió ella.

—¿Nada? ¿Qué? ¿Dejarlos que nos peguen un tiro o que nos hagan volar por los aires? Sí, pues ni hablar. Estás hablando con un chico de Newcastle, querida.

—Cuando digo «nada», Mick —le explicó ella—, me refiero a nada por ahora. Sigamos con los planes previstos y veamos si podemos encontrar esa cosa. Y tanto si damos con la máquina como si no, lo primero que haremos el lunes por la mañana será ir a los periódicos y venderles la historia. De hecho, el que tu coche haya explotado podría hacer que todo esto valga aún más dinero.

—Oh, estupendo, Oz —dijo él, volviéndose a sentar sobre la cama—. Incluso podrías escribir un libro sobre esto.

—Ah, no te preocupes. Ya había pensado en eso, guapo. El adelanto sería astronómico.

Mick puso los ojos en blanco.

—Increíble. No te creo. La maldita NSA ha intentado matarme. Ahora, lo más seguro es que también quieran matarte a ti. Y en lo único en lo que puedes pensar es en el dinero.

La librera alargó la mano y cogió la de su novio.

—Mick, solo estoy pensando en ti, cariño. Fíjate en todo el dinero que has gastado en esta habitación. Quiero que recuperes una parte.

Mick apartó la mano.

—Vale. Ya está bien —dijo él—. Vete. Adelante. Ve a buscar una habitación en un motel. Hemos terminado.

—Me parece justo —respondió ella. Meneó su trasero en la cama y se pasó las manos entre los muslos—. Pero recuerda, labios de caramelo, si yo me voy, esto se

viene conmigo.

Mick cerró los ojos.

—Oooh, eres una hija de puta —espetó él.

—Uy, no sé —susurró la librera—, la gente me dice que soy muy agradable.

—Está bien —contestó él—. ¿Qué quieres hacer?

—Como ya te he dicho, nada —repitió ella—. Sigamos con lo planeado. Y mantengamos los ojos abiertos. —Miró a Mick por un segundo—. Aunque tu Buick amarillo chillón puede convertirse en un problema.

—Bueno —sonrió él—, es curioso que digas eso.

El electricista le contó a su novia su charla con el dueño del pub y su visita a Ralphy Boy para hacerse con un viejo Holden una vez guardó el Buick en el garaje.

Mick levantó las llaves.

—Y ahora mismo está aparcado en la parte trasera del edificio. Con el depósito lleno.

—Oh. Bien hecho —dijo ella—. Qué feliz me haces.

—Gracias. —Mick esbozó una sonrisa—. Ya me siento mejor. —Tiró el periódico a un lado y se relajó, tumbándose en la cama—. Entonces, ¿cómo te ha ido en la biblioteca? —le preguntó—. ¿Has encontrado algo?

—¿Que si he encontrado algo? —repitió Jesse—. Mick, me he leído todos y cada uno de los malditos libros que hablaban del Muswellbrook antiguo. Y no hay ni rastro por ningún sitio de Klaus Slate.

—¿Y del atraco al banco? —preguntó él.

—Eso debería de haber aparecido en el periódico local. Pero aparte del Muswellbrook Chronicle, que no lo reseña, no hay más periódicos de la época para esta zona.

—Oh.

—Pero he traído una cosa.

—¿En serio?

Jesse había guardado el contenido de los dos maletines en otro de plástico dentro de su maleta. Lo abrió y sacó las nóminas que habían encontrado en el maletín de Lander Oldfield. Después, se sentó junto a Mick y comparó una de las nóminas con la fotocopia que había hecho en la biblioteca.

—Vale —dijo ella, enseñándoselas a Mick—. Entre los aproximadamente mil puñeteros libros que he hojeado esta tarde, había uno que se titulaba La historia de la

familia Seaton.

—¿Seaton? —preguntó Mick.

—Sí. Fue una vieja familia pionera. Se asentaron aquí en 1820. Molan Seaton y su hermosa y joven mujer Orseline.

—¿Orseline? Es lo que le puse al Buick para detener el traqueteo de los pistones.

—De hecho, es un antiguo nombre alemán —repuso Jesse—. El caso es que Molan y su mujer debieron de gustarse una barbaridad porque tuvieron quince hijos.

—¿Quince malditos críos? —exclamó Mick—. ¡Madre mía! ¿Molan no podía haber arrastrado su culo hasta un videoclub y haber alquilado un par de películas?

Jesse lo ignoró.

—Así que sus hijos pudieron elegir entre convertirse en madereros, terratenientes, ganaderos, ser miembros del concejo municipal, servir en la guerra, lo que fuera. Entre ellos estaba Reginald Seaton, un boxeador de peso ligero. Se fue de aquí durante seis meses, en 1925. Y cuando volvió, abrió una talabartería, justo al lado de la avenida principal. Eso es todo lo que dice el libro de él. Pero… —Jesse señaló una de las líneas con cifras que aparecía en una de las nóminas—. En esta nómina está el nombre de Reginald Seaton. Y —Jesse sacó el diario de Tesla y lo abrió—, en esta página de aquí, Tesla dice, aparte de muchas otras cosas: «Un hecho sorprendente ha ocurrido esta noche en el hotel. Fuera del comedor, tuve un enfrentamiento con un matón amenazador inmenso. Uno de los trabajadores, Reginald Seaton, un hombre joven de estatura bastante pequeña, vino en mi ayuda y dejó inconsciente al hombre, mucho más grande que él, propinándole dos puñetazos. Me quedé tan impresionado, que le di a Reginald cien libras. Me guardé mi generosidad de cara a Lander y a los demás y le pedí al joven señor Seaton que obrara igual. Pero mis palabras fueron en balde». —La librera le guiñó un ojo a su novio—. Y bien, ¿esto qué te parece? Reginald Seaton trabajó para Klaus Slate, alias Nikola Tesla.

Mick sonrió y la rodeó con su brazo.

—Oz. Eres un genio. No me extraña que te idolatre y te adore.

—Gracias, mi tesoro. —Jesse le devolvió la sonrisa—. Pero aún queda lo mejor. Le pregunté a la bibliotecaria, y me dijo que la talabartería lleva cerrada años, pero la tienda sigue estando ahí. Y existen unos W. y H. Seaton que siguen viviendo en esa dirección.

—¿Lo que significa?

—Que son descendientes de Reginald Seaton.

—Oh, sí, nena. —Mick se entusiasmó—. Entonces, ¿qué quieres hacer?

—Ir a dar una vuelta y visitar a los Seaton. Nunca se sabe. A lo mejor son capaces de decirnos adónde fue Reginald en 1925.

—Vale —respondió Mick—. Vamos.

Jesse negó con la cabeza.

—Pero no ahora. He tenido mi culo sentado sobre una silla de biblioteca durante todo el día y necesito estirarme.

—Lo que significa que quieres salir a dar el paseo —murmuró él.

—Exacto. ¿Vienes conmigo?

—¿Debo hacerlo?

—A menos que pretendas provocar mi ira.

Aunque Mick realmente quería a Jesse y todo lo que tenía que ver con ella, le disgustaban los paseos. Ella nunca hablaba y caminaba como un demonio. Mick prefería simplemente salir a correr una hora y acabar lo antes posible con eso. La única manera de sobrellevar los paseos era mantenerse un par de metros detrás de ella, inmerso en sus pensamientos y contemplando su culo prieto contoneándose de lado a lado mientras él se apresuraba para seguirle el ritmo.

Mick movió la cabeza.

—Está bien. Me quitaré la ropa limpia. Me acababa de afeitar.

—Y estás muy guapo. —Jesse dibujó una sonrisa en sus labios, acariciando con una mano el rostro de su novio.

—¿Y qué pasaría si la NSA estuviera ahí fuera esperándonos?

—Solo tendremos que quemar los puentes una vez que los hayamos cruzado —contestó ella.

—Vale —dijo Mick—. Pero no les dejes que te quiten la venda de los ojos.

Jesse se bajó la cremallera de los vaqueros.

—También estoy trabajando en otra hipótesis —declaró ella.

—¿Otra más? ¿Cuál?

—Te la contaré más tarde.

Jesse se cambió la ropa que llevaba por unos pantalones cortos, una camiseta blanca vieja, deportivas y un banda para el sudor. Mick se quedó con la misma ropa que tenía puesta, excepto que se cambió la camiseta por una negra y vieja sin mangas. No había demasiado espacio entre las camas y el electricista se chocó con la librera varias veces cuando ella estaba en ropa interior. Jesse le desaconsejó que siguiera por

ese camino. Antes de que pudiera darse cuenta, Mick se encontraba fuera del hotel haciendo ejercicios de calentamiento con ella. Una vez que hubieron terminado, él le preguntó a su novia qué dirección quería tomar. Esta inspiró y apuntó hacia el oeste.

Fueron calle abajo, giraron a la izquierda y pasaron por debajo del puente de las vías del tren. Jesse señaló recto hacia las luces que tenían delante y rápidamente se vieron paseando por una vía larga y llana, con tiendas y casas a la izquierda y campos a la derecha, que enfilaba hacia las montañas que se veían en la distancia. Mientras que el sudor hacía que le escociese la cara, Mick mantenía sus habituales dos metros por detrás de Jesse y reflexionaba sobre la foto que mostraba lo que quedaba de su furgoneta. También pensó en las personas que lo querían ver muerto y se preguntó si Jesse no se habría tomado un poco a la ligera la búsqueda de la máquina de los rayos de la muerte de Tesla.

• • • • •

Mientras que la pareja paseaban enérgicamente hacia el atardecer, los agentes americanos llegaban a Muswellbrook con los dos oficiales del Servicio de Inteligencia para la Seguridad Nacional de Australia por detrás de ellos, esquivando el tráfico.

—Así que esto es Muswellbrook —comentó el agente Niland—. Me recuerda a ese filme… *La última película*.

—Ah, sí, tienes razón —dijo el agente Coleborne. Señaló a un grupo de gente joven que estaba fuera de la estafeta—. Mirad, ahí de pie en la acera están Jeff Bridges y Cloris Leachman.

—Hola, Cloris —gritó el agente Niland—. Enséñanos tus tetas.

—En estos momentos, sería mejor que encontrásemos un sitio en el que quedarnos —propuso el agente Moharic mientras circulaban a poca velocidad por la calle Bridge—. Allí hay dos moteles.

—El blanco, el Bodega, tiene buena pinta —indicó el agente Niland—. Y hay un asador justo enfrente.

—Supongo que ese estará bien —respondió el agente Moharic—. Nos registraremos y luego iremos a dar una vuelta a ver si damos con el Buick amarillo de Vincent.

—Quizá hasta se aloje en este motel —sugirió el agente Coleborne.

—Ey —esbozó una sonrisa de oreja a oreja el agente Niland—, eso le quitaría parte de la gracia.

El agente Moharic condujo hasta el final de la calle Bridge, y cambió de sentido con sumo cuidado, se dirigió de nuevo hacia el motel blanco y detuvo el coche en la entrada de la recepción. De cerca, el Bodega tenía un aspecto ligeramente español, con una pequeña piscina a la derecha de la recepción y un restaurante enfrente que daba a la calle. Las habitaciones estaban dispuestas alrededor de un aparcamiento amplio donde varios coches estaban aparcados ante las puertas de las habitaciones.

—Bueno —dijo el agente Moharic—, ¿qué os parece si después de registrarnos nos reunimos en mi habitación?

—Me parece bien —respondió el agente Niland, abriendo su puerta.

• • • • •

Kerrie Ryman observó al Cherokee negro detenerse delante de la entrada del establecimiento.

—Parece que van a registrarse en aquel motel blanco —apuntó ella.

—Sí —contestó pensativo Craig pasando por delante—. Me pregunto qué es lo que les habrá traído a Muswellbrook entre todos los pueblos que hay por aquí.

—¿La vida nocturna? —sugirió Kerrie.

—Puede. Creo que esta noche toca U2 en la Asociación de Militares Retirados.

—Ya que los mormones van a quedarse en el motel blanco, ¿por qué nosotros no nos quedamos en ese gran bloque de ladrillo de ahí arriba, en la colina? En el Olympic —propuso ella.

—De acuerdo —contestó Cozens.

—Luego, podría volver a escondidas al Bodega y colocarles un dispositivo de seguimiento debajo del guardabarros del Cherokee.

—Buena idea, agente 99 —dijo Craig, cambiando de sentido en la misma intersección que el agente Moharic—. Nos registraremos y luego nos veremos en tu habitación.

—Perfecto.

Kerrie y Craig condujeron hasta el Olympic y se bajaron del coche. El motel se parecía mucho al Bodega, excepto por el restaurante, que en este caso se situaba junto a la recepción y la piscina, detrás de una valla al fondo del aparcamiento. Se hicieron con sus respectivas llaves, Craig aparcó el vehículo delante de su puerta y, una vez que dispusieron sus cosas en los dormitorios, se encontraron para discutir y detallar su estrategia.

• • • • •

Unos cuantos metros más abajo, en la habitación del agente Moharic, el equipo visitante estaba haciendo lo mismo mientras comprobaban las armas que llevaban en las fundas sobaqueras.

—Ahora, recordad lo que nos dijo Zimmer —dijo el agente Moharic—. Tiene que parecer que lo ha hecho un perturbado.

—Sin problemas —contestó el agente Niland, echándole un vistazo a su 45.

—Si no encontramos a Vincent y a su novia esta noche —intervino el agente Coleborne—, los encontraremos mañana. ¡Por el amor de Dios! ¿Dónde esconderías un Buick amarillo chillón de 1936 en una ciudad de este tamaño?

—No hay mucho donde elegir —respondió el agente Moharic—. Bien, empezaremos por los hoteles y moteles. Después, daremos una vuelta por las calles más alejadas del centro. Aparecerán.

—Siempre lo hacen. —El agente Niland dibujó una sonrisa de autosuficiencia.

—Está bien, chicos —concluyó el agente Moharic, abrochándose la chaqueta—. Pongámonos en marcha.

La oficial Ryman acababa de llegar al aparcamiento para colocar un dispositivo de rastreo en el Jeep Cherokee cuando el equipo visitante salió de la habitación de Moharic, malcarados y como si fueran hombres de negocios. Se agachó junto al morro de un BMW 4WD y se puso a atarse los cordones de los zapatos cuando pasaron junto a ella. Después, sacó su *walkie-talkie*.

—¿Sí?

—Craig, se acaban de ir.

—Ya voy.

En el momento en el que Kerrie alcanzó la parte delantera del motel Bodega, Craig ya había llegado con el Commodore. Ella abrió la puerta y se montó.

—Se han ido por la izquierda —le indicó ella— e iban armados. ¡Madre mía!, tenías que haberlos visto. Parecían los hombres de *Men in Black*. Lo único que les faltaba eran las gafas de sol con cristales de espejo.

—Me encantaría saber qué es lo que están tramando —dijo Craig, avanzando por la calle. Kerrie se giró hacia él.

—¿Cazando alienígenas de otra galaxia?

—Conociendo a la NSA, no me sorprendería ni lo más mínimo.

• • • • •

En la penumbra del parque situado frente a la estación de ferrocarril, un sudoroso Mick sujetaba los pies de una sudorosa Jesse para que esta pudiera completar cuatro series de veinticinco abdominales. Giró la cintura al mismo tiempo que gemía al hacer las últimas abdominales. Después la librera se incorporó, adoptó la posición de un boxeador y amagó dos ganchos con la zurda directos al pecho de Mick y uno con la derecha en dirección a la cabeza. Remató la faena con un golpe bajo con la izquierda hacia el cuerpo y otro rápido de derechas apuntando a la cabeza. Luego le propinó una patada repentina en el plexo solar, culminando la acción con dos puñetazos rápidos con la izquierda. Después, Jesse relajó sus brazos, dejándolos caer a lo largo del costado, y se balanceó ligeramente formando círculos apoyándose en la base de los pies.

—¿Has terminado, Rocky? —le preguntó Mick.

—Sí —jadeó ella—. Sí. Creo que sí.

—¿Tienes hambre?

—En realidad sí.

—Antes encontré un restaurante chino buenísimo.

—Suena bien —añadió Jesse—. Pero no le haría ascos a un buen chuletón y una cerveza fresquita.

—Vale. Iremos hasta la Asociación de Militares Retirados.

—Primero pasamos por la vieja talabartería.

—De acuerdo, campeona.

Jesse se quedó mirando a Mick un momento, le guiñó un ojo y luego lanzó sus brazos para rodearle y darle un abrazo.

—Ooh, te quiero, pedazo de hombre grande, sudoroso y maloliente.

—Sí. Tú tampoco eres una mala tía. Vamos. —Mick le pasó el brazo por los hombros y regresaron al hotel.

De vuelta en la habitación, se bebieron dos botellas grandes de agua mineral que Jesse había comprado junto con el periódico. Seguidamente, se dirigieron a las duchas y se asearon.

Mick volvió a cambiarse de ropa y se puso lo que llevaba antes, mientras que Jesse se secaba el pelo y se cambiaba su camiseta de orcas por una azul oscuro con el lema «El arte rupestre de Darwin» en la parte de delante.

—Bien —dijo Mick tan pronto como Jesse estuvo lista—. ¿Preparada para hacerles una visita a los Seaton?

—Sí —contestó ella—. Desde luego.

—Muy bien entonces. En marcha. —El electricista cerró con llave la habitación y bajaron al coche.

Cuando Mick le abrió la puerta a Jesse para que entrase, el viejo Commodore no tenía tan mal aspecto en la oscuridad. Él se sentó en el asiento del conductor, se abrochó el cinturón y encendió el motor. Jesse escudriñó el interior del coche y luego se giró hacia él.

—¿Sabes, Mick? Estas son las cosas que me gustan de ti. Donde sea que vayamos, siempre voy montada en coches lujosos y me hospedo en hoteles ostentosos. No sé qué decir.

—Sí —respondió él, saliendo del aparcamiento—. Sigue abriendo la boca para soltar ese tipo de cosas y verás lo que dices cuando estés sentada en la silla de un dentista con todos los cables e instrumentos alrededor de tu mandíbula.

• • • • •

Con los dos oficiales del Servicio de Inteligencia para la Seguridad Nacional de Australia siguiéndolos a una distancia prudencial, el agente Moharic y los demás rastreaban Muswellbrook de un lado al otro de las vías del tren, pasando por el cementerio y por las afueras de la fábrica de leche Oak en su búsqueda del coche de Mick. Para no encontrar nada. Ni tan siquiera un coche remotamente parecido.

—¡Maldita sea! —maldijo el agente Moharic según pasaban por delante del club de moteros—. ¿Dónde podría haber escondido el coche?

—A lo mejor no está aquí —aventuró el agente Niland.

—No. Está aquí —respondió el agente Moharic—. Puedo olerlo.

—Sí, yo también —añadió el agente Coleborne.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora? —preguntó el agente Niland.

—Quizá por el momento —contestó Moharic, girando con el Cherokee hacia la entrada del motel— lo mejor sea que vayamos a comer algo. Acostarnos temprano y levantarnos pronto mañana. Antes o después aparecerá montado en esa cosa.

—Deberíamos ir a todas las estaciones de servicio locales —sugirió el agente Niland— y comprobar si se le ha estropeado el coche.

—Es una idea —asintió Coleborne—. Mientras tanto, ¿quién llama a Zimmer y le

da las buenas noticias?

—Supongo que yo —se ofreció voluntario el agente Moharic.

• • • • •

Kerrie Ryman se giró hacia Craig Cozens cuando retornaban al Olympic.

—Esto me supera, Craig —dijo ella—. ¿Qué crees que están buscando?

—No lo sé —repuso él—. Pero es obvio que algo buscan. A lo mejor una casa.

—O un coche. O un camión.

—Sí, también puede ser —contestó él.

—Bien, ¿y cómo procedemos ahora? —preguntó Kerrie.

Craig apagó el motor tras detener el coche delante de la puerta de su habitación.

—Aquí tienen un buen menú en el servicio de habitaciones. Estaba pensando en pedir algo para que nos lo traigan y acostarnos pronto. Mañana puede ser un día muy largo.

—Buena idea —dijo ella—. Dentro de unas horas, volveré a su motel y le pondré el dispositivo en el coche.

—Sí, y esta vez iré contigo —le avanzó Craig.

Siguiendo las indicaciones de Jesse, Mick condujo por una amplia avenida con una hilera de árboles en el centro, a dos calles de donde había alquilado el viejo Commodore.

—¿Me dices otra vez dónde está ese sitio? —preguntó el electricista.

—Por esta zona. Número 142. Acabamos de pasar el 104, así que no puede quedar muy lejos.

—Bien.

Llegaron a una intersección y la librera le dio un golpecito en el hombro a su novio.

—Aquí está. En la siguiente esquina.

—Vale.

Mick paró el coche delante de una vieja tienda blanca con las ventanas tapiadas, la pintura desconchada y el toldo de la entrada doblado. Los hierbajos se abrían paso en la acera y una buena ráfaga de viento debía de haber tumbado la cerca que acababa en un patio trasero, a la izquierda. Una puerta de alambre, a la derecha, conducía a un pequeño portal que arrojaba una luz tenue que se colaba por un cristal esmerilado, de forma cuadrada, insertado en una puerta de madera astillada.

—¿Qué les contarás cuando llames a la puerta?

—No más de lo necesario. —Le guiñó un ojo—. Si acaso.

—Vale. —Mick asintió con la cabeza.

Apagó el motor y se bajaron del coche. Siguió a Jesse por la verja hasta la puerta de entrada, donde les llegó el sonido de una tos irregular procedente del interior. Jesse llamó a la puerta y retrocedió un paso. Cuando se abrió, una mujer mayor, con el pelo blanco recogido en trenzas hacia atrás y un rostro arrugado, estaba ahí de pie, mirándolos a través de un par de gafas inmensas. Llevaba puesto un vestido verde claro con un delantal negro corto y un gran rosario rojo de dos vueltas.

—¿Sí? —dijo con un tono de voz tranquilo y agradable—. ¿Qué puedo hacer por ustedes?

—Hola. —Jesse le dedicó una sonrisa—. Siento molestarla, pero ¿es usted miembro de la familia Seaton?

—Sí —respondió la mujer—. Soy Helen Seaton. Vivo aquí con mi hermano Walter.

—Elaine, la de la biblioteca municipal, me sugirió que viniera a verla.

—Oh, sí. Conozco a Elaine. —Esta vez fue la señora la que sonrió.

Jesse le tendió su tarjeta de visita a la mujer.

—Me llamo Jesse Osbourne. Soy la propietaria de la librería *El Ojo que Todo lo Ve*, en Newcastle. Y este es mi ayudante, el profesor Ludwig von Munchiken.

La señora estudió la tarjeta de visita de Jesse.

—Muy bien, Jesse —dijo—. Profesor.

—Buenas tardes. —Mick sonrió.

—Estoy en Muswellbrook realizando una investigación para mi próximo libro —le explicó Jesse—. Y creo que esta casa en su día fue una talabartería que perteneció a Reginald Seaton.

—Sí. Eso es. Era mi padre.

—¿Le importaría si le pregunto un par de cosas sobre su padre, señora Seaton?

—No, para nada —repuso la señora Seaton—. Pero no puedo entretenerme mucho tiempo. Mi hermano está enfermo y tengo que darle sus medicinas.

—Lo entiendo, señora Seaton. —Jesse esbozó una sonrisa en sus labios—. No le robaré mucho tiempo.

—Entonces, perfecto.

—Señora Seaton —prosiguió la librera—, sé que esto supone retroceder mucho en el tiempo, pero antes de que su padre abriese la talabartería, se marchó durante seis meses. Por casualidad no sabría adónde fue, ¿verdad?

La señora Seaton negó con la cabeza.

—No. Papá nunca habló de eso. Con nadie de la familia.

—Oh.

—De todas formas, murió cuando tan solo tenía treinta y cinco años. Yo era muy joven por entonces.

—¿Treinta y cinco? —repitió Jesse—. ¡Caramba!, qué joven. ¿Qué pasó?

—Lo alcanzó un rayo.

—¿Un rayo? —Jesse y Mick se intercambiaron miradas de asombro.

—Sí. Papá tenía un caballo de carreras que se llamaba Lágrimas de Fuego. Se quedó con el caballo cuando lo retiraron de las competiciones, y estaba montándolo una noche de tormenta cuando a los dos los fulminó un rayo.

Jesse sacudió la cabeza lentamente.

—¡Qué mala suerte!

—Sí —respondió la anciana—. Papá se había fabricado un gran cinturón de cuero, todo con incrustaciones de cobre. Lo llevaba cuando murió. Y lo enterraron

con él.

—Un bonito detalle —apuntó Mick.

Una voz débil balbuceó algo y tosió en el interior.

—¿Helen? ¿Puedes venir un momento?

—Miren, lo siento —se disculpó la señora Seaton—, pero tengo que irme. Mi hermano está muy enfermo. En especial esta noche.

—Claro, nos hacemos cargo. —Jesse le dedicó una sonrisa—. Si no le importa que le pregunte, ¿qué es lo que le ocurre?

—Tiene enfisema.

—¿Por el tabaco?

—Sí —contestó la señora Seaton.

—Me hago una idea. —La librera asintió—. Bueno, muchas gracias por su ayuda, señora Seaton.

—No hay de qué —respondió la mujer—. ¿Por qué no me llama mañana?

—Sí, podría hacer eso —dijo Jesse, dándose la vuelta para marcharse—. Oh, antes de irme, señora Seaton —continuó—. Una última cosa.

—¿Sí?

—¿Sabe dónde compró su padre el caballo?

—Claro que sí. En Scone. Por aquel entonces, todo el mundo compraba sus caballos de carreras en Scone. Todavía siguen haciéndolo.

—Debería haberlo sabido. —La librera sonrió—. Buenas noches, señora Seaton.

La mujer mayor entró en la casa y cerró la puerta. Mick y Jesse salieron de la parcela y se montaron en el coche. Él encendió el motor y, luego, se giró hacia ella.

—¿Profesor Ludwig von Munchiken? —se quejó.

—Eso es. —Ella asintió—. Conocido por sus amigos como el bueno de Ludders Munchiknickers.

—Eres increíble —dijo él. Dio marcha atrás en la esquina de la vieja tienda y después viró a la derecha en la intersección y siguió la calle en el sentido inverso en el que la habían recorrido hacia la calle Bridge—. ¿Y bien? ¿Qué te ha parecido, Oz? Qué mala suerte que la señora Seaton no pudiera entretenerse mucho. Parecía una mujer agradable.

—Sí. Estoy de acuerdo —respondió ella—. Pero he aprendido un par de cosas durante mi breve interlocución con la señora Seaton.

—¿En serio? ¿Qué?

—Te lo contaré más tarde.

—Bueno. —Mick continuó avanzando por la calle—. Oye, ¿qué me dices del nombre del caballo? Lágrimas de Fuego.

—Sí, también he reparado en eso. —Ella sonrió—. Qué nombre más bonito.

—Qué pena que acabasen sus días por una descarga eléctrica de un millón de voltios.

—Sí. —Su novia se rió entre dientes—. Los de Reg también.

—Pero a él lo enterraron con su cinturón de cobre.

—Sí. Eso no nos sirve de nada para saber qué hizo.

—¿Siguiente movimiento? —preguntó Mick.

—Conseguir algo para comer —contestó ella.

—Vale. Continuaré recto hasta la Asociación de Militares Retirados.

—¿Por qué no aparcas el coche en el hotel y vamos andando?

—¿No has tenido suficiente paseo por hoy? —Mick le dedicó una sonrisa.

—Sí —repuso ella—, pero estará bien bajar la comida después caminando. —Miró su reloj—. Todavía tenemos tiempo.

—Vale —dijo él—. Buena idea.

Mick aparcó el coche en el hotel, junto al garaje de la parte trasera del edificio. Varias personas se habían reunido en el bar; el electricista les echó un vistazo rápido a través de la valla de alambre y, luego, la pareja se alejó del hotel por la calle Bridge.

No se enfrascaron en ninguna conversación profunda ni relevante mientras paseaban tranquilamente por la arteria principal; Jesse parecía estar concentrada en algo, así que Mick la dejó con sus cosas. Sin embargo, sí que mencionó que después de la piscina y el paseo a paso ligero estaba cansado y que dormiría bien. Tras el maratón de lectura de aquella tarde, Jesse le contestó que ella también estaría más que encantada de dejar caer su cabeza sobre la almohada. Como decidieron tomarse su tiempo mientras caminaban cogidos de la mano, se detuvieron delante del escaparate de un establecimiento raro, para echarle un vistazo. Aparte de un par de gangas en una tienda de oportunidades de motivos religiosos, nada llamó mucho su atención. Si hubieran salido un poco antes, se hubieran topado con el agente Moharic y el equipo visitante saliendo del restaurante de su motel.

La última vez que Mick había estado en una Asociación de Militares Retirados había sido el sábado por la noche en Nelson Bay, cuando fue a bailar con Jesse. Pero casi todas ellas tenían más o menos el mismo ambiente y siempre estaba garantizada

una bebida fría y una buena comida por un buen precio. Casi toda seguridad, esta no sería diferente. Mick entró detrás de Jesse por la puerta principal que daba paso a un vestíbulo.

Había unas escaleras en la esquina de la izquierda que conducían a un piso superior, una puerta por la que se accedía al bar y a una zona recreativa a la derecha y a la izquierda, otra puerta que daba paso al restaurante. En medio del vestíbulo estaba el mostrador de recepción y, a su izquierda, un tablón de anuncios en el que recordaban a los miembros de la asociación y a los visitantes que no se perdieran el sorteo de quinientos dólares de combustible gratis, que llegaba la fecha de abonar la cuota de los miembros y que Soutbound tocaría el próximo viernes. Mick y Jesse se dirigieron hacia el restaurante.

Era una sala espaciosa, luminosa y casi con el aforo completo. Había una pantalla de televisión para los jugadores de bingo colgada del techo, manteles de cuadros y la cocina estaba al fondo. Coronando la entrada, un menú extenso y a buen precio. La pareja se acercó a la cocina y rápidamente leyó la carta. Ella pidió un chuletón, patatas fritas y una ensalada con salsa de pimienta. Él se encogió de hombros y pidió lo mismo.

—Pagaré yo —anunció Jesse—. ¿Quieres una cerveza?

—Por supuesto —respondió Mick—. ¿Y qué cerveza prefiere hoy la señora?

Jesse agarró a Mick por la parte delantera de la camiseta de Powderfinger.

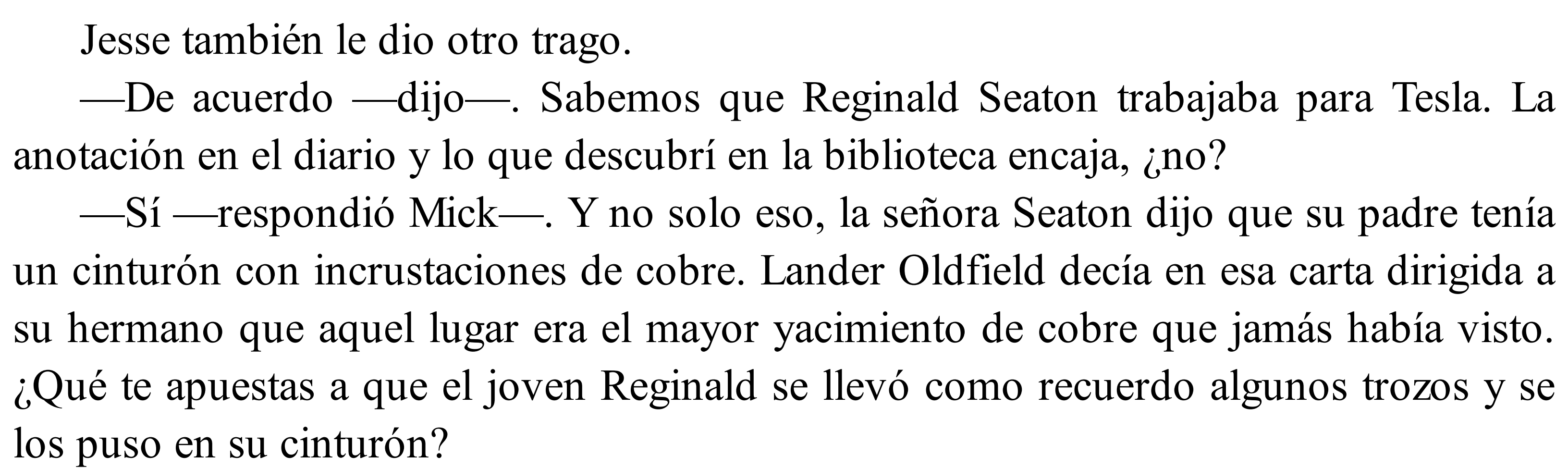
—Tooheys, VB… Me da igual, Ralph. Simplemente asegúrate de que haya una copa grande y que el vaso esté frío, ¿de acuerdo?

—Sí, señora. —Mick asintió con la cabeza—. Ahora, si la señora fuera tan amable de soltarme la camiseta…

Mick cruzó una puerta que estaba cerca de la cocina y que conducía al bar, mientras que Jesse cogió un número y encontró una mesa pegada a la pared. El electricista regresó rápidamente con dos copas grandes, llenas hasta el borde de espuma, de VB; las posó sobre la mesa y tomó asiento. Luego, brindaron y le dieron un trago largo y reparador.

—Sí, señor —dijo ella, poniéndose la mano en la boca para eructar—. Qué bien me ha sentado.

—Sí —contestó él—. Ha sido un buen trago. —Le dio otro y luego se echó para atrás en la silla—. Está bien, Oz. ¿Qué te parece si me pones al día? Barajabas otra hipótesis. Has hablado con la señora Seaton. ¿Me cuentas la historia, bonita?



Jesse también le dio otro trago.

—De acuerdo —dijo—. Sabemos que Reginald Seaton trabajaba para Tesla. La anotación en el diario y lo que descubrí en la biblioteca encaja, ¿no?

—Sí —respondió Mick—. Y no solo eso, la señora Seaton dijo que su padre tenía un cinturón con incrustaciones de cobre. Lander Oldfield decía en esa carta dirigida a su hermano que aquel lugar era el mayor yacimiento de cobre que jamás había visto. ¿Qué te apuestas a que el joven Reginald se llevó como recuerdo algunos trozos y se los puso en su cinturón?

—Bien dicho, Mick. —Su novia esbozó una sonrisa de satisfacción—. Parece que no soy la única que piensa por aquí.

—Gracias.

—Sí. Seguro que eso fue lo que hizo —explicó ella—. Aunque más le habría valido dejar las cosas donde estaban. Pero, por la misma razón, Tesla debía de tener a todos los hombres de su lado, porque Reginald ni siquiera le dijo a su familia dónde había estado trabajando.

—No —dijo él—. Era un hombre leal.

—Sí que lo era —reafirmó Jesse—. Ahora bien. Cuando le he preguntado a la señora Seaton que dónde compró su padre el caballo, ella ha dicho que en Scone. ¿Qué dirección de remite puso Lander Oldfield en el reverso del sobre de la carta que le enviaba a su hermano?

Mick miró a Jesse por encima del borde de la copa de su cerveza por un segundo.

—Gran Hotel, Scone.

—Exacto. —Jesse le regaló una sonrisa—. Ahora bien, imagínate que eres Klaus Slate. Intentas ir de incógnito, pero tienes un montón de dólares estadounidenses que debes cambiar a libra australiana para poder pagar a tus hombres. Dondequiera que hicieras tu transacción, suscitarías todo tipo de rumores en la ciudad. Y tener a un grupo de mineros matones contigo empeoraría las cosas.

—Seguro —dijo él.

—Entonces, ¿por qué no dejar a tus hombres en la ciudad en la que trabajan e irte tú a cualquier otro sitio a resolver los temas bancarios? Un sitio no muy lejos de aquí. Así que, Tesla realizó las transacciones bancarias en Muswellbrook. Y los hombres trabajaban en Scone. Y en algún lugar en los alrededores de Scone está la máquina del juicio final.

—En Scone.

—Sí. Tesla nunca reveló su ubicación. Pero sí que dijo que sus hombres con frecuencia acampaban allí. Y otras noches se alojaban en el hotel junto a Lander y él mismo. Me apuesto lo que sea a que era en el Gran Hotel, en Scone.

El electricista aprobó con la cabeza, aunque a regañadientes, la teoría de su novia.

—Puede que tengas razón, Oz —dijo.

—Y también creo que —continuó ella— el caballo de Reginald, Lágrimas de Fuego, es una pieza clave del puzle.

—¿El caballo? —preguntó Mick—. ¿Por qué?

—Mick, hay algo en el nombre —declaró la librera—. No te encuentras con nombres como ese todos los días. Reginald tuvo que sacarlo de algún lugar especial.

—Sí. Supongo que sí —contestó Mick.

—Pienso que ese lugar especial guarda relación con Tesla o con el emplazamiento donde trabajaban. Si encontramos la significación de Lágrimas de Fuego, encontraremos la máquina del juicio final de Tesla. —Jesse esbozó una sonrisa de oreja a oreja y levantó su copa—. ¿Qué opinas?

Mick chocó su copa contra la de su novia.

—Brindaré por eso, Oz.

—Bien —dijo ella.

—¿Y eso significa que.…?

—Que mañana por la mañana tú y yo dejaremos la suite presidencial del hotel Cosmopolitan y pondremos rumbo a Scone.

—Eso es.

—Pero debemos estar allí para cuando abra la biblioteca, a las ocho y media de la mañana, porque cierra a las doce del mediodía. ¿Vale?

—Oz, te aseguro que esperarás en la entrada a que abran las puertas con un café con leche en la mano. —Alzó la mirada cuando apareció en su mesa una mujer rubia, vestida de blanco, sujetando dos platos.

—¿Dos chuletones de ternera con salsa de pimienta? —preguntó la camarera.

—Sí, aquí es —contestó Mick—. Muchas gracias.

La mujer depositó los dos platos llenos de comida sobre la mesa y emprendió de nuevo el camino hacia la cocina mientras que la pareja le daba el último trago a sus copas de cerveza.

—Hmm, tiene buena pinta —señaló Mick, colocando su vaso vacío en la mesa—. Sin duda será más que suficiente.

—Sí —dijo Jesse.

—Aunque te diré una cosa. —Mick sonrió—. Esta copa de cerveza ha despertado mi apetito. Pero también me ha afectado un poco.

Jesse le devolvió la sonrisa.

—Bienvenido al club.

La carne estaba tierna, las patatas fritas crujientes y había un montón de ensalada fresca. La parejita atacó sus respectivos platos con gran entusiasmo. Jesse royó el hueso cuando se acabó toda la carne; Mick hizo lo mismo. En poco tiempo, el restaurante empezó a vaciarse, la librera y el electricista estaban ahítos y lo único que quedaba sobre sus platos eran los huesos completamente limpios y las servilletas de papel sucias.

—¡Joder! —exclamó Mick—. Ahora me alegro de que sugirieras lo de volver andando al hotel. He comido como si no hubiera un mañana.

—Sí —repuso ella—, aunque me alegro de que el camino sea cuesta abajo. Podría llegar rodando.

Salieron del centro y se dirigieron hacia el hotel. Apenas había tráfico y, tanto Jesse como Mick se quedaron bastante sorprendidos al ver lo tranquila que estaba la ciudad al girar la esquina en Bridge. Según pasaron por delante del Bodega, perdieron de vista a dos de las pocas personas que había alrededor (un hombre vestido de forma informal y una mujer saliendo del motel que se parecían a ellos).

No tardaron mucho en llegar a la rotonda y el paseo que dieron claramente les ayudó a bajar la comida. Giraron a la izquierda, a la altura de la galería de arte, y cuando alcanzaron la siguiente esquina escucharon música procedente de un pequeño hotel en el que Mick había reparado nada más llegar.

—¿Qué te parece, Oz? —le preguntó, indicando el lugar del que surgía la música —. ¿Vamos, echamos un vistazo y nos tomamos la última copa? ¿Un Jackie o algo?

—Está bien. ¿Por qué no? —Jesse esbozó una sonrisa. Se aferró al brazo de Mick y se acercaron hasta el Criterion.

A medida que se aproximaban al hotel, la música sonaba cada vez más fuerte. Se detuvieron ante una puerta abierta que separaba una pequeña terraza de verano acristalada, a la derecha, y un pequeño bar, a la izquierda. Detrás de la puerta abierta, un pasillo estrecho conducía hasta unas escaleras al fondo. Mick y Jesse se encogieron de hombros antes de cruzar el umbral. Después, otra puerta a la izquierda les llevaba a una sala alicatada que hacía las veces de bar.

En la sala hacía calor; estaba llena de humo y escasamente amueblada y daba cabida a una veintena de clientes, tanto sentados como de pie, delante de una barra de estilo antiguo que recorría la pared del fondo. Nadie parecía estar dando saltos de alegría mientras se bebían sus copas, y mucho menos cuatro tíos jóvenes con las cabelleras oscuras y desaliñadas, a la derecha de la barra, vestidos con vaqueros negros andrajosos, gorras y camisetas. Uno de ellos le metió un codazo al que tenía al lado y les echaron una mirada de arriba abajo a Mick y a Jesse según cruzaban.

La música, asombrosamente alta, la producía una mujer fornida de melena oscura, que llevaba puesta una camisa roja a cuadros y unos vaqueros blancos y se encontraba sentada entre dos bafles inmensos, apoyados contra la pared y dirigidos hacia la barra. Estaba destrozando con su guitarra eléctrica una versión gutural de *With A Little Help From My Friends*, a un volumen lo suficientemente atronador como para despertar a los muertos. El electricista y la librera se colocaron junto a la barra, al lado de los cuatro hombres, y se dieron la vuelta para mirar a la cantante. Los cuatro tíos vestidos con desaliño ni se movieron, permanecieron clavándoles la mirada.

La joven camarera de pelo rizado ni se inmutó ante la llegada de Mick y de Jesse. Por lo que después de varios estribillos espantosos de la canción, Mick reclamó la atención de Jesse con un golpecito en el hombro, entrecerró los ojos y se tapó la nariz para indicar la peste de todo el humo de tabaco que flotaba en el ambiente. Su novia asintió con la cabeza, se llevó las manos a los oídos y le dedicó a Mick un gesto rápido con el pulgar hacia abajo para decirle que el ruido también era insoportable. Él se mostró de acuerdo con ella y con la cabeza señaló la puerta. Jesse asintió, entusiasmada con la propuesta de su novio, y emprendieron su retirada. Abandonaban el local cuando la librera chocó con uno de aquellos tíos y, sin querer, derramó un poco de su cerveza. Le pasó la mano por el brazo, le sonrió y le gritó un «Lo siento», dicho lo cual se apresuró a seguir a Mick hasta la salida.

—¡Joder con la maldita cantante! —exclamó Mick según pisaban de nuevo la calle —. ¡Qué castigo! Puedes quedarte ciego y sordo al mismo tiempo ahí dentro.

—Sí —dijo ella—. De voz no andaba mal, pero tiene que estar sorda como una tapia.

—Sigue apeteciéndome una copa.

—Y a mí, la verdad. Nos tomaremos una en el hotel.

Jesse estaba a punto de entrelazar su brazo con el de Mick mientras cruzaban la calle, cuando, en la esquina, una voz fuerte y nasal gritó detrás de ellos.

—Ey, vosotros.

Mick y Jesse se giraron y vieron a aquellos cuatro con cara de pocos amigos con los que se habían topado en la barra del bar y que ahora los seguían por la calle. Bajo la luz de una farola cercana, parecían chavales de veinte años recién cumplidos. No eran muy grandes ni tampoco muy altos; uno de ellos no abultaba más que un jockey. Pero eran agresivos y, según se acercaban a Mick y a Jesse, se mostraban arrogantes y envalentonados por el alcohol. No importaba su aspecto, lo que importaba era que buscaban problemas.

—¿Me estás hablando a mí? —preguntó Mick, tranquilo.

—Sí —respondió con desprecio uno de ellos, vestido con una camiseta azul oscuro—. Contigo y con el trol que llevas al lado.

La pareja se intercambió miradas impasibles y se separaron un poco el uno del otro. Jesse hurgó en su mochila un segundo y luego la dejó caer sobre el suelo.

—Esa no es la forma más adecuada de dirigirte a mi novia —dijo Mick—. Resulta que estoy muy enamorado de ella. Es preciosa.

El de la camiseta azul ignoró a Mick.

—¿Qué pasa? ¿Que la música de ahí dentro no era lo suficientemente buena para vosotros? —retomó la palabra, manifestando su desprecio.

—¿Qué? —preguntó Jesse.

—Eso es lo que he dicho, trol.

—Sí. Y además me tiraste la bebida —interrumpió un macarra vestido con una camiseta verde de VB.

—Me disculpé —repuso Jesse—. Pero ¿qué me decías de la música?

—Que si no era lo suficientemente buena para ti —repitió el de la camiseta azul—. Resulta que la que cantaba era mi prima.

—¿Así es como lo llamas? —preguntó la librera.

Mick le clavó la mirada.

—Jesse… —dijo en voz baja.

—Me apuesto lo que sea a que sois de Newy —apuntó otro macarra que llevaba una camiseta blanca de un canguro boxeando—. Os creéis mejores, ¿verdad?

—Sí —contestó el más bajito con desdén—. Los gilipollas más grandes vienen de Newy. Aquí nada es lo suficientemente bueno para ellos.

—No va por ahí —espetó Mick—. La sala estaba llena de humo y la música un poco alta. Por eso nos hemos ido. Nada más.

—¡Gilipolleces! —exclamó el de la camiseta azul.

—Sí, ¡gilipolleces! —repitió el de la camiseta verde.

—Sí, tenéis razón —dijo finalmente la librera—. ¡Gilipolleces! El sitio daba pena. Estaba lleno de engendros endogámicos. Y tu prima, a quien probablemente te tiras, esa no afina ni debajo de la ducha. Es lo que hay. Que te den por el culo.

El electricista cerró los ojos por un segundo y negó con la cabeza.

—Jesse…

—De todas formas —prosiguió ella—, ¿quiénes sois vosotros? ¿Los Spice Boys? —Les señaló uno por uno—. El Spice Mierdecilla, el Spice Apestoso, el Spice Rata. Y tú debes de ser el Spice Enano.

El más bajito de todos se revolvió.

—Puta descarada.

El de la camiseta azul comenzó a avanzar.

—Te diré una cosa, trol bocazas —gruñó—. No eres la primera tía a la que le doy un guantazo en los morros.

—No, claro —repuso Jesse—. Pero me juego lo que sea a que seré la última en una temporadita.

La librera se echó para atrás, se colocó y, después, soltó un gancho de izquierdas fulminante y el de la camiseta azul se lo tragó de lleno. El chico dio un grito de dolor según se le giró la cabeza hacia atrás bruscamente. Luego, se cayó de espaldas y un reguero de sangre empezó a brotarle de un gran corte en la boca. La sangre corría por su barbilla tan rápido que enseguida se formó una mancha de color rojo intenso en su pechera. El de la camiseta verde estaba contemplando la que le había liado la librera a su colega, cuando esta le propinó otro izquierdazo, dándole también en la boca y duplicando el golpe, esta vez en su nariz. El joven dejó escapar un quejido angustioso y dio media vuelta antes de desplomarse junto a su amigo. Un río de sangre manaba de su boca desgarrada por un gran corte que le recorría el rostro entero desde el puente de la nariz hasta el pómulo. En lugar de vigilar a Mick, el de la camiseta blanca estaba atónito observando toda la sangre derramada y no supo distinguir qué le golpeó cuando el electricista se acercó a él y le sacudió un rápido derechazo por debajo de la oreja, con la fuerza dirigida desde el hombro, y le rompió la mandíbula. El chaval aulló de dolor y se echó la mano a la cara, antes de que sus piernas flaquearan y se desmoronase junto a sus dos colegas. Para asegurarse de que no se levantara rápidamente, Mick se aproximó a él, le metió el pie por la espalda y lo remató con una

patada en los riñones. El Spice Enano, con sus pequeños y brillantes ojos casi fuera de sus órbitas a causa del miedo, decidió que sería mejor marcharse antes de acabar como sus amigos, tirado en la calzada.

—¡Estáis muertos! —le gritó a Mick y a Jesse mientras escapaba a toda prisa—. Muertos. Os cogeré.

—Oh, lárgate, rata —le chilló ella—, antes de que incruste mi pie en tu culo.

—Lo lleváis claro, chavales. —Mick miró fijamente al matón bajito mientras emprendía su huida, corriendo al hotel. Luego, se giró hacia los otros tres chicos tumbados en el suelo, deteniéndose especialmente en los que intentaban protegerse las caras—. Venga —le dijo a Jesse—. Vayámonos de aquí.

—Sí, ¿por qué no? —respondió ella, recogiendo su mochila con tranquilidad—. No creo que los Spice Boys nos den más problemas en una temporadita. —Según se marchaban, le asestó una patada en las costillas al de la camiseta azul que le hizo gritar y derramar más sangre de su boca hecha trizas—. Llámame trol si quieres. Soy una dama. Tengo mucha clase.

—No cabe la menor duda —apuntó Mick.

—Y también soy guapa. Lo has dicho tú mismo hace un rato, ¿verdad, cariño?

—Sí —respondió él. Una vez que hubieron pasado el quiropráctico, Mick le tendió la mano—. Bien hecho, Oz. Dámelas.

—¿Qué…?

—Venga. Dámelas.

—Oh, está bien.

Jesse dejó caer de sus dedos dos abrazaderas de manguera y se las pasó a su novio. Él limpió la sangre y los trozos de carne de los tornillos con un pañuelo. Luego, los envolvió y se los guardó en el bolsillo.

—Increíble, Oz. Uno de estos días vas a herir a alguien con estas cosas.

—¿A qué te refieres con uno de estos días? ¿No has visto lo que acabo de hacer ahora mismo?

Mick sacudió la cabeza.

—Eres una bestia, Oz.

—Tienes razón —afirmó ella—. No debería comer tanta carne. Lo siento, querido. —Enrolló su brazo al de Mick—. Ha sido un buen derechazo. —Le sonrió—. La patada en los riñones también ha sido un buen golpe.

—Gracias.

—De todos modos —dijo ella—, estarán bien. Estaban tirados cerca de un puesto de ambulancias.

—Sí. Y de una comisaría —matizó él.

Un gorila maorí gigantesco, enfundado en un polo negro, con la nariz rota y con rastas, estaba de pie en la puerta cuando la pareja regresó al hotel. Les dedicó una sonrisa amable y les abrió la puerta. El bar se estaba llenando rápidamente. Todos los taburetes y las todas las mesas estaban cogidos; las mesas de billar, ocupadas, y los apostadores metiendo dinero en las tragaperras. A través de una nube de humo, Mick divisó a Og y al resto del personal trabajando a destajo detrás de la barra. La librera y el electricista se hicieron un hueco debajo de la televisión.

—¿Qué te apetece tomar? —le preguntó él a ella—. ¿Jackie con cola?

—Sí —contestó Jesse—. Pero que sea doble, ¿vale, Mick?

—Claro.

Mick se acercó a la barra y llamó la atención de Og. El dueño le dedicó una sonrisa y se dirigió hacia él.

—Mick.

—Hola, Og. Tío, ¿me pones dos Jack Daniels dobles con cola en vaso de pinta, con mucho hielo y una rodaja de limón, si no te importa?

—Sin problema, tío.

Og volvió rápidamente con dos vasos hasta arriba de hielo y un trozo de limón, y los puso con cuidado en la barra delante de Mick.

—¿Cuánto es? —le preguntó el electricista. Og negó con la cabeza y se desplazó hasta el siguiente cliente—. Gracias, tío —le chilló Mick. Dejó cinco dólares de propina en el bote y regresó junto a su novia.

—Oh, sí. Qué buena pinta tiene —manifestó Jesse, haciéndose con su copa. Brindó con el vaso de su novio—. Salud, Mick.

—Sí. Salud, Jesse.

Le dieron un trago a sus respectivas bebidas y pusieron los ojos en blanco.

—¡Madre mía! —exclamó ella—. No solo tiene buena pinta, sino que sabe aún mejor.

—Ni que lo digas —añadió él.

Mientras el bar seguía llenándose, Mick y Jesse se bebieron sus copas, se relajaron y miraron a los que estaban jugando a las tragaperras. No eran un grupo muy ruidoso, ni demasiado jóvenes, y vestían de manera muy informal. La mayoría de los hombres

llevaban deportivas o chanclas, vaqueros o pantalones cortos, gorras y camisetas. La mayoría de las chicas llevaban tatuajes, camisetas escotadas con vaqueros o minifaldas vaqueras que les permitían lucir sus tobilleras. Y todos fumaban. Un hombre flaco, con la mandíbula marcada y los ojos pequeños y brillantes moviéndose debajo de dos cejas pobladas cinceladas en una frente pequeña, estaba de pie, apoyado en la barra, enfrascado en una conversación de borrachos con un tipo delgaducho. Llevaba una camisa azul marino y una gorra vieja de baseball y parecía un personaje salido directamente del rodaje de *Defensa*. Mick se lo señaló a Jesse.

—¿Ese de ahí no es tu exnovio, Oz? —le preguntó el electricista.

—Sí —contestó ella—. Sigue usando esa vieja gorra que le compré en Navidad.

Jesse apuntó con el dedo hacia una mesa en la que una enorme mujer aborigen, con el pelo negro grasiento y vestida con un top morado muy escotado, estaba succionando un cigarrillo y bebiéndose una jarra de cerveza grande al lado de otras tres chicas casi del mismo tamaño que ella. Se había puesto alrededor del cuello una gruesa cadena. Los tatuajes le cubrían ambos hombros y sus tobillos eran tan gordos que sus vaqueros negros ajustados apenas podían pasarlos.

—También veo a viejas conocidas tuyas por aquí —comentó Jesse.

—Sí, ya me he dado cuenta —repuso él—. Si se acercase a nosotros, no le dirías nada fuera de lugar ni empezarías a pelearte con ella, ¿verdad?

La librera negó con la cabeza.

—No. Lo prometo. Aunque estoy ligeramente enfadada contigo por haberle comprado esa cadena de oro.

Mick y Jesse se quedaron al fondo mientras entraban más y más clientes por la puerta y el humo del tabaco se limpiaba un poco con cada pequeña bocanada de aire limpio que se colaba en la sala al abrir la puerta.

—Ooh, Mick. —Jesse bizqueó—. Esto me está matando.

—Sí. —El electricista también parpadeó—. Te entiendo. Deberíamos acabarnos la copa e irnos.

—Perfecto.

Mick estaba terminándose lo que le quedaba de su whisky cuando de repente se quedó paralizado, agarró a Jesse y la apartó de la puerta.

—¿Qué…?

—Jesse —le dijo—, el Spice Enano acaba de entrar con dos pedazo de animales. Agacha la cabeza.

—Vale.

Mick y Jesse bajaron la mirada mientras pasaba junto a ellos el macarra enano, escoltado por dos hombres mayores que él vestidos con vaqueros ajustados y camisas vaqueras. Tenían los cuellos anchos, grandes espaldas y brazos enormes, y no había ni una pizca de alegría en sus rostros feos y sus mandíbulas abultadas cuando escudriñaron malhumorados el local.

—Vamos —sugirió Mick.

La pareja dejó sus vasos en la mesa más cercana y emprendieron su camino abriéndose paso entre la multitud hacia la puerta trasera. Luego, subieron las escaleras y no se detuvieron hasta que no llegaron a su habitación. El electricista abrió la puerta rápidamente y la cerró de un portazo tan pronto como se encontraron los dos en el interior de la alcoba. Mick se sentó en su cama y le clavó la mirada a Jesse, sentada enfrente.

—Jesse, llámame mariquita si quieres —lanzó él—, pero los dos colegas del Enano no parecían andarse con ningún tipo de miramiento.

—Los he visto —apuntó ella—. Y no te preocupes. La discreción es sin duda, y en ocasiones, la mejor muestra de coraje.

—Eso creo.

La librera bostezó y se estiró.

—De todas formas —añadió—, estoy cansada. Ha sido un día muy largo y una noche dura.

—Y yo. —Mick también bostezó—. Voy a ir a echar una meada rápida.

—Yo también.

Fueron al servicio, regresaron a la habitación y empezaron a desvestirse. Mick se bajó los pantalones y se quitó la camiseta. Jesse se deshizo de sus pantalones cortos, se quitó el sujetador y se volvió a poner la camiseta. El interés de Mick estaba comenzando a aumentar cuando, en ese preciso instante, escucharon un fuerte golpe en la puerta.

—¡Mierda! —Mick puso a Jesse detrás de él y se acercó a la puerta—. ¿Sí? ¿Quién es? —preguntó.

—¿Eztá Vicky ahí? —Una voz alcoholizada les llegó desde el pasillo.

Mick miró burlonamente a Jesse.

—¿Qué?

—¿Dónde eztá Vicky? ¿Eztá ahí?

—No hay ninguna Vicky aquí dentro —contestó Mick.

—¡Oh, gilipolleces!

Mick abrió la puerta y se encontró con un tipo alto y delgado que llevaba puesto un sombrero, unos vaqueros y un chaleco de albañil verde fluorescente. No se mantenía muy bien sobre su centro de gravedad y le echó un vistazo a la habitación, esquivando con la mirada el cuerpo del electricista.

—¿Dónde eztá Vicky? —preguntó el hombre—. Ce que eztá aquí.

—Si no le importa, caballero —le interrumpió Mick—. No hay ninguna Vicky en esta habitación. Resulta que estoy con mi mujer, Meredith Smythe-Jones. La tercera duquesa de Shropshire. Estamos de luna de miel.

—¿Eeh?

Jesse se asomó a la puerta.

—Ey, tonto —lo saludó—. ¿Me parezco a esa maldita Vicky? Lárgate.

—Oh. Está bien —resolló el tipo—. No hay necesidad de remover la mierda.

El hombre le dedicó una mirada rápida de arriba abajo a la librera y vociferó algo. Mick cerró la puerta y se encogió de hombros, haciéndole un comentario en voz baja a Jesse.

—Conque Vicky, ¿eh? —apuntó ella—. Así que era a esa a la que invitaste a que viniera a la habitación. No está mal.

—Te estaba esperando para irme a dormir.

—¡Cabrón! —La librera abrazó a Mick y le regaló una sonrisa—. Vamos, guapo. Metámonos en la cama. ¿Estás cansado?

Mick enarcó una ceja.

—No tanto —respondió.

Estaba a punto de besar a Jesse cuando repentinamente la habitación fue invadida por un bombardeo de música house y un «doof, doof, doof» incesante proveniente de un bajo retumbando en el suelo. La librera se echó para atrás y miró a su novio horrorizada cuando Mick se quedó boquiabierto por la incredulidad.

—¿Qué…? —preguntó él.

—¡Es una maldita discoteca! —gritó ella, tratando de hacerse oír por encima de la mezcla tecno palpitante procedente de abajo y que iba en aumento.

—¿Una discoteca?

—¡Sí! ¡Una discoteca! ¡En el bar de abajo!

Mick hizo un gesto a la defensiva.

—Y bien, ¿cómo…?

—¡Imbécil! —chilló Jesse—. ¡Eres retrasado, Mick! —La librera empezó a agitar los brazos alrededor—. No. ¡No nos podemos quedar en el maldito motel! —Y comenzó a imitar a Mick—: ¡Los camiones son una pesadilla! ¡Nos quedaremos en el hotel que hace esquina! ¡Es mucho más tranquilo! ¡Y mi colega Og nos tratará muy bien…!

—Jesse…

—Así que, ¿qué haces? Meternos en una habitación justo encima de una puta discoteca. Además, odio esta música. ¡Aaaaah, joder!

—Lo siento, Oz —se disculpó él.

—¿Lo siento? —siseó ella—. Te voy a dar yo lo siento, ¡idiota!

Mick repitió el gesto a la defensiva.

—Espera un segundo, Oz. —Sonrió—. Todo irá bien.

El electricista se acercó a su mochila, sacó una pequeña caja de plástico del interior y se lo ofreció a su novia.

—¿Qué es esto? —le preguntó ella.

—Tapones.

—¿Tapones?

—Sí. Los compré hoy en la piscina.

Jesse miró fijamente a la caja que contenía los pequeños tapones amarillos y mullidos, sacó dos y se los puso en las orejas. Antes de dirigir su mirada a su novio, esperó un momento.

—¡Ey! —respondió ella—. ¡Funciona!

—Bien —respondió Mick. Se hizo con los otros dos y se los introdujo en las orejas y gritó para hablar—. ¡Venga! ¡Vámonos a la cama!

—¡Vale! —contestó ella chillando—. ¡Buenas noches! —Le dio un beso a Mick y se metió en su cama.

—¡Buenas noches! —El electricista apagó la luz y se metió en la suya.

La cama era cómoda, las sábanas estaban limpias y las almohadas acogían su cabeza perfectamente. Mick cerró los ojos, se arropó y pensó en el día que habían tenido. Era imposible no pensar en ello. Entre que su furgoneta voló por los aires y la pelea con los tontainas, definitivamente había tenido días mejores. Pero el baño en la piscina fue fantástico y habían conseguido evitar a los dos gorilas de ahí abajo. El electricista bostezó y hundió la cara en la almohada. Scone podría ser un sitio

interesante. En poco tiempo, la música mortal retumbando pareció provenir de un lugar muy lejano. Estaba quedándose dormido cuando sintió el cuerpo enjuto y fuerte de Jesse colarse entre sus sábanas. Le pasó los brazos por el cuello y sus pequeños y firmes pechos quedaron presionados contra su espalda. Se dio la vuelta para situarse frente a ella y se la encontró sonriendo bajo la tenue luz que se abría paso por la puerta de la terraza. Jesse le posó un dedo sobre sus labios.

—¡No digas nada! —le gritó—. ¡Hagamos el amor tierna y silenciosamente!

—¡De acuerdo! —le respondió también chillando.

Mick abrazó a Jesse antes de besarla apasionadamente y ella le devolvió unos besos cálidos y afectuosos. Después, tras algunos juegos traviesos, por aquí y por allá, hicieron el amor tierna y silenciosamente. Al menos así es como pensaron que lo hicieron.

Mick se despertó a la mañana siguiente preguntándose dónde estaba y que estaba pasando. Cuando consiguió reordenar la situación, se quitó los tapones y se incorporó. Una pareja de cucaburras estaba peleándose en un árbol junto a la terraza y Jesse estaba roncando bajito en su cama. El electricista se estiró, bostezó y se quedó contemplándola durante algunos minutos. Luego, se acercó a ella y la zarandeó por los hombros. Tras un par de sacudidas, Jesse se despertó, se giró y pestañeó al ver a Mick. Él señaló sus orejas y ella se quitó los tapones.

—¿Cómo estás? —le preguntó él a ella.

—Bien. —La librera bostezó.

—¿Llegaste bien a casa?

—Sí —contestó Jesse, adormilada—. Iba a coger un taxi, pero preferí volver dando un paseo.

—Me tenías que haber despertado. Te hubiera ido a recoger.

Ella le dedicó una sonrisa matutina.

—Ven aquí, bobo —le ordenó ella.

—Esa no es una forma apropiada de dirigirse al hombre al que quieres —repuso Mick.

Mick se metió bajo las sábanas de la cama de su novia y la besó; sus labios estaban muy secos y sus alientos un tanto viciados. Pero aun así, era bonito.

—¿Qué hora es? —preguntó Jesse.

Mick echó un vistazo a su reloj.

—Las siete pasadas.

—¿Las siete pasadas? —Los ojos de la librera se abrieron como platos y se incorporó de un salto—. ¡Maldita sea! ¡Las sietes pasadas! ¡Mierda! Tenemos que estar en Scone a las ocho y media. ¡Sal! —le ordenó ella—. ¡Fuera! Aparta tus manos de mí, bestia inmunda.

Jesse lo empujó con los pies y él cayó en picado sobre el suelo. Se levantó y miró a su novia, quien se había quitado la camiseta y se estaba poniendo el sujetador.

—¿Estás segura de que no quieres que llame al servicio de habitaciones para que nos traigan unos huevos a la benedictina y unos cruasanes antes de irnos? —le propuso Mick—. ¿Quizá un par de cafés con leche?

Jesse entrecerró los ojos.

—Mick, lo último que necesito ahora es tu sarcasmo. ¿De acuerdo? Venga, muévete.

—¿Mi sarcasmo? —repitió él—. Ya, lo que tú digas.

Mick se quedó con la misma camiseta y se enfundó en sus pantalones cargo mientras Jesse se ponía una camiseta morada de los Ramones y unos vaqueros. Al electricista le dio tiempo a lavarse los dientes y la cara, y a recoger sus cosas antes de que se viera a sí mismo en el piso de abajo, en el bar, mientras Jesse llevaba las maletas al coche. La encargada de la limpieza pasaba el aspirador por la zona cercana a la pista de baile y la chica morena con coleta reponía la nevera.

—¿Está Pete por aquí? —le preguntó Mick a la chica de la coleta.

La muchacha negó con la cabeza.

—No. Sigue en la cama. No vendrá hasta las diez.

El electricista dejó las llaves sobre la barra.

—¿Puedes decirle que Mick Vincent desocupa la habitación número quince? Me voy a Scone. Dile que el lunes nos vemos.

—Vale —repuso ella—. Lo haré.

—Gracias.

Mick la dejó que siguiera con su tarea, abrió la puerta de cristal y salió adentrándose en un día cálido y un tanto nublado. Había habido tormenta por la noche y se había formado un charco en el aparcamiento. Un coche, al dar la vuelta, había salpicado de barro el maletero del Commodore, ocultando la matrícula. Jesse estaba sentada en la parte de atrás, mirándolo por el retrovisor; Mick no se entretuvo en limpiar el barro de la matrícula y se sentó en el asiento del conductor.

—Las llaves están puestas —comentó Jesse con brusquedad.

—Gracias —contestó él.

—Voy a leer algo más sobre Tesla.

—Estupendo. —Encendió el motor, esperó un segundo y, luego, condujo el vehículo hasta salir del aparcamiento y dirigirse hacia la calle Bridge.

• • • • •

Vestidos con camisas blancas recién estrenadas, el agente Moharic y el agente Coleborne estaban en el restaurante del motel Bodega, disfrutando de un segundo café después de un desayuno excelente. El agente Niland había sacado el palito más corto, por lo que le tocó a él vigilar en el otro lado de la calle Bridge, por si veía pasar el Buick de Mick antes de que los agentes comenzaran con su búsqueda en serio. Después del frío de Washington, el calor de Australia se le hacía difícil de soportar al

agente Niland, por lo que se colocó a esperar resguardado por la sombra de los árboles que se erguían en la entrada de la biblioteca.

• • • • •

Tras pedir el desayuno en el motel Olympic, Kerrie y Craig se vistieron de manera informal y se sentaron en la habitación de él a leer el periódico. Kerrie llevaba puesta una camiseta morada de Viacom que su novio le había comprado en un concierto. Habían dormido bien y el dispositivo de seguimiento del Cherokee ya estaba instalado. Habían hecho las maletas y las habían llevado al maletero del Commodore. En la mesa de la habitación del oficial Cozens había un dispositivo de rastreo. No superaba el tamaño de una caja de cigarrillos; una luz roja indicaba que estaba encendido y una flecha verde pequeña señalaba la dirección hacia la que se dirigía el vehículo pinchado. Una pantalla LCD mostraba la velocidad y tenía un margen de error de ocho kilómetros. Ahora era cuestión de esperar a que los agentes de la NSA emprendieran la marcha.

• • • • •

Después de que Jesse lo hubiese sacado a empujones de la habitación del hotel, después de soportar sus empellones escalera abajo y de que ella se sentase en la parte trasera del coche y prácticamente lo ignorase, Mick se sintió un poco molesto con su novia. El no haberse tomado ni una taza de té tampoco mejoraba las cosas. Por lo que Mick decidió que era hora de vengarse. Se detuvieron ante un semáforo y, mientras estaban esperando, Mick se tiró un pedo. Por el calor creciente de los cachetes de su trasero, Mick supo que iba a ser uno de los malos. Pero hasta que el interior del coche no quedó completamente impregnado, el electricista no se dio cuenta de lo pestilente que realmente era. El semáforo cambió a verde y reanudaron la marcha, y entonces Jesse dejó caer lo que estaba leyendo, cerró los ojos y comenzaron a darle arcadas.

—Ooh, Mick —bramó—. Estás podrido.

Mick clavó la mirada en su novia por el espejo retrovisor.

—¿Qué…?

—¡Oh, Dios mío! La maldita ventanilla no funciona. Para —le pidió ella—. Tengo que abrir esta asquerosa puerta.

—Tienes tendencia a exagerar un poco, ¿sabes, Oz? —apuntó Mick, deteniendo el

coche delante de la biblioteca.

Jesse salió repentinamente del asiento trasero del vehículo y se quedó de pie en la acera, ventilando con la puerta del coche el interior.

—Increíble, Mick —gruñó—. ¿Qué has comido?

—De hecho, no he desayunado —contestó él.

La librera movió la puerta un par de veces más y, luego, volvió a montarse en el coche y prosiguieron su camino.

—Madre mía, eres un cerdo hijo de puta —lo insultó Jesse, retomando la lectura del libro por donde lo había dejado.

Mick la miró por el retrovisor nuevamente.

—Uy, no sé —respondió—. La gente me dice que soy muy agradable. • • • • •

En pie bajo la sombra, el agente Niland no podía creerse lo que estaban viendo sus ojos. Tenía razón. Eran los mismos a los que había visto en el coche blanco en la gasolinera el día anterior. Ahora estaban ahí, justo frente a él, discutiendo. Observó a Jesse volver a meterse en la parte de atrás del Commodore y, en cuanto se marcharon, corrió hasta el restaurante donde estaban los agentes Moharic y Coleborne, quienes estaban a punto de pedir más café.

—Ey —dijo, emocionado—. Los acabo de ver.

—¿De verdad? —preguntó el agente Moharic—. ¿Dónde?

—En ese coche blanco que os dije ayer. ¡Cielo santo! Se han parado delante de mí. Estaban discutiendo por algo.

El agente Moharic le dio un golpe a la mesa.

—Han cambiado de vehículo. ¿Has cogido la matrícula, Steve?

El agente Niland negó con la cabeza.

—No. Estaba cubierta de barro. Pero se dirigían a las afueras de la ciudad. Hacia esa fábrica de leche que vimos ayer.

—Vale. Vamos. —El agente Moharic se levantó de la mesa—. Orrin, encárgate de la cuenta. Nos vemos en la entrada.

—De acuerdo.

• • • • •

En el interior de la habitación del oficial Cozens, Craig y Kerrie seguían tranquilamente leyendo el periódico cuando Kerrie reparó en que la flecha verde del dispositivo de rastreo parpadeaba.

—Ey, Craig —señaló ella—. Se están moviendo.

—¿En serio? —El oficial Craig dejó el diario que había sostenido entre las manos—. ¿En qué dirección?

—Noroeste.

—Noroeste. Está bien. Veamos qué están tramando.

—Llamaré a Blessing cuando estemos en el coche —propuso ella.

• • • • •

Mick estaba disfrutando de la conducción por la autopista de Nueva Inglaterra. La carretera era larga y recta, con llanuras a ambos lados de la calzada y montañas al fondo. El viejo Commodore respondía bien. No tenía la grandeza del Buick, pero era más sencillo de manejar y aceleraba mucho más rápido. A Mick le hubiera gustado aún más si el reproductor de cedés hubiera funcionado. No obstante, se las apañó para que sonara en la radio una emisora de Newcastle en la que los anuncios publicitarios no eran un machaque continuo y el DJ pinchaba música más o menos buena. Empezó a sonar Rogue Traders con la canción *Watching You* y el electricista pensó que había llegado el momento de ver hasta dónde podía llegar el Commodore.

—Ey, Oz —dijo él.

—¿Sí, Mick? —contestó ella, intentando levantar la mirada de lo que estaba leyendo.

—Este viejo armatoste va bien. Mira esto.

Mick se colocó detrás de un Combi familiar azul y apretó el acelerador. El electricista redujo hasta segunda y adelantó zigzagueando al coche familiar como si este estuviera parado.

—Oh, sí —exclamó Mick—, los viejos Holden nunca mueren. Simplemente van más rápido.

—Muy bien, Scotty —repuso Jesse—. Pero será mejor que dejes la velocidad de la luz para otra ocasión. Los cristales de litio puede que no lo soporten.

—Sí, mi capitán.

Mick soltó un poco el pie del acelerador y se puso detrás de un Mercedes plateado que iba a buen ritmo. Tras recorrer algunos kilómetros, Jesse resucitó en el asiento trasero.

—¿Sabes, Mick? —empezó—. Hay algo extraño en este diario.

—¡No me digas! —respondió él.

—Sí. O eso o Tesla tenía un sentido del humor muy peculiar.

—¿Ah? ¿Qué quieres decir? —preguntó Mick.

—¿Te acuerdas de cuando te comenté que los medios de comunicación se referían a él como «el científico loco»?

—Sí.

—Bueno, pues en una de las páginas de este diario escribió: «Espejito, espejito, ¿quién es el científico más loco de todos?». Y al final de la página siguiente, ha escrito algo en hebreo.

—¿Hebreo? —repitió él.

—Sí. O hebreo o celta antiguo. Su caligrafía es difícil de entender, en todo caso.

—Vale.

—Y en otra página —continuó Jesse—, escribió: «Espejito, espejito, ¿quién es el científico que mejor huele de todos?». Y en la siguiente página, vuelve a escribir algo raro.

Mick se encogió de hombros.

—A mí no me preguntes, Oz. Tú eres la experta.

—Es curioso. —Jesse cerró el diario y miró fijamente a Mick por el retrovisor—. ¿Sabes qué es lo que pienso, Mick?

—¿Qué, oh joya del cosmos?

—Que Tesla definitivamente dejó pistas en el diario sobre dónde construyó la máquina del juicio final. Pero, por si robaban el diario o algo así, las hizo tan ambiguas, que bien podría haberlas escrito en suajili.

—Bueno, eso es lo que pasó, Oz —matizó Mick—. El diario fue robado.

—Exacto —apuntó ella—. Y él se había cubierto las espaldas. Y puedo decirte algo más, Mick.

—¿El qué, colega?

—Se aseguró de cubrírselas muy bien.

Mick le dedicó una leve sonrisa a través del retrovisor.

—Mucho mejor que nosotros.

• • • • •

Un kilómetro por detrás de Mick y Jesse, los agentes de la NSA estaban siguiendo la larga cola de coches. Sentado en el asiento de atrás, el agente Niland llamó a Zimmer Sierota para informarle de los nuevos acontecimientos. El agente Niland

escuchó atentamente y luego colgó.

—¿Y bien? ¿Qué ha dicho Zimmer? —preguntó el agente Moharic desde el asiento del conductor.

—Ha dicho que usemos nuestro propio criterio. Pero que ahora que la policía tiene nuestra matrícula y el vehículo algún que otro daño, debemos tomar todas las precauciones posibles. No quiere que esto se convierta en un incidente. Me ha sugerido que hagamos el trabajo por la noche y que volvamos a Newcastle mientras todavía esté oscuro, lo más rápido posible.

—¿Nada más? —preguntó el agente Coleborne.

—No. Solo que tengamos cuidado. No quiere ningún vínculo.

—Entonces, tendremos cuidado —apuntó el agente Moharic.

• • • • •

Aproximadamente a un kilómetro de distancia del equipo visitante, Craig y Kerrie los estaban siguiendo sin complicaciones. Craig era el que conducía y Kerrie era la que tenía sobre su regazo el dispositivo de rastreo. Estaba funcionando a la perfección.

El oficial Cozens se dio un cabezazo contra el reposacabezas sin quitarse el cinturón de seguridad.

—Tenía que haberme imaginado lo que pretendían estos idiotas —dijo él.

—Sí —respondió la oficial Ryman—. ¿Crees que se dirigen a Tamworth? ¿Siguiéndole el rastro a alguien?

—A lo mejor van a coser a balazos a la guitarra gigante —explicó Craig—. Sierota se debe pensar que los terroristas musulmanes se han infiltrado en ella.

—Para acabar con la música country —sugirió Kerrie.

—Oye, Kerrie —intervino él—. ¿Cómo llaman a un cómico musulmán después de su primera actuación?

—¿Cómo?

—Decapitado.

—Tiene un pase —admitió ella—. ¿Te sabes el del musulmán que iba por una calle de Teherán, Craig? ¿Que ve a su amigo Mohamed al que le acaban de operar para coserle la mano? Pues va y le dice: «Eh, Mohamed, ¿qué te ha pasado en la mano? ¿Has tenido un accidente?». Y Mohamed le dice: «No. Me detuvieron por robar. Pero recurrí y gané».

• • • • •

Más adelante, Jesse seguía leyendo sin pestañear y Mick se divertía adelantando coches, entrando y saliendo del atasco. Llegando a Aberdeen, George Thorogood estaba berreando la canción *Blues Highway* y Mick acababa de reducir la marcha después de adelantar a toda velocidad a un remolque, cuando un policía inmenso, vestido con pantalones de montar, botas altas y un chaleco de seguridad verde reflectante apareció de la nada delante de él y levantó la mano.

—¡Oh, mierda! —bufó Mick.

Jesse alzó la mirada de su libro.

—¿Qué pasa?

—Un maldito policía. Me para por exceso de velocidad.

—Oh, Mick.

Mick redujo la marcha y le dedicó al policía una sonrisa avinagrada.

—Buenos días, agente. Bonito día.

—Sí. —El policía escudriñó el interior del vehículo y saludó a Mick—. Está en lo cierto, conductor. Continúe.

—¿Que continúe?

—Eso es.

Mick no necesitó que se lo dijera una tercera vez. Se incorporó despacio a la carretera, en el momento en que otro policía enorme, también con un chaleco verde, se situaba en el otro lado de la calzada y detenía el tráfico que iba en sentido Muswellbrook.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Jesse.

—No estoy muy seguro. —El electricista se encogió de hombros.

—Mick —dijo ella—. Mira atrás.

Detrás de ellos, un grupo de ganaderos montados a caballo, junto a sus perros, llevaban a una enorme manada de vacas negras de cuernos cortos junto a la valla que recorría el arcén de la carretera. Uno de los ganaderos abrió una puerta y, con sus fustas chascando contra el suelo y los perros ganaderos australianos ladrando, los hombres hicieron que las vacas, mugiendo, cruzaran la calzada hasta el otro lado, donde había más ganaderos esperando en otra puerta.

—Es una recogida de ganado —explicó Jesse—. Están cruzando con la manada de un lado al otro.

—Ahora me doy cuenta. —Mick detuvo el coche y miró por la luna trasera—. Antes tenía la mirada puesta en ese policía descomunal y por eso ni siquiera lo he advertido. Qué potra que me dejara pasar. Tardarán como un mes en hacer que las vacas vayan de una puerta a la otra.

—Pues sí —afirmó ella. Observaron a los hombres y a la manada durante un minuto más o menos. Luego, Jesse volvió a su lectura y, con un movimiento de la mano, le indicó a Mick que continuara—. Vale, Mick —dijo—. Cabeza al frente y pongámonos en marcha.

—De acuerdo. —Aliviado porque nunca lo habían multado y por comprobar cuáles eran las prioridades de la policía local, Mick arrancó el viejo Commodore y luego le guiñó un ojo a Jesse por el retrovisor—. Próxima parada, Scone —anunció y pisó el acelerador.

• • • • •

Más o menos a un kilómetro por detrás de ellos, el agente Moharic frenó el Cherokee al llegar al atasco que se había formado rápidamente.

—¿Qué demonios…? —maldijo.

—¿Qué pasa? —preguntó el agente Coleborne.

—Parece como si hubiera habido un accidente —señaló el agente Moharic.

—Echaré un vistazo. —Niland se bajó del vehículo y, entre todas las personas que se habían apeado de sus coches con cámaras de vídeo y de fotos en la mano, examinó cuál era la situación en la autopista—. No os lo vais a creer —dijo, montándose de nuevo en el coche—. Están recogiendo el ganado. Hay cientos de imbéciles en la calzada mirando el espectáculo embobados.

—¿Qué? —estalló Moharic.

—Que es una recogida de ganado —repitió el agente Niland.

—¿Me estás diciendo —dijo furioso el agente Moharic— que han cortado una maldita autopista principal para que una manada de novillos pueda cruzar la carretera?

—Creo que sí, Floyd —respondió el agente Niland.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó el agente Moharic—. ¿Qué país de ineptos y palurdos es este?

—No lo sé —repuso el agente Coleborne—. Pero todos estos coches y policías delante de nosotros, nos van a dificultar la tarea de hacer saltar por los aires a Vincent y su chica.

—¿Has visto su coche, Steve? —preguntó el agente Moharic.

Niland negó con la cabeza.

—No.

—¡Mierda!

• • • • •

En el mismo atasco, unos metros más atrás, la oficial Ryman tenía el dispositivo sobre sus piernas, comprobando la distancia que les separaba del Cherokee, cuando Craig detuvo el coche.

—¿Qué pasa? —le preguntó ella al oficial Cozens.

—No lo sé —contestó él—. Espero que no haya sido un accidente.

—Echaré un vistazo. —Kerrie salió del coche, dio una vuelta alrededor y fijó la mirada hacia el horizonte. Después, se acercó a la ventanilla de Craig—. Es una recogida de ganado. Hay tipos con grandes sombreros y fustas, y perros corriendo alrededor.

—¿En serio? —El oficial Cozens abrió la puerta—. Déjame ver.

• • • • •

Sin tráfico y sin policías y con la radio pinchando buena música, Mick se estaba recreando en la conducción del viejo Commodore. Antes de ni tan siquiera darse cuenta, apareció una señal luminosa: «Scone, la capital australiana del caballo» y rápidamente alcanzaban la calle Kelly, la arteria principal de la ciudad.

—Ey, Oz —reclamó su atención—, hemos llegado.

—¿De verdad? —Jesse levantó la mirada y vio un motel verde y blanco a la izquierda, enmarcado en un jardín de árboles y flores. Una piscina azul resplandecía entre el verdor y un letrero en la entrada decía «Motel Tudor»—. Mick, para el coche —ordenó ella—. Vamos a coger una habitación en ese motel antes de que encuentres a otro colega que regente un pub.

—Vale —respondió él—. Pero primero daré una vuelta rápida por la calle principal a ver si encontramos la biblioteca.

—Buena idea.

Concentrado en su lado de la calle, Mick condujo apenas un kilómetro por un bulevar llano con hileras de árboles y arbustos que lo recorrían por el medio. Pasaron

junto a un supermercado, un local de la franquicia Subway, una oficina de correos en una rotonda, más tiendas y un hotel. En la entrada de un parque había una estatua de una yegua y su potro. Al otro lado de las vías del ferrocarril, Mick hizo un cambio de sentido justo después de pasar por delante de otro motel.

—Hasta ahora no la he visto, Oz —dijo él—, pero como ciudad tiene buena pinta. ¿Qué piensas?

—Sí —respondió ella—. Hay muchos árboles y todas esas casas grandes con jardines. Es un ambiente muy agradable.

Mick comenzó a recorrer la calle en sentido inverso, dejando atrás más edificios y un hotel gigantesco de ladrillo con un restaurante en la entrada y aparcamiento a la izquierda. El hotel se llamaba Gran Scone.

—Ey, Oz —tomó la palabra él—. En ese pub toca un grupo esta noche. ¿Quieres salir y echar un vistazo?

—Si tú quieres —contestó Jesse—. El restaurante no tiene mala pinta.

Mick deshizo lo recorrido, dejando a un lado una talabartería moderna, más tiendas y una pastelería-cafetería al lado del hotel, cerca de un antiguo teatro *art déco*. Había otro hotel en la rotonda, nada más pasar un bufete de abogados; era un edificio de ladrillo, con las ventanas dando a la calle y la fachada blanca. La entrada y el acceso para minusválidos quedaban a la izquierda y en la fachada había un letrero en el que podía leerse: «Biblioteca comarcal de Upper Hunter».

—Aquí está —apuntó Mick—. Junto a la estación de ambulancias.

—Bien —repuso Jesse—. Déjame salir.

El electricista le echó una mirada asesina a su novia.

—Cuando yo quiera, idiota.

—¿Cómo?

—Lo que has oído.

Mick cambió de sentido y volvió hacia la calle Kelly, hizo otro cambio de sentido y rápidamente aparcó delante del antiguo teatro.

—¿Qué estás haciendo? —Jesse exigía una explicación.

—Cállate, trol adulador, antes de que te comas la palma de mi mano —le ordenó, cerrando la puerta con firmeza detrás de él.

Según exploraban el lugar, Mick había visto un hueco al lado de la pastelería, donde la gente se sentaba a comer y a leer. Entró en la tienda y cogió una carta de un mostrador de cristal que estaba lleno de apetitosos pasteles y pan recién horneado.

Varias chicas estaban ocupadas al otro lado del mostrador. Una chica rubia con una camiseta rosa se dirigió a él y sonrió.

—Sí. ¿Qué le gustaría tomar? —le preguntó cortésmente.

—Un café con leche para llevar, por favor. Con dos de azúcar. ¿Y me lo podría meter en una bolsa de papel?

—Claro.

Mientras Jesse esperaba en el coche, Mick observaba a los comensales disfrutando de un desayuno a base de huevos y café. La chica que le había atendido regresó con su café con leche, Mick pagó y volvió al coche, se montó y apoyó la bolsa de papel sobre su regazo. La librera le dedicó una mirada fría mientras él conducía.

—¿Es que estás tarado, imbécil? —le preguntó ella a él—. ¿O simplemente te gusta jugar con fuego?

—Ey —respondió él—. Pensaba que te había dicho que mantuvieras tu bocaza cerrada. Bien, haz lo que te digo mientras te encuentres ante mí.

Jesse sacudió la cabeza.

—¡Joder! No solo te gusta jugar con fuego, amigo, sino que quieres morir.

Mick tomó la rotonda, salió de ella y paró el coche delante de la biblioteca. Se bajó del vehículo, le abrió la puerta a Jesse y le pasó la bolsa de papel una vez que hubo salido.

—Aquí estás, mi querido amorcito. —Él esbozó una sonrisa—. ¿No te había dicho que estarías en la puerta de la biblioteca a las ocho y media con un café con leche en la mano?

Jesse revisó lo que había en la bolsa de papel y se ablandó.

—Dios mío, eres un ser despreciable, Mick —le dijo—. De verdad. —La librera lo abrazó—. No me extraña que esté loca por ti.

—Ey. Solo eres una mujer. —Mick la besó en la frente y dejó que se marchara—. Te veré aquí a las doce. Si acabas antes, ve al motel y pregunta cuál es la habitación de Mick Vincent, el Cachorro del Amor. ¡Ooooooh, sí!

—Lo haré. Hasta luego. —Jesse le dio un beso rápido a Mick y, con su café en una mano y su mochila colgada de un hombro, se dirigió hacia la entrada. La puerta automática se abrió, le regaló una sonrisa de anuncio de dentífrico a su novio y entró.

Vale, pensó Mick para sus adentros, sonriendo, una vez sentado tras el volante. *De momento el diablo está contento. Ahora será mejor que encuentre una habitación en el hotel*. Arrancó el coche y puso rumbo al Tudor. Cuando llegó, detuvo el vehículo en la entrada.

El motel era grande y tenía un estilo inglés antiguo. La recepción estaba a la izquierda, y daba a un restaurante, y las habitaciones se distribuían en fila desde la recepción con pequeños árboles y arbustos en la puerta, todo ello embellecido por los rosales en plena floración. Curiosamente, delante de la puerta de cada habitación había aparcado un Holden Commodore blanco y sucio. Mick se bajó del coche y se dirigió a la recepción. Detrás del mostrador estaba sentada una joven, morena y rechoncha, que llevaba puesto un vestido verde y blanco. La muchacha dejó lo que estaba leyendo y alzó la mirada.

—Buenos días —saludó Mick—. Querría una habitación para una noche.

—Ha llegado un poco temprano —respondió la mujer—. La habitación no estará disponible hasta las diez y media.

—Está bien —repuso él—. Puedo ir a desayunar y volver más tarde.

—De todos modos, ha tenido suerte —apuntó ella, hojeando el libro mayor—. En estos momentos, tenemos dos grupos de turistas alojándose en el hotel y solo nos queda una habitación libre. Una individual con cama de matrimonio. ¿Le servirá?

Mick le regaló una sonrisa.

—Perfecto.

—Bien. Entonces, ¿cómo va a pagar, señor…?

—Vincent —contestó Mick, sacando su cartera—. Con tarjeta de crédito Visa.

—Gracias, señor Vincent.

La mujer apuntó todos los datos de la tarjeta del electricista y le tendió la llave de la habitación número cinco (nada más salir, a la izquierda). La recepcionista señaló con la mano hacia la piscina que quedaba detrás de su habitación y hacia el restaurante que ofrecía servicio de habitaciones si lo solicitaba. Mick le dijo que lo más seguro era que se quedaran también el domingo. La empleada le contestó que no habría ningún problema, que simplemente se lo hiciera saber la noche anterior, y que podía dejar el coche en la entrada de su habitación hasta que regresara. Mick se guardó la llave, le dio las gracias a la mujer y, después, condujo la pequeña distancia que lo separaba de la habitación para dejar aparcado allí el viejo Commodore.

Mick tenía ganas de dar un paseo, así que cerró el coche con llave, cogió su mochila y se dirigió hacia la calle Kelly, uniéndose así a los demás transeúntes del sábado por la mañana. En un quiosco, cerca de la rotonda, compró los periódicos y se acercó hasta la cafetería donde se había hecho con el café con leche para Jesse. Lo atendió la misma chica; pidió un sándwich, un té grande y un cruasán. Cogió número,



encontró una mesa y se acomodó en ella, colocando todos los periódicos encima mientras esperaba su desayuno.

Jesse no tenía hambre cuando llegó a la biblioteca municipal, pero estaba ansiosa por tomarse su café. Paró un momento para comprobar los alrededores antes de dirigirse al mostrador de entrada. La biblioteca no era tan grande como la Muswellbrook y el mobiliario había visto días mejores. Pero era luminosa, espaciosa, con carteles en las paredes, y se hallaba repleta de libros y, al igual que la ciudad, tenía un ambiente agradable. Había algunas personas sentadas leyendo. Una mujer con una cara simpática, que tendría en torno a los cuarenta años, con el pelo con algunos mechones grises, vestida con vaqueros y un top azul holgado, era la encargada de atender el mostrador de la entrada. La mujer se dio cuenta de que Jesse necesitaba ayuda cuando la joven librera se acercó al mostrador y le dedicó una enorme sonrisa.

—Hola —saludó la bibliotecaria—. ¿Puedo ayudarla en algo?

Jesse le devolvió la sonrisa.

—Buenos días —respondió—. ¿Podría decirme, por favor, dónde están los libros de consulta?

—Girando por ahí a la derecha. —La bibliotecaria se lo indicó con la mano—. ¿Quiere que la acompañe hasta allí?

—No, no hace falta.

—Si necesita cualquier cosa, dígamelo.

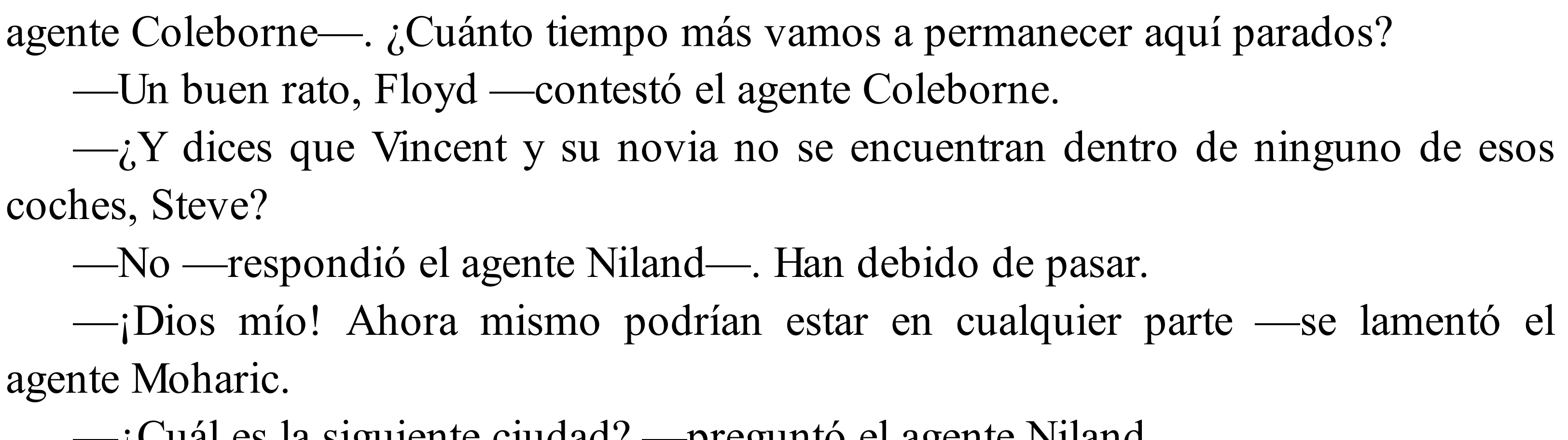
—Gracias.

Jesse siguió las indicaciones de la mujer y puso su mochila sobre una mesa de madera en la que habían grabado «S. G. quiere a H. T.» dentro de un corazón. Se acercó hasta la sección de libros de consulta, recorrió con la mirada todos los títulos y regresó a la mesa con un taco de libros, entre los que se incluían la *Revista de la Sociedad Histórica de Scone y del valle de Hunter*, *Colonizadores del Gran Valle* y *Gentes de Wingen Maid y de la tribu wonnarua*. Jesse le quitó la tapa al vaso del café y decidió empezar por *El final de los cazadores: 1829-1979*.

• • • • •

El agente Moharic estaba sentado en el Jeep Cherokee, apretando con fuerza el volante y dándose cabezazos contra él por la frustración de ir a cámara lenta. Antes, el agente Niland había recorrido toda la fila de coches, hasta llegar hasta donde estaban los policías encargados de retener a los vehículos, para regresar al Cherokee simplemente con la noticia de que no había ni rastro de Mick o de Jesse.

—Esto debe de ser una broma. —Moharic echaba pestes ante su interlocutor, el



agente Coleborne—. ¿Cuánto tiempo más vamos a permanecer aquí parados?

—Un buen rato, Floyd —contestó el agente Coleborne.

—¿Y dices que Vincent y su novia no se encuentran dentro de ninguno de esos coches, Steve?

—No —respondió el agente Niland—. Han debido de pasar.

—¡Dios mío! Ahora mismo podrían estar en cualquier parte —se lamentó el agente Moharic.

—¿Cuál es la siguiente ciudad? —preguntó el agente Niland.

El agente Moharic le echó un vistazo al mapa.

—Scone.

—Creo que podrían estar allí —apuntó el agente Niland.

—¿Sí? ¿Y por qué, Steve? —preguntó el agente Moharic.

—Bueno. Salieron desde Muswellbrook. La siguiente ciudad es Scone. Y la próxima después de esta me parece que es Tamworth, ya bastante lejos de aquí. Sea lo que sea lo que busquen, está por la zona. Y mi instinto me dice que los veremos en la siguiente ciudad, Scone. Claro —Niland se encogió de hombros—, puedo equivocarme. Pero es un presentimiento que tengo. Eso es todo.

—Coincido con Steve, Floyd —dijo el agente Coleborne—. No sé por qué se han cambiado de coche. Pero no creo que se hayan ido muy lejos. Y que estén en Scone tiene sentido.

El agente Moharic reflexionó un momento.

—Sí. Puede que tengáis razón, chicos —asintió—. Está bien. Allá vamos, Scone. Le daremos una buena paliza a la parejita.

• • • • •

Más atrás, en el Commodore de los oficiales del Servicio de Inteligencia para la Seguridad Nacional de Australia, Craig había llamado al oficial Blessing para informarle de la situación. Para entretenerse durante la espera, los oficiales Ryman y Cozens habían dispuesto entre ellos un tablero de damas y parecía que Kerrie estaba a punto de ganar otra partida.

—¿Y bien? ¿De qué crees que va todo esto, Craig? —preguntó ella.

—Bueno —contestó el oficial Cozens, moviendo una dama blanca—. Estoy de acuerdo contigo en que la NSA está buscando a una persona. La persona en cuestión abandonó Muswellbrook esta mañana. Pero adónde se dirigen, no tenemos ni idea.

—No. Y no me sorprendería nada que se acercaran hasta el puesto de control de los policías que han cortado el tráfico y les fueran con el cuento de los mormones.

—Serían capaces. —Craig asintió—. Pero sea lo que sea lo que se traen entre manos los hombres de *Men in Black*, lo único que podemos hacer es seguirlos muy de cerca, como hasta el momento.

—Con la diferencia de que ahora tenemos un dispositivo de seguimiento. —Kerrie sonrió y movió una dama negra—. ¿Crees que pararán en Scone?

—Puede. Espero que así sea. Nos facilitaría las cosas. —Era el turno de Craig y movió una ficha blanca—. De una cosa estoy seguro, Kerrie, sea lo que sea lo que esos gilipollas estén tramando, no creo que sea ir a cazar conejos, porque van armados hasta las trancas.

—No. No creo. Eso también lo he pensado yo. —Kerrie se comió dos damas blancas—. He vuelto a ganar.

—¡Joder! ¿Cómo lo has hecho?

• • • • •

Mick disfrutó de un largo y relajado desayuno leyendo los periódicos y se habría quedado allí sentado toda la mañana, pero tras el último sorbo de té, metió la prensa en su mochila, regresó al motel y sacó las maletas del automóvil.

La habitación tenía aire acondicionado y estaba muy bien. Las paredes las habían pintado de colores claros y delante de la cama de matrimonio había una televisión y una mesa. La ventana daba a la piscina. *Después de la noche anterior, este sitio le devolverá el brillo al dulce rostro de Ossie*. Mick sonrió para sí mismo mientras colocaba los bultos en el portaequipajes. El baño, que se encontraba detrás de él, era luminoso y estaba limpísimo; Mick deshizo su maleta y se dio una ducha.

• • • • •

Una sonrisa casi imperceptible apareció en los labios del agente Moharic cuando escuchó al conductor de delante de ellos encender el motor. Sacó la cabeza por la ventanilla y vio que habían conseguido trasladar a todo el ganado de un sitio al otro y que la policía estaba empezando a dejar circular a los coches.

—Parece que se mueven, Floyd —señaló el agente Niland.

—Ya era hora —bramó el agente Moharic, arrancando el motor.

—Bueno, ¿por dónde quieres empezar cuando lleguemos a Scone? —preguntó el agente Coleborne.

El agente Moharic comenzó lentamente a desplazarse siguiendo a los demás coches.

—Pues —respondió—, dando por hecho que Vincent y su novia están allí, propongo que primero revisemos todos los hoteles y moteles de la ciudad. Veamos si ese coche blanco está aparcado en la entrada.

—Qué mala suerte que no haya cogido la matrícula —dijo el agente Niland.

—Sí, la verdad. —El agente Moharic asintió con la cabeza—. Pero si damos con su coche, no le quitaremos ojo. Esperaremos hasta que oscurezca. Luego, encontraremos un sitio tranquilo, nos acercaremos a ellos y los eliminamos. Estoy de acuerdo con Zimmer en que no sería muy buena idea hacerlo de día.

—Sí. Lo último que necesitamos es que algunos ciudadanos preocupados por el orden público apunten nuestra matrícula.

—Exacto —dijo Moharic—. Pero, si a alguien se le ocurre algo mejor, estoy abierto a sugerencias.

—No. Me parece bien lo que has dicho —contestó el agente Niland.

—También podemos esperar en una habitación de un motel —sugirió el agente Coleborne—. De esa manera, por lo menos tendremos una base.

—Vale. Y yo llamaré a Zimmer —añadió el agente Moharic.

• • • • •

Sentados en el Commodore, propiedad del Servicio de Inteligencia para la Seguridad Nacional de Australia, la oficial Ryman le estaba dando una paliza a Craig a las damas, y aún tenía ganas de batirle de nuevo, cuando el sonido de los motores al encenderse retumbó en el ambiente. El oficial Cozens se asomó por la ventanilla.

—Se mueven —anunció.

—¡Mierda! —dijo Kerrie de buen humor—. Estaba a punto de superar mi propia marca.

—Tienes que saber que —se defendió Craig, arrancando el coche mientras Kerrie recogía las damas— me he dejado ganar para que no te sintieras mal, eso es todo.

Los dos oficiales reanudaron la marcha y continuaron tras el rastro del equipo visitante.

• • • • •

Jesse estaba practicando su técnica de lectura rápida en la biblioteca y Mick estaba tumbado en la cama, leyendo el periódico, cuando los agentes de la NSA llegaron a Scone con los dos oficiales australianos pisándoles los talones. Al igual que Jesse, la primera cosa en la que reparó el agente Moharic al llegar a la ciudad fue en el motel Tudor, a la izquierda.

—Ey —dijo él—. Voy a parar en ese motel y a echar un vistazo. Nunca se sabe. Puede que estén ahí.

—Tiene buena pinta —matizó el agente Coleborne—. ¿Qué os parece si, mientras examinamos el lugar, me entero de si hay alguna habitación libre?

—Vale. —El agente Moharic giró con el todoterreno y paró en la entrada, justo delante de la recepción. Miró hacia el patio y parpadeó dos veces—. ¿Estáis viendo lo que yo estoy viendo?

—Sí —asintió el agente Coleborne—, debe de haber como una docena de Commodore blancos aquí aparcados.

—Y todos ellos están manchados de barro —añadió el agente Niland.

—¡Hijo de puta! —gritó el agente Moharic—. ¿Qué es lo siguiente? Está bien, Orrin. Ve a ver si tienen habitaciones libres.

—Bien.

—¡Mierda! Me pregunto si uno de estos coches es el de Vincent —dijo entre dientes el agente Moharic.

El agente Coleborne se bajó del Cherokee y se dirigió hacia la recepción. Volvió un minuto más tarde sacudiendo la cabeza.

—Está lleno —anunció, montándose de nuevo en el coche—. Pero la señorita me ha dicho que cree que hay alguna habitación disponible en el Halscott. Un poco más adelante, al otro lado de la vía del tren.

—Vale. Vayamos allí y cojamos una habitación. Luego, comenzaremos a peinar este pueblucho hasta encontrar a Vincent.

El agente Moharic arrancó el coche y dio la vuelta delante de la habitación de Mick. El movimiento del pesado todoterreno hizo que los pétalos de las rosas temblasen ligeramente. Pero de ninguna manera perturbó la lectura del electricista.

• • • • •

El oficial Cozens estaba concentrado en el coche que iba delante de él, en la caravana, y la oficial Ryman estaba mirando al dispositivo de rastreo y al Cherokee negro cuando se dio cuenta de que el todoterreno se había parado en el motel Tudor.

—Craig —le dijo a su compañero, señalando con el dedo el motel—. Acaban de parar allí.

—De acuerdo —respondió el oficial Cozens—. Aparcaré aquí delante y esperaremos a ver qué pasa.

El agente detuvo el coche, se puso las gafas de sol y observó por el retrovisor. Por su parte, Kerrie no le quitaba ojo al dispositivo.

—Se están moviendo, Craig —explicó—. Y vienen directos hacia nosotros.

—Habrán parado para coger una habitación —apuntó Craig—. Vale. Actúa como si nada, Kerrie, y que vuelvan a ponerse delante.

El agente Coleborne estaba distraído, contemplando el paisaje por la ventanilla bajada del lado del copiloto, cuando de repente torció el gesto y con excitación le dio en el brazo al agente Moharic.

—Floyd. Ralentiza —le ordenó el agente Coleborne—. O me estoy volviendo loco, o acabamos de pasar por delante de Vincent y su novia.

—¿Vincent? —repitió el agente Moharic—. ¿Dónde?

—Sentados en ese Commodore blanco, en el arcén, detrás de nosotros.

El agente Moharic miró por el retrovisor.

—¡Joder! Tienes razón, Orrin. ¡Ey! Están avanzando. Steve, date la vuelta sin levantar sospechas y apunta la matrícula.

—Ahora mismo. —El agente Niland se giró, sacando una libreta y un bolígrafo de su bolsillo.

—¿La tienes? —le preguntó el agente Moharic.

—Afirmativo, Floyd. —El agente Niland continuó mirando por la luna trasera—. Continúan detrás de nosotros —dijo—. Son ellos, seguro. Ella está sentada en el asiento del copiloto con una camiseta morada. —Se giró hacia el agente Moharic—. ¿Y bien? ¿Qué sugieres que hagamos ahora?

El agente Moharic pensó con rapidez.

—Está bien. Si están dando una vuelta por Scone, significa que tienen un sitio donde alojarse. Iremos hasta ese motel Halscott. Steve, reservarás las habitaciones. Dejaré que Vincent se ponga delante de nosotros. Y Orrin y yo les seguiremos la pista.

—Vale. —El agente Niland asintió.

—Lo bueno es que —el agente Moharic le sonrió— ahora tenemos la matrícula.

—Bueno, seré un hijo de puta —intervino el agente Coleborne, golpeándose en el muslo—, pero no puedo creerme la suerte que hemos tenido encontrándolos tan rápido.

—La suerte no tiene nada que ver con esto, hermano Bozidar. —Niland le dedicó una sonrisa—. Trabajamos para el bondadoso Señor y está mirando por nosotros.

—Aleluya, hermano Caleb —respondió el agente Coleborne.

• • • • •

Manteniendo una distancia prudencial entre el equipo visitante de la NSA y ellos, el oficial Cozens siguió al Cherokee a lo largo de la calle Kelly, mientras que la oficial Ryman no levantaba la cabeza del receptor.

—Lo más seguro es que estén buscando un sitio donde quedarse —dijo Craig—. Cuando encuentren algo, seremos nosotros los que busquemos un sitio.

Kerrie señaló detrás de ellos.

—He visto una señal en esa rotonda que indicaba el motel Waverley Country. Puede que esté bien.

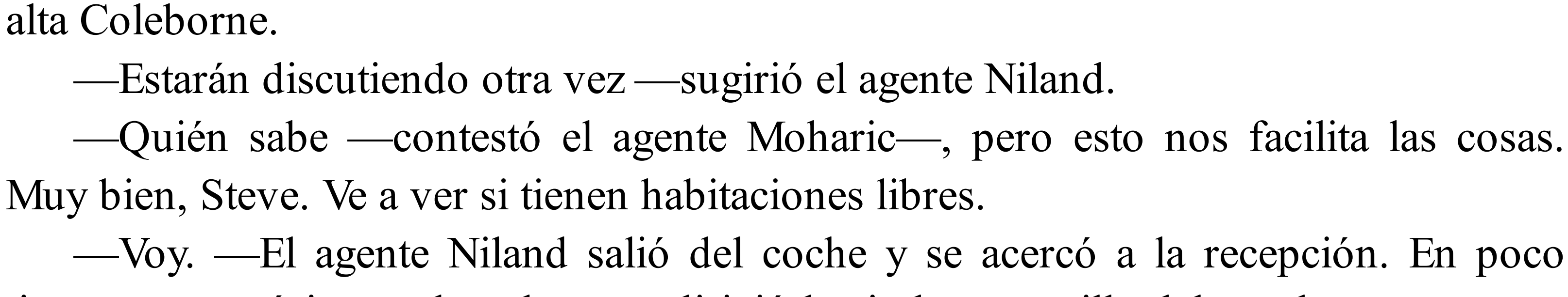
—Vale. Le echaremos un vistazo.

• • • • •

Con los tres agentes observando a escondidas el Commodore blanco, el agente Moharic cruzó la vía del ferrocarril y dio con el Halscott, situado en la calle principal, pero un poco más adelante y a la izquierda. Era un edificio marrón y blanco, con el tejado y las barandillas amarillas, rodeado por un césped bien cuidado con flores. Un camino de entrada conducía hasta la recepción, que quedaba a la derecha, con un letrero de neón encima en el que podía leerse «Motel de la familia Halscott, bienvenidos». El agente Moharic giró y se adentró por el camino, y los tres agentes vieron cómo pasó por delante de ellos el Commodore blanco. No le quitaron el ojo de encima y no pudieron creerse la suerte que estaban teniendo cuando observaron que el vehículo cambiaba de sentido y se detenía frente a una ferretería y un vivero que había unos metros más adelante.

—Han parado en la misma calle —apuntó el agente Moharic.

—Sí. Están quietos. Me pregunto qué se traen entre manos —reflexionó en voz


alta Coleborne.

—Estarán discutiendo otra vez —sugirió el agente Niland.

—Quién sabe —contestó el agente Moharic—, pero esto nos facilita las cosas. Muy bien, Steve. Ve a ver si tienen habitaciones libres.

—Voy. —El agente Niland salió del coche y se acercó a la recepción. En poco tiempo, regresó junto al coche y se dirigió hacia la ventanilla del conductor con una sonrisa dibujada en los labios—. Tienen dos. Una doble y una individual. Puedes quedarte con la individual, Floyd. Yo la compartiré con Orrin.

—¿Te parece bien, Orrin? —le preguntó el agente Moharic.

—Sí.

—De acuerdo. Steve, ¿puedes coger las maletas? Le daremos un minuto a Vincent para que se ponga en marcha. Y volveremos cuando sepamos dónde se alojan.

—Sin problema.

El agente Niland abrió la puerta del maletero del Cherokee y llevó el equipaje a la recepción. No pasó mucho tiempo antes de que el Commodore se alejara calle abajo por la calle Kelly.

—Se mueven, Floyd —dijo el agente Coleborne.

—Sí. Y les sigo de cerca —respondió el agente Moharic.

El agente Moharic salió marcha atrás por el camino de entrada, hizo un cambio de sentido brusco hacia la calle Kelly, que provocó que el pelo del agente Coleborne se pusiera de punta, y empezó a perseguir al Commodore blanco calle abajo.

• • • • •

—Uno de ellos se ha bajado para dejar las maletas en la recepción —le refirió Kerrie.

—Sí. Claramente se van a quedar ahí. Veamos si hay habitaciones libres en el Waverley. —El oficial Cozens dio el intermitente y se incorporó a la circulación.

La oficial Ryman le echó otro vistazo al receptor.

—Ey, Craig. Se mueven otra vez. Vienen en esta dirección.

El oficial Cozens alzó la mirada hasta el espejo retrovisor.

—Es solo una suposición, pero me atrevería a decir que uno de los mormones se ha quedado organizando el tema de las habitaciones mientras que los otros se han ido a por algo de comida. —Se dio la vuelta hacia su compañera—. No importa. Sabemos dónde se alojan.

Con el Cherokee a una distancia razonable detrás de ellos, el oficial Cozens siguió conduciendo por la calle Kelly y giró a la izquierda en la rotonda.

El motel Waverley Country, de color blanco inmaculado, estaba nada más pasar el Consejo de Cámaras y el Palacio de Justicia, no muy lejos de una comisaría de policía repleta de oficiales uniformados. El motel era un edificio de madera, con vides y enredaderas que trepaban por la fachada, y el aspecto de ser una casa de huéspedes grande y acogedora. Una entrada dividía la recepción, a la izquierda, de un restaurante con ventanas francesas, a la derecha. Había un letrero encima de la recepción que decía «Motel Waverley Country». Una bandera australiana ondeaba lánguidamente, mecida por la casi inexistente brisa que corría, en un tejado de tejas rojas.

El oficial Cozens condujo el Commodore hasta la entrada y esperó mientras la oficial Ryman se acercaba a la recepción. Su compañera regresó rápidamente, con una expresión de satisfacción en su rostro.

—Sin problemas, Craig —le dijo—. Hay dos habitaciones contiguas en la parte de atrás, cerca de la piscina.

—Qué bien —contestó Craig en voz baja—. Kerrie. No mires, pero los mormones vienen hacia aquí.

—¿Qué? De acuerdo, abre el maletero, Craig. Me ocuparé de las maletas.

Mientras la oficial Ryman sacaba el equipaje del maletero y evitaba el contacto visual con los ocupantes del Cherokee, el oficial Cozens los observaba por el retrovisor. El armatoste negro pasó de largo por el motel y, luego, hizo un cambio de sentido para volver a la rotonda. La oficial Ryman dejó los bultos y se aproximó a la ventanilla del copiloto.

—¿Qué acaba de suceder, Craig? —le preguntó a él—. ¿No crees que nos estén siguiendo, verdad?

—Ni tan siquiera se han fijado en nosotros, Kerrie. —Craig le dedicó una sonrisa a su compañera—. ¿Recuerdas que te había dicho que habían salido a por algo de comida?

—Sí —afirmó ella.

—Son yanquis. Seguro que están buscando un McDonald’s.

Kerrie hizo un ademán.

—¿Cómo no se me habrá ocurrido?

• • • • •

El agente Moharic tomó la salida de la derecha de la rotonda y puso rumbo con el Cherokee hacia el motel en el que se hospedaban. En su cara se podía leer, por un lado, satisfacción y, por el otro, preocupación.

—Bueno, al menos sabemos dónde se alojan —apuntó el agente Coleborne.

—Sí. Esa es la buena noticia —gruñó el agente Moharic—. La mala noticia es que están justo al lado de la comisaría de la policía local. Y esos hijos de puta están por todas partes.

—Sí, ya me he dado cuenta. Obviamente esto no facilita las cosas —repuso el agente Coleborne.

—No. Para nada —añadió el agente Moharic—. Pero se me ha ocurrido algo mientras íbamos por la calle.

—¿En serio?

—Sí. Le daré una vuelta más y, luego, más tarde, os lo contaré a ti y a Steve.

Mick solo pretendía cerrar los ojos durante cinco minutos, nada más. Pero la cama del motel era tan cómoda que cayó en coma. Parpadeó un par de veces cuando se despertó y miró su reloj. *¡Maldita sea!*, maldijo para sí mismo. *La biblioteca cerrará enseguida. Será mejor que me levante ya mismo y vaya para allá si no quiero que Ossie se cabree*. Se incorporó de un salto, se echó un poco de agua en la cara y se marchó apresuradamente de la habitación.

Decidió esperar fuera de la biblioteca. Cinco minutos más tarde, Jesse hizo su aparición en el asiento del copiloto con algo enrollado en el interior de su mochila y con una mirada muy positiva en sus ojos. Mick sonrió de oreja a oreja según se le acercaba.

—¿Cómo te ha ido? —le preguntó a su novia—. Te veo bastante contenta.

—¿Que cómo me ha ido? —repitió Jesse—. De maravilla.

—¿En serio? —dijo Mick sonriente—. ¿Has averiguado dónde está?

—No sé exactamente dónde está —explicó ella—. Pero sé más o menos… dónde está.

—¿Eh?

—Pero primero, vayamos a por algo de comer. Me muero de hambre.

—Vale. ¿Qué te apetece? Hay una cafetería muy agradable no demasiado lejos de aquí —propuso Mick.

Jesse entrelazó su brazo con el de su novio.

—Vayamos a echarle un vistazo al restaurante del hotel que está al final de la calle. Y así podré estirar un poco las piernas.

—Perfecto.

—Luego, tú y yo iremos a dar otro paseo.

—¿Otro más de tus horribles y enérgicos paseos? —protestó el electricista—. Pero esta vez solo por las calles de aquí alrededor.

—No. —Jesse esbozó una sonrisa mientras pasaban caminando por delante de una galería de arte—. Más bien una enérgica escalada. En el monte Burning.

—¿Dónde?

—En el monte Burning. Cerca, hacia el norte. Te lo contaré todo mientras comemos.

—Vale —respondió Mick—. Oye, ¿qué es eso que llevas en la mochila? ¿Un póster?

—No. Es un mapa topográfico. Lo he comprado en la biblioteca.

Mick le lanzó una mirada de complicidad a su novia.

—¡Increíble! —exclamó.

Mick se dio cuenta de que la librera estaba dándole vueltas a algo según paseaban por la calle Kelly, por lo que la dejó tranquila en su ensimismamiento. Mick le dijo que había estado toda la mañana, después de desayunar, leyendo los periódicos y que no había sido capaz de encontrar nada sobre la explosión de su furgoneta.

Cuando llegaron al Gran Scone, vieron una puerta abierta que conducía a un pasillo. Cincelado entre dos flechas, en el escalón de la puerta de entrada, podía leerse «Fundado en 1866».

—Ey, mira eso, Oz —le dijo Mick—. ¿Crees que este sitio fue en su día el Gran Hotel?

—Puede ser, Mick —respondió Jesse según entraban—. Le preguntaré al dueño.

A la derecha, una puerta de cristal que anunciaba el restaurante daba a un salón, que era la antesala de un bar grande. El salón estaba cerrado. El electricista abrió la puerta del restaurante y sonó una campana. Ya en el interior, comprobaron que era alargado y luminoso, con el suelo de madera y las paredes azules y blancas. Las mesas estaban cubiertas con manteles azules y blancos, las sillas eran de mimbre y el mostrador, que quedaba enfrente de la puerta de la cocina, tenía un gallo de cerámica rojo colocado justo al lado de la caja registradora. Aparte de una mesa al fondo con unos comensales sentados, el local estaba vacío. Mick y Jesse tomaron asiento en una mesa junto a la ventana que daba a la calle y estudiaron la carta. Rápidamente, una chica morena, vestida de negro de arriba abajo, salió de la cocina y se dirigió hacia ellos.

—Hola. —Dibujó una sonrisa en sus labios—. ¿Ya saben lo que van a tomar?

—Sí —contestó Mick—. ¿Qué quieres, Oz?

—Para mí, el pollo empanado con ensalada y patatas fritas —dijo Jesse.

—Y para mí, las chuletitas de cordero —pidió el electricista—. Y una ensalada César para compartir. ¿Qué tienen de beber?

—Solo soda —respondió la muchacha—. Tienen que ir al bar si quieren cerveza o vino.

—Vale. Gracias. —Mick contempló a la chica marcharse y, después, se volvió hacia su novia—. ¿Quieres una bien fresquita, Oz?

—Sí. —Jesse retiró su silla para atrás para levantarse—. A esta invito yo. ¿Qué quieres, chico sexi?

—Una jarra grande de Hahn Light, por favor, mi linda flor.

—Es lo mismito que voy a tomar yo.

Jesse salió del restaurante y se adentró en el pasillo, pasó junto a unas escaleras que estaban a oscuras y que conducían a las habitaciones. El pasillo llegaba hasta una terraza de verano, pegada al aparcamiento de una tienda de la cadena Woolworths y una puerta que tenía a la izquierda comunicaba con el bar. Jesse la abrió y entró.

A la derecha, varios taburetes y mesas miraban a la pista de baile. Las paredes estaban cubiertas con carteles de grupos de rock y un arco entre dos barriles de cerveza inmensos dejaba ver las mesas de billar. En la pared que hacía esquina a la izquierda, había varios clientes vestidos de manera informal y bebiendo en la barra o sentados debajo de la pantalla de televisión, mirando las carreras. Contra la pared que daba a la calle había una fila de tragaperras y una pantalla gigante colgaba en una esquina, detrás de la barra. A la derecha de la barra, había una puerta abierta que daba paso a la hilera de arbustos del aparcamiento del hotel. Una rubia alta y atractiva, con unos ojos grises claros, vestida con una camiseta negra con el logo del hotel y unos vaqueros, estaba tirando unas cervezas detrás de la barra y charlando divertida con los clientes. Jesse esperó hasta que hubo terminado de atenderlos y se acercó a la barra.

—¿Sí? ¿Qué quiere tomar? —La rubia sonrió.

—Dos jarras grandes de Hahn Light —contestó la librera.

—Marchando. —La mujer cogió dos jarras congeladas de una cámara refrigeradora y empezó a tirar las cervezas.

—Si no le importa que le pregunte —intervino Jesse—, ¿lleva trabajando aquí mucho tiempo?

—El suficiente. —La camarera sonreía—. Soy la dueña.

—¿Cómo? —Jesse se sorprendió—. ¿Cuántos años tiene?

—Veinticuatro.

—¡Vaya! Se lo ha montado muy bien.

—Gracias. ¿De dónde es?

—De Newcastle. He venido con mi novio.

—¿Su novio baila?

—Sí. Le gusta imitar a Michael Jackson, pero lo hace como si hubiera metido los pies en una trampa para conejos.

—Bien, pues será mejor que le traiga esta noche aquí. —Sonrió la dueña—. El grupo que teníamos contratado ha cancelado la actuación en el último minuto y lo hemos sustituido por un grupo buenísimo de Newcastle. Los Newcastle Blue.

—¿En serio? Los he visto actuar allí. Son fantásticos. Han hecho una versión increíble de *Walk This Way*.

—Los mismitos.

—Hay otra cosa que me gustaría preguntarle…

—Me llamo Rhedyn.

—Yo, Jesse. Rhedyn, ¿este lugar fue en su día el Gran Hotel?

—Sí, Jesse —contestó Rhedyn—. ¿Cómo lo sabe?

—Tengo una librería en Newcastle —repuso ella—. Y he estado leyendo sobre Scone.

—En un principio, allá por 1856, se le conocía como el Club de los Caballeros. En 1905 se convirtió en el Gran Hotel. Y en 1950 pasó a llamarse Gran Scone. Tiene bastante historia.

—Ya veo —respondió Jesse.

—¿Quiere echarle un vistazo? —le ofreció Rhedyn—. Abajo, en la bodega, seguimos conservando un equipo de elaboración propia de cerveza original. Viejas bridas. Botellas. Esa clase de cosas.

—A lo mejor mañana —contestó la librera. Le tendió diez dólares a la joven propietaria y esperó el cambio—. Pero esta noche estaremos aquí, se lo aseguro.

—Vale, Jesse. No estaré muy lejos. Y la primera copa corre por cuenta de la casa.

—Gracias, Rhedyn. —Jesse se hizo con las dos jarras y regresó al restaurante.

Mick estaba dando golpecitos con el cuchillo sobre la mesa y mirando sin mirar por la ventana cuando su novia atravesó el umbral de la puerta, y trajo las bebidas.

—Gracias, tía. —El electricista esperó hasta que Jesse se hubo sentado para brindar con ella—. Salud, Oz.

—Salud, Mick.

Dieron un buen trago a sus cervezas y, luego, Mick se pasó la lengua por los labios.

—Ey. No hay gota que no valga —dijo él.

—Sí. Ni que lo digas —afirmó Jesse, poniéndose educadamente la mano en la boca para eructar—. Y tenías razón sobre el hotel. Era el Gran Hotel.

—¿De verdad?

Jesse le resumió su conversación con la dueña del bar. Mick estaba bastante impresionado.

—¿Y los Newcastle Blue tocan esta noche aquí? —repitió él, incrédulo—. Son

increíbles. La última vez que los vi fue contigo en el The Brewery. Me cogí tal borrachera de Jack Daniels que tardé dos días en acordarme de cómo me llamaba y de cómo llegué a casa.

—Rhedyn también me ha dicho que nos invita a la primera copa —añadió Jesse—. Y más te vale no quedarte embobado mirando a la propietaria. Está muy buena.

Mick pareció ofenderse.

—Caramelito de azúcar, bomboncito, ¿cómo puedes decirme algo así? Ya sabes que solo tengo ojitos para ti.

—Bien. Que siga siendo así. O te arrancaré de cuajo el hígado y me lo comeré con habas y un buen vino de Chianti. Ja, ja, ja.

Mick le dio otro trago a su cerveza y se frotó las manos.

—Vale, Hannibal. ¿Y bien? ¿Qué has encontrado en la biblioteca? ¿Has resuelto el caso?

—Más o menos —respondió Jesse justo cuando llegaba la camarera con la ensalada César—, pero ¿qué me dices si comemos algo primero? Estoy hambrienta.

—Está bien.

Se abalanzaron sobre la ensalada César, muy bien presentada, acompañándola con la cerveza. Después, llegaron los platos principales. La comida no era nada elaborada, pero estaba buena, a precio de pueblo, las patatas estaban crujientes y los platos llenos hasta arriba. La chica retiró los platos vacíos, y le pidieron dos cafés expresos. Una vez que tuvieron los cafés encima de la mesa, se acomodaron para conversar.

—Vale, Oz —dijo Mick, dejando su taza sobre el mantel—. ¿Qué has descubierto, muchacha? Me está matando tanta intriga.

La librera sonrió con confianza.

—De acuerdo —contestó—. Te contaré qué es lo que he averiguado. El mineral del monte Burning, adonde tú y yo iremos después de esto, se descubrió alrededor de 1830. Se trata de una veta de carbón subterráneo con alto contenido en azufre que se prende ella sola por combustión interna —le explicó Jesse—. Los científicos estiman que ha estado encendiéndose durante los últimos cinco mil años. Así es la ciencia. Junto al monte Burning hay un precipicio que los aborígenes wonnarua llama Wingen Maid. Según sus leyendas, en el precipicio reside el espíritu de una mujer aborigen cuyo marido murió en la batalla del río Wollemi. La pobre mujer estaba tan disgustada que lloró lágrimas de fuego. Y es desde este momento que el monte Burning empezó a prenderse. Y de ahí, Mick, es de donde Reginald Seaton sacó el hermoso nombre de

su caballo.

—Lágrimas de Fuego —apuntó el electricista—. ¡No me jodas! ¿Y has dado con todo esto en la biblioteca municipal?

—Por supuesto —respondió ella—. Pero la trama se complica. —Jesse le dio un sorbo al café—. El proyecto Piggie, Mick.

—Sí. —Asintió con la cabeza—. ¿Qué pasa con él?

—No tiene nada que ver con los cerdos.

—¿No?

Jesse negó con la cabeza.

—No. En koori, la palabra *piggiebillah* significa «puercoespín». Y eso era a lo que se refería Tesla cuando denominó a la construcción de la máquina del juicio final el «proyecto Piggie». Era la abreviatura de proyecto Piggiebillah.

—¿De verdad? —preguntó Mick.

—Sí. Hay otra leyenda koori que habla de cómo al puercoespín le salieron las púas, en la que no me detendré —aclaró ella—. Pero en algún lugar cercano al monte Burning están las colinas Piggiebillah. Y me juego lo que sea a que es allí donde Tesla construyó su máquina. Las colinas deberían aparecer en el mapa topográfico que compré en la biblioteca. Tengo un compás. Escalaremos el monte Burning, averiguaremos la ubicación de esas colinas, encontraremos la máquina de los rayos de la muerte y le echaremos un vistazo. Tomaremos unas fotos, intentaremos no hacer saltar por los aires al mundo entero y volveremos con la historia del siglo. ¡Yabadabadú! ¡Barabimbombán! ¿Qué te parece, tigre?

Mick miró fijamente a Jesse por encima del borde de la taza de café.

—Eres increíble.

—Tengo mis momentos —repuso ella—. La bibliotecaria me dijo que había un sendero para subir al pico del monte Burning. Y habrá antiguos caminos de mineros y bueyes entre la arboleda. De hecho, Tesla escribió en su diario lo dificultoso que resultaba que avanzasen por allí los carros tirados por bueyes. Nosotros sabemos más o menos lo que estamos buscando. Y, oye, si no lo encontramos esta tarde, podemos volver mañana cuando tengamos más tiempo. Pero lo encontraremos. —Jesse alzó su taza—. Me muero de ganas.

—Está bien —concluyó Mick—. ¿Cuándo quieres que salgamos?

—En cuanto nos acabemos el café. Nos pasamos por el motel, cogemos nuestras mochilas, compramos agua y ponemos rumbo a la cumbre.

—Perfecto.

Jesse se terminó su café y se levantó.

—Pagaré yo —aclaró ella.

—Vale. Te veo en la puerta.

Mick se acabó su café y abandonó el restaurante. Esperó a Jesse en la acera de la entrada. Admirado con la actitud práctica que había tomado su novia con respecto al descubrimiento de la máquina del juicio final, le resultaba igualmente asombrosa la rapidez con la que la librera descubría nuevas pistas y sacaba conclusiones. Era casi un anticlímax. Mick movió la cabeza, coincidiendo con la partida en dirección norte de varios moteros con barba, con las mochilas a sus espaldas. *Sí. No hay vuelta de hoja*, se dijo a sí mismo, *esta mujer es un genio al cien por cien*. Un par de minutos más tarde, apareció por la puerta una Jesse sonriente que se colgó de su brazo.

• • • • •

Aunque los agentes Coleborne y Niland tenían que compartir la habitación, ninguno de los dos se quejó. La habitación amarilla de muebles marrones era grande y luminosa, y tenía una bonita vista al jardín. Echaron a cara o cruz quién de los dos se quedaba con la cama de matrimonio. Le tocó al agente Coleborne. Tras un café, acompañado por unas galletas que encontraron en un cajón junto al minibar, se sentaron alrededor de la mesa de la habitación del agente Moharic, dos puertas más allá, que estaba bebiendo agua mineral y comparando apuntes.

—Eh, Orrin —señaló el agente Moharic—, he averiguado por qué había tantos policías antes ahí fuera.

—¿Sí, Floyd?

—Sí. He estado escuchando las noticias locales. Un pareja de turistas se ha perdido en algún sitio entre aquí y Muswellbrook y han desplegado un gran dispositivo de búsqueda.

—¿En serio?

—Sí —contestó el agente Moharic.

—Estúpidos turistas —apuntó el agente Niland—. Seguro que eso no nos ayudará.

El agente Coleborne le dio otro trago a la botella de agua y contuvo un eructo.

—Vale, Floyd. En el coche dijiste que tenías un plan. ¿Te importaría ilustrarnos?

—Sí, eso. Orrin me dijo que se te había ocurrido una idea —añadió el agente Niland—. Aparte de tu forma de conducir, Floyd, hasta el momento has sido muy útil.

¿De qué se trata?

El agente Moharic se echó para atrás en su silla.

—Está bien. Ahora que todos estamos de acuerdo en que acabar con Vincent a plena luz del día es demasiado arriesgado: A, se refugia cerca de la comisaría, y B, nuestro coche llama la atención como si se tratase de un letrero de neón por culpa de esa puerta del maletero desfondada.

—Gran verdad, Floyd —afirmó el agente Coleborne.

Moharic le dedicó una mirada de indiferencia al agente Coleborne.

—¿Os habéis percatado, chicos, del hotel que está al final de la calle, no muy lejos de aquí? —les preguntó él.

—¿Ese enorme de ladrillo? —respondió el agente Coleborne—. Sí. Creo que se llama Gran Scone.

—Eso es, Orrin. —Asintió el agente Moharic—. Esta noche toca un grupo allí. Se llama Newcastle Blue.

—¿Niu-Kassel Blue? —repitió el agente Niland.

El agente Moharic asintió con la cabeza nuevamente.

—Zimmer me dijo que la gente de Newcastle suele denominarse a sí misma como «novocastrians».

El agente Coleborne torció el gesto.

—¿Novo-kastrians?

—Sí —respondió el agente Moharic—. Y son garrulos a más no poder. Más que los texanos. —Moharic hizo una pausa por un segundo—. Estoy seguro de que Vincent y su novia son una pareja a la que le gusta la música. Y vienen de Newcastle, por lo que estoy casi completamente convencido de que estarán esta noche en el hotel, animando al grupito de su ciudad. —El agente Moharic volvió a hacer un inciso en su discurso—. ¿Qué os parece?

Niland le lanzó una mirada rápida al agente Coleborne.

—Sí, después de haber visto esa foto de ellos en la revista local, tiene sentido lo que dices. ¿Qué piensas, Orrin?

—Sí —respondió el agente Coleborne—. Creo que podrías estar en lo cierto.

El agente Moharic gesticuló.

—Un grupo. Mucho ruido. Mucha gente. Nos quitamos los trajes negros. Nos perdemos entre la multitud. Me juego lo que queráis a que Vincent y su chica estarán borrachos. Incluso podríamos apuñalarlos.

Los ojos del agente Niland se iluminaron.

—Me encanta usar el cuchillo.

—Si no somos capaces de hacerlo allí —afirmó el agente Moharic—, no podemos hacerlo en ningún sitio. Recogeremos todo lo que tengamos en las habitaciones y lo meteremos en el coche. Y después de eso, regresaremos a Newcastle. Para cuando la gente sepa qué es lo que ha pasado, Zimmer nos tendrá a medio camino de Estados Unidos.

—Incluso podría pasar por una reyerta local, como Zimmer planeó en un principio —añadió el agente Coleborne.

—¿Y qué pasa si no están allí? —preguntó el agente Niland.

—Entonces, solo tendremos que acercarnos hasta su motel —le explicó el agente Moharic—. Dar con la habitación correcta y hacerlos saltar por los aires ahí mismo. Pero no me gusta que estén tan cerca de la comisaría y de todos esos policías.

Niland miró a Coleborne.

—Vale. Esperemos que estén en el hotel.

—Sí, eso —dijo el agente Coleborne. Se terminó su botella de agua mineral—. ¿Y hasta entonces, qué hacemos?

El agente Moharic asintió con la cabeza mirando por la ventana.

—Tenemos piscina. Tenemos barbacoa. Tenemos televisión. Ey. Incluso tenemos nuestras biblias. Yo, estoy hambriento y he visto que hay un Subway un poco más adelante, en esta misma calle. Me comería un bocadillo de albóndigas italianas de treinta centímetros. Sin ningún problema.

—Oh, sí —respondió el agente Coleborne—. Y yo uno de atún.

—Me habéis convencido, chicos. —El agente Niland levantó su botella de agua y sonrió—. Subway. Come sano.

• • • • •

La oficial Ryman estaba bastante contenta con la habitación que le habían dado en el Waverley. Era espaciosa y la cama muy cómoda y, como el propio motel, era casi en toda su totalidad blanca, con cortinas de encaje también blancas en las ventanas. En esos momentos, se encontraba sentada frente al oficial Cozens en el agradable ambiente del restaurante del motel; tenían varios comensales alrededor y había colocado el dispositivo de rastreo en la silla de al lado. El equipo visitante no se había movido y la joven oficial estaba disfrutando de lo que le quedaba de su pastel de

carne mientras que su compañero saboreaba los últimos bocados de un cordero asado con romero y ajo que había pedido.

—Kerrie —intervino el oficial Cozens, acabando de masticar—, ¿alguna vez te había contado que antes de convertirme en agente del Servicio de Inteligencia era pastor?

—¿Pastor? —repitió Kerrie—. No. Nunca antes lo habías mencionado, Craig.

—Sí. Ahora soy una especie de pastor espía.

La oficial Ryman miró sin inmutarse a su compañero.

—Craig, es la peor broma que he escuchado jamás.

—¿Eso crees?

—Yo… —Kerrie agachó la mirada hacia el aparato—. Craig. Se están moviendo.

—¿De verdad? ¿En qué dirección van?

—Han salido del motel, vienen hacia aquí. —Ella no levantaba la mirada del dispositivo—. Acaban de tomar la rotonda y han cogido la salida en dirección Muswellbrook.

—¡Mierda! Será mejor que nos movamos —ordenó el oficial Cozens.

—Espera un momento. Han hecho un cambio de sentido. Han tomado esta dirección otra vez. Ahora se han parado. —Ella esbozó una sonrisa—. ¿Sabes dónde están? No hay McDonald's. Están en el Subway de ahí fuera.

El oficial Cozens se hizo con el cuchillo y el tenedor y siguió comiendo.

—Qué pena que no se hayan unido a nosotros.

—Sí. La comida está buenísima —añadió ella.

—Eh, Kerrie —continuó Craig—, ¿te apetece que un poco más tarde, esta noche, salgamos a tomar una cerveza o cualquier otra cosa?

—Oh, sí. Por qué no.

—En ese hotel que está cerca de donde se hospeda el equipo de la NSA toca un grupo esta noche. ¿Por qué no vamos y echamos un vistazo? Podemos seguir vigilando a los mormones.

—Vale —contestó ella—. Buena idea.

• • • • •

Jesse estaba muy contenta con la habitación del motel Tudor. Probó la cama rápidamente y le dijo a Mick que estaba perdonado por lo de la noche anterior. Después de cepillarse los dientes y refrescarse un poco, se puso sus botas de montaña

mientras el electricista se ponía las suyas marrones. Luego, prepararon sus mochilas, cogieron sus gorras y gafas de sol y, tras una pausa breve en la gasolinera que quedaba frente al Gran Scone para comprar dos botellas grandes de agua mineral, emprendieron su camino hacia el monte Burning.

Con Jesse sentada en el asiento del copiloto, Mick estaba escuchando la radio mientras conducía por la autopista. Su novia se había mostrado muy dicharachera antes de abandonar el motel; ahora, Mick se había dado cuenta de que le estaba dando vueltas a algo en su cabeza.

—¿Qué pasa, Oz? —le preguntó—. Te has quedado callada de repente.

—Sí —respondió ella—. Estoy pensando en esos números y en la extraña caligrafía del diario de Tesla. Y hay más, esos números cortos y letras desperdigados por alguna de las páginas. Sé que significan algo. Pero por nada del mundo consigo descifrarlo y me está consumiendo.

—Quizá se refieran a temperaturas o distancias —sugirió Mick—. Dijiste que su caligrafía era un poco complicada.

—Más que un poco.

El electricista le acarició la pierna a su novia.

—Cómo me gustaría poder ayudarte, compañera.

—Está bien. —Jesse sonrió—. Lo descifraré de alguna manera.

Empezaron a sonar los Four Tops, con la canción *Baby, I Need Your Lovin'*, cuando una señal advirtiendo del desvío apareció delante de ellos. Mick redujo la velocidad y giró el Commodore hacia la derecha, donde se encontraron con otra señal que decía «Reserva Natural del monte Burning». Avanzó un poco más hasta que detuvo el coche en el aparcamiento.

—Parece que hemos llegado —dijo Jesse.

—Sí. Eso creo. —Mick apagó el motor y sacaron las cosas del coche.

A su izquierda, una hilera de árboles delgados se erguían elegantes en un claro de terreno, separado por una valla, con un puente metálico construido encima. Detrás del puente, había dos arroyos de agua estancada repletos de patos y otras aves acuáticas. A partir de ese punto, los árboles y los matorrales se espesaban y cubrían todas las colinas circundantes. Dos autocaravanas con las puertas abiertas estaban aparcadas junto a la valla y a la derecha había una cabaña de información. No había nadie y el único movimiento o sonido que se escuchaba era el de los pájaros revoloteando sobre los árboles cercanos.

La librera apuntó con el dedo hacia la cabaña azul de información.

—¿Por qué no le echamos un vistazo rápido y vemos qué es lo que dice?

—Vale —contestó Mick.

Se bajaron del coche y caminaron hasta el cobertizo. En las paredes del interior había colgados paneles con información. Mick leyó en voz alta el primero que vio.

—«¿Por qué no salir a dar un paseo? Es un lugar especial. Bienvenido al monte Burning. El Servicio de Vida Silvestre y Parques Nacionales de Nueva Gales del Sur gestiona las reservas naturales para maximizar su valor para la investigación científica y para fines educativos. El monte Burning es parte del Patrimonio Nacional de Australia, un sitio especial que queremos conservar para las generaciones futuras. Por favor, disfruta del paseo, pero no arranques ninguna planta, no toques ninguna piedra o mineral, ni molestes a la fauna del lugar». —Se dio la vuelta hacia Jesse—. Vale.

—Ya conoces el dicho, Mick —le preguntó ella—: «No tome nada, excepto fotografías. No deje nada, excepto sus pisadas».

—¿Y qué me dices si eres un tirador deportivo?

—Cierra el pico, Mick.

—Perdón.

Mick leyó algunos paneles más: sobre Wingen en el monte Burning, sobre el padre de Benjamin ben Hall y su cueva secreta debajo de Murulla, sobre el intento del explorador Henry Dangas por encontrar una ruta a través de las montañas y su enfrentamiento con el clan Geaweagal.

Al final, la librera dijo que tenían que moverse, así que regresaron al coche a por sus mochilas.

—Bueno. Allá vamos, Lois —intervino Mick, ajustándose la gorra y poniéndose las gafas de sol después de haberse colocado la mochila a la espalda—. A salvar el mundo.

—Sí, mi Superman —contestó ella, haciendo lo mismo—. Venga, veamos si podemos desbaratar los malvados planes de Lex Luthor.

Con Jesse en cabeza, cruzaron el puente metálico y pasaron junto a los arroyos de agua estancada. Luego, comenzaron la escalada por un sendero largo y empinado, cada vez más inclinado, con troncos de pinos sobre el terreno rojizo y seco. El sendero se abría paso entre árboles y arbustos y serpenteaba grietas y fisuras que levantaban polvo y formaban precipicios a lo largo de uno de los lados del sendero. Arriba, los árboles más grandes parecían aferrarse los unos a los otros, como si

tuviesen miedo a caerse por los barrancos escarpados que quedaban a su derecha y que cruzaban todo el valle hasta las montañas que se divisaban en el horizonte.

Todo este paisaje estaba envuelto por un silencio inquietante y las aves parecían haber desaparecido; el único sonido que se apreciaba era el de sus botas al hacer crujir el polvo con cada paso que daban. De vez en cuando, un ualabí o un canguro aparecían en uno de los barrancos, echaban un vistazo y desaparecían saltando entre los árboles. A diferentes intervalos, el Servicio de Vida Silvestre y Parques Nacionales había construido áreas de descanso con paneles informativos a un lado del sendero. Mick se detuvo en una de ellas, sacó su botella de agua y empezó a leer sobre los ritos de iniciación de los wonnarua. Un párrafo decía:

> Los jóvenes guerreros llegaban a un momento inevitable en el cual tenían un diente superior roto, la nariz perforada y estaban marcados con cicatrices en la espalda, en los hombros, en la tripa y, ocasionalmente, en las piernas. La menor muestra de debilidad provocaba el ridículo.

A Mick le hubiera gustado leer más, pero reparó en que la librera había desaparecido sendero arriba. Le dio otro trago a su botella de agua y la siguió. Después de sudar la camiseta, por fin llegaron al final del camino. Una vez allí, cruzaron por una pasarela de madera elevada que les conducía hasta una plataforma que hacía de mirador.

—¡Joder! —bufó Mick, dejando caer su mochila sobre la plataforma—. Vaya maldita caminata.

—Sí, la verdad es que sí. —Jesse dibujó una sonrisa en sus labios, dejando caer también ella su mochila sobre el suelo y sacando la botella de agua—. Pero aquí estamos.

Llegaron a una meseta sobre valles verdes que se perdían en montañas remotas con precipicios de granito. A través de la cordillera, se veían filas de puntiagudas colinas marrones que apuntaban hacia arriba como si fueran dedos cortos y gruesos a punto de hacer un agujero en el cielo. Al otro lado de la plataforma había una inmensa zona de ceniza caliente blanca salpicada de macizos de roca rojiza y porosa. Las piedras y la ceniza se alzaban majestuosas, formando una colina humeante, de la cual se desprendían bocanadas de vapor sulfúreo que se filtraba por los agujeros del terreno. No había ni rastro de vida y, aparte del fuerte viento que soplaba a través de los árboles, otra vez imperaba un silencio inquietante.

—¿Así que este sitio ha estado quemándose desde hace cinco mil años? —

preguntó Mick cuando les llegó una bocanada de olor azufrado que flotaba sobre el mirador.

—Que se sepa —respondió ella. Apuntó con la mano hacia un precipicio próximo al inmenso terraplén de ceniza—. Yo diría que eso es Wingen Maid.

—La Lágrimas de Fuego original —matizó el electricista.

—Así es.

—¿Y dónde crees que están las colinas Piggiebillah?

Jesse señaló hacia las filas de colinas marrones que se dejaban entrever tras una cordillera lejana.

—En algún sitio de por allí. Donde al puercoespín le salen las púas.

—Qué bien has hecho en traer el mapa —dijo él—. Hay un montón de colinas. Y no es precisamente un paseo de cinco minutos lo que nos separa del coche, ¿sabes?

—Lo sé —contestó ella—. Pero no tengas miedo. El genio de Jesse está aquí.

—Esa es mi chica. —El electricista le dedicó una sonrisa.

—Vamos. Hay un refugio justo aquí abajo. Pongámonos a la sombra mientras averiguo dónde quedan exactamente.

Mick volvió a colocarse la mochila sobre los hombros y siguió a Jesse hacia el refugio. Ya allí, dejó la mochila sobre el suelo y sacó la botella de agua mientras su novia extendía el mapa sobre la mesa y ponía el compás encima. El electricista estaba bebiendo de la botella y la librera observaba concentrada el mapa cuando alzó la mirada y, girándose hacia él, puso los ojos en blanco.

—¡Oh! —exclamó—. ¡Oh! —repitió de nuevo. Jesse miró fijamente el mapa, ruborizándose, y se incorporó—. ¡Maldita sea! —dijo en voz alta.

—¿Algo va mal, Oz? —preguntó Mick con mucho tacto.

Jesse le dedicó a su novio una sonrisa tenue entre dientes.

—¿Mal? —Estaba que echaba humo—. Sí, Mick. Podríamos decir que sí.

—¿Qué pasa?

—Pues que Jesse el genio está atascada.

—¿Y eso? —El electricista no podía creerse lo que acababa de escuchar—. ¿Por qué?

Jesse asintió con la cabeza fijando la mirada sobre la mesa.

—Este maldito mapa es un mapa de Ellerston.

—¿Ellerston?

—Sí. —La librera señaló hacia las montañas que se veían en el horizonte.

—Estamos a tropecientos kilómetros de distancia. Ni siquiera estamos en el radar del mapa. La montaña más cercana a nosotros es el maldito monte Gundy.

—Oh —dijo Mick.

—Sí, Mick, «oh» —repitió ella.

El electricista observó el enfado y la frustración que brotaba del interior de Jesse y deseó con todas sus fuerzas que hubiera algo que él pudiera hacer.

—Bueno, es todo culpa mía —dejó escapar.

—¿Culpa tuya? —respondió ella—. ¿Por qué va a ser culpa tuya, idiota?

—Porque en vez de sentar mi culo delante de los periódicos y leerlos durante toda la mañana, tendría que haber estado contigo en la biblioteca, ayudándote con la investigación.

Jesse entrecerró sus ojos marrones y dejó solo una abertura diminuta.

—Tienes razón, Mick. Es culpa tuya.

—¿Ves? —Mick sonrió—. ¿No te sientes mucho mejor ahora que me has echado la culpa?

—Oh, Mick, eres imbécil —contestó ella—. ¿Cómo podría ser por tu culpa? —Tomó asiento junto a su novio y le dejó que le pasara el brazo por los hombros—. Estoy atascada. Y eso es todo.

—Muy bien. Si insistes. —Mick le dio a su novia un abrazo tranquilizador y un beso en la mejilla—. Entonces, ¿qué vamos a hacer?

—¿Hacer? —repuso Jesse—. No hay mucho que podamos a hacer. Esas colinas están mucho más lejos de lo que pensaba. Y sin un mapa, nunca encontraremos las correctas. —Miró su reloj—. Y ya es tarde.

—¿Entonces…?

—Entonces, estamos atascados. A menos que quieras que matemos el tiempo en Scone hasta el lunes y ver si el genio de Jesse puede encontrar el mapa correcto. Pero para serte sincera, Mick, después de lo que ocurrió en tu casa y todo lo demás, creo que debemos atenernos al plan B: volver a Newcastle, llevar el diario y nuestra historia a los medios de comunicación e improvisar sobre la marcha desde ahí.

—Es una buena idea —respondió él.

—Y también podemos ejecutar el plan C.

—¿Plan C? ¿Cuál es el plan C?

—Comprar unas cervezas bien frías de camino al motel. Y luego, pasar el resto de la tarde holgazaneando en la piscina y leyendo el periódico.

—Definitivamente me gusta el plan C —apuntó Mick.

—Y esta noche —Jesse esbozó una sonrisa de satisfacción—, iremos a ese pub. Y les enseñaremos a los lugareños cómo pasarlo en grande.

—Mucho mejor —espetó él—. ¿Y sabes en torno a qué deberías basar tu historia cuando se la vendas a la prensa?

—¿En qué?

—En *Kath and Kim*[4] encuentran la máquina del juicio final. Tú serás Kath y yo Kim.

Jesse ladeó la cabeza y le clavó una mirada de acero al electricista.

—Mick. Mírame. Mírame. Mick. Mírame.

—Ey. Ya te estoy mirando, nena —dijo divertido—. Y no hay nadie a nuestro alrededor en cientos de kilómetros a la redonda.

—Mick. Eres un pedazo de bestia inmunda. —Se ruborizó.

—Ya lo sé —contestó él—. Pero sería otro gran pie de página para tu historia: «Jesse Osbourne. Mi agonía secreta: Cómo intentaba salvar el mundo mientras Mick Vincent quería echarme un polvo en el monte Burning». Sí.

La librera le lanzó una mirada rápida a Mick de arriba abajo.

—Oh, ¿por qué no? —repuso ella y empezó a desabrocharse las botas.

Dos minutos más tarde, estaban los dos completamente desnudos besándose apasionadamente y jadeando. Al minuto siguiente, Jesse estaba tumbada bocarriba sobre la mesa, con las rodillas levantadas, y Mick la estaba penetrando, allí, en lo alto de unas montañas, en medio de la nada, junto a un abismo de azufre ardiente.

Fue sensacional. Ya que, aparte de la espontaneidad temeraria de sus relaciones sexuales que les aportó un pequeño extra, fue tan fresco y natural, con el sol iluminándolos y la brisa colándose entre sus cabellos… Resultó tan bueno que Jesse, después de ajustar las cuentas con Mick tras el primero, se aplicó para el segundo.

El electricista sintió un poco de flojera en las rodillas una vez que hubieron acabado, por lo que, tras vestirse, la librera lo dejó bebiendo con ansia de la botella de agua mientras ella gastaba el carrete fotografiando las montañas, a él, a ella, y luego a los dos con el disparador automático. Conforme con la cantidad de fotos que había hecho, dejó que la cámara rebobinase y la guardó en su mochila.

—¿Y ahora cómo te encuentras, Oz? —preguntó Mick—. ¿Tienes todo lo que necesitas?

—Sí. Eso creo —contestó ella en voz baja mientras echaba un último vistazo a las

colinas Piggiebillah—. Solo que me obsesiona la maldita cosa que hay por ahí fuera. Y una vez que venda la historia a los medios, el gobierno tomará partido. Lo que significa que acabará por fin con los de la NSA.

—Sí. Sé a lo que te refieres —apuntó Mick—. Pero al menos harán que nos libremos de ellos. Y alguien tiene que desconectar la máquina. Los dos estamos de acuerdo en eso.

—Sí, ya lo sé. Pero me hubiera gustado tener la oportunidad de hacerlo antes que nadie. Me apuesto lo que sea a que lo último que harán los de la NSA es desconectar la máquina. Los yanquis querrán usarla.

Mick asintió con la cabeza y abrazó a Jesse.

—De todas formas, tienes una buena historia entre las manos, Oz. Y definitivamente eres el genio que ha descubierto todo esto. Estoy muy orgulloso de ti.

Jesse le regaló una sonrisa a Mick.

—Tú tampoco has estado mal. —Rodeó con los brazos su cuello y le dio un beso rápido—. Vamos, Darryl Dreamboat[5]. Volvamos al motel.

—Sí. Vamos.

Con Jesse en cabeza, bajaron por el monte Burning. Mick podía seguir percibiendo el disgusto de su novia, así que la dejó perdida en sus pensamientos. Tampoco era que Mick se sintiera con ganas de mantener una conversación animada en esos momentos. Después de la escalada y de los encuentros salvajes en el refugio, el electricista estaba contento de que el camino de vuelta fuera cuesta abajo y de tener el aliento suficiente para enfrentarse a ello.

Vieron a un par más de ualabíes y de canguros raros y los arroyos con agua estancada aparecieron a su derecha. Cruzaron el puente metálico. Lo siguiente que hicieron fue apoyarse contra el coche. El aparcamiento estaba vacío y, una vez más, el único sonido que se escuchaba era el de los pájaros revoloteando por los árboles.

—Bueno —resopló Mick—. Claramente denomino a esto un paseo enérgico, Oz. Pero ¿qué me dices de las vistas?

—Sí, ¿no eran asombrosas? —respondió ella.

—Qué pena que las cosas no salieran como debieran. —Mick consoló a su novia al tiempo que abría las puertas del vehículo.

—Sí —afirmó ella—. Pero sé una cosa —anunció, lanzando su mochila en la parte trasera del coche—, esas cervezas nos van a sentar de maravilla.

—Sí. La mía irá directa a mi gaznate.

Se subieron al coche. Mick encendió el motor y pusieron rumbo a Scone.

El equipo visitante se acomodó para pasar una tarde tranquila en Halscott. Después de llenar los estómagos en el Subway, comprobaron sus pistolas y se aseguraron de que las dos navajas mexicanas que les había dado el agente Sierota estuvieran bien afiladas. Luego, se sentaron a descansar un poco o a leer algo de Tom Clancy y John Grisham. Más adentrada la tarde, el agente Moharic propuso que se vistieran con la misma ropa informal con la que viajaron en el avión que los trajo a Australia y que se fueran al hotel a echar un vistazo. Los demás estuvieron de acuerdo y, una vez que se hubieron cambiado, se acercaron hasta allí.

En el interior del hotel, los corredores de apuestas estaban medio borrachos, concentrados en las carreras, unos alardeando y otros maldiciendo su suerte. Rhedyn estaba haciendo un descanso y el rubio que estaba detrás de la barra, con perilla grisácea y gafas, ni tan siquiera se molestó en torcer el gesto cuando el agente Moharic pidió tres Coca-Colas light. Se marcharon a dar una vuelta por el hotel.

—¿Y bien? ¿Cómo lo ves, Floyd? —le preguntó el agente Coleborne cuando se reagruparon junto a la puerta que conducía al aparcamiento.

—Bueno —contestó Moharic—. Vincent y su novia estarán juntos. Supongo que si somos lo suficientemente rápidos, podríamos apuñalarlos a los dos aquí.

El agente Niland esbozó una sonrisa siniestra.

—Puedo ser rápido —apuntó él.

—Si no —prosiguió el agente Moharic—, hay otro bar en la parte de atrás. También hay un aparcamiento con bastante espacio y arbustos alrededor justo al otro lado de esta puerta. Ambos son de fácil acceso y estarán casi en penumbra. Me juego lo que queráis a que a Vincent y su chica les gusta la fiesta. Así que, cuando salgan a respirar un poco de aire fresco —el agente Moharic apuntó con la cabeza hacia la puerta—, ahí fuera, detrás de esos setos. Ese sitio parece bueno. Aparcaré el coche cerca de la entrada del aparcamiento. Después, podremos apuñalarlos o dispararles y dejarlos ahí, entre los setos. Luego, nos marcharemos de aquí. —El agente Moharic se encogió de hombros ante el inquisitivo examen de sus compañeros—. ¿Qué os parece?

Coleborne intercambió alguna que otra mirada con el agente Niland.

—Bien.

Niland asintió.

—Genial. Y si la cosa se complica, en cuanto cierre el bar podemos seguirlos y dispararles cuando vuelvan a su motel. Y si se complica aún más, lo haremos en el

propio motel.

—Como sea. —El agente Moharic le dio un trago a su Coca-Cola—. He visto que este sitio cierra a las doce. Por lo que propongo que lleguemos allí a las once. Así le daremos tiempo a la parejita a que se lo pasen bien y a que hagan la digestión, y nosotros no perderemos el tiempo dando vueltas.

El agente Niland asintió, mostrándose de acuerdo.

—A las once me parece bien.

—Sí, a las once. Perfecto —añadió el agente Coleborne.

—Ya habrán abierto el restaurante del motel —señaló el agente Moharic—. ¿Queréis comer algo allí? ¿O que llamemos al servicio de habitaciones?

El agente Niland se lo pensó por un momento.

—Voto por el servicio de habitaciones y ver la tele.

—Sí. Yo también —repuso el agente Coleborne.

—Estupendo. Servicio de habitaciones entonces —concluyó el agente Moharic—. Luego, saldremos desde mi habitación.

• • • • •

Después de comer en el Waverley, los oficiales Ryman y Cozens pasaron una tarde tranquila. Con el dispositivo de rastreo en la mochila de Kerrie, caminaron para bajar la comida y se pararon para tomar un café en el mismo sitio en el que Mick había desayunado. Kerrie había leído en el periódico esa mañana que echaban en la televisión esa noche *La cortina de humo* de Dustin Hoffman y Robert de Niro. Ya la habían visto los dos, pero era una buena historia sobre una conspiración en la Casa Blanca y Woody Harrelson estaba soberbio en el papel del asesino psicópata convertido en héroe de guerra. La película acababa a las once.

—¿Por qué no verla cada uno en su habitación antes de salir a tomar algo al hotel? —dijo Craig.

—Craig —intervino Kerrie hablando por encima de su taza de café—. Simplemente para estar seguros, me llevaré la pistola esta noche.

—Buena idea —contestó este—. Los sábados por la noche hay muchos borrachos y todo eso. Nunca se sabe.

—Exacto. ¿Te apetece tomar un té en el restaurante antes de que empiece la película? —le preguntó Kerrie.

—Sí, claro, por qué no, oficial Ryman. —Craig sonrió.

• • • • •

De regreso del monte Burning, Mick y Jesse no tenían mucho que decirse. A ella le hubiese gustado que las cosas hubieran salido mejor y a Mick que los de la NSA no hubiesen hecho estallar su furgoneta. Quería llamar a la señora Parsons desde el motel. Pero Jesse era de la opinión de que el teléfono de su vecina de al lado probablemente estuviera pinchado, como el suyo. ¿Para qué molestarse? Estarían de vuelta en casa mañana por la noche. Mick cedió ante el mejor juicio de Jesse. Marc Bolan estaba empezando los primeros acordes de *I Like to Boogie on Saturday Night* y Jesse tenía mejor humor cuando llegaron a Scone e hizo que Mick parara delante del hotel Gran Scone.

—La licorería está en la parte trasera de la pista de baile —apuntó Jesse, según abría la puerta del coche—. ¿Qué tipo de cerveza quieres?

—Te dejo a ti que elijas, oh pétalo de alhelí —respondió Mick—. ¿Necesitas dinero?

—No. Tengo la tarjeta de crédito.

—Vale.

Mick apagó el motor y esperó pacientemente a Jesse. Regresó enseguida con una docena de James Boahs y una botella pequeña de Jack Daniels. Lo dejó todo en el suelo y se giró hacia Mick.

—Esto debería bastar para hacerte feliz, amante de las montañas —anunció ella—. Pero no te vuelvas loco con el Jackie. Ya sabes cómo te pones con solo olerlo.

Mick le besó la mano a Jesse.

—¿Dónde están tus alas, señorita? Eres un ángel.

—El hotel cierra a las doce. Así que será mejor que nos vayamos ya si queremos tener un poco de marcha más tarde, chico malo.

—¿No es demasiado pronto? —protestó Mick—. Quiero ver *Iron Chef* y *RocKwiz*. Solo vivo para el contenido intelectual de esos dos programas. Sobre todo el de *RocKwiz*.

Jesse le dedicó una sonrisa cansada.

—Mick, ¿no crees que hoy por hoy ya sé cómo piensas? Programé mi vídeo antes de irnos.

—¿En serio? —Mick sacó la cabeza por la ventanilla y alzó la mirada hacia el cielo —. Oh, gran espíritu —salmodió—, ¿por qué quiero a esta mujer tanto? ¿Por qué mi

corazón solo late por ella?

La librera alargó el brazo y le apretó los huevos.

—Porque soy guapa. Por eso. Ahora, volvamos al motel. Estoy más seca que la teta de una bruja.

Completamente ajeno a los acontecimientos y a la gente de su alrededor, Mick condujo despreocupadamente hasta el motel Tudor y aparcó delante de la puerta de su habitación. Sacaron las cosas del coche y entraron, ansiosos por darse un chapuzón después de todo lo que habían sudado hasta llegar al monte Burning. Mick metió las cervezas en el minibar y pidió una bolsa de hielos y una botella de Coca-Cola al servicio de habitaciones. Mientras esperaban, se puso su bañador y un par de pantalones cortos verdes. Jesse fue al baño, y el hielo y la cola llegaron. Mientras la librera se colocaba su bañador azul oscuro de licra, que se ajustaba a su dúctil cuerpo como si fuera una segunda piel, el electricista se sentó sobre la cama y a hurtadillas la observó por el rabillo del ojo. Jesse se había encajado ya la parte de abajo y se estaba colocando el pecho izquierdo debajo de la tela del bañador cuando se dio la vuelta hacia Mick, sin inmutarse.

—¿Mick? —dijo secamente.

—¿Sí, Oz? —respondió él.

—¿Me estás mirando mientras me cambio?

—Sí, Oz.

—Pues deja de hacerlo de una vez, sucio monstruo depravado.

—Sí, Oz.

Mick apartó la mirada y siguió observando el reflejo de Jesse en la ventana. Se colocó el pecho derecho dentro del bañador y se ajustó los tirantes. Se colocó por última vez la zona del trasero y se acercó a Mick, al que agarró bruscamente de la camiseta.

—Y si alguna vez llega el día —siseó— en el que no te pille mirándome, te meterás en problemas mayores.

—Sí, Oz.

—Ahora, vámonos —le ordenó proporcionándole un beso rápido—. A darnos un chapuzón.

La pareja pasó una tarde muy agradable. Tuvieron la piscina para ellos solos. Tanto si estaba permitido beber como si no, eso no echó para atrás a Mick a la hora de meter en una bolsa de plástico la docena de cervezas y medio camuflarlas en una

esquina. Jesse leyó rápidamente la prensa y luego retomó la lectura del libro con el que estaba. El electricista se las apañó para terminar de leer casi todos los suplementos del fin de semana. Para entonces, el día estaba casi llegando a su fin y, si beber cervezas bajo el sol les había dado un puntillo, también había provocado el despertar de sus apetitos. Recogieron los periódicos y los botellines y volvieron a la habitación.

—¿Dónde quieres ir a cenar, Oz? —le preguntó Mick antes de que desapareciera en el baño—. El restaurante de aquí tiene buena pinta. O podemos llamar al servicio de habitaciones.

—¿Por qué no llamamos mejor al servicio de habitaciones? —sugirió ella—. Así podremos ver un poco la televisión y las noticias.

—Vale. —Mick asintió—. En cuanto nos duchemos.

Él se duchó primero. Se vistió con camiseta y pantalón de chándal ancho. Jesse hizo lo mismo y también se puso una camiseta sobre su ropa interior. Después de examinar con detenimiento el menú que tenían en la habitación, el electricista se decantó por unos filetes de pescado en una crema de vino blanco y unos champiñones rellenos, al estilo cajún, de entrante. La librera, en cambio, pidió medallones de cerdo y verduras. Encendieron la televisión con otra cerveza en la mano y tan pronto como llegó la comida, se pusieron manos a la obra con creciente entusiasmo.

• • • • •

De vuelta en el Waverley, los oficiales Ryman y Cozens habían llamado al oficial Blessing y a sus respectivas parejas. Después, se dirigieron al restaurante y disfrutaron de la cena. Craig había pedido un pastel de carne con patatas, y evitó contar más chistes trillados. Kerrie se decantó por un chuletón. Iba vestida con unos vaqueros y una chaqueta de algodón azul ancha. Craig llevaba una gris. Dejaron sus pistolas Glock en las habitaciones, pero las chaquetas que habían elegido ponerse esa noche ocultarían perfectamente sus armas y las fundas sobaqueras cuando llegara el momento. Terminaron de cenar, regresaron a sus cuartos y vieron la película. Kerrie quedó en llamar a la puerta de Craig una vez hubiera terminado.

• • • • •

Tras pasar una tarde tranquila en el Halscott, los agentes de la NSA se vistieron con la misma ropa que habían utilizado cuando abandonaron Washington. Luego, se

comieron unos filetes, patatas fritas y ensalada que habían pedido al servicio de habitaciones. El agente Moharic llamó a Zimmer Sierota, quien dio el visto bueno al plan que habían ideado para asesinar a Mick y a Jesse. Repasaron cada uno de los detalles y los siguientes pasos en la habitación del agente Moharic. Una vez completado el repaso, los agentes Niland y Coleborne volvieron a su habitación no sin antes quedar en encontrarse de nuevo los tres en el cuarto del agente Moharic para salir del hotel todos juntos. El agente Moharic informó a la mujer de la recepción de que se marcharían temprano y que dejarían las llaves en la caja que había a tal efecto en el mostrador. Los tres agentes estaban viendo la televisión cómodamente en sus respectivas habitaciones.

• • • • •

En cuanto terminaron de cenar, Mick colocó la bandeja con los platos vacíos al otro lado de la puerta de su habitación en el motel Tudor y se sirvió un Jack Daniels con Coca-Cola bien cargado. Jesse optó por beberse otra cerveza. Después de un par más de buenos búrbones, el electricista se cambió y se puso sus vaqueros, una camiseta blanca lisa y una camisa hawaiana azul con un estampado de loros de colorines. La librera se vistió con sus vaqueros y un escotado top rosa de encaje bajo una chaqueta de algodón blanca. Mick estaba empezando a coger un puntillo cuando su novia se hizo con el mando a distancia y apagó el televisor.

—Muy bien, guapo —dijo ella—, ¿estás preparado para ir al mejor sitio en Scone para tomar una copa y ser un torbellino en la pista de baile, o qué?

—Claro que sí. —Mick esbozó una sonrisa—. Solo dame cinco minutos y nos iremos.

El electricista se dirigió al cuarto de baño y se pegó un par de palmaditas en la cara con algunas gotas de Lomani. Salió y se puso delante de Jesse, mirándola y sonriendo. Ella olfateó el aire y se incorporó rápidamente para aferrarse a él.

—¿Por qué me haces esto, Mick? —le suplicó—. Sabes que soy una mujer débil y sin voluntad.

—Lo siento, Oz —se disculpó él—. No quería aprovecharme de tu debilidad. Soy así.

—¡Cabrón!

Después de comprobar que llevaba dinero encima, Mick cerró la puerta y, cogidos del brazo, abandonaron el motel y pasearon alegremente por la calle Kelly.

El Gran Scone estaba a rebosar cuando llegaron. Había gente en la terraza, el bar estaba casi lleno, en la pista de baile no cabía ni un alfiler, todos estaban sudorosos y el grupo estaba interpretando la canción *It's a Long Way to the Top If You Want to Rock and Roll*. Rhedyn y otras dos chicas no daban abasto detrás de la barra, por lo que Mick y Jesse se quedaron junto a la puerta que daba al aparcamiento y observaron a los clientes que esperaban a que la barra se despejara.

Había gente de todas las edades y tamaños, vestidos con toda clase de ropa, desde vaqueros hasta vestidos y desde pantalones cortos a minifaldas. Una morena con un buen cuerpo llevaba una camiseta roja que decía «Sexo: eso llama tu atención» en la parte delantera. Algunas mujeres iban peinadas con trenzas, otras con coletas y otras llevaban el pelo suelto. Los hombres mostraban un amplio abanico de peinados, desde los pelos de punta teñidos de amarillo hasta las cabezas rapadas. No había ni una cara con el gesto torcido en todo el local; todo el mundo estaba contento de salir un rato a pasarlo bien.

—Ey —dijo Mick—. Creo que este sitio es la clase de pubs que me gustan.

—Sí. Te pega —respondió ella. Reparó en un hueco en la barra—. Yo me encargo de las primeras copas. ¿Otro Jackie?

—Eso estaría muy bien —contestó él.

Jesse dejó a Mick y se acercó a la barra. Rhedyn ya la había visto cuando entró con Mick y fue a atenderla.

—Lo conseguiste. —Sonrió Rhedyn.

—Sí —repuso Jesse, devolviéndole la sonrisa—. Parece una buena noche.

—Y eso que aún es temprano. ¿Qué quieres tomar? Y recuerda, a la primera os invito yo.

—Vale. Un Jack Daniels con cola. Y para mí…

La dueña levantó un dedo, pensativa.

—¿Un cóctel, una mula moscovita?

—Perfecto —asintió la librera.

Rhedyn empezó a preparar las bebidas mientras Jesse les devolvía la sonrisa a algunos hombres que estaban rondando por la barra a la vez que le guiñaba un ojo a Mick. La dueña regresó y dejó sobre la barra el burbon de Mick y el vodka con ginger ale y lima. Las dos copas eran dobles.

—¿Ese de allí es tu novio? —le preguntó Rhedyn a Jesse, apuntando con la cabeza hacia Mick.

—Sí. Ese es Mick. Que Dios bendiga su corazoncito y su alma —bromeó la librera.

—No está nada mal. Me gusta la camisa. Tu top también es bonito.

—Gracias, Rhedyn. Y gracias por las copas.

—De nada, Jesse. Que lo paséis bien.

La dueña estaba bastante liada y se dirigió directamente al siguiente cliente. Jesse cogió las bebidas y regresó donde estaba Mick y le tendió la suya. Brindaron y le dieron un trago.

—¡Joder! —El electricista parpadeó un par de veces—. Esa de ahí no está nada mal.

—No hace falta que lo digas. —Pestañeó dos veces Jesse.

—Entonces, ¿esa es la dueña?

—Sí, esa es.

—Tenías razón. Está buena.

—Te lo dije. ¿Pero…? —lo incitó Jesse.

—Pero ni punto de comparación con lo guapa que eres tú, mi linda flor. —Mick dibujó una sonrisa en sus labios—. Venga, preciosa. Vayamos a ver qué tal lo hace el grupo.

Sujetando con cuidado sus copas, Mick y Jesse se abrieron paso entre la multitud y se colocaron detrás del arco que salía desde uno de los barriles de cerveza. Ya habían visto a ese grupo antes, un terceto con una pequeña rubia fornida como vocalista que a la vez tocaba una pandereta. Lo estaban haciendo tan bien como siempre y acababan de terminar de interpretar algunos acordes de una versión heavy del viejo clásico de los Angels, *Take A Long Line*. La cantante apenas tuvo tiempo de levantar la pandereta y los bailarines de recuperar el aliento cuando los músicos irrumpieron con *Walk This Way*, de Aerosmith.

—Oh, no me digas más —intervino Mick. Le cogió la copa a su novia, la dejó junto a la suya en el barril de cerveza y empezaron a bailar en la pista.

Mick era un buen bailarín, tenía un ritmo innato y podía competir con el mejor de los mejores siempre y cuando fuera rock and roll lo que sonase de fondo. Jesse estaba en forma y también se movía bien. Al igual que su novio, prefería el rock and roll. Con unas copas ya en su haber, la librera y el electricista podían quemar la pista de baile. Berrearon la canción *Walk This Way* y, luego, el grupo pasó directamente, sin pausa alguna, *A Great Balls of Fire* y la pareja se arrancó con el viejo rock clásico.

Después de eso, la noche se convirtió en un recuerdo borroso y frenético, lleno de alcohol y baile. Mick se atrevió a conocer a la dueña, a la que le cayó bien y volvió a servirle unas copas. También conoció a algunos lugareños, a los que les resultó simpático y le invitaron a una ronda tras otra. En poco tiempo, Mick se había hecho colega de todo el mundo y Jesse se dio cuenta de cómo estaba el percal; así que decidió cambiarse a la soda y dejó a Mick que siguiera trasegando Jack Daniels. A las diez y media, a la librera ya se le había pasado el puntillo, mientras que su novio, empapado de sudor y feliz, cada minuto que pasaba estaba más borracho. Sobre las once, Mick se había quedado apoyado junto a ella entre las tragaperras y la puerta trasera. El exquisito pescado a la salsa de crema que había comido para cenar estaba empezando a repetirle y necesitaba urgentemente una bocanada de aire fresco.

—Oz —pronunció con dificultad el electricista—, ¿te importaría… si salimos un poco, tía? La cabeza me está empezando a dar vueltas.

—¿A dar vueltas? —respondió ella—. Es un milagro que no se te haya desenroscado, cerdo borracho. Te has bebido un cubo de burbon. —Le cogió del brazo—. Vamos, Robbie Williams. Sentémonos en el aparcamiento. Y si empiezas a encontrarte mal, apunta hacia los arbustos.

—No voy a vomitar, Oz. Lo prometo.

—No. Claro que no. —Jesse condujo a Mick fuera. No había nadie y eligieron un sitio en el que reposar la borrachera, detrás de los setos y lejos de la puerta—. Siéntate aquí. Donde nadie pueda vernos —le dijo.

—Vale, Oz. —El electricista eructó.

• • • • •

La película terminó a las once. La oficial Ryman cerró la puerta de su habitación en el Waverley y llamó a la puerta del oficial Cozens. Él la estaba esperando y se dirigieron directamente al coche.

—Es la tercera vez que veo esa película —repuso el oficial Cozens arrancando el motor—, y aun así me sigue pareciendo todo un puntazo.

—Lo sé —contestó la oficial Ryman—. Sobre todo cuando el viejo granjero abre fuego contra Woody Harrelson con una escopeta.

Cozens tomó la salida de la derecha en la rotonda con el Commodore del Servicio de Inteligencia para la Seguridad Nacional de Australia y se rieron de algunas partes más de la película hasta que metió el vehículo en el aparcamiento del hotel.

—Lo aparcaré justo delante de aquella puerta, mirando hacia la salida —anunció—, por si acaso tenemos que irnos corriendo.

—Vale —respondió ella.

El oficial Cozens dio marcha atrás, dejando mucho espacio con respecto a las dos camionetas polvorientas que tenía a ambos lados.

—¡Mierda! Escucha esa música. Suena como si el sitio fuera a reventar.

• • • • •

Casualmente, los agentes de la NSA habían visto la misma película que los oficiales australianos y les había gustado tanto como a ellos, pero por razones diferentes. En lugar de por su contenido humorístico, para ellos, la película era un acercamiento realista a la sociedad de la que procedían. Ahora se encontraban todos en la habitación del agente Moharic y el Jeep Cherokee estaba estacionado delante de la puerta, listo para salir escopetados una vez que hubiesen asesinado a Mick y Jesse. Estaban a punto de marcharse cuando el móvil del agente Moharic comenzó a sonar.

—Hola. Sí, señor. —Tapó con la mano el micrófono del teléfono y se dio la vuelta hacia los otros dos agentes—. Es Sierota… Sí, señor. —El agente Moharic asintió un par de veces mientras escuchaba atentamente. Los otros esperaban con paciencia en pie junto a la mesa—. Está bien. Afirmativo. Sí, señor —dijo finalmente, y colgó.

—¿Qué pasa? —preguntó el agente Niland.

—Zimmer quería que le contase otra vez el plan. Y comprobar que todo estuviera bajo control. También me ha dicho que evitemos el piso franco y que vayamos directamente a Williamtown. De cabeza a la puerta de embarque.

—Mucho mejor —afirmó el agente Coleborne.

—Coincido con Orrin —repuso el agente Niland.

El agente Moharic comprobó la hora en su reloj.

—Está bien, chicos. Allá vamos.

El agente Moharic cerró con llave la puerta de la habitación, la dejó en el casillero de recepción y se montaron en el todoterreno. Coleborne ocupó el asiento del copiloto, junto al agente Moharic. Niland se sentó, alerta, en la parte trasera.

• • • • •

Jesse no reparó en el Commodore blanco, ni en las dos personas que iban en su

interior, cuando este daba marcha atrás para aparcar en dirección a los arbustos y apagaba los faros. Estaba demasiado ocupada vigilando a Mick y asegurándose de que nada le salpicara los vaqueros. Sin embargo, tras varias inspiraciones profundas de aire fresco y un poco de tiempo lejos del calor, la condensación y el humo, el electricista empezó a sentirse mejor.

—¿Ves, Oz? —reclamó su atención—. Te dije que no vomitaría.

—Ya lo sabía, cariño —respondió ella.

—Ha sido ese pescado que me he comido el que me ha sentado un poco mal. Nada más. Me recuperaré al cien por cien en un par de minutos.

—Claro que sí, querido. Eres un chico de Newcastle. Tienes un cuerpo de acero.

—Ni que lo jures. —Mick asintió entusiasmado—. Excepto cuando estoy en la pista de baile contigo, calabacita. Entonces se convierte en gelatina.

—¡Oh, basta, por el amor de Dios! —exclamó ella—. Ahora soy yo la que tiene ganas de vomitar.

• • • • •

Sentada en el asiento del copiloto del Commodore, la oficial Ryman se colocó la pistola en la funda sobaquera y se abrochó la cazadora de algodón. El oficial Cozens sacó las llaves del contacto e hizo lo mismo que ella. El dispositivo de rastreo estaba sobre el regazo de Kerrie. Lo encendió y se giró hacia su compañero.

—Voy a asegurarme de que los tres mormones están ahí dentro calentitos y cómodos antes de entrar nosotros —anunció Kerrie.

—Sí. Volvemos más tarde y le echamos otro vistazo al receptor —respondió el oficial Cozens—. Pero lo más probable es que se queden ahí dentro toda la noche.

Kerrie miró el aparato y parpadeó, incrédula.

—¡Mierda! Pues no te lo vas a creer, Craig, pero se están moviendo.

—¿De verdad? —Craig miró fijamente el aparato—. ¿En qué dirección?

—Hacia aquí. —Con Craig observando, Kerrie siguió la flecha—. Están bajando por la calle Kelly. Aún no han llegado. Han reducido la velocidad. Ahora un poco más. Y en este instante están delante de nosotros. —Con los ojos abiertos como platos, la oficial Ryman se dio la vuelta hacia el oficial Cozens—. Craig. Acaban de entrar en el aparcamiento.

—¿Qué? —Craig miró por el parabrisas los faros procedentes de la entrada—. No doy crédito.

• • • • •

El agente Moharic estaba concentrado en manejar el gran cuatro por cuatro negro por el aparcamiento. Estaba girando todo el volante hacia el lado contrario, cerca de la entrada, cuando el agente Coleborne le dio una palmadita en el hombro.

—Floyd. Mira allí. Entre esas dos camionetas. Es su coche. Puedo ver la matrícula.

El agente Moharic echó un vistazo.

—¡Joder! Tienes razón, Orrin. Es ese. ¡Maldita sea! Sabía que estarían aquí.

El agente Niland se inclinó hacia los asientos delanteros y miró siguiendo la dirección de los haces de luz de los faros.

—¡Mejor todavía, chicos! Están los dos sentados en los asientos delanteros.

—¿Qué? —se sorprendió el agente Moharic.

—¡Hijos de puta! —exclamó el agente Coleborne—. Steve tiene razón. Están ahí sentados.

—Y no hay nadie alrededor. —El agente Niland le puso la mano sobre el hombro al agente Moharic—. Nos ha tocado el puto premio gordo, Floyd. Eres un dios.

Moharic clavó la mirada en las figuras que se distinguían en la penumbra del interior del Commodore blanco y sintió una ola repentina de adrenalina en el estómago.

—Vale. Calmémonos, chicos. Seguiré con el plan, aparcaré el coche. Nos acercaremos despacio y, con cuidado, acabaremos con ellos.

El agente Coleborne sonrió a los otros dos agentes.

—¿Quién hubiera pensado que sería tan sencillo?

El agente Moharic apagó el motor y las luces.

—Vale, chicos. Sacad vuestras armas. Vamos.

Los dos oficiales del Servicio de Inteligencia australiano estaban mirando por el parabrisas al Cherokee cuando los agentes de la NSA, ataviados con vaqueros y camisetas, se bajaron del vehículo y se dirigieron hacia ellos. El oficial Cozens se echó hacia delante sobre el volante sin estar muy seguro de lo que estaba viendo.

—Kerrie —le dijo con tono de preocupación—, creo que van armados.

—Joder, me acabo de dar cuenta, Craig —respondió la oficial Ryman—. ¿Qué demonios están haciendo?

—No lo sé —contestó Craig—. Pero algo no va bien. Sal del coche. Rápido.

Los dos oficiales australianos se bajaron del coche, se hicieron con sus pistolas y tomaron una posición defensiva parapetados tras las dos puertas delanteras abiertas. Los tres agentes estadounidenses se sorprendieron un poco ante tal reacción, pero al no reparar en las armas de la pareja, no les preocupó ni lo más mínimo semejante actitud. De repente, el agente Coleborne escuchó un ruido, se giró a la derecha y advirtió la presencia de Mick y Jesse, sentados detrás de los arbustos.

—Ey, Floyd —le susurró serio—. Ahí hay alguien.

—¿Dónde? —preguntó el agente Moharic.

—Por allí —respondió él—. Detrás de esos arbustos. ¡Dios mío! Son ellos. Son Vincent y su novia.

—¿Vincent? —repitió el agente Moharic—. No puede ser. Están sentados en ese coche de allí.

—Floyd, tengo el nivel A1 de visión nocturna —le aseguró Coleborne a Moharic —. Te digo que son ellos. Pero fue demasiado tarde. El agente Niland tenía prisa por hacer el trabajo. Le lanzó una sonrisa siniestra al oficial Cozens a escasos metros de distancia.

—No es nada personal, Vincent —dijo—. Simplemente es como es, tío.

El agente Niland agarró con fuerza su pistola de 45 mm y disparó dos veces sobre el oficial Cozens, haciendo añicos la ventanilla. El oficial le dedicó una mirada rápida y llena de rabia a su compañera tras quedar cubierto por mil pedazos de cristal. Las balas de gran calibre siguieron impactando en la ventanilla del coche situada detrás de él.

—¡Kerrie! —gritó—. Esos gilipollas están mal de la cabeza. ¡Abre fuego!

El oficial Cozens efectuó tres disparos rápidos hacia el agente Niland. El primer proyectil entró por la clavícula del agente y salió por el hombro. Los otros dos lo alcanzaron en el pecho. Los ojos se le salían de las órbitas por el desconcierto. El

agente Niland jadeaba, dejó caer su arma y se desplomó sobre sus rodillas. Un segundo más tarde, se dio de bruces, muerto, contra el suelo del aparcamiento. Desde su puerta, la oficial Ryman disparó dos veces, acertando al agente Coleborne en el costado derecho y haciéndole trizas las costillas.

—¡Por el amor de Dios, Floyd! —bramó el agente Coleborne, agarrándose la zona destrozada y sanguinolenta donde habían impactado las balas—. Estoy herido. También Steve. ¿Qué…?

El agente Moharic estaba tan preocupado y confundido como su compañero. Lo que acababa de suceder era la última cosa que hubiera esperado que pasase. Estaba a punto de gritarle algo al agente Coleborne cuando una bala procedente de la pistola de la oficial Ryman le desgarró un lado de la garganta y otra, esta vez disparada por el oficial Cozens, le dio en la pierna.

—¡Mierda! Algo va mal —chilló el agente Moharic en cuanto comenzó a sangrar por el cuello y por la pierna. Disparó dos veces, sin apuntar, en dirección al Commodore y se volvió hacia el agente Coleborne—. Ayúdame con Steve. Y vayámonos de este infierno.

El agente Coleborne podía sentir la sangre templada y pringosa goteando entre sus dedos.

—¡Oh, Dios! —gimió—. Mis costillas.

Las balas de los oficiales australianos les pasaban al lado, silbando. Sin más demora, los dos agentes de la NSA cogieron al agente Niland por los brazos y lo arrastraron hasta el Cherokee. El agente Moharic abrió el maletero y lo metieron dentro. Coleborne cerró rápidamente la puerta y se sentaron, doloridos y con mucho esfuerzo, en los asientos delanteros.

Con las llaves todavía en el contacto, el agente Moharic encendió el motor con rapidez, pero aceleró torpemente el gran vehículo, aún demasiado lejos de la entrada. Metió la marcha atrás y, según daba la vuelta, una de las puertas traseras se abrió y se cayó un maletín, cuyo contenido quedó esparcido por todo el aparcamiento. Gruñendo por el dolor, el agente Coleborne se estiró y cerró de un portazo mientras el agente Moharic conducía el todoterreno hacia la entrada. Luchando contra el mareo, Moharic inspiró todo el aire que pudo soportar su garganta rasgada. Luego, apretó el acelerador e hizo rugir al coche fuera del aparcamiento con rumbo a Muswellbrook.

Una vez que el todoterreno se hubo alejado y el humo del tubo de escape desvanecido, los dos oficiales australianos salieron de detrás de las puertas del

Commodore, bajaron sus armas y se giraron el uno hacia el otro, con los ojos muy abiertos.

—¿Qué demonios ha sido esto? —preguntó el oficial Cozens.

La oficial Ryman negó con la cabeza.

—Que me muera ahora mismo si lo sé, Craig. Aunque una cosa sí sé, esto hay que mantenerlo en secreto.

—Eso no hace falta que lo digas. —Mientras el grupo de música vibraba en el interior, el oficial Cozens echó un vistazo rápido al aparcamiento, sin reparar en la presencia de Mick y Jesse, agachados detrás de los arbustos—. Estamos de suerte —anunció—. No hay nadie por aquí. Y tampoco lo han podido oír. —Se dio la vuelta hacia su compañera—. De todas formas, tenías razón antes. Venían a por nosotros.

—Sí, pero ¿por qué querían matarnos? Incluso los lerdos de la NSA tiene ciertas pautas a las que debe ceñirse.

—No tengo ni idea —repuso el oficial Cozens, guardando su pistola—. De todos modos, será mejor que los sigamos.

—Tienes razón. —Kerrie también guardó su pistola—. Sube al coche. Yo guardaré la pistola y el maletín.

El oficial Cozens movió la cabeza.

—¡Jesús! Esta pelea de mierda no ha resultado ser nada agradable.

La oficial Ryman recogió la pistola del calibre 45, le quitó el cargador y cuando su compañero detuvo el coche junto a ella, la puso detrás con el maletín. Echó un último vistazo a su alrededor, se subió en el asiento del copiloto del Commodore y comenzaron la persecución del Jeep Cherokee.

• • • • •

Escondidos detrás de los arbustos, Mick y Jesse no podían creerse lo que acababan de presenciar. Cuando el segundo vehículo desapareció del aparcamiento, se volvieron el uno hacia el otro, boquiabiertos.

—¿Has visto eso? —le preguntó él, desconcertado.

—¿Que si lo he visto? —repitió ella—. Pues claro que lo he visto. Parecía una escena de una maldita película de Clint Eastwood.

—Debe de haber sido un asunto de drogas que salió mal —apuntó Mick.

—No sé qué ha sido —respondió Jesse—, pero a esa mujer se le ha olvidado coger algo del maletín. Cayó entre esos setos de allí. —La librera se puso en pie y se

acercó hasta donde había señalado con el dedo un segundo antes. Echó una ojeada por el terreno y enseguida volvió con un objeto negro y brillante entre las manos—. Es una especie de teléfono —le explicó.

—¿Un teléfono? Ey, guárdatelo —ordenó el electricista—. Quizá podamos usarlo.

—Sí. Lo meteré en mi bolso. —Jesse lo colocó en el interior de su bolso de cuero y volvió a sentarse junto a su novio de nuevo—. ¿Cómo te encuentras?

—Casi recuperado —contestó él—. Lo que ha pasado ha hecho que se me quite la borrachera de golpe.

—Muy bien. Regresemos dentro. —Jesse se puso seria—. Mick, no hemos visto nada de lo que ha ocurrido aquí fuera esta noche. ¿Entendido?

—Sí, colega. En eso estoy de acuerdo contigo —repuso él—. Ha sido demasiado fuerte para mí.

—Para mí también. —Se incorporó—. Bien. Vamos. Y recuerda, ni una palabra.

Mick negó con la cabeza.

—Vale. Ni una palabra.

• • • • •

El agente Moharic estaba muy débil y tenía problemas a la hora de dirigir el Cherokee por la autopista que los alejaba de Scone. Su chaqueta estaba empapada de sangre, que le llegaba hasta el zapato, y estaba mojando los pedales. Junto a él, el rostro del agente Coleborne se retorcía de dolor mientras se apretaba el costado. La sangre le goteaba por los dedos y podía sentir los trozos de los huesos rotos a través de los agujeros de su camisa.

—Orrin —dijo casi sin voz el agente Moharic, escupiendo sangre al intentar hablar —, ¿puedes conducir? Necesito un médico. Estoy a punto de perder el conocimiento.

—¡Oh, Dios mío, Floyd! Tengo las entrañas destrozadas. —El agente Coleborne se estremeció—. Apenas puedo respirar. Y mucho menos conducir un coche.

El agente Moharic se giró hacia su compañero.

—Voy a tener que parar, tío. No puedo continuar.

—Está bien, Floyd —respondió el agente Coleborne—. ¡Joder! ¿Qué fue lo que salió mal? Ha sido un completo desastre.

—Lo sé —gimió el agente Moharic—. ¡Dios! Creo que Steve está muerto.

• • • • •

Los oficiales Cozens y Ryman alcanzaron al Cherokee a cinco kilómetros de Scone. Iban detrás del todoterreno cuando este empezó a dar bandazos de un lado a otro de la carretera, redujo la velocidad y, finalmente, se detuvo.

—Se han parado. —El oficial Cozens detuvo el Commodore blanco a una distancia prudencial—. Creo que uno de ellos está muerto —le dijo a Kerrie— y los otros dos, heridos.

—Yo estoy segura de que di a uno —añadió la oficial Ryman.

—Muy bien. Nos quedaremos aquí y veremos qué es lo que hacen ellos. —El oficial Cozens dejó el coche en marcha y esperaron—. No hay ningún movimiento —sentenció finalmente.

La oficial Ryman cogió su pistola.

—Vale. Vayamos a echar un vistazo, Craig. Pero ten cuidado. Sigo sin fiarme de esas ratas.

—Tampoco yo. —Dejando las luces encendidas, el oficial Cozens apagó el motor y también sacó su arma—. Vamos, Kerrie. Alerta y despacio.

Con los faros alumbrando detrás de ellos y con sus pistolas por delante, los dos oficiales se aproximaron al Jeep Cherokee cautelosamente. El oficial Cozens le dio el visto bueno a que su compañera rodeara el vehículo y examinara el lado del copiloto mientras él se dirigía al lado donde se encontraba el agente Moharic, desplomado sobre el volante.

—Dejad vuestras armas y bajad del vehículo —ordenó Craig—. Ahora mismo. Y hacedlo muy despacio.

—Está bien, Vincent —jadeó en respuesta el agente Moharic—. Vamos a salir. Supongo que ahora nos dispararás a sangre fría. Bueno, hazlo hijo de puta. No me importa una mierda.

La pistola del calibre 45 del agente Moharic cayó por la ventanilla y unos segundos más tarde, la puerta se abrió. Con una mano en torno a la garganta, se arrastró fuera del vehículo y se apoyó contra el lateral. La pistola del calibre 45 del agente Coleborne asomó por la otra ventanilla, entonces la puerta se abrió y salió del coche apretándose las costillas.

—Tienes suerte, Vincent —dijo con desdén el agente Moharic, agachando la mirada hacia el cañón de la pistola nivelada del oficial Cozens—. Conseguiste adelantarte a nosotros.

—¿Vincent? —repitió el oficial Cozens.

—Sí. Sabemos quién eres. Y tu novia.

—Soy el oficial Craig Cozens y ella es la oficial Kerrie Ryman. Somos del Servicio de Inteligencia para la Seguridad Nacional de Australia.

—¿El Servicio de Inteligencia para la Seguridad Nacional de Australia?

—Exacto. Nosotros sí que sabemos quiénes sois vosotros. Pero ¿quién es ese maldito Vincent?

La cara distorsionada por el dolor del agente Moharic se contrajo en una mueca.

—¿No eres Vincent?

—No. Te lo acabo de decir, atontado yanqui gilipollas.

—¡Oh, mierda! —El cariacontecido agente de la NSA tosió y echó un pequeño hilo de sangre—. No tengo nada más que decir —dijo con la voz entrecortada—. Llévame a un médico.

—Ey, Kerrie —la llamó el oficial Cozens desde la parte delantera del vehículo—. ¿Cómo está el otro?

Aún con su pistola apuntando al objetivo con firmeza, la oficial Ryman miró al agente Coleborne sujetarse las costillas destrozadas.

—Por su aspecto, diría que bastante mal. El que está en el maletero ha muerto.

—De acuerdo, vigílalos. Voy a llamar al oficial Blessing. —Craig dejó a su compañera a cargo de los agentes de la NSA y sacó su móvil. No le llevó mucho tiempo marcar el número—. Jefe, soy Craig.

—Es muy tarde para una llamada —protestó el oficial Blessing.

—Jefe, tenemos un problema de los gordos. Vamos a necesitar una ambulancia. Y médicos. Y a alguien que se encargue de limpiar la zona.

—Un momento, Craig. Cogeré el otro teléfono.

• • • • •

De vuelta al humo y al aire condensado del Gran Scone, Mick se bebió otros tres búrbones y bailoteó cuatro canciones más antes de que su cabeza empezara de nuevo a dar vueltas. Jesse había dejado de beber y cuando abandonaron la pista de baile, acarreó a su compañero hasta donde habían estado antes apoyados junto a las tragaperras.

—Aquí, tigre —le indicó ella—. Me termino mi vaso de soda y te llevo a casa.

El electricista asintió lentamente con la cabeza.

—Me parece que es una muy buena… muy buena idea.

—Lo tuyo es vergonzoso. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí. —Él sonrió—. Pero, joder, me lo he pasado muy bien.

—Ey —intervino ella—, ¿te he frenado?

—No. Nunca lo haces. Nunca.

—Claro que no. Porque me pegarías cruelmente si lo hiciera.

—Correcto —repuso él.

—Sí. Cerdo asqueroso. Vamos, luz de mi vida, nos marchamos de aquí.

—Perfecto.

En vez de salir por el aparcamiento, Jesse sumergió a Mick entre la multitud y abandonaron el edificio por la zona de la terraza. Según estaban pasando por delante de la barra, Rhedyn les gritó.

—¿Lo habéis pasado bien?

—De maravilla —contestó la librera—. Gracias. Hasta la próxima.

—Te diré una cosa, tu novio sabe bailar.

—Sí. —Jesse esbozó una sonrisa—. Ahora esperemos que sepa caminar.

Con el grupo de música aún poniendo ritmo al local con las últimas canciones de su repertorio, Jesse sirvió de lazarillo a un sonriente Mick, que fue despidiéndose de todos los nuevos amigos que se había echado hasta que alcanzaron la terraza. Luego, siguieron el pasillo hasta llegar a la calle.

La brisa nocturna golpeó la cara del electricista, que inspiró profundamente en repetidas ocasiones y recobró algo la compostura. Al pasar junto al antiguo teatro, comenzó a cantar y una vez que estuvieron al otro lado de la rotonda, se dio la vuelta hacia su novia y le regaló una sonrisa de oreja a oreja.

—Te quiero, Jesse Osbourne. Espero que seas consciente de ello —le dijo.

—Y yo también te quiero, Mick Vincent —contestó ella. Le sostenía con fuerza por el brazo—. Eres guapo. Eres un amante fantástico. Eres pura dinamita en la pista de baile.

Mick se detuvo.

—¿De verdad que soy un amante fantástico? —preguntó.

Jesse lo miró impasible.

—Eres un buen bailarín.

El electricista había dejado de cantar y estaba murmurando contento algo incoherente cuando la librera abrió la puerta de la habitación del motel y lo ayudó a entrar. Encendió la luz, sentó a Mick en la cama y le tendió un vaso de agua y dos

aspirinas.

—Toma, Mick. Tómate esto y bébete el agua. Hará que te sientas mejor.

—Gracias, Oz —repuso él—. ¡Joder! Te quiero.

—Bien. Tatúatelo en el pecho.

—Lo haré. Te lo prometo.

—¿Puedes desvestirte tú solito?

—¿Qué? —Se apartó—. Quita tus manos de encima, mujer —le ordenó—. ¿Cómo puedo saber yo dónde las has metido antes?

Mick se tragó las pastillas y se bebió el agua mientras Jesse se desvestía y se ponía una camiseta limpia. Con su novia vigilándole por el rabillo del ojo, Mick, despacio pero con mucha dedicación, se desprendió de la camiseta y los pantalones y fue al baño. Mientras estuvo ahí dentro, Jesse se tomó un vaso de agua, sacó del bolso el teléfono que había encontrado en el aparcamiento y lo examinó.

Era más grande y ancho que un móvil normal, con teclas diferentes y sin números. Tenía una antena modular en la parte izquierda, con dos botones debajo. Mick salió del servicio y miró con hostilidad a su novia.

—Jesse, querida —masculló—. Me voy directo a la cama. Estoy borracho. Lo siento.

—Está bien —contestó ella—. Ahora mismo voy yo. —El electricista se metió debajo de las sábanas mientras Jesse proseguía con la inspección del teléfono móvil—. Oye, Mick —le dijo.

—Ummrrrhh…

—No es un teléfono. ¿Sabes lo que es? Es un transmisor-receptor GPS. Un dispositivo satélite de posicionamiento global.

—Ummrrrhh.

—Seguro que lo estaban usando para rastrear la zona. —Jesse examinó el aparato de GPS durante un rato y estuvo dándole vueltas, considerando si debía encenderlo o no. Al final optó por no hacerlo y lo devolvió al fondo de su bolso.

Se acabó el vaso de agua, se cepilló los dientes y, por último, apagó la luz y se metió en la cama con Mick. Hundió la cabeza en la almohada, dibujó una sonrisa en sus labios y abrazó a su novio. Él estaba completamente borracho. Pero era un borracho alegre y a la gente le gustaba independientemente de cómo le diera por comportarse. Y solo se emborrachaba cuando estaba con ella. Además, realmente la quería. Jesse Osbourne sabía que era una mujer afortunada.

La librera cerró los ojos y empezó a reflexionar sobre cómo había ido la noche. Se lo habían pasado muy bien. Pero ¿y el tiroteo? Fue aterrador. Había imaginado que Scone sería una ciudad tranquila, donde lo más emocionante se reducía a la reproducción y crianza de caballos de carreras y a las propias carreras. Sin olvidarse, por supuesto, de la extraña máquina del juicio final enterrada en las montañas.

Jesse abrió los ojos de repente en la oscuridad.

—¡La máquina del juicio final! —chilló.

Se incorporó de un salto, salió de la cama y encendió la luz que había junto a la mesa. Sacó el viejo diario de su maleta, lo abrió y comenzó a pasar páginas hasta que encontró las que estaba buscando. Las estudió detenidamente y su cara se ensanchó con una amplia sonrisa.

—Klaus Slate, bastardo viejo, astuto y sagaz. —La librera cerró el diario y se giró hacia la ventana—. Buen intento, tipejo. —Sonrió—. Pero tienes que espabilar si quieres engañar a la pequeña Ossie.

Jesse guardó de nuevo el diario en su maleta, apagó la luz y volvió a meterse en la cama. Mick estaba roncando ligeramente. Sin embargo, le propinó un codazo en la espalda.

—Eh, Mick, ¿estás dormido? —En esta ocasión, no hubo respuesta—. Bien. —Jesse esbozó una sonrisa—. Duerme todo lo que puedas. E intenta no levantarte con mucha resaca. Porque mañana vamos a volver a subir al monte Burning.

• • • • •

Jesse se levantó alrededor de las siete y media de la mañana del día siguiente. Mick seguía felizmente dormido, por lo que dejó que se quedara un poco más en la cama mientras ella se daba una ducha, se ponía los vaqueros y una camiseta marrón de los Goodies. Llamó al servicio de habitaciones y pidió dos sándwiches calientes de jamón y una cafetera grande. «¿Podría ser un café bien cargado?». «Sin problema, señora». La librera se sirvió un vaso de agua fría. Luego descorrió las cortinas para comprobar qué día hacía. Un día precioso: soleado, cálido y con una ligera brisa que traía algunas nubes tenues que surcaban el cielo azul eléctrico. Un día perfecto para un paseo enérgico por el monte. Jesse sonrió. Se terminó el vaso de agua, se arrodilló sobre la cama y zarandeó a su novio.

—Venga, bombón. Hora de levantarse y ponerse en marcha.

—¿Urrhnnnhh?

—Venga —insistió ella, moviendo un poco más a Mick—. Arriba, querido. Ese es mi chico.

—Ooooh. ¡Ooh, joder! —El electricista se dio la vuelta y pestañeó un par de veces, mirando a su novia con los ojos un poco rojos.

—¿Cómo te encuentras esta mañana, cariño?

—Fatal —le respondió él con una voz pastosa.

—¿Tienes resaca?

—Ooh, ¿tú qué crees?

—He pedido unos sándwiches y café.

—El café me parece bien. —El electricista miró a su novia con cara de pena—. ¿Cómo me comporté ayer por la noche? ¿Guardé la compostura?

—Estuviste bien. —Ella le dedicó una sonrisa—. Lo pasamos de miedo.

Mick lo pensó por un momento.

—¿Acabamos haciendo el amor?

—Por supuesto —repuso ella—. Te portaste como un auténtico tigre. Apenas podía moverme esta mañana cuando me he levantado.

—Sí. Bueno, tú tienes la culpa, pérfida seductora.

—¿Por qué no te levantas y te das un baño? —le propuso Jesse—. Te vendrá bien para despejarte un poco.

—Sí, estaría bien. —Mick sacó las piernas de la cama y se puso en pie de un modo un tanto vacilante—. ¿Dónde está mi bañador?

—En el baño. Colgado de la ducha.

—¡Joder! ¿Hay más aspirinas?

—Encima del lavabo.

Mick masculló algo de camino al cuarto de baño y cerró la puerta tras él. Un poco más tarde, Jesse escuchó la cadena del inodoro y el electricista salió con una toalla alrededor de los hombros y vestido con su bañador de Speedo.

—Yo que tú, no entraba ahí en un rato, Oz —le anunció—. Es peor que Chernobyl.

—Vale, gracias Mick —respondió ella—. Ya me he duchado.

Mick miró fijamente a su novia.

—Me voy a dar un chapuzón.

—Estupendo. ¿Podrás llegar tu solo a la piscina? ¿O necesitas un perro guía?

El electricista le lanzó una mirada de arriba abajo a la librera.

—Oz, la última cosa que necesito esta mañana es tu ácid… tu agraz… Como se diga. Tu sarcasmo, vaya.

Mick se esfumó, cerrando la puerta sin hacer ruido. Jesse sacó el diario de su maleta y tomó asiento, dirigiéndose directamente a las páginas que había leído la noche anterior. Escribía algo en el bloc de notas del hotel cuando llamaron a la puerta. Una joven pelirroja, vestida completamente de negro, aguardaba al otro lado con una bandeja. La dejó entrar. La chica puso la bandeja sobre la mesa de la habitación y se marchó. Jesse se sirvió ella misma una taza de café y continuó escribiendo. Estaba recostada hacia atrás, terminándose uno de los sándwiches, cuando la puerta se abrió y apareció Mick bajo el dintel.

—¿Qué tal te sientes ahora, Mick? —le preguntó ella.

—Todavía bastante aturdido —dijo entre dientes él—. Pero el baño me ha ayudado. ¡Dios mío! Ni que lo digas. —Tiritó—. El agua estaba helada.

—Bien. ¿Quieres una taza de café?

—Sí. Espera a que me cambie. —El electricista miró a su alrededor—. ¿Dónde están mis vaqueros?

—En el suelo, junto a la cama.

• • • • •

Mientras Mick y Jesse habían estado durmiendo, para los demás había sido una noche bastante ajetreada. Después de informar a sus superiores, el oficial Blessing había llamado al comandante McKell y había organizado el despegue de un helicóptero de salvamento completo, con dos médicos del ejército y un especialista en limpieza. Los oficiales Cozens y Ryman habían vendado a los dos agentes heridos de la NSA con suministros procedentes de un kit de primeros auxilios que llevaban en el coche, de manera que consiguieron detener la hemorragia. El helicóptero llegó en menos de una hora y un oficial de policía uniformado, atraído por todo el jaleo que se había montado, se había acercado hasta el lugar para investigar los hechos. Mostrándoles las chapas, y una llamada telefónica mediante, invitaron al joven oficial a que emprendiera a la inversa el camino recorrido, con el consejo de que olvidase todo lo que acababa de ver si quería seguir con su carrera.

Junto al cuerpo del agente Niland, subieron al helicóptero a los otros dos agentes de la NSA y los llevaron hasta un hospital privado en Newcastle, donde los interrogó el agente Sierota, quien se negó a declarar sobre los verdaderos motivos de dicha

operación de la Agencia de Seguridad Nacional de Estados Unidos.

Al cuerpo del agente Niland lo metieron en una bolsa para cadáveres y viajó junto con los agentes Moharic y Coleborne a Estados Unidos, a bordo del avión privado de la NSA, en cuanto los médicos completaron su trabajo con estos dos.

Los oficiales Cozens y Ryman condujeron el Jeep Cherokee de vuelta a Newcastle, donde el vehículo y su contenido, incluyendo las armas de los agentes y el maletín, fueron entregados a Zimmer Sierota en el bungalow de las biblias y donde se le informó de que el piso franco ya no era tan secreto. Un lúgubre agente Sierota hizo un inventario y preparó un informe para Washington. El especialista en limpieza, un calvo veterano de Vietnam, fue con el Commodore hasta el hotel Gran Scone, donde limpió toda la sangre derramada, recogió todos los cartuchos de bala esparcidos y camufló cada agujero de bala que había en el aparcamiento. Después, condujo de vuelta el Commodore hasta la unidad del oficial Cozens, en Sídney, y lo dejó allí. Los oficiales Cozens y Ryman recibieron elogios por un trabajo bien hecho y les recomendaron que descansaran en las habitaciones del motel de Newcastle que les habían reservado. Un chófer los llevaría a Sídney y, cuando estuvieran preparados, deberían entregar sus informes de los hechos acontecidos; informes que serían analizados y después destruidos.

Cuando el equipo visitante aterrizase en Washington, a los agentes Moharic y Coleborne se les concederían unos permisos, les reconocerían los méritos inherentes a ser heridos en un tiroteo por unos libios a los que respaldaban los miembros del Frente de Liberación de Sudán del Sur, en Ras Abu Shagara, y luego los relegarían a trabajos de oficina. Al agente Niland lo enterrarían como a un héroe.

Al final, el único cabo suelto que quedaba eran los dos agujeros de bala que había en la puerta del lado del copiloto de la vieja camioneta Holden gris del agricultor de Scone Ray Kelso. No obstante, con la capa de barro que cubría el vehículo, Ray no repararía en los agujeros hasta que su jefe los descubriera al día siguiente. El agricultor se reiría con buena fe de ello, dando por sentado que se trataba de una de las bromas gastadas por alguno de sus compañeros de trabajo chiflados. Tan pronto como Ray descubriera quién había sido el responsable, también le dispararía un par de veces a su coche. No obstante, el agricultor estaba bastante seguro de cuál de sus compañeros majaretas había sido.

Sin embargo, a pesar de que en Australia ocultaron todo lo ocurrido, para los agentes de la habitación 90 en Fort Meade, Mick seguía siendo un OAP (un Objetivo

Altamente Preciado). También lo era Jesse. Y aún debía llevarse a cabo una operación secreta de alto nivel. En esta ocasión, la NSA se aseguraría de que se desarrollase de forma apropiada. Gracias sobre todo a un hombre, el Servicio de Inteligencia para la Seguridad Nacional de Australia seguía sin saber nada sobre el proyecto Piggie. Por tanto, a ese hombre le volvieron poner al cargo de la operación en las antípodas.

A la mañana siguiente, el sol se colaba por la ventana del comedor del bungaló de las biblias y Zimmer Sierota estaba sentado solo delante del equipo de vigilancia, vestido con un traje azul marino arrugado y contemplando pensativamente el contenido de otra taza de café. Después de dar el parte de la misión de sus agentes de campo en el hospital, contactó con Washington, donde Clay Bousseal explotó de ira al enterarse de lo que había pasado. No obstante, le reconoció al agente Sierota que el fallo en el seguimiento no había sido por su culpa y que prepararían a un nuevo equipo visitante lo antes posible. Solo que esta vez llegarían a Sídney en un vuelo comercial y el agente Sierota los acompañaría hasta Newcastle, donde eliminarían a Vincent y a su novia como estaba previsto.

El agente Sierota afirmó que era una buena idea, aunque le hizo saber a Clay que quizá él mismo podría adelantarse con un plan para eliminar a Mick y Jesse. Clay informó a Zimmer de que la NSA le facilitaría todo lo necesario y que disponía de aproximadamente veinticuatro horas antes de que el equipo visitante nuevo llegase a Australia. «Buena suerte». El agente Sierota consideró que las veinticuatro horas y la suerte serían suficientes.

Tras su mordaz reunión con los oficiales Cozens y Ryman, Zimmer llegó a la conclusión de que el incidente del tiroteo fue fruto de un error de identidad. Tenía la fotografía de la revista Weekender ante él y los dos oficiales australianos guardaban un asombroso parecido con Mick y Jesse, agravado porque las dos partes conducían vehículos similares. El agente Moharic estaba en lo cierto en dar por hecho que el electricista y su novia estarían en el hotel, y el agente Coleborne los había visto sentados en el aparcamiento. Si Niland no se hubiera precipitado tanto, sin duda alguna los hechos se hubieran desarrollado de una manera completamente diferente. Aparte del hecho de que Mick y Jesse seguían vivos.

No obstante, desde el punto de vista de Zimmer, aún quedaba una pequeña oportunidad de borrarlos del mapa antes de que dieran con el proyecto Piggie. Sierota necesitaría ayuda externa pero, si lo conseguía, brillaría con luz propia ante los ojos de la NSA. Aunque todo dependía de la posibilidad remota de que Mick o Jesse hubieran

cogido el transmisor-receptor mientras se escondían en el aparcamiento. Si era así, el artilugio tenía incorporado un microchip y, siempre que estuviera encendido, podría averiguar el paradero de cualquier persona en casi cualquier parte del mundo. Así que, después de una videoconferencia con el agente Skeet Maldon, de la habitación 90, el agente Sierota no se despegó del equipo de vigilancia en el bungaló de las biblias, emitiendo señales al Aquacade, el Sistema de Satélites Geoestacionarios de Captación de Señales de Inteligencia de Estados Unidos, rastreando a un RG4A Global Hawk UAV (un vehículo aéreo no tripulado), que estaba triangulando con un satélite de reconocimiento Crystal KH11 Keyhole en busca de alguna pista del transmisor de radio. Esta, sin embargo, era la parte fácil.

Aunque el transmisor estuviera encendido, el agente Sierota tendría que rastrear todas las bandas de radio. Luego, entablar inocentemente una conversación despreocupada con la otra persona al otro lado de la línea y cerciorarse de que fuera Mick o Jesse. Después de que la furgoneta del electricista saltase por los aires, él y su novia tenían que intuir que alguien iba a por ellos. Y si de repente escuchaban en el transmisor un acento estadounidense de un hombre serio haciéndoles preguntas, no cabría la menor duda de que sospecharían. Por tanto, el agente Sierota tendría que disimular su acento estadounidense y hablar como un australiano. Y para un hombre con sangre luso-mexicana y criado en Kokomo, Indiana, no iba a resultar tarea sencilla. El agente Sierota abrió un libro de citas que merodeaba por el bungalow de las biblias y se detuvo en una frase de un tal Buzz Kennedy que otro agente había subrayado: «El acento australiano más extendido recuerda a un cuervo deshidratado entonando su última declaración de vida subido en la rama de un árbol muerto en medio de un lago seco tras siete años de sequía».

Buzz estaba en lo cierto. Para llevar a cabo su siniestro plan, el agente Sierota tendría que dominar un deje seco y nasal salpicado de coloquialismos mezclados con un dialecto ininteligible llamado «strine». Si lo conseguía, entonces habría dado con el tono nasal exacto. El agente Sierota miraba fijamente el equipo de inteligencia con los dedos cruzados, deseando que todo saliera bien.

En la habitación número cinco del motel Tudor, Mick se las había apañado para enfundarse los vaqueros y una camiseta azul marino del equipo Central Coast Mariners que un compañero suyo, un electricista de Toukley, le había dado. Estaba sentado a la mesa y después de dos tazas de café, más otra aspirina y medio sándwich de jamón, recuperó la capacidad del habla; la vista, el tacto y el oído llegaron más tarde. Sentada frente a él, una Jesse sonriente.

—Sinceramente, Mick —intervino ella—, estás guapísimo. Nunca he visto a nadie que tenga tu capacidad de recuperación.

—¿En serio? Pues entonces será mejor que vayas al oculista y te revises la vista —carraspeó él—, porque sigo sintiéndome como una mierda. Es más, te diré una cosa, Oz, tendrás que conducir tú hasta Newcastle. Aún no estoy en pleno uso de mis facultades.

Jesse dibujó una sonrisa entre dientes.

—No vamos a ir a Newcastle, cariño.

—¿No?

—No. Vamos a volver al monte Burning.

—¿Qué?

Jesse sacó de su bolso el GPS y lo posó sobre la mesa junto con el diario.

—¿Ves esto? Es el teléfono que encontré ayer por la noche.

—¿El teléfono? Ah, sí. En el aparcamiento —recordó él.

—Exacto. Pero no es un teléfono. Es un transmisor satélite de posicionamiento global.

Mick lo consideró por un momento.

—¿No sirven para determinar latitudes y longitudes o algo así?

—Eso es, pequeño —respondió Jesse—. Ahora échale un vistazo a esto. —La librera abrió el diario y buscó las dos páginas en las que había encontrado números extraños. Luego, le enseñó a su novio lo que había escrito en el bloc de notas del hotel —. ¿Puedes leerlo? —le preguntó.

Mick observó las cifras con una mirada cansada.

—No —contestó.

—Está bien. ¿Te acuerdas cuando te dije en el coche que Tesla había dibujado pequeñas filas de números y letras a lo largo de diferentes páginas y que eso me estaba volviendo loca?

—Sí.

—Pues bien, el encontrar ese transmisor me dio la clave. Y he descubierto todo mientras tú estabas dormido. —Jesse señaló al diario—. Son las coordenadas de la latitud y la longitud del lugar donde localizaremos la máquina de los rayos de la muerte.

—¿De verdad?

—Sí. En esa época, Tesla habría usado un sextante y un compás. Pero te aseguro que esas cifras que he copiado en esta hoja revelan la posición con una precisión asombrosa. —La librera alzó el transmisor—. Lo único que tenemos que hacer es seguir las indicaciones de esto y ¡bingo! Lo habremos encontrado.

Mick miró sin ninguna expresión en el rostro los números y luego el transmisor.

—¿Me lo estás diciendo en serio?

—Sí. —Ella asintió—. Espera, te mostraré cómo funciona.

Jesse apretó el botón de encendido, se produjo un tono irregular y el dial se iluminó en naranja. Apareció la palabra «Iniciando» detrás de un gran número «30». A continuación, la frase «Buscando satélite» se plasmó en la parte superior de la pantalla.

—¡Hay que joderse!

—Ese número indica una de las bandas de radio —explicó ella—. Y podría ser que estuviéramos un poco bajos, pero presionaré el botón de navegación y en un momento nos dirá nuestra ubicación exacta.

El electricista miró perplejo el artilugio que sostenía en la mano su novia y los números en la hoja de papel. Después, a ella.

—Eres un genio —afirmó sin rodeos.

Jesse pestañeó nerviosa.

—Lo sé, querido. Pero de los modestos.

• • • • •

El agente Sierota se había levantado para estirar las piernas cuando el monitor del equipo de inteligencia del bungaló de las biblias se iluminó. Miró la pantalla con los ojos abiertos como platos. *¡Madre mía! Han encendido el transmisor*.Zimmer tomó asiento, apretó con fuerza las teclas del teclado, accionó un interruptor al lado del monitor e inmediatamente conectó con la habitación 90.

—¿Agente Maldon? Soy el agente Sierota.

—Maldon al habla. Bloquee la señal y conecte de nuevo conmigo. Prioridad uno.

Código rojo.

—Sí, señor. Estoy en ello.

Oleadas de adrenalina recorrían el cuerpo inundado de cafeína del agente Sierota, que observaba nervioso la pantalla. Tras unos minutos que parecieron horas, la voz del agente Maldon volvió a escucharse.

—Señor, no puedo facilitarle el número de la habitación. Pero la señal proviene del motel Tudor en calle la Kelly, Scone, en Nueva Gales del Sur, Australia.

—Excelente, agente Maldon —respondió Zimmer—. Ahora necesitaría un helicóptero pilotado por personal militar estadounidense. ¿Podría encargarse de eso?

—Señor, tendré que contactar con usted más tarde para proporcionarle una respuesta.

—Está bien, agente Maldon. Haga todo lo que pueda.

El agente Sierota introdujo algunas claves en el ordenador, accionó otros dos interruptores en la consola de mandos y cogió el auricular.

• • • • •

En el motel Tudor, Mick seguía absorto contemplando el transmisor que sostenía su novia en la mano, sorprendido por lo que el amor de su vida había encontrado.

—¿Y esto nos conducirá directos a la máquina de los rayos de la muerte de Tesla?

—Sí —contestó Jesse—. Un paseo agradable por el campo. Llegaremos antes de que te des cuenta. Es más, este paseo va a hacer que el mundo…

De repente, el transmisor se encendió. Emitió un sonido rasposo antes de que una voz nasal se colara por el altavoz.

—Hula. ¿Alguien ahí?

Sin pensárselo dos veces, Jesse pulsó el botón de conversación que había en el lateral.

—¿Hola? —respondió.

—Sí. Buenos días —dijo la voz alargando las palabras—. ¿Ez uztez Jezz?

—¿Quién es? —preguntó Jesse.

—Utsbrooz.

—¿Bruce?

—Sí. Brooz Menzies —repuso la voz—. Eztoy en Damworth. Azi que, he penzado en damarte. Haze muzo que no ze veo.

—¿Llamarme? —repitió Jesse.

—Zí. Damarte. Ya zabez —repuso la voz.

—¿A quién buscas exactamente?

—A Jezz. Jezz Aztings.

—¿Jesse Hastings? Yo soy Jesse Osbourne.

—¿En zerio? Oh, mierda, quedida. Por el amor de Dioz. He damado donde no era, tía.

Jesse negó con la cabeza y le lanzó una mirada vaga a Mick por encima del aparato.

—No pasa nada —dijo ella.

—¿Y eztá contigo tu madido, Harry? —preguntó la voz.

—¿Mi marido Harry? No. Estoy con mi novio, Mick —respondió ella.

—Oh, lo ziento. Me he vuelto a equivocar. Ziento haberla moleztado. Hazta luego.

—No se preocupe. —Jesse aceptó las disculpas, dejando sobre la mesa el transmisor.

—¿Quién era? —preguntó Mick.

—No lo sé. —La librera se encogió de hombros—. Algún tonto. Pero eso es lo que pasa con los transmisores de GPS. Además de dar con tu ubicación, puedes conectar con pescadores, bomberos… O con imbéciles como este.

—Espero que no fueran los mismos de ayer por la noche —señaló el electricista.

Jesse movió la cabeza.

—No. No era más que un camionero inculto al que le funciona solo un lado del cerebro.

—Vale. —Mick miró a Jesse desanimado por un momento—. ¿Y bien? ¿Cuándo quieres que vayamos al monte Burning? —le preguntó.

—Cuando estés listo —contestó ella—. Tómate otra taza de café y otro sándwich y mejora esa cara. —Jesse echó un vistazo a su reloj—. Pero no quiero que se nos haga muy tarde.

—Entendido —repuso él.

• • • • •

De vuelta en el bungaló de las biblias, Zimmer Sierota no podía creerse la suerte que había tenido. Y ahora, una llamada rápida para ponerle la guinda al pastel. Marcó el número de Información y pidió el teléfono del motel Tudor. La teleoperadora apenas había terminado de colgar cuando Zimmer marcó el número.

—Hola. Motel Tudor, ¿en qué puedo ayudarlo? —le contestó la voz de una mujer.

—Hola. ¿Podría hablar con el señor Vincent, por favor? Creo que está alojado en la habitación diez.

—La habitación del señor Vincent es la cinco. Le paso.

—No, no hace falta. Me ha surgido una duda, creo que me he equivocado de motel. Volveré a llamar si no es así. Gracias.

—De nada.

El agente Sierota dejó el auricular, se incorporó de un brinco y golpeó al vacío. *Te tengo, estúpido australiano hijo de puta, gritó. A ti y a tu estupenda chica bocazas. Directo a tu fantástica, hermosa y maldita habitación de motel*.

El agente Sierota se frotó las manos. *Ahora*, elucubró para sus adentros, *si consigo el helicóptero y Vincent y su novia salen en busca del proyecto Piggie, podré atraparlos en campo abierto. Y no me importa el porqué, están muertos*.

Zimmer se dirigió a un armario metálico y sacó un MTTASMM (un maletín de terminal técnico avanzado de escáner de multimisión), con una pantalla LCD y con un sistema de recepción digital multicanal modelo AST 1235. Encendió el dispositivo de rastreo y giró la baliza de búsqueda hasta que encontró las coordenadas proporcionadas por la habitación 90. En cuestión de segundos, Scone apareció en la pantalla LCD y una flecha naranja indicaba la dirección de la calle Kelly. El agente Sierota esbozó una sonrisa de satisfacción. *Oh, sí*. Soltó una risita para sí mismo. *Hoy debe de ser mi día de suerte*.

• • • • •

Tres pisos bajo tierra, en Fort Meade, el agente Maldon había examinado todas las posibilidades para aterrizar con un helicóptero del ejército norteamericano (pilotado por un estadounidense) en los alrededores de Newcastle. Por casualidad, el dragaminas de la Armada de Estados Unidos, el Tocqueville, estaba atracado en Sídney, en Garden Island. El agente Maldon tenía a la tripulación del buque y su situación en la pantalla, delante de él. Además del equipo reglamentario habitual, en la cubierta del barco había un helicóptero dotado con un equipo de inteligencia y de reconocimiento de la Armada estadounidense OH-58D Kiowa Warrior. La ametralladora del calibre 50 de munición pesada había sido retirada junto con el misil aire-aire Stinger y el misil aire-tierra buscador de frecuencia de radar Hellfire, así como el cohete aéreo de aletas plegables de 70 mm de diámetro. Pero, además del

último modelo de sistema de navegación inercial de referencia de altitud y rumbo Litton LR-80, estaba equipado con una versión mejorada del sensor de visión de imágenes térmicas que detecta automáticamente perfiles de calor y dirige el helicóptero directamente hacia allí. El Kiowa OH-58D solía tener dos tripulantes. Pero, en la actualidad, solo lo pilotaba un hombre: el capitán Roy Sisti. Era este un neoyorquino de ojos oscuros, de constitución media, con las cejas pobladas y con la nariz ganchuda que le daba a su rostro un aspecto delgado y picudo. El agente Maldon contactó con el capitán de cabeza rapada Arnall Ultzhoffer, que se encontraba en el USS Tocqueville, y le dijo que la NSA necesitaba que el comandante Sisti viajara a Newcastle para una misión urgente, bajo el mando de un agente veterano, Zimmer Sierota. El capitán Sisti estaba de permiso. Pero el capitán Ultzhoffer informó de que lo llamarían de inmediato y regresaría a bordo lo antes posible. «Perfecto», declaró el agente Maldon, y cortó la comunicación.

En ese preciso momento, el capitán Sisti estaba pasando un rato estupendo en un motel de la bahía de Rushcutters con una prostituta coreana de veinte años disfrazada con un uniforme de colegiala. El capitán había hecho una pausa para darle un trago a una cerveza cuando su busca lo avisó de que tenía que contactar con el buque. A Roy aún le quedaban otros doscientos cincuenta dólares de diversión y toda clase de juegos con la prostituta. Se dio una ducha y llamó al barco. Después de ponerse unos vaqueros, una camiseta de los New York Jets, una gorra y una cazadora de algodón azul, despidió a la chica y a regañadientes cogió un taxi que lo llevó de vuelta a Garden Island.

Antes de que le trasladaran al Tocqueville, el capitán Sisti fue miembro de un destacamento táctico estadounidense con misiones supersecretas, el Actividad. Durante los tres años que estuvo destinado en Colombia, persiguiendo a narcoterroristas y a los cárteles de la droga, las FARC le habían derribado dos helicópteros; le habían disparado en la pierna en Medellín y dos sicarios, de Medellín también, le habían ametrallado el coche cerca de la embajada de Estados Unidos en la avenida El Dorado, en Bogotá. Sin embargo, el capitán Sisti consideraba todo esto parte de su trabajo. Su punto de inflexión se produjo dos años antes, cuando estaba llevando a dos miembros malhumorados del Bloque de Búsqueda, la policía paramilitar colombiana, de regreso de Villavicencio junto con dos monjas católicas. Los policías arrojaron por el helicóptero a las monjas por si los identificaban. Roy abrió fuego contra los colombianos con su pistola de servicio del calibre 45 y

describió los hechos como un tiroteo inevitable. Luego solicitó el traslado al USS Tocqueville, que estaba patrullando el estrecho de Malaca, entre Malasia y Sumatra. Al tratarse de un oficial valiente y leal, el capitán Sisti obtuvo el traslado sin ningún problema y el Tocqueville se había convertido en su casa, y así sería hasta que finalizase su servicio en cinco años.

El trayecto hasta Garden Island era muy corto. El capitán Sisti dio un paseo hasta la pasarela del barco, saludó a la bandera situada en la popa y caminó sin prisas hasta la cabina del capitán Ultzhoffer. Cuando Roy recibió el visto bueno para poder entrar, el capitán estaba sentado en su escritorio bebiéndose una Pepsi y leyendo la revista *Time*. Al ver a Roy, esbozó una sonrisa, le dedicó un saludo discreto y le dijo que tomara asiento.

—¿Cómo ha ido tu permiso, Roy? —le preguntó el capitán Ultzhoffer.

—Arnall —respondió el capitán Sisti—, eres un cristiano practicante y devoto con cinco hijos. Créeme, seguro que no quieres saber cómo administro mi tiempo libre.

—Tienes razón —afirmó el capitán Ultzhoffer—. No quiero saberlo.

—¿Y bien? ¿Qué pasa, Arnall?

—Espera un minuto, y te informaré de todo. —El capitán Ultzhoffer apretó el botón de su interfono—. Alférez, páseme con el agente Sierota, en Newcastle.

—Sí, señor.

El capitán Ultzhoffer le dedicó una sonrisa al capitán Sisti.

—La NSA te necesita para una misión secreta.

—¿En Australia? —preguntó el capitán Sisti.

—Sí.

—¿Será una broma, no?

—Ya está, señor.

—Gracias, alférez.

—Hola. Aquí el agente Zimmer Sierota.

—Agente Sierota, soy el capitán Ultzhoffer. Tengo aquí conmigo al capitán Roy Sisti. Creo que necesita un helicóptero, ¿no?

—Así es, capitán.

El agente Maldon le había facilitado al agente Sierota un informe somero sobre el capitán Sisti. Tras las presentaciones habituales, Zimmer fue directamente al grano. Se trataba de una misión breve pero clandestina. El capitán Sisti tenía que ir vestido como un civil, volaría hasta una pequeña ciudad en el campo llamada Scone, lugar en

el que Zimmer tenía que ponerle punto y final a dos imprevistos. Para no levantar ninguna sospecha, indicó que había un helipuerto comercial en Nelson Bay, no muy lejos de Newcastle. El capitán Sisti debería recogerlo y dejarlo allí después de cumplir la misión. El capitán apuntó que el helicóptero necesitaba repostar y que existía un protocolo al que había que ajustarse, pero que podía hacerlo y que estaría allí a la hora establecida. El agente Sierota dijo que se encontraría con el capitán Sisti en el lugar mencionado y colgó.

Ultzhoffer hizo una mueca.

—Lo que yo creo, Roy, es que vais a dar paseos por el parque.

—Sí. —El capitán Sisti se encogió de hombros—. Ni siquiera tengo que cambiarme.

• • • • •

Jesse sabía que Mick estaba mejorando. Sentado en el borde de la cama, solo le costó dos intentos ponerse los calcetines y atarse las botas. La librera introdujo en una bolsa de plástico los restos de los sándwiches y la metió en su mochila, junto con su cámara de fotos, el diario y las demás cosas que consideró que necesitaría a lo largo de la jornada. En cambio, el electricista guardó en su mochila las llaves Allen, un par de cosas más y todas sus existencias de aspirinas. Conformes con todo lo que habían preparado, abandonaron la habitación rumbo al coche. Mick se sentó directamente en el asiento del copiloto y esperó a que Jesse regresara de la recepción, donde le comunicó al encargado que se quedarían una noche más. «Sin problemas». Dejó atrás el motel al volante de su automóvil. Luego paró en el Subway para comprar dos bocadillos de quince centímetros de jamón y otros dos de pollo asado aderezado con parmesano y orégano, más dos botellas grandes de agua.

Jesse emprendió la marcha y salió de Scone con la ayuda del GPS que había colocado junto a ella, mientras que su novio seguía sin abrir la boca. I’m a Believer, de Smash Mouth, estaba sonando en la radio cuando el transmisor GPS comenzó a producir un sonido metálico.

—¿Hola? ¿Quién es? —preguntó Mick—. Será mejor que no sea Bruce el Imbécil otra vez.

Un poco más adelante, la librera señaló a un poste metálico en el arcén de la carretera.

—Mira. Te avisa de los radares de velocidad.

—¿En serio? —preguntó él—. Debería ponerme uno en el Buick.

—¿En el Buick? —repitió ella—. Mick, desde que te conozco, nunca has pasado de los sesenta kilómetros por hora con el Buick.

Continuaron avanzando y la señal que indicaba que habían llegado a la bifurcación para el monte Burning apareció en el aparato, y Jesse la siguió. Unos metros más adelante, detuvo el coche en el aparcamiento, no muy lejos de la blanca caravana solitaria.

—Bueno, ya hemos llegado —anunció ella, apagando el motor—. ¿Cómo te encuentras?

—Aún no estoy al cien por cien —contestó él.

—Antes de que nos bajemos del coche, tengo que enseñarte algo. —Jesse le mostró la pantalla del transmisor a Mick—. ¿Puedes leer esto? —le preguntó.

—No —gruñó él.

—Dice: S 31. 51. 383. E 150. 54. 017. Es la latitud y la longitud en la que nos encontramos. Y nuestra altitud es de 776 metros. ¿Increíble o no, amiguito?

—Increíble —dijo él.

Jesse volvió a bajar el GPS y empezó a dar golpecitos en el salpicadero a ritmo de rap.

—«Sí, señor, mi novio tiene actitud. Porque no puede tocar mi longitud ni mi latitud. Pero eso no le preocupa a Jesse, porque está muy contenta de ir a buscar y encontrar la máquina de rayos de la muerte de Nikola Tesla. Sí, sí. Uh, uh, uh, uh».

Mick se tapó los ojos con las manos.

—Oz, por favor. Bastante me duele ya la cabeza.

—Venga, tiquismiquis —repuso ella—. Pongámonos en marcha. —Enarcó una ceja mirando a su novio—. Y si te portas bien, dejaré que restriegues tu sucio cuerpo contra el mío cuando encontremos la máquina del juicio final, para celebrarlo.

Mick observó a su novia horrorizado.

—Dios santo, qué mujer —respondió—. ¿Después de todo el sexo que tuvimos ayer? Eres insaciable.

—Lo sé —dijo ella—. Pero es por tu culpa, Mick. Tú has hecho que me vuelva loca de remate.

—Oh, sí. Échame la culpa a mí —repuso él.

Después de asegurarse de que llevaban todo consigo, Mick y Jesse salieron del Commodore y ella lo cerró con llave. Se pusieron al hombro las mochilas, se

colocaron las gorras y las gafas de sol, y partieron.

Mick ya empezó a encontrarse cansado nada más cruzar el puente metálico. Para cuando llegaron a la hilera de árboles, tenía como prueba visible de ello el sudor que emanaba de su cuerpo y la deshidratación que sufría. Cuando vieron el primer canguro, el electricista deseó con todas sus fuerzas guarecerse en su bolsa y que lo llevara saltando hasta el motel.

A medio camino de la ascensión por el monte, se toparon con un hombre de rostro rubicundo, junto con su mujer y su joven hijo, descendiendo. Sus pieles blancas como la nieve estaban cubiertas de protector solar y llevaban grandes sombreros de paja y sandalias de cuero gruesas. Jesse les dedicó una sonrisa y los saludó alegremente y el hombre y la mujer murmuraron algo en respuesta en alguna lengua escandinava. Mick también masculló algo ininteligible en dialecto «strine» según pasaron junto a él por el sendero.

—Bueno, por lo menos los domingueros se han ido —apuntó Jesse una vez que retomaron la marcha.

—Sí. Malditos turistas. —Mick no dejaba de sudar—. Debe de haber millones.

Tras un par de paradas en boxes para que el electricista pudiera beber algo de agua, llegaron a la cima. Jesse enfiló directa hacia la zona de descanso y se detuvieron allí para contemplar la maravillosa vista que se abría ante ellos.

—Bien. Aquí estamos. —Ella sonreía.

—Sí. —Mick olfateó justo cuando llegaba un soplo de aire cargado de sulfuro procedente del montículo cubierto de ceniza—. La escena del crimen de ayer. Mira, todavía sigue la mancha de humedad sobre la mesa.

Jesse le lanzó una mirada de arriba abajo fulminante.

—Cerdo, bestia degradante —le dijo—. Solo por eso, no te has ganado un descanso. Vamos. —Apuntó con el dedo hacia las colinas y la sierra que se veían en el horizonte—. Hacia allí.

—Vieja mojigata sin sentido del humor —masculló entre dientes Mick mientras la seguía en dirección a los restos de una vieja valla de alambre de púas que rodeaba el mirador. Luego, la atravesó por un hueco, imitando los pasos de su novia.

Caminaban a buen ritmo, constante. Entonces, el terreno cambió de modo considerable de nivelación y los valles poblados de árboles dieron paso al paisaje árido de las rocas. Mick se tomó un par de aspirinas más durante el ascenso y, tras sudar la gota gorda y beber mucha agua, empezó a sentirse mejor. Más adelante, se

hicieron con dos ramas del tamaño adecuado para que les sirvieran de bastón. Después, la librera encontró un antiguo sendero de un par de metros de ancho que serpenteaba entre los árboles. La pista era irregular y estaba plagada de fragmentos de granito y cuarzo blanco que habían llegado hasta allí con el paso de los años. Pero facilitaba el tránsito entre la arboleda.

—Este podría haber sido un antiguo sendero de buscadores de oro —explicó Jesse.

—Sí, mira ese aluvial de cuarzo —señaló Mick—. No me importaría volver hasta aquí con un detector de metales.

—Me parece una buena idea. —Ella le dedicó una sonrisa—. Te quiero, senderista. —La librera le mostró a su novio la brújula digital del transmisor GPS—. Sobre todo con este aparato.

Prosiguieron con la caminata por el antiguo sendero hacia las colinas y las montañas de granito, cada vez más cercanas, con el acompañamiento del silbido y el revoloteo de los loros y otros pájaros. Una pareja de canguros rojos grandes pasaron saltando a su lado y asustaron a algunos pavos que se escondían detrás de los arbustos de alrededor, además de a un pequeño grupo de ualabíes grises que descubrieron en un barranco. Pequeños tornados de viento silbaban entre los valles. Uno de ellos levantó a su paso un remolino de polvo y de hojas, desplazándolo a menos de cincuenta metros de distancia. Mick se giró para observar a un águila audaz que planeaba en el cielo y se percató de que el montículo de ceniza y los refugios de madera del monte Burning habían desaparecido en el interior de los valles que dejaban a sus espaldas.

• • • • •

Inmerso en el tráfico de los domingos de Nelson Bay, entre Salt Ash y Bob's Farm, el agente Sierota comenzó a ponerse nervioso al volante del reparado Jeep Cherokee. No era el coche de policía que tenía detrás lo que le inquietaba. Ni el hecho de que tuviera un rifle AR 18 y sus recámaras correspondientes de 10.20 dentro de una bolsa de lona con cierre escondida en un compartimento secreto del vehículo, junto con su pistola Smith & Wesson 1006 con sus recargas de 6.9. Zimmer tenía el dispositivo de rastreo en el asiento del copiloto y vio moverse la aguja. Marcaba en dirección a la autopista de Nueva Inglaterra, hacia Scone. Después se detuvo en Wingen y, desde ahí, empezó a moverse lentamente hacia la reserva natural del monte

Burning. El agente Sierota no conocía los lugares que le marcaba el dispositivo, pero tanto movimiento significaba que Mick y Jesse se habían bajado del coche y estaban caminando, sin lugar a dudas, hacia el proyecto Piggie. Por lo que, cuanto antes diera con ellos, mejor. Con un ojo puesto en el aparato, el agente Sierota se alejó del tráfico dominguero por el complejo deportivo Tomaree y detuvo el vehículo junto a la valla que había nada más pasar la oficina del helipuerto. La oficina estaba cerrada y Zimmer salía del todoterreno para echar un vistazo a su alrededor cuando empezó a sonar su móvil.

—Sierota.

—Agente Sierota, soy el capitán Sisti. Mi hora estimada de llegada al helipuerto es dentro de diez minutos.

—De acuerdo, capitán. Ya estoy aquí. Nos vemos en diez minutos.

• • • • •

Después de pedir permiso a las autoridades australianas y tras cumplir con el protocolo necesario para despegar del buque, el capitán Sisti voló desde el Tocqueville en dirección norte, dejó el puerto de Sídney y siguió la costa hasta Stockton Bay. Tras su última misión en Malasia, el vuelo de hoy había sido como un paseo por la playa y estaba gratamente sorprendido de la belleza de la costa de Nueva Gales del Sur.

De camino, descendió ligeramente en un punto que su mapa marcaba como McMasters Beach, y allí dos chicas con unos pechos descomunales estaban tomando el sol en toples, en el extremo norte de la playa. Una de ellas alzó la mirada y le saludó con la mano cuando pilotaba por encima. La cara de Roy se puso roja como un tomate, esbozó una sonrisa lasciva y empezó a hacer círculos sobre ellas. *¡Me cago en la hostia! ¡Si no se hubieran incorporado para saludarme! ¡Dios mío! Las mujeres aquí son la mar de cordiales*. Roy sonrió antes de seguir con el vuelo.

• • • • •

Con la bolsa de lona a sus pies y sujetando el dispositivo, el agente Sierota estaba apoyado en el Jeep Cherokee cuando escuchó las hélices de un helicóptero aproximándose. Levantó la mirada y era el Kiowa OH-58D. Zimmer cogió la bolsa con la mano que tenía libre y pasó por encima de la valla. Hizo un gesto de bienvenida al capitán Sisti que, con mucha pericia, tomó tierra levantando un ruidoso remolino de polvo y hojas. Manteniendo la cabeza agachada instintivamente, para evitar el impacto con las palas del rotor en movimiento, el agente Sierota se acercó al helicóptero, abrió la puerta y lanzó su mochila al interior. Luego, subió él, apoyando cuidadosamente el

dispositivo de rastreo sobre su regazo, y cerró la puerta tras de sí.

El capitán Sisti le tendió la mano.

—Roy Sisti —gritó—. ¿Le parece bien si prescindimos de formalidades, agente Sierota?

—Por supuesto. —El agente de la NSA le estrechó la mano al capitán Sisti con un movimiento firme—. Zimmer Sierota.

—Vale. Entonces, ¿hacia dónde vamos, Zimmer? ¿Scone?

—Eso es. ¿Lo conoces?

—Lo he visto en el mapa —contestó Roy. Le dedicó la mirada de rigor de arriba abajo a Zimmer—. ¿Y bien? ¿Cuál es nuestra misión?

Zimmer indicó con la cabeza hacia la mochila.

—Tengo que deshacerme de dos imprevistos. Código rojo. —Señaló el dispositivo que reposaba sobre sus piernas—. Los seguiremos con esto.

—Es un AST 1235. ¿Quieres que use eso en vez de mi ARC 186?

Zimmer negó con la cabeza.

—No. Me da igual. Te guiaré.

—Como quieras. Está bien. Abróchate el cinturón de seguridad y ponte los cascos —ordenó Roy—. E iremos directo a por ellos.

—Adelante, capitán.

El agente Sierota se abrochó el cinturón y se puso los cascos tal y como le había pedido el capitán Sisti. El helicóptero despegó y sobrevoló el complejo deportivo, dirigiéndose hacia el oeste.

• • • • •

Pisando con fuerza, Mick y Jesse seguían el antiguo sendero hacia las montañas, que cada vez se veían más cerca. La resaca del electricista casi había desaparecido por completo. Pero al no haber comido apenas nada desde el desayuno, estaba empezando a asediarlo el hambre y se le hacía la boca agua al pensar en uno de los bocadillos del Subway que llevaba en la mochila. Jesse, por el contrario, irradiaba fervorosa energía y estaba disfrutando de su paseo entre los árboles y de la visión de la fauna del lugar.

Finalmente, el sendero llegó a su fin en una línea ascendente de árboles y matorrales raquíticos que crecían debajo de una enorme e imponente pared de granito. Los barrancos enmarcaban el paisaje a ambos lados del camino y, a unos metros de distancia del final del sendero, una repisa desigual sobresalía por debajo de una inmensa cúpula rocosa que se alzaba desde una profunda hendidura abierta en la roca.

El silencio era absoluto. Ningún sonido llegaba hasta ahí, ni tan siquiera el viento: la barrera maciza de roca revestida con liquen lo absorbía todo.

Mick se dio la vuelta hacia Jesse.

—¿Es este el sitio? —le preguntó.

—Creo que sí. —Jesse dejó caer sobre el suelo su mochila y lo que llevaba en la mano, sacó la hoja del bloc de notas del motel y comparó sus anotaciones con lo que decía el GPS—. Sí. Es aquí. —Le tendió las coordenadas escritas—. ¿Quieres comprobarlo?

Mick movió la cabeza.

—No. Te creo. —Se echó para atrás y miró hacia lo alto de la ladera de roca. Ahí, en medio de la nada, bajo un cielo abierto inmenso entre valles interminables, colinas y montañas de piedra de hace miles de años, Mick se sintió maravillado—. ¡Joder! Pues si estas son las colinas Piggiebillah —intervino—, parecían mucho más pequeñas desde el monte Burning.

Jesse también retrocedió un paso y alzó la vista hacia los empinados barrancos grises.

—Sí, ni que lo digas —dijo ella.

—¿Y bien? ¿Qué estamos buscando?

—No estoy segura —respondió ella—. Algún tipo de entrada, me imagino. —Jesse guardó el transmisor en su mochila—. De todas formas, será mejor que emprendamos la búsqueda ahora que tenemos tanta luz.

—¿Y qué me dices si comemos algo primero? —propuso Mick—. Me muero de hambre.

—¿Y por qué no mejor primero echamos un vistazo por los alrededores? Después comeremos los dos.

—Está bien. Tú mandas.

Mick tiró su mochila junto a la de Jesse y empezó a buscar por un lado de la ladera de piedra mientras que su novia lo hacía por el otro. Él estaba probando suerte entre la maleza, con cuidado por si aparecía alguna serpiente, cuando se topó con algo. Se apartó de las enredaderas y llamó a Jesse.

—Ey, Oz. Ven a ver esto. —La librera se aproximó apresuradamente hasta él. Mick señaló una banda metálica oxidada y unos radios de madera en pleno proceso de descomposición que salían desde los restos de un eje—. Es un viejo carro —matizó él.

—Eh, tienes razón —contestó ella.

—¿No habías dicho que Tesla mencionaba algo sobre un carro tirado por bueyes en su diario?

Jesse enarcó las cejas.

—Es verdad. Así es.

—Esto puede ser una parte de él.

—Sí, puede ser. ¡Joder! Voy a por mi cámara.

La librera regresó al punto donde se encontraba su mochila, por lo que Mick continuó explorando en las inmediaciones de la pared de piedra y entre los árboles. Se alejó un par de metros y luego volvió. Alzó la mirada hacia la cornisa que sobresalía de la grieta en el muro de granito. Jesse ya estaba sacando fotos y el electricista observaba un antiguo avispero, en uno de los extremos de la cornisa, cuando algo reclamó su atención. Retrocedió un paso y se quitó las gafas de sol para asegurarse antes de avisar a su novia.

—Ey, Oz. Ven aquí un momento.

La librera dejó de hacer lo que estaba haciendo y fue.

—¿Qué pasa, Mick?

Él señaló con el dedo hacia la parte inferior de la cornisa de piedra.

—¿Ves todo ese liquen debajo de la cornisa?

—Sí. ¿Qué le pasa?

—Ha crecido como si siguiera un patrón. No suele crecer así.

Jesse se quitó también las gafas de sol e inclinó un poco la cabeza hacia un lado.

—Sí. Ya veo a qué te refieres, Mick. Está muy bien cuidado.

Mick dio un salto por encima de los matorrales que había frente a la pared y se acercó todo lo que pudo hasta el musgo que quedaba sobre él.

—¿Ves cómo el liquen crece uniformemente, Oz? Si quieres saber mi opinión, yo diría que esta parte del barranco se ha cimentado con piedra. Y que, con el paso de los años, el musgo y el liquen han crecido entre las ranuras, dándole un aspecto de adoquinado.

Mick se alejó más de Jesse y empezó a fisgonear alrededor de los arbustos y de los pequeños árboles que crecían contra la pared del barranco. Se paró y se giró hacia la librera.

—Oz, fíjate en esto.

Jesse se dirigió hacia su novio, que había descubierto una abertura en el muro de piedra.

—Es una pequeña cueva —explicó ella—. Probablemente una madriguera de vombátidos.

—Sí. O una entrada. —Mick se puso frente a su novia—. Oz —añadió—, piénsalo un momento. Tú eres Tesla. Para construir tu máquina de los rayos de la muerte dentro de una montaña, necesitarías una entrada de un tamaño más o menos razonable para que tus hombres y el equipo necesario pudieran entrar y salir. ¿No?

—Sí. Claro —repuso ella.

—Pero una vez que estuviera todo hecho, no necesitarías volver a entrar para cargarlo con bombas, o llenarlo de gasolina o con lo que quiera que funcionase. Al fin y al cabo se trata de la máquina de rayos de la muerte. Lo único que tienes que hacer es activarla.

—Sí. —Jesse asintió nuevamente—. Tiene sentido lo que dices.

—Por tanto, solo precisas una entrada lo suficientemente grande como para que pase un hombre, y camuflarla. —Mick indicó las piedras cubiertas de musgo. Después, apuntó hacia la cueva—. ¿Qué te apuestas, Oz, a que esto en su día fue una gran entrada y luego, Tesla la tapó, dejando solo el hueco necesario para pasar a gatas, como sucedería si nos internásemos por esa pequeña cueva?

Jesse le miró fijamente.

—Iré a por nuestras mochilas y la linterna.

—Buena idea, Nikita.

La librera regresó con las mochilas y las dejó en el suelo. Le pasó la linterna a Mick. Se tumbaron el uno junto al otro frente al túnel y el electricista encendió la linterna. El haz de luz iluminó diez metros de un túnel angosto y lleno de telarañas, sellado al final por una lámina de metal.

—Mira eso, Oz —dijo él, alumbrando con la linterna la parte metálica—. Si eso no es una puerta, ¿qué más puede ser?

Jesse le clavó la mirada a Mick, lo agarró por la parte delantera de la camiseta y lo besó salvajemente en la boca.

—Y tú dices que yo soy un genio. Tonto.

—Gracias. —Él sonrió. Movió el haz de luz por el túnel—. Joder. Mira todas las vetas de cobre. Hay por todas partes.

—Sí. —Jesse reparó en ello—. Sería perfecto si fuera oro y no estuviera en un lugar sagrado.

—Ni que lo digas. ¿Dónde están las llaves Allen? —Mick abrió su mochila y

rebuscó en el interior de la bolsa de cuero que contenía las llaves metálicas alargadas. Las sacó y dirigió la linterna hacia ellas—. Está bien, Oz. Comprobemos si siguen abriendo puertas. —Se giró hacia su novia—. Y esperemos que Nikola no haya puesto ninguna trampa explosiva ahí dentro.

—Sí. Veamos. —Jesse le dedicó una sonrisa a Mick—. Tú primero.

Agarrando su mochila y las llaves Allen con una mano y la linterna con la otra, Mick comenzó a gatear por el túnel con Jesse tras él. De repente, ella le golpeó suavemente en la pierna.

—Ey, Mick —le dijo—. ¿Oyes algo?

Él la miró por encima del hombro.

—¿Como qué? —le preguntó a su novia.

—Suena como si hubiera un helicóptero.

—¿Ahí fuera? Na. Es el viento. Vamos. Y ten cuidado con las arañas.

—¡Mierda! Estoy justo detrás de ti.

El agente Sierota y el capitán Sisti no encontraron muchos temas de conversación en su viaje desde Nelson Bay. Zimmer le preguntó a Roy un par de cosas sobre Colombia y el Actividad. Desafortunadamente, era información confidencial. Roy le preguntó a Zimmer algunas cosas sobre la NSA. Por desgracia, también era información confidencial. Lo único que no era confidencial era la disconformidad de Roy con respecto a lo que estaba a punto de hacer Zimmer: matar brutalmente a una pareja desarmada y abandonar sus cuerpos en el monte. Roy pensaba que había dejado atrás, en la selva, toda esa basura. Pero las órdenes eran órdenes, y la seguridad nacional del Tío Sam era la seguridad nacional del Tío Sam.

Con Zimmer dándole indicaciones, Roy sobrevoló Scone. Luego, el aparcamiento del monte Burning. Zimmer estaba examinando la zona con unos prismáticos. Se los quitó y señaló hacia el viejo Commodore blanco aparcado junto a la valla.

—Ese es su coche —anunció él—. Los tenemos.

—Bien, Zimmer —respondió Roy—. Me alegro por ti.

Sin captar el sarcasmo de Roy, Sierota se giró y abrió el cierre de la bolsa de lona que tenía detrás de él. Sacó su AR 18, encajó un cargador de balas, lo aseguró y lo recargó antes de acunarlo sobre su regazo. Roy llevó hasta lo alto del monte Burning el Kiowa y lo pilotó descendiendo un poco en altura entre los serpenteantes valles hacia las colinas Piggiebillah. Se estaban acercando rápidamente al lugar cuando la cara del agente Sierota enrojeció y le propinó un golpe al dispositivo de rastreo.

—¡Maldito hijo de puta! —blasfemó Zimmer.

—¿Algún problema? —le preguntó Roy.

—Sí. Los he perdido. No me lo puedo creer. Roy redujo la velocidad cuando se hallaban próximos a los muros de piedra y seguidamente tomó altura. Despacio y con cuidado, sobrevoló la zona para regresar vacilante a los escarpados barrancos grises.

—¿Dónde los perdiste? —preguntó Roy.

—Por aquí. —Zimmer frunció el ceño—. El maldito transmisor sigue encendido. Pero ellos han desaparecido. Joder con el gilipollas de Newcastle y su novia.

—¿Tienes alguna idea de dónde pueden estar? —le preguntó.

—¿Que dónde pueden estar? ¡Por el amor de Dios! Mira todas esas colinas y montañas de ahí abajo. Podrían estar en cualquier parte.

Roy comprobó sus indicadores.

—Vale. Me quedan dos horas de combustible y la zona está sometida a pequeños y extraños cambios de viento. Y, desde luego, preferiría no tener que aterrizar en un

terreno tan hostil.

Zimmer hizo una mueca.

—Entonces, ¿qué sugieres?

Roy señaló hacia su mapa.

—He hecho mis deberes antes de venir; existe un helipuerto privado no muy lejos de aquí que pertenece a un tipo que es dueño de una cadena de televisión. ¿Por qué no esperamos allí mientras sigues comprobando el localizador? Vincent y su novia tendrán que aparecer tarde o temprano. Aunque sea de noche y tu AST 1235 no los localice, este aparato está equipado con la aviónica necesaria como para encontrar a una luciérnaga en una ventisca de nieve. Darás con ellos.

Zimmer meditó la propuesta por un momento.

—De acuerdo. Así lo haremos.

—Sin problemas. —Roy levantó el Kiowa y recorrió de nuevo los valles hacia el monte Burning y el helipuerto.

• • • • •

Con Jesse justo detrás de él, Mick se arrastró por el túnel hasta que se topó con una puerta metálica. Tenía un brillo de cobre y parecía maciza. El electricista la golpeó con su puño.

—Mierda —recalcó—. Parece la cámara acorazada de un banco.

—¿Dónde están las cerraduras? —preguntó Jesse.

Mick apuntó con la linterna hacia la puerta de metal.

—En la parte inferior, en las esquinas. ¿Ves?

Jesse focalizó hacia la luz y reparó en los dos agujeros que había en el metal.

—Sí, las veo —contestó.

El electricista le dio otro golpetazo a la puerta.

—Está bien, es el momento de averiguar si estas cosas realmente sirven para abrir puertas. —Se giró hacia su novia—. Y si volamos por los aires, quiero que sepas que te quiero, Oz.

—Y yo a ti, Mick —respondió ella—. Ahora, abre la maldita puerta. Acabo de ver una araña cazadora tan grande como un mamut peludo.

Mick introdujo las llaves Allen por las aberturas de la puerta y esbozó una sonrisa cuando comprobó que encajaban a la perfección. Las giró, las levantó y la puerta de metal compensada se deslizó fácilmente hacia arriba, dejando el espacio suficiente

como para recuperar las llaves.

—¡Mira eso, Oz! —Él dibujó una sonrisa en sus labios—. Lo hemos conseguido, como James Bond, y seguimos de una pieza.

—Increíble —añadió ella—. ¿Qué hay dentro?

Mick alumbró con la linterna hacia el interior.

—Una habitación enorme con.… No sé lo que es.

—Vamos —se apresuró a decir ella—. Entremos.

—Vale.

Mick cogió las dos llaves Allen y las guardó de nuevo en su mochila. Jesse y él avanzaron con dificultad hacia la puerta abierta y se pusieron en pie una vez que estuvieron dentro de una habitación inmensa y sombría.

—Mick, apunta con la linterna hacia la puerta —le ordenó—. Me juego lo que sea a que hay un interruptor.

—¿Un interruptor? —repitió él—. ¿De dónde sacas que la electricidad va a llegar hasta aquí dentro?

—Tesla había trabajado en la electricidad gratuita y en la teoría del campo unificado. Tenía algún tipo de fuente de energía aquí dentro.

Mick hizo lo que le pidió Jesse y encontró un viejo interruptor de porcelana y latón a un par de metros de altura sobre el suelo, a la izquierda.

—Lo sabía —intervino ella—. Pero mira, ya está encendido. Por lo que la electricidad no debe funcionar.

Mick negó con la cabeza.

—Tontita —repuso el electricista—. Tesla vivía en Estados Unidos. Los yanquis lo encienden al revés que nosotros. —Mick levantó el interruptor.

Hubo un pequeño parpadeo antes de que seis bombillas en el techo se alumbrasen e iluminaran toda la habitación con una luz blanca y suave. Un segundo más tarde, se escuchó un silbido breve y, justo después, un fuerte golpe resonó en toda la sala.

—Ey, Mick —le llamó—. La puerta se acaba de cerrar de un portazo.

—No importa —contestó él—. Tengo las llaves. ¡Pero, mierda! Mira eso.

La pareja se encontraba en una habitación de diez metros cuadrados con el suelo de granito, las paredes de granito y el alto techo de granito. Un panel grande de latón reposaba sobre cada una de las paredes, reflectando la luz procedente del techo y de las vetas de cobre del propio granito que centelleaban. En mitad de la habitación había una máquina parecida a una inmensa caldera, cubierta de clavos de cobre gruesos.

Unas vigas de cobre y metal salían desde la parte de arriba y de los lados de la máquina hasta las paredes y el techo, y entre las vigas había bobinas de cobre. En la parte derecha de la máquina descansaba un banco de madera junto a un teclado metálico macizo con teclas numeradas del uno al diez y con una de ellas con el símbolo de la almohadilla. Sobre el teclado, a cuatro metros de altura había unas finas agujas negras bajo cuatro interruptores de metal macizo. Debajo de cada uno de los interruptores había un pequeño botón de cristal tallado. La habitación hermética estaba fría y limpísima. No había humedad ni telarañas y, a pesar de los años y de su aspecto pintoresco, el equipo parecía como si lo hubiesen instalado ayer mismo.

—Conque esta es la máquina del juicio final de Tesla —apuntó Jesse, dejando caer su mochila al suelo—. Me recuerda a un dalek[6] con todos esos clavos metálicos.

—Sí. Parece sacado de *Plan 9 del espacio exterior*[7] —añadió Mick—. De todos modos, comamos algo mientras estudiamos todo esto.

—De acuerdo —asintió Jesse—. Cogeré la cámara.

• • • • •

El helicóptero no tardó mucho en llegar al helipuerto. Roy pilotó el Kiowa por la autopista de Nueva Inglaterra. Luego, sobrevoló una bonita finca con una casa enorme rodeada de automóviles de alta gama. Unas vallas blancas bordeaban los exuberantes jardines, una piscina inmensa refulgía en la parte trasera de la casa y una larga hilera de establos recorría uno de los laterales. El helipuerto estaba apartado de la vivienda, detrás de un potrero repleto de caballos bien cuidados. No muy lejos de la casa, un grupo de personas, sentadas o de pie, se habían reunido detrás de un cobertizo y estaban viendo a dos equipos de hombres galopando sobre unos caballos alrededor de un paddock cerrado. Todo el mundo se detuvo al escuchar al helicóptero acercarse y alzaron las miradas hacia el cielo.

—¿Qué hacen ahí abajo? —preguntó Zimmer—. ¿Jugando al polo?

—Sí —respondió Roy—. Y parece que no les ha hecho ni pizca de gracia vernos. ¿Qué excusa propones para salir del paso?

Zimmer cerró la bolsa en la que guardaba su AR 18.

—Déjame eso a mí —dijo.

Roy posó el Kiowa con delicadeza, apagó el motor y las palas del rotor empezaron a detenerse. De entre los jinetes, un hombre grande, vestido con unos pantalones de montar blancos, un salacot y un polo blanco con una equis en la parte de delante, se

acercó trotando sobre un magnífico caballo zaino castrado. El jinete tenía los ojos entrecerrados y una boca grande en un rostro carnoso, y resultaba evidente que no estaba contento con la inesperada visita de Roy y Zimmer. Tiró de las riendas para que el caballo se detuviera junto al helicóptero y apoyó su mazo de polo al otro lado de la silla en cuanto vio bajar a Zimmer de la aeronave, dejando la puerta abierta.

—¿Qué demonios creen que están haciendo? —preguntó el hombre—. Maldita sea su impertinencia. ¿No saben que esto es una propiedad privada? Apuesto a que son de la ABC.

—Uh. Permita que me presente. —El agente Sierota esbozó una sonrisa, enseñando un carné de identidad falso—. Soy el capitán Ray Walker. Y ese de ahí es el capitán Roy Sisti.

—Buenas tardes, señor. —Roy lo saludó desde la cabina del helicóptero.

—Uh. Somos de la Armada de Estados Unidos —le explicó Zimmer.

El hombre le dedicó una mirada de sospecha al helicóptero.

—¿Ha dicho de la Armada de Estados Unidos?

—Sí, uh —asintió Zimmer—. Colaborábamos en la búsqueda de dos turistas perdidos cuando empezamos a tener problemas con la hidráulica, por lo que tuvimos que buscar rápidamente un sitio en el que tomar tierra. Sentimos mucho, uh, cualquier inconveniente que le hayamos podido causar. Y por supuesto que respetamos su privacidad. De todas maneras, no creo que nos quedemos mucho tiempo.

La expresión beligerante del hombre se esfumó de su cara y se calmó.

—Miembros de un equipo de búsqueda. Bueno, eso lo cambia todo, ¿no?

—Eso esperamos, uh. —Zimmer sonrió.

—En tal caso, caballeros, pueden quedarse aquí todo el tiempo que precisen. ¿Quieren que mande a uno de mis mecánicos para que le eche un vistazo a su helicóptero?

—No. No hace falta, uh —repuso Zimmer—. Podemos arreglarlo nosotros mismos.

—Bien —contestó el hombre—. Bueno, estoy en medio de un partido de polo, así que tendrán que perdonarme. Si lo desean, hay bebidas frías y sándwiches allí. Son más que bienvenidos y pueden unirse a nosotros.

—Muchas gracias, uh —contestó Zimmer—. Es muy considerado por su parte, uh. Lo tendremos en cuenta.

—De nada, caballeros. —El hombre acarició cariñosamente a su caballo en el

cuello y miró a su alrededor—. ¿A que es un día estupendo?

—Sí. Sí que lo es, uh —respondió Zimmer—. Y debo decir, uh, que viven en una parte del mundo maravillosa.

—Sí. Lo sé. Y gracias por el cumplido. —El hombre tiró de las riendas del caballo hacia un lado con sumo cuidado—. Buenas tardes, caballeros.

—Buenas tardes, uh. —Zimmer contempló al hombre alejarse al galope. Después, regresó al helicóptero.

—Parece un buen hombre —dijo Roy.

—Sí —confirmó Zimmer—, pero no me gustaría cruzarme con él. ¿Has visto el tamaño que tenía ese hijo de puta sentado ahí arriba sobre el caballo?

—Desde luego —respondió Roy—, aunque debo decirte, estimado caballero, que tu encanto sureño ha caído por los suelos. Por mi parte, me voy a tomar muy en serio lo que ha dicho de las bebidas y los sándwiches.

—Vale, pero primero quedémonos aquí un rato y veamos si Vincent y su novia se mueven. —Zimmer revisó el transmisor y negó con la cabeza—. Maldita sea, si supiera lo que le ha pasado a la señal…

—Bueno, lo que es evidente es que algo la está bloqueando —matizó Roy.

• • • • •

Después de un bocadillo del Subway y de reponer todo el líquido perdido, Mick se sintió mejor. Y con una taza de café, se hubiera sentido totalmente recuperado. Pero con el agua era suficiente. Jesse también se comió su bocadillo. El electricista observó a su novia mientras esta sacaba fotos y, cuando hubo acabado, inspeccionaron la habitación, comprobando todo y discutiendo sobre los pros y los contras de la máquina de los rayos de la muerte. Habían colocado el diario de Tesla y el contenido de los maletines sobre el banco de madera y, tras comparar notas, se dieron cuenta de que aún les quedaban algunas dudas por resolver con respecto al extraño aparato.

—Sí. Lo siento, Mick —dijo ella mientras estaban de pie frente al panel, bebiendo agua—. Pero no creo que esto sea una máquina del juicio final. Tengo la sensación de que es otra cosa.

—Estoy de acuerdo contigo —contestó él—. Y no sabes hasta qué punto. —Se dio la vuelta hacia ella—. ¿Y bien? ¿Qué es lo que te ha hecho cambiar de opinión? Tú primero.

—De acuerdo —intervino Jesse—. Primero, Nikola se declaraba pacifista. ¿Por

qué querría hacer volar por los aires medio mundo y matar a millones de personas?

—Buen argumento, Oz —afirmó él—. No tendría sentido.

La librera señaló con el dedo hacia el banco.

—Y en su diario, dice «Voy a experimentar un tremendo placer en vengarme de J. Pierpont Morgan». Después viene eso de todo el bien que podía haber hecho al mundo entero. Y, con esto, probablemente hubiera conseguido justo la reacción contraria. —Se encogió de hombros—. No creo que la solución fuera volar el planeta, ¿no? Más bien, tomarse la revancha con determinadas partes.

—Me alegra que digas determinadas partes. —Mick asintió sabiamente—. En su diario, Tesla confiesa que lamenta profundamente haber mentido a Guglielmo después de que Marconi hubiera puesto el dinero para el proyecto Piggie. Y con lo que Marconi pensaba que se iba a hacer rico, posiblemente lo arruinaría, ¿no?

—Eso es, Mick —respondió ella.

—Bien, Marconi amasó su fortuna gracias al envío de señales inalámbricas. Y con la radio y todo eso, ¿verdad, Oz?

—Sí —asintió la librera.

—Entonces, para arruinarlo, Tesla tendría que haber acabado con todas sus señales de radio. —Mick retrocedió un paso, alejándose un poco de la máquina—. He estado estudiando esta cosa y hay un montón de metal en estas vigas que recorren el techo. Pero también hay un montón de bobinas de cobre. Y la propia montaña rebosa cobre.

—Solo tienes que mirar a las paredes de granito para verlo —añadió Jesse.

—Y el cobre es un buen conductor —explicó él. Le clavó la mirada a su novia—. No tengo ni idea de cómo consiguió Tesla traer electricidad aquí dentro, Oz, ni tampoco sé cómo inventó esta máquina. Pero creo que lo que tenemos aquí delante es un inmenso transmisor.

—¿Un transmisor? —repitió ella—. ¿Qué? ¿Como el que tengo en la mochila?

—Más o menos. —Mick esbozó una sonrisa—. De hecho, si tuviera que darle a esta cosa un nombre imaginario dentro del rango de la inteligencia militar, la llamaría TTR. Un TTR.

—¿Un TTR?

—Sí. Trituradora Telegráfica de Radios. Envía haces de radiofaro al exterior, encuentra señales electrónicas y las tritura. En otras palabras, Oz, es un aparato de interferencias supersofisticado de la edad de oro.

La librera pestañeó mostrando cierto desconcierto.

—Mick. Eres un maldito pequeño genio. Creo que tienes razón.

—Gracias. Soy electricista, ¿sabes?

—Y uno de los mejores —replicó ella.

Mick le echó otro vistazo a la máquina y luego sonrió y sacudió la cabeza.

—Estoy seguro de que ahora no funcionaría.

—¿No? ¿Por qué no? —preguntó Jesse—. Si Tesla podía mandar electricidad a cualquier parte del mundo, entonces ¿por qué su máquina no iba a poder hacerlo ahora?

—Bueno, aparte del hecho de que la máquina llevaba metida en una cueva aproximadamente cien años y de que se está deteriorando —contestó él—, ahí fuera hay demasiado tráfico de señales. En 1925, había pocas señales radiofónicas: el código morse, líneas de teléfono terrestres y poco más. Ahora, tenemos móviles, televisores, radios de frecuencia modulada, internet…

—Sí, tienes razón —afirmó la librera—. Sistemas informáticos, satélites, *walkies-talkies* —añadió—. Radares, transmisores de GPS.

—Exacto —repuso él—. ¡Maldita sea! Los yanquis han ido proporcionando a la gente sistemas de telecomunicaciones de los que no sabemos nada. Al igual que los chinos y los rusos.

—¿Y qué me dices de la fibra óptica? —preguntó Jesse.

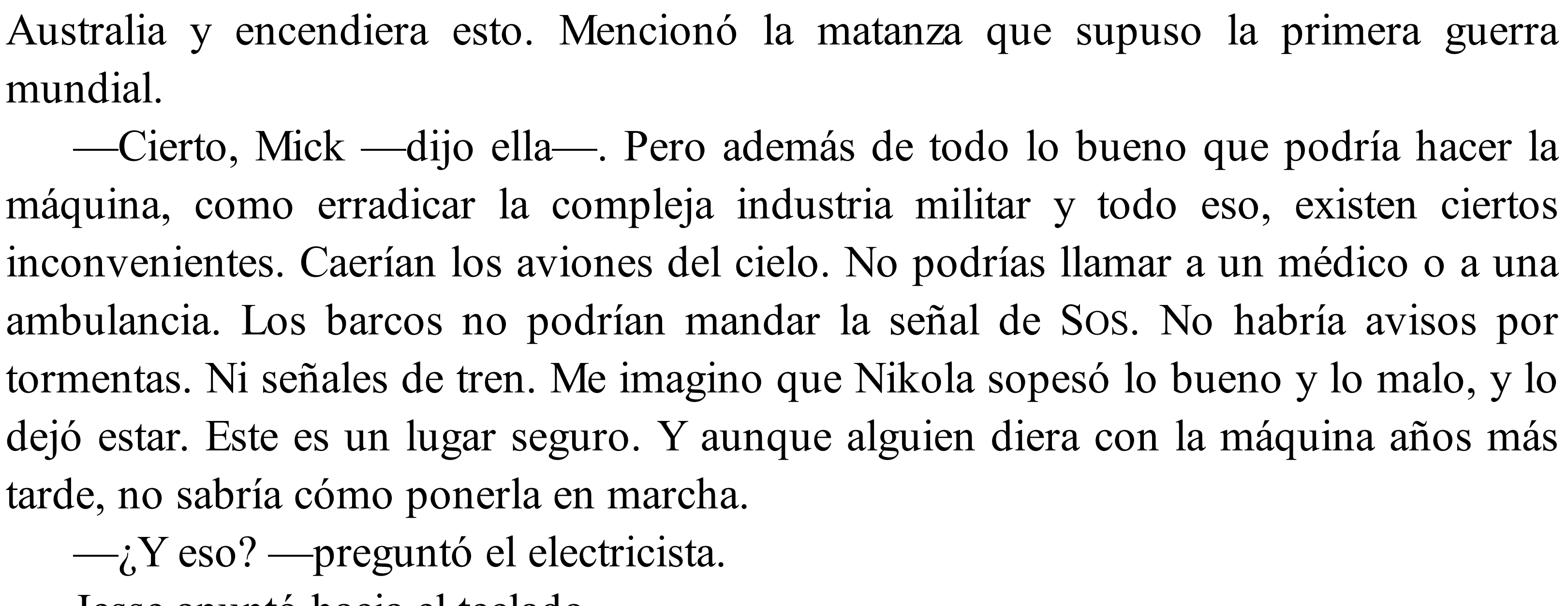
—Sí. Y de las radios de los coches. —El electricista sonrió.

—Joder —protestó ella—, ¿sin todo eso el mundo no te resultaría anticuado y raro? Tendrías electricidad, pero no compartirías tus ratos con los estrafalarios que se encargan de los programas matutinos de la radio. Nada de John Laws. Nada de Derryn Hinch. Nada de ese imbécil con los dientes podridos y la voz quejumbrosa de *The Glass House*; se cree que es gracioso.

—Podría prescindir perfectamente de todos esos, incluso de *Gran Hermano*, *Oz*. Pero ¿qué me dices de una existencia sin *RocKwiz*? ¿Sin *Iron Chef*? ¡Mierda!, sin fútbol los viernes por la noche. Sin llamar a tus colegas después del maldito partido. ¡Dios mío!

—Ey, sin eBay —añadió Jesse—. Sin *Eurovisión*. Sin *Los días de nuestra vida*. Sin publicidad. Madre mía, tan solo imaginarlo es demasiado espantoso, Mick.

—Ni que lo digas. —Mick recorrió con la mirada la extraña máquina—. ¿Sabes? Me preguntó qué fue lo que hizo que Tesla cambiara de opinión y no volviera a



Australia y encendiera esto. Mencionó la matanza que supuso la primera guerra mundial.

—Cierto, Mick —dijo ella—. Pero además de todo lo bueno que podría hacer la máquina, como erradicar la compleja industria militar y todo eso, existen ciertos inconvenientes. Caerían los aviones del cielo. No podrías llamar a un médico o a una ambulancia. Los barcos no podrían mandar la señal de SOS. No habría avisos por tormentas. Ni señales de tren. Me imagino que Nikola sopesó lo bueno y lo malo, y lo dejó estar. Este es un lugar seguro. Y aunque alguien diera con la máquina años más tarde, no sabría cómo ponerla en marcha.

—¿Y eso? —preguntó el electricista.

Jesse apuntó hacia el teclado.

—Primero, tienes que teclear un código. Y Tesla sería el único que lo supiese.

—Por supuesto —repuso Mick. Asintió dirigiéndose hacia el banco de madera—. ¿Crees que el código podría estar en el diario?

—Me imagino que habrá dejado alguna pista —contestó ella—. Pero no estamos buscando eso. Eso no es lo importante.

—Es verdad. —Mick movió la cabeza—. Y pensar que la NSA se complicó tanto la existencia haciendo explotar mi furgoneta para nada.

—Sí. Bueno, obviamente no lo sabían —matizó la librera—. Pero tengo mi teoría. Y ya no me parece tan descabellado que los militares se hicieran con este aparato, aunque ahora solo es un viejo montón de metal inofensivo.

—Sí —dijo él—. Pero un viejo montón de metal inofensivo fascinante. Y la historia que tenemos gracias a esto es genial, Oz. Puede que no valga millones, pero sigue siendo una historia increíble.

—A mí me vale con un final feliz, Mick. —Le dedicó una sonrisa—. El mundo no va a saltar por los aires. Y Australia tampoco.

—Cierto. —Mick le devolvió la sonrisa—. ¿Entonces? ¿Qué quieres hacer, compañera? ¿Nos marchamos? Aún nos queda por delante una buena caminata. Y se está haciendo tarde.

Jesse se acercó a su mochila.

—Sí. Volvamos al motel. ¿Podrás apañártelas de nuevo para colar otro par de cervezas en la piscina?

—Me imagino que sí. —El electricista levantó las cejas—. Te diré yo cómo podría apañármelas. ¿Te acuerdas de tu promesa, Oz? Dijiste que me dejarías que diera rienda

suelta a mi sucia imaginación contigo cuando encontrásemos la máquina del juicio final, para celebrarlo.

Jesse le lanzó una mirada gélida de arriba abajo.

—Antes de que te emociones, Mick, te recuerdo que dije que «a lo mejor» te dejaba. Y añadiré algo más, machote. Este suelo de granito está helado. Así que, si piensas que me voy a tirar bocarriba ahí encima y acabar con pleuresía para que simplemente puedas jugar a esconder la salchicha durante cinco minutos, vas listo.

—Gracias, Oz. —Sorbió por la nariz—. De aquí en adelante, nunca más me creeré ni una sola palabra tuya.

Jesse lo abrazó.

—Ooh, pobre osito de peluche. Se ha enfadado. Espera a que estemos en el motel, tigretón. —Le sonrió—. Allí podremos rodar por toda esa enorme cama de matrimonio delante de la televisión. Y pedir docenas y docenas de ostras al servicio de habitaciones. Y te volverás loco otra vez. Como anoche.

Mick agachó la cabeza y le dedicó una sonrisa a su novia.

—Te adoro, Oz.

—Y mi corazón solo late por ti, Mick. —Jesse lo besó en la boca—. Venga, guapo. Vayámonos.

La librera sacó un par de fotos más y luego recogieron todas sus cosas. Mick sacó la linterna y las llaves Allen y se dirigieron hacia la entrada.

—¿Quieres apagar la luz, Oz?

—Sí. No debemos malgastar electricidad —repuso ella.

Jesse apagó la luz y, en los segundos que duró el proceso, Mick encendió la linterna. La oscuridad y el silencio en el interior de la habitación eran tan aplastantes e intensos que sintieron como si se los tragara la tierra. La luz de la linterna los apartó de esa sensación. Se agacharon y se acercaron con cautela a la puerta metálica. Mick estaba alumbrando alrededor de ella cuando se le escapó una palabrota en voz alta.

—¡Joder!

—¿Qué pasa? —preguntó Jesse.

—No hay ojos de cerradura.

—¿Que no hay qué?

—No hay malditos ojos de cerradura en este lado de la puerta. Mira.

Jesse le arrebató la linterna a Mick y examinó de cerca cada centímetro cuadrado de la puerta, el techo que quedaba sobre ella, las paredes que la rodeaban y el suelo.

Luego, ambos volvieron a examinar la zona detenidamente.

—¡Oh, Dios mío! Tienes razón, Mick —dijo ella—. No hay ni una maldita cerradura.

—No —admitió el electricista.

—Oh, estupendo —añadió Jesse.

—Sí, ¿verdad? —Mick apretó los dientes—. Vamos. Encendamos de nuevo la maldita luz.

Apoyaron en el suelo las mochilas y la librera encendió la luz. Mick dejó las llaves Allen sobre el banco y, después, los dos juntos, examinaron la puerta y sus alrededores al milímetro, tanto con la ayuda de la linterna como de la luz de la habitación. No había ni rastro de ningún ojo de cerradura por ningún sitio. Al final, se pusieron en pie y se quedaron mirándose el uno al otro. Jesse estaba pálida y, a pesar del frío que hacía en la habitación, en la frente del electricista empezaron a aparecer gotas de sudor.

—Mick —lo interpeló con una voz tranquila—, esto se está complicando.

—¿Crees que no lo sé, Oz? —contestó él.

—¿Y qué vamos a hacer?

Mick sacudió la cabeza.

—Ni idea, Oz. Pero sea lo que sea, será mejor que lo hagamos cuanto antes, porque solo nos queda media botella de agua y un bocadillo de quince centímetros del Subway para los dos. Y el oxígeno que hay aquí dentro no va a durar para siempre.

• • • • •

Roy Sisti estaba disfrutando del descanso forzoso, sentado, con el asiento acolchado del Kiowa Warrior echado hacia atrás, aprovechando que todavía seguían en el helipuerto de aquel hombre gigantesco. Había estado viendo el partido de polo y, en un momento dado de la tarde, el hombre grande había mandado hasta ellos a uno de sus criados, montado en un cochecito de golf, cargado con una bandeja de sándwiches, pasteles, café y limonada bien fría. El sol estaba empezando a descender lentamente por detrás de las montañas que se veían desde la finca. El capitán deseaba en silencio que las dos personas a las que el agente Sierota quería asesinar se hubieran escapado, para así, después de dejar al agente de la NSA en Nelson Bay, poder volar directo hacia el Tocqueville y proseguir con sus planes para el día de permiso. La agencia de servicios de compañía que había contratado tenía en su catálogo a una

prostituta rusa con un cuerpazo que tampoco tenía mala pinta.

—¿Aún sin ninguna señal de ellos, Zimmer? —preguntó con aire despreocupado al agente Sierota, sentado a su lado.

—¡Joder, no! —respondió Zimmer—. Pero no me marcharé sin ellos.

—Bueno, no podemos quedarnos aquí para siempre —le aclaró Roy—. Ese tío inmenso empezará a sospechar tarde o temprano.

—Que le jodan al tío ese —espetó Zimmer—. Están ahí fuera. El transmisor sigue encendido. Es solo cuestión de esperar a que aparezcan. Si tenemos que hacerlo, esperaremos en otro sitio. Pero hay que cogerlos.

—Lo que tú digas. —Roy se encogió de hombros.

• • • • •

El electricista y la librera buscaron en cada rincón y en cada grieta de la habitación, intentando encontrar una forma de salir de allí o un interruptor que abriera la puerta. Mick accionó varias veces el pulsador de la luz, encendiéndola y apagándola, enredó en el teclado y apretó y presionó los interruptores. Desesperados como estaban, incluso probaron con sus teléfonos móviles y, para su desgracia, no tenían cobertura. Agotados todos sus recursos, iban y venían de un lado al otro de la habitación, creciendo su preocupación según corrían los minutos.

—Dios mío, Jesse —intervino Mick—. Esto no me gusta nada.

—Ni a mí tampoco, Mick. ¡Por el amor de Dios! —contestó ella.

—¡Mierda! ¿Y si nos hemos quedado encerrados aquí dentro? —El electricista movió la cabeza—. No sé…

—Sí. No es un gran plan, la verdad, ¿no?

Mick negó con la cabeza de nuevo.

—Para nada, Oz. ¿Por qué dejé que me metieras en todo esto?

—¿Qué?

—He dicho que por qué dejé que me metieras en todo esto. Era bastante feliz en casa, dando de comer a los pajaritos, montando las olas. Ahora, estoy atrapado en una cueva en medio de ninguna parte con un futuro por delante muy negro.

—Oh, claro —dijo Jesse—. Échame a mí la culpa.

—Bueno, ¿y si no, a quién?

La librera le lanzó una mirada fulminante de arriba abajo.

—Dios mío, algunas veces eres un mierda, Mick.

Él le devolvió la mirada a su novia, luego se acercó a ella y la rodeó con los brazos.

—Tienes razón, Oz. Reconozco que ahí me he pasado, colega. Y lo siento. Es solo que.…

Ella alzó la mirada hasta él.

—Mick —le interrumpió—. ¿Eso que estoy viendo es una lágrima en tu ojo?

—Sí. Maldita sea, sí que lo es —repuso él, apartándose.

—Oh. ¿Qué pasa? —le preguntó, dándole un abrazo.

—Es solo que, si morimos aquí —sorbió por la nariz—, y tú te mueres primero, no sé lo que haría. No tengo nada si no te tengo a ti, tía.

—Oh, eres un gallina. —Ella lo tranquilizó dándole un beso—. Todavía no estamos muertos. Y si me muero primero, aunque esto se impregne de un olor bastante asqueroso, te acostumbrarás.

—¡Ooh, joder! No digas eso —protestó él.

—Está bien. Esperemos que te mueras tú primero —dijo Jesse—. Las mujeres manejamos este tipo de situaciones mejor.

—Oh, por el amor de Dios. —El electricista se alejó de su novia y se dirigió hasta la entrada—. Vale. Dejemos de elucubrar. Tenemos que salir de aquí.

—Llevo diciendo eso desde hace un rato, Mick —repuso ella.

Él se golpeó con el puño la otra mano.

—Está bien. Pongámonos en la piel de Tesla para enfocar la situación.

—Perfecto —afirmó Jesse—. Tú eres Nikola Tesla.

El electricista retomó la palabra.

—De acuerdo. Entro aquí para encender la máquina. Tengo las llaves. Pero no hay cerraduras.

—Correcto, Mick —intervino la librera.

—Pero aún tengo que salir. No quiero quedarme aquí encerrado y asfixiarme.

—No, no quieres.

—Pero solo quiero salir yo. Y no alguien más que haya podido llegar hasta aquí.

—Bien encaminado, tío. Continúa.

—Yo soy el genio y el único que sabe el código para accionar la máquina. —Se chascó los dedos—. Ahí está. Para salir de aquí, me apuesto lo que sea a que tenemos que ser capaces de encender la máquina. Está programada para que se abra la puerta cuando se ponga en marcha. ¿No crees?

Jesse levantó los brazos al aire.

—Sí, sí. Eso es, Mick. Eres un genio.

—Gracias —contestó él—. Lo único que falla es que, Oz, ¿cómo accionas la maldita máquina?

Comenzaron a ir de un lado para el otro nuevamente. Mick estaba sudando copiosamente y Jesse estaba empezando a inquietarse. El electricista se detuvo delante del panel de latón a la derecha de la puerta y contempló su reflejo.

—¡Maldita sea! Espejito, espejito —se burló él, moviendo la cabeza con exasperación—, ¿quiénes son las dos personas más idiotas de todas?

Jesse se paró en seco, se giró sobre sus talones y le clavó la mirada a Mick.

—¿Qué acabas de decir? —le preguntó.

—Nada, Oz —respondió él—. Estaba hablando solo.

—No, no es verdad —repuso ella, acercándose—. ¿Qué acabas de decir?

—Oh, vale, está bien. Estaba mirando el panel de latón. Y he dicho: «Espejito, espejito, ¿quiénes son las dos personas más idiotas de todas?». Ya está. ¿Contenta, mujer famélica y horrible?

Jesse se acercó a Mick y le golpeó fuertemente en el pecho.

—Hijo de puta —le insultó—. Eres un grandísimo hijo de puta. ¿Dónde está ese maldito diario?

La librera corrió hasta el banco, abrió el cuaderno y empezó a pasar las páginas. El electricista seguía sus movimientos y fue hasta ella.

—¿Qué buscas? —se interesó.

—Números y escritura celta —murmuró su novia en respuesta.

—¿Números y escritura celta? Oz, no estamos intentando descifrar el puñetero *Código da Vinci*. Estamos intentando salir de aquí.

—Olvídate del Código da Vinci, Mick. Tenemos que poner en funcionamiento el legado de Tesla. O moriremos aquí dentro. —Jesse encontró las páginas que estaba buscando y en su rostro apareció una sonrisa enigmática—. ¡Dios! Soy una idiota —dijo—. Incluso con el coeficiente intelectual de Superwoman que tengo, a veces no veo ni una mierda. —Agarró un trozo de hoja y un bolígrafo, se los pasó a Mick y se acercó al panel de latón. Lo palpó y se giró hacia su novio—. Espejito, espejito —recitó—, ¿quién es el científico más loco de todos? —La librera alzó el diario delante del panel—. Esto no son escrituras celtas —explicó—. Son números. Tesla los escribió al revés y no me di cuenta por culpa de su pésima caligrafía. —Se propinó

una palmadita en la frente—. Qué tonta. Está bien, Mick, escribe estos números —le ordenó.

—De acuerdo —convino él.

Jesse miró fijamente el panel de latón.

—Nueve, tres, dos, cinco. Uno, uno, cuatro, siete.

Mick escribía frenéticamente.

—Lo tengo —anunció, sosteniendo el trozo de papel en el aire delante de su novia.

—Perfecto —repuso—. Ahora, la parte más complicada es la última secuencia de números: uno, uno, cuatro, siete. Once, cuatro, siete. Cero, cuatro, siete, uno, uno. Cuando los pones delante del espejo, se parecen bastante los unos a los otros.

—¡Joder! —exclamó él.

—Pero —prosiguió ella—, Tesla se cubrió las espaldas otra vez. Por si acaso un par de jóvenes intrépidos y aventureros como nosotros encontraban sus llaves y su diario y llegaban hasta la cueva, escribió en su diario: «Espejito, espejito, ¿quién es el científico loco que mejor huele de todos?». Como un recordatorio críptico para sí mismo, es otra pista paradójica.

—¿De verdad?

—¡Pues claro! —respondió ella—. Mick. Tu tía Nina.

Mick reflexionó un momento acerca de lo que le acababa de decir la librera.

—Sí. ¿Qué pasa con ella?

—Murió antes de que nos conociéramos. Pero me regalaste un par de frascos de colonia suyos. El perfume se llamaba 4711.

—Sí —repuso él.

—Ese es el nombre de una colonia que estuvo muy de moda hace años. —Jesse señaló al trozo de papel que tenía Mick entre las manos—. Me apuesto lo que sea, por lo astuto que era, que Tesla, el científico loco que mejor huele de todos, hizo coincidir la última secuencia de números con el nombre del perfume: 4711.

—Joder. Puede que tengas razón, Oz.

—Por lo que, Mick, quiero que introduzcas los números nueve, tres, dos, cinco, cuatro, siete, once en el teclado y presiones la tecla almohadilla. Luego…

—Accionar los interruptores y esperar lo mejor —interrumpió él.

—Eso es. —Jesse cerró de un golpe seco el diario—. A menos que tengas otra idea.

—No, esta me parece bien. —El electricista miró los números que había escrito en la hoja y se detuvo frente al teclado—. ¿Y qué pasa si no funciona? —preguntó.

—Bueno, tendrás que pelearte conmigo para conseguir el último bocadillo de Subway que nos queda, Mick —le respondió—. Y yo no correría ese riesgo. Así que, teclea, chico de barrio.

Mick tragó saliva.

—Vale. Allá vamos.

Introdujo la secuencia de números y luego presionó la tecla almohadilla antes de accionar los cuatro interruptores. Durante un momento muy largo no ocurrió nada, y las esperanzas del electricista y de la librera comenzaron a desvanecerse. Después, el primer botón de cristal se iluminó y se puso verde. Seguido del segundo, luego del tercero y, por último, del cuarto.

—¡Fíjate! —gritó Mick, señalando con el dedo hacia los botones que radiaban una luz verde intensa—. Funciona. Esta maldita cosa se ha encendido.

Jesse echó la cabeza hacia atrás y golpeó el aire.

—¡Sí! —chilló.

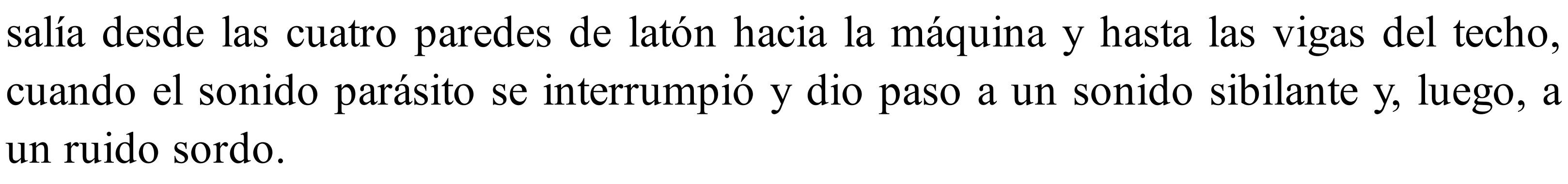
Junto con sus vigas y bobinas, la máquina empezó a vibrar ligeramente. Los dos, eufóricos y fascinados, observaban el aparato, los botones con la luz verde intensa y las agujas que se movían en los diales. Jesse dejó escapar un grito cuando la habitación estalló repentinamente en diminutos haces de luz. Miles de ellos centelleaban por toda la habitación como innumerables telarañas de plata brillante. Se escuchaba un leve ruido. No era más que un ruido parásito bajo, como si alguien estuviera apretando un trozo de celofán. En pie, junto a la máquina, Mick y Jesse se encontraron envueltos en remolinos y chisporroteos de fucilazos. Estaban por todas partes, en su ropa, en su pelo, completamente envueltos. Sin embargo, no producían ningún tipo de dolor ni de molestia. Simplemente, la extraña sensación que producía el estar atrapado en una habitación repleta de extraños relámpagos de luz.

—¡Dios mío! —exclamó Jesse, contemplando un haz diminuto que se arqueaba desde la punta de su dedo índice hasta el techo—. ¿Qué es esto?

—Una descarga de corona —respondió él—. La causa una ionización de gas. Como lo que ves en esas viejas películas de Frankenstein.

—Sea lo que sea, es precioso —repuso la librera, mirando maravillada el remolino de luz que tenía alrededor de la mano.

Mick, en cambio, estaba concentrado en una descarga especialmente brillante que


salía desde las cuatro paredes de latón hacia la máquina y hasta las vigas del techo, cuando el sonido parásito se interrumpió y dio paso a un sonido sibilante y, luego, a un ruido sordo.

—¡Mick, mira! —gritó Jesse—. La puerta se ha abierto.

—¿Qué? —Mick se dio la vuelta—. ¡Joder! Tienes razón, Oz, se ha abierto. Vamos. Salgamos de este maldito agujero.

—¡Tío! No hace falta que me lo digas dos veces.

Corriendo a toda prisa, el electricista y la librera recogieron sus cosas y fueron derechos a la entrada. Justo antes de agacharse para pasar gateando por debajo de la puerta, Jesse inconscientemente apagó la luz y el imprevisible resplandor procedente de la descarga de corona impregnó la oscura habitación con su brillo intenso y radiante. Mick echó un breve vistazo para comprobar que Jesse estaba detrás de él y recorrieron gateando todo el túnel hasta llegar a monte abierto.

Tras soltar un gran suspiro de alivio, se sentaron en el suelo con las espaldas apoyadas contra la pared de granito y dejando la entrada de la cueva a la izquierda, mientras recuperaban el aliento. Junto a ellos, la luz procedente de la descarga de corona se colaba por debajo de la puerta y llegaba cierto resplandor a través del túnel.

Mick cerró los ojos y le pasó un brazo por el hombro a su novia.

—¡Oh, Dios mío! —gritó—. Nunca había apreciado tanto ver la luz del sol.

Jesse apoyó su cabeza sobre el hombro de Mick y se deleitaron con los valles que se levantaban delante de ellos hacia la inmensidad del azul del cielo.

—¡Madre mía! Creía que nunca podríamos salir de ahí —dijo ella—. ¡Dios! No quiero volver a vivir nada como esto jamás.

—Yo tampoco. —El electricista se giró hacia la luz que salía por el túnel—. Oye, nos hemos dejado la puerta abierta.

—¿Sí? Bueno, puedes cerrarla si quieres —contestó ella—. Pero yo me quedo aquí, gracias.

—Vale —repuso él—, pero de verdad que será mejor que la cierre. —Estaba a punto de incorporarse cuando se produjo otro ruido sordo y la luz dejó de brillar a través del túnel—. Bien, supongo que ya está —anunció.

Mick volvió a sentarse. Después, distraídamente se metió las manos en los bolsillos antes de sacudir la mochila.

—¡Mierda! Me he dejado las malditas llaves dentro.

—Bueno —respondió ella—, pues déjalas ahí.

—¿Y qué pasa con tu historia? ¿Cómo vas a probar que esta cosa de allí dentro existe si no tenemos las llaves?

—Con dinamita —explicó la librera—. Para serte sincera, no me importa mucho.

—Vale —dijo él.

Se quedaron ahí sentados unos minutos más y bebieron un poco de agua, felices de seguir vivos. A Jesse aún le quedaba un carrete de fotos, así que tomó algunas del túnel y un par de ellas más, con el disparador automático, de Mick y ella sentados junto a la entrada. E hizo que el electricista le sacara una levantando el viejo carro.

—¿Y bien? ¿Qué me dices, chica? —Mick sonrió mientras su novia guardaba la cámara—. ¿Nos movemos?

—Sí, vamos —contestó ella. Le devolvió la sonrisa—. ¿Te acuerdas de que dentro de la cueva hablaste de si moríamos atrapados?

—Sí, Oz —repuso el electricista serio.

—Bueno, ahí dentro no había cuarto de baño ni nada por el estilo. ¿Te imaginas el olor que habría habido antes de que la palmásemos?

—Ooh, Jesse —espetó él—. Vete a la mierda.

—Vale. —Se echó a reír—. Y esas habrían sido las últimas palabras que te hubiera escuchado decir.

Mick movió la cabeza.

—Ven aquí, cara culo —dijo Mick. La cogió y la besó apasionadamente. Jesse le devolvió el beso con mucha ternura y cariño—. Venga, marchémonos de aquí —sugirió el electricista, una vez que hubieron acabado de intercambiarse muestras de amor.

—Sí. Vamos. —La librera sonrió.

Se pusieron las mochilas al hombro, se colocaron las gorras y las gafas de sol, cogieron sus cosas de donde las habían dejado y emprendieron el camino de vuelta por el viejo sendero.

• • • • •

El capitán Sisti estaba empezando a preocuparse un poco. Los espectadores y los equipos de polo se habían marchado y habían entrado en la casa. Ante tal situación, estaba a punto de mandarle una indirecta al agente Sierota de que había llegado la hora de retirarse. Sentado a su lado, los ojos del agente Sierota permanecieron fijos en el transmisor mientras su cara mudaba de color por momentos. De repente, su mirada

se iluminó y le propinó un codazo al capitán Sisti.

—¡Dios mío! Se mueven —anunció Zimmer, dando golpes con el dedo al aparato—. Este cacharro me está enviando los datos. Titubea un poco, pero son ellos, seguro.

—¿Sí? ¿Dónde están? —preguntó el capitán Sisti, tratando de ocultar su falta de entusiasmo.

—Justo donde los perdimos. Y vienen en esta dirección.

—Vale. —El capitán Sisti se estiró para encender el motor—. Allá vamos.

El potente motor del Kiowa rugió al encenderse y las cuatro palas del rotor comenzaron a girar. El capitán Sisti comprobó su transmisor y su giroscopio direccional, aceleró el helicóptero lo necesario para despegar y alzaron el vuelo en el helipuerto en dirección al monte Burning. El agente Sierota alargó el brazo por detrás de su asiento, atrapó la bolsa con cierre en la que transportaba su AR 18 y echó hacia atrás la recámara de su arma.

• • • • •

El dolor de cabeza de Mick había desaparecido por completo y el alivio que sentían tanto Jesse como él conforme avanzaban por el sendero era inconmensurable. Cantaron el estribillo de un par de canciones. Él la chinchaba por detrás con su bastón y hasta se detuvieron para jugar un poco a que eran Darth Vader y Luke Skywalker batiéndose en duelo, y para ello utilizaron sus palos a modo de espada láser. Algunos pavos de matorral curiosos se asomaron por entre los arbustos, y Jesse aprovechó la oportunidad para sacarles fotos. Más adelante, se paró para hacerle una foto a un remolino de polvo. La librera guardó la cámara en su mochila, se detuvo en seco e inspiró el aire puro por un segundo, al mismo tiempo que miraba al cielo.

—Ey, Mick —lo llamó—. ¿Te acuerdas de que antes en el túnel te dije que pensaba que había oído un helicóptero?

—Sí —contestó él.

—Mira ahí arriba. —Ella se lo señaló—. ¿Qué es eso que viene hacia nosotros?

Mick alzó la mirada hacia la dirección que le indicó su novia.

—Sí, tienes razón —añadió, por encima del ruido—. Es un helicóptero. ¡Joder! Nunca había visto uno como este. ¿Qué es ese gran globo que hay debajo de las palas del rotor?

—No lo sé —repuso ella.

Redujeron el ritmo para observar el helicóptero que se acercaba mientras el agente

Sierota abría la puerta y sacaba el cañón del AR 18 por la ventanilla.

—Ahí están, Roy —dijo Zimmer—. Van por ese sendero, a cielo abierto. ¡Madre mía! Incluso han parado para mirarnos. Está bien. Acerca este bicho hasta allí para que pueda tener un buen ángulo de tiro.

—Entendido —respondió el capitán Sisti.

Mick se colocó una mano sobre los ojos mientras se les aproximaba el helicóptero. Luego le puso un brazo por delante a su novia en un acto de protección.

—Ey, Oz —dijo—. Mira el color de ese helicóptero y las marcas en el lateral.

—Sí —se fijó ella—. Es del Ejército de Estados Unidos.

—¿Y qué es eso que asoma por la ventanilla? Parece el cañón de una pistola.

—¿El cañón de una pistola? —Jesse se giró hacia Mick, con los ojos abiertos como platos—. Mick, ¿estás pensando lo mismo que yo?

—Maldita sea —gritó él—. ¡Ven aquí!

El electricista agarró a su novia bruscamente por el brazo y la arrastró hasta quedar detrás de un eucalipto cuando ya les llegaban las bocanadas de humo procedentes del helicóptero. Una secuencia interminable de balas irrumpió en el sendero, taladrando las rocas y levantando polvo por todos lados.

Un segundo más tarde, otra ristra de balas cosió el sendero, reduciendo a un pavo de matorral despistado a un charco sangriento de plumas, huesos y entrañas.

—Mick —gritó Jesse en el momento en el que varias plumas largas y negras caían balanceándose sobre el suelo del sendero—, es la NSA. Nos han encontrado. Y están intentando matarnos.

—Sí. Ya me he dado cuenta, Oz —contestó Mick—. Mantente detrás de este árbol hasta que decidamos qué hacer.

—¿Quedarme detrás del árbol? —repitió Jesse—. Mick, es más fino que un maldito lápiz.

—Lo sé —afirmó él—. Pero es todo lo que tenemos por el momento.

El agente Sierota maldijo en silencio su mala puntería.

—Mierda —gruñó—. Los he perdido. ¿Podrías acercarte un poco más? Están detrás de ese árbol, a la derecha. E intenta que este aparato no se mueva mucho.

—Haré lo que pueda —respondió el capitán Sisti—. Pero hay unos pequeños remolinos de polvo un tanto extraños. Como minitornados. Nunca había visto nada como esto.

—De acuerdo. Bueno, haz lo posible.

Mick asomó la cabeza por detrás del árbol al tiempo que el agente Sierota vaciaba el cargador, llevándose por delante varios trozos de corteza y pequeñas ramas que cayeron al suelo y entre las rocas, golpeando la base del tronco del árbol. El agente Sierota rápidamente quitó el primer cargador y puso otro, vaciándolo entero contra el árbol, mientras el capitán Sisti procuraba mantener el helicóptero fijo en una posición. Las balas impactaban sobre el suelo y el árbol y fueron resquebrajando, disparo tras disparo, el eucalipto, hasta casi partirlo por la mitad. Mick miró la corteza y vio las astillas del tronco sobre el terreno. Se dio la vuelta hacia Jesse, quien se aferraba a él para sobrevivir.

—Jesse —lanzó el electricista—. En un par de segundos, este árbol ya no estará aquí. —Hizo un gesto hacia un pequeño montículo de granito que quedaba a su derecha; protegido por los árboles, las piedras habían formado dos pequeñas paredes desiguales—. ¿Ves esas rocas de allí? Quítate la mochila, corre hacia ellas y escóndete detrás. Y espérame. Se me ha ocurrido una idea.

—De acuerdo —respondió escuetamente Jesse—. Pero más nos vale que tu idea sea buena.

La librera se deshizo de la mochila, inspiró profundamente y esprintó hasta las rocas recién descubiertas. Apenas había salido del refugio del árbol cuando una lluvia de balas perforó el sendero alrededor de ella. Chilló, se quedó paralizada por un segundo y, luego, corrió hacia delante haciendo eses y se escondió tras las rocas. El agente Sierota disparó otra secuencia en dirección al montículo, levantando más polvo y enviando trozos de rocas silbando por todas partes. Jesse cayó de culo y se dio la vuelta sobre su espalda, quedándose inmóvil.

Mick no daba crédito a lo que acababa de ver.

—¡Jesse! ¡Oh, no! —gritó horrorizado.

El electricista se quitó la mochila y, ajeno a su propia seguridad, echó a correr hacia el montículo de roca. Se arrodilló y levantó a Jesse, acunándola entre sus brazos. La librera tenía el pecho y el estómago cubiertos de sangre y de un corte en la frente le brotaba un hilo rojo que le caía hasta el ojo izquierdo. Mick le levantó el párpado derecho y la mirada de Jesse recayó directamente sobre él. Aparte de su tía Nina, Mick solo había visto un cadáver, el de su socio, Mark, cuando se electrocutó. Pero no necesitaba mirar otra vez para saber que Jesse estaba muerta.

Absolutamente desconsolado, Mick cerró el párpado de Jesse y berreó hacia el cielo.

—Ooh, no. No. No, Jesse. No.

Los ojos del electricista se llenaron de lágrimas y un gran nudo se le formó en la garganta según colocaba con mucha delicadeza el cuerpo inerte de su novia entre las rocas. Estando inclinado, estalló otra ráfaga de disparos procedentes del arma de fuego. Las balas pasaban entre las piedras que le servían de escudo silbando y levantando polvo a su alrededor, esparciendo la metralla. Pero aparte del ardor en los ojos, Mick no sentía ni escuchaba nada. El mundo de Mick Vincent había dejado de dar vueltas y estaba atrapado en un vacío de desolación. Dejó de llorar y su cara se petrificó en el instante en el que invadió su cuerpo una ola heladora de odio. Jesse se había marchado y nunca más la recuperaría. Pero haría que el jodido responsable pagara por ello. Miró el cuerpo desgarrado de su novia por un momento al mismo tiempo que otra descarga de balas impactaba en el montículo. Después, impulsado por la rabia que sentía, se levantó y corrió hasta detrás del árbol destrozado por las balas.

En el rostro del agente Sierota se reflejaba una expresión de satisfacción cruel. El agente retiró el cargador vacío del AR 18 y lo rellenó con otro nuevo, mientras el capitán Sisti seguía haciendo todo lo posible por mantener el Kiowa en la misma posición.

—Le he dado a la chica —anunció Zimmer—. La he visto caer detrás de ese montículo de piedras.

—Buen disparo —le reconoció Roy—. Después de haber utilizado las balas necesarias para acabar con todo Afganistán. ¿Dónde está el chico?

—El idiota de él ha salido corriendo y ha vuelto a ese árbol. Acércame un poquito más y los tumbaré al árbol y a él de una sola vez.

—Lo que tú digas —contestó Roy.

Sentado con la espalda apoyada contra el tronco del árbol, Mick abrió la cremallera de su mochila. Hurgó en el interior y sacó una pequeña bolsa blanca de calicó con un tirachinas dentro y una pequeña caja de plástico repleta de plomos de pesca, del mismo diámetro que una moneda de veinte céntimos. Antes de abandonar Newcastle, Mick le había dicho a Jesse que se llevaba el tirachinas al viaje por si acaso se encontraban con un gato silvestre o un perro salvaje en el bosque. Ella se había mostrado de acuerdo con la decisión y había manifestado que le parecía una buena idea. El electricista cogió varios plomos, luego, se hizo con un trozo de rama y lo colocó entre las correas de la mochila. Sintiendo que el helicóptero se aproximaba, Mick asomó la mochila por detrás del árbol. Un segundo más tarde, una lluvia de

balas procedentes del arma de fuego impactó contra su bolsa y el suelo de alrededor, levantando con rabia aún más polvo y piedras. Volvió a poner a salvo su mochila y repitió la misma operación hacia el otro lado del árbol. Esta vez, una explosión más larga de balas abrió fuego desde el helicóptero hacia la mochila y cosió el suelo a balazos. Después, repentinamente se detuvo. Aprovechando su oportunidad, Mick se puso de pie y salió de detrás del tronco mientras Zimmer cambiaba el cargador del rifle y ponía uno nuevo. El electricista solo tuvo una oportunidad de apuntar a la siniestra figura sentada en la puerta abierta del helicóptero. Pero eso era todo lo que necesitaba el joven terror de los sapos de caña del cámping de caravanas de Maryborough. Mick colocó un plomo de pesca en su punto de mira, tiró hacia atrás de la goma de caucho todo lo que pudo y lo dejó volar.

Sonriente detrás del cañón del fusil, el agente Sierota tenía en el blanco a Mick y estaba a punto de apretar el gatillo cuando un plomo se incrustó de repente en su ojo izquierdo, como un perdigonazo. Zimmer nunca antes había sentido un dolor como ese. Dejó caer al suelo del Kiowa el AR 18 y gritó de dolor cuando su ojo explotó y la sangre se le expandió por la mejilla. El dolor era tan intenso que le causó una conmoción de inmediato. Agarrándose la cuenca del ojo ensangrentada, el agente Sierota empezó a revolverse violentamente alrededor de la cabina, temblando y balbuceando incoherencias.

El capitán Sisti se giró preocupado hacia el agente Sierota.

—¡Joder, Zimmer! —gritó—. Mira los malditos indicadores. —Roy observó con más detenimiento la cara de Zimmer e hizo una mueca—. ¡Mierda! ¿Qué le ha pasado a tu ojo?

Roy estaba sujetando los mandos y al mismo tiempo tratando de asistir al agente Sierota cuando otro plomo impactó en la cabina y golpeó al capitán Sisti en la cara, desgarrándole el carrillo, haciéndole añicos los dientes, arrancándole un trozo de lengua y fracturándole la mandíbula. Se atragantó y se tragó su sangre, provocando que el plomo de pesca se le quedara atrapado en la garganta. Sujetándose la mandíbula con una mano e intentando controlar el Kiowa con la otra, le entró un ataque de tos, y esparció sangre por toda la cabina. Ahogándose y combatiendo el dolor, el capitán Sisti apenas podía controlar el helicóptero cuando otro plomo alcanzó la cabina y le atravesó el cuello como si fuera un conejo. El capitán se quejó del dolor, que iba en aumento. Luego, se le cerraron los ojos y se dejó caer sobre los mandos, inconsciente. Al hacerlo, su mano presionó el sensor automático de imagen térmica,

que en una fracción de segundo se hizo con el control del aparato, consiguiendo que el Kiowa alzara el vuelo rápidamente. Se estabilizó y con el capitán Sisti apretando el acelerador y el agente Sierota convulsionando junto a él, el helicóptero se apresuró a dirigirse hacia el punto de calor más destacado en las cercanías.

Volando a la velocidad máxima, el Kiowa apenas tardó unos minutos en pasar rozando los valles y las dunas antes de que el ordenador recalculara la graduación. Luego, el helicóptero subió unos metros, agachó un poco el morro y voló directo hacia el monte Burning con un crujido fuerte y demoledor.

Como un molino de viento moviéndose exageradamente, las palas del rotor se estamparon contra la colina humeante de cenizas, cubriendo toda la zona con una capa de polvo sulfuroso. Las aspas se doblaron, parándose repentinamente y, un segundo más tarde, el combustible de alto octanaje de la nave se incendió, y una violenta explosión lanzó una enorme bola de fuego de llamas ondulantes, naranjas y negras, hacia el cielo. Poco después, el aire estaba salpicado de balas que volaban por los aires y de estelas de espirales de humo blanco producidas por los restos de munición explosiva que le quedaba al agente Sierota; varias balas acabaron impactando en las hileras de árboles que eran testigos de tal acontecimiento. Finalmente, el combustible y la munición terminaron reducidos a cenizas y lo único que quedó eran partes del armazón del helicóptero en llamas temblorosas alrededor de los cuerpos carbonizados del agente Sierota y del capitán Sisti, aún con el cinturón de seguridad en el interior de la cabina de la nave. Si el capitán Sisti hubiese querido realizar un aterrizaje de emergencia en el mismísimo infierno, no hubiera podido escoger un sitio mejor.

De pie detrás del árbol, Mick bajó su tirachinas cuando el helicóptero retomó el vuelo. Después, observó cómo se marchaba a toda velocidad por el valle antes de estrellarse estrepitosamente en el monte Burning. Mirando fijamente el humo y las llamas en la distancia, Mick se sintió bien y esbozó una sonrisa de satisfacción que se le grabó en la cara. La cosa había resultado mejor de lo que había esperado. Sin embargo, no tardó mucho tiempo en desvanecerse su sonrisa y regresó al montículo que se encontraba al otro lado del sendero. Ahora, el joven electricista iba a tener que enfrentarse a lo más doloroso que había hecho en toda su vida: cargar con el cuerpo de Jesse hasta el coche y llevarla a casa. Guardó el tirachinas en lo que quedaba de mochila y caminó tristemente entre las rocas.

Las lágrimas habían empezado a brotar de los ojos de Mick cuando salió de detrás del árbol. Para cuando llegó al montículo de rocas y encontró el cuerpo de Jesse tumbado en el mismo sitio donde lo había dejado, dieron paso a un torrente. Atormentado por la pena, el electricista se arrodilló junto al cuerpo de su novia y le cogió la mano. No se atrevía a mirar los agujeros de bala que habían impactado en el pecho de la librera; abrió la mochila de ella y sacó lo que les quedaba de agua. Con las manos temblando, mojó su pañuelo, retiró el pelo de Jesse y le limpió la sangre que recorría su frente. Incluso muerta, él la seguía viendo muy hermosa. Mick levantó a su chica de las duras y gélidas rocas y acercó su cuerpo al de ella, apretándola muy fuerte contra sí.

—Oh, Jesse —lloró Mick—. ¿Qué me has hecho, compañera? ¿Qué has hecho? —Sollozando incontroladamente, el electricista miró al cielo—. ¿Por qué no me has llevado a mí? ¿Qué ha hecho ella? No es justo. —Con el corazón completamente roto, Mick dejó caer su cabeza y apoyó su rostro contra el hombro de la librera.

Inesperadamente, se escuchó un leve hilo de voz que parecía venir de ninguna parte.

—Mick, te dije que esperaras hasta que llegásemos al motel.

El electricista pensó que estaba escuchando una voz fruto de su imaginación.

—¿Qué?

—Te dije que esperaras hasta que llegásemos al motel —susurró la voz—. ¡Dios mío! ¿No puedes controlarte ni cinco minutos?

Mick levantó la cabeza y clavó la mirada en su novia con incredulidad.

—Estás viva.

—Pues claro que estoy viva. —Jesse se pasó una mano por la frente y observó la

sangre—. Mierda. Me duele la maldita cabeza. No hace falta que me lo digas. ¿Qué ocurre?

Mick sacudió la cabeza, incrédulo. Se le pasaron muchas cosas por la mente en unas milésimas de segundo y sintió que se le iba a salir el corazón por la boca.

—Pero, pero ¿y toda la sangre? —El electricista examinó la parte delantera de la camiseta de su novia—. Ey. Espera un momento. —Entre toda la sangre derramada y algunos trozos de carne y piel desgarrados había jirones de plumas negras—. ¿Plumas? —Mick se giró hacia los restos de un pavo de matorral que había caído desplomado en el sendero y se echó a reír.

Jesse comprobó la parte delantera de su camiseta.

—¡Oh, puaj! —Hizo una mueca—. ¿De dónde sale todo esto?

—Bueno, de cuando estabas corriendo atravesando el sendero con todas esas balas impactando alrededor de ti. Fueron balas perdidas. Pero tú acabaste salpicada por trozos de ese pavo muerto.

Jesse asintió lentamente.

—Recuerdo todas esas balas estampándose contra el suelo junto a mis pies. Así que me abalancé sin pensármelo dos veces detrás de estas rocas. He debido de golpearme en la cabeza y perder el conocimiento.

—Seguro. —Mick seguía riéndose. Pero, de repente, se le puso la cara rígida y agarró a su novia por la camiseta manchada de sangre y cerró el puño.

—¡Por el amor de Dios, Oz! No vuelvas a hacerme esto nunca más, pequeño monstruo, o me veré en la obligación de darte una paliza. Pensé que habías muerto.

La librera alzó la mirada.

—¡Joder, Mick! Creía que habías dicho que me querías.

Mick negó con la cabeza.

—Oz. Ni te imaginas cuánto. —La besó. Después se incorporó y la ayudó a que se pusiera de pie—. ¿Puedes caminar? —le preguntó.

—Sí. Estoy bien —respondió ella—. Quizá algo débil. —Echó un vistazo a su alrededor—. De todas formas, ¿qué ha pasado? ¿Dónde está el helicóptero?

El electricista le guiñó un ojo y señaló hacia la columna de humo que seguía ascendiendo por el monte Burning.

—No te preocupes por el helicóptero. El viejo ojo destructor de Vincent lo ha vuelto a conseguir.

Mick le relató lo sucedido. Levantó la pequeña bolsa que contenía su tirachinas.

Luego, le mostró su mochila destrozada y le hizo la demostración de cómo la había sacado de detrás del árbol con una rama, de cebo, hasta que tuvo la oportunidad de apuntar con el tirachinas. Jesse le dio un pequeño trago al agua que quedaba mientras Mick continuaba hablando y, cuando él terminó, se mostró impresionada.

—Uau, Mick. Es increíble —apuntó ella.

—Sí. Di al tío con el arma de fuego. Después, le lancé dos al piloto. Debió de perder el control y se estrellaron contra el monte.

—Que les den por culo —añadió Jesse.

—Sí. Qué cabrón. Y su compañero también. ¿Y bien? ¿Cómo te encuentras? ¿Lista para movernos?

—Sí, estoy bien. ¡Dios! Mi maldita camiseta apesta.

—El corte de la cabeza ha empezado a sangrarte de nuevo. Espera un momento.

Mick se sacó del bolsillo un cuchillo y se cortó la parte de debajo de la camiseta. Partió el trozo de tela, se lo ató a la cabeza a su novia y se echó un poco para atrás para admirar el resultado.

—¡Joder! Qué pintas tienes. —Él se rió.

—Ya lo creo —repuso ella.

—¿Dónde tienes la cámara? Hay que hacerte una foto.

—Ooh, Mick. ¿Crees que es necesario?

—Sí. —Esbozó una sonrisa—. Es el mejor día de toda mi vida.

—Bien. Me alegro por ti —mascullló ella—. Joder, cómo me duele la cabeza. ¿Te queda alguna aspirina?

Mick dio al botón de disparo automático de la cámara de Jesse, la colocó sobre una piedra y sacó la foto de ellos dos. A pesar de su mochila destrozada casi por completo, las balas no habían impactado ni en su móvil ni en la caja de analgésicos. Ayudó a la librera a tragarse un par de pastillas, tomó una foto del árbol acribillado por las balas y, luego, guardó la cámara en la mochila. Ayudó a que su novia se pusiera la mochila en los hombros y, después, le pasó a Jesse sus cosas.

—Está bien —dijo Mick, echándole una mirada paternal de arriba abajo—. ¿Preparada, australiana mía?

—Preparada como siempre —contestó ella.

—Perfecto. Vamos. Marcaré el camino de vuelta.

Se pusieron en marcha a un buen ritmo y, a pesar de su cabeza herida, a Jesse no le resultó difícil seguirlo. No estaba segura de si el electricista aguantaría ese ritmo

según avanzaban. Pero pudo escucharlo silbar alegre y reparó en que cada pocos minutos se daba la vuelta hacia ella con una sonrisa tatuada en los labios sin ninguna razón aparente.

El sol había empezado a ponerse por detrás del monte Burning cuando llegaron hasta la vieja valla de alambre. Mick dejó que Jesse la atravesara en primer lugar y caminaron hasta el mirador que estaba revestido de una capa de polvo y ceniza. Las llamas se habían extinguido, pero los restos ardiendo del helicóptero seguían ahí en el suelo, calcinados y entremezclados con la montaña de ceniza como si fuera la piel de un monstruoso insecto muerto. Jesse se quedó mirando esa estampa por un momento. Después, levantó la cabeza y se dio la vuelta hacia su novio.

—¡Ooh, puaj, Mick! —exclamó ella—. Mira el morro del helicóptero.

El electricista contempló lo que quedaba del Kiowa. Fusionado en la cabina, como si se tratase de tejido humano sacado directamente de la guerra del Golfo, estaban los restos calcinados del agente Sierota y del capitán Sisti. No eran más que un montón de carne quemada y lo único que hacía pensar que una vez fueron dos seres humanos eran sus dentaduras fijadas en unas sonrisas blancas macabras en sus ennegrecidos cráneos.

—Sí. Es un poco fuerte, ¿verdad? —respondió Mick—. Pero si ellos no estuvieran allí, tú y yo estaríamos ahí tumbados, sobre el sendero, sirviendo de pienso a los pavos de matorral.

—Sí, tienes razón —afirmó ella—. ¿Y si hubiéramos estado sentados en la parte delantera de la furgoneta cuando voló por los aires? —Jesse señaló con la cabeza hacia el helicóptero—. Así es como hubiéramos quedado.

—Exacto. Qué cabrones —dijo él.

—Sí, cabrones —reafirmó ella—. Me queda algo de carrete. Sacaré algunas fotos.

—Vale. Pero prométeme antes una cosa, ¿lo harás, Oz?

—Por supuesto. ¿El qué, Mick?

—No les pidas que sonrían a la cámara.

La librera sacó la cámara de su mochila y disparó un par de fotos desde el mirador. Luego, se acercaron un poco al helicóptero e inmortalizaron lo que quedaba de la cabina. Mientras que la cámara rebobinaba, se alejaron de los restos y regresaron a la plataforma que servía de mirador. Jesse metió de nuevo la cámara en la mochila y se aproximó a su novio, abrazándolo.

—Mick —dijo—. He estado pensando. Cuando volvamos al motel, ¿qué me dices

si dejamos la habitación, regresamos a Muswellbrook, cogemos el Buick del garaje de tu amigo Og y conducimos directos a Newcastle? ¿Qué te parece?

—Oz, es lo más sensato que he escuchado en todo el día. —Esbozó una sonrisa—. Me parece estupendo. Me muero de ganas por volver a casa.

—Y esta noche puedes quedarte en mi casa. ¿Vale?

—Perfecto. Pero lo primero que haremos cuando hayamos vuelto será llamar a John Hunter y que te mire la frente. Lo más seguro es que tengan que darte algunos puntos y que te pongan la vacuna del tétanos.

Jesse lo miró fijamente un momento. Después, se echó a sus brazos y volvió a abrazarlo.

—Mick —intervino—, ¿te he dicho alguna vez que te quiero?

—Oh. Quizá lo hayas mencionado una o dos veces, Oz —repuso él.

—Bien, pues te quiero, Mick. Con todo mi corazón.

—Gracias, Oz. Y, créeme, colega, ese sentimiento es pero que muy recíproco. —Él miró por encima de la coronilla de su novia—. Ey, Oz —captó su atención—. Mira cómo se está poniendo el sol por detrás de las colinas Piggiebillah. Parecen que brillan. Y mira ese anillo tan curioso que se forma sobre las cumbres.

Jesse se giró. En la distancia, las montañas irradiaban una luz naranja intensa y sobre ellas las nubes formaban una aureola plateada cada vez más grande que flotaba perezosamente en el cielo al atardecer.

—Sí. Tienes razón —contestó ella. Miró hacia las montañas durante un momento. Luego, se volvió hacia Mick—. Por lo que a mí respecta, ya pueden brillar todo lo que quieran. Solo quiero regresar al coche.

—Sí. Y yo —respondió él—. Venga. Surquemos la carretera.

—Vamos.

Sonrieron, se abrazaron durante un momento y se dieron un beso antes de recoger sus cosas y seguir el camino de descenso del monte Burning.

• • • • •

Cuando Mick y Jesse llegaron al aparcamiento eran casi las siete de la tarde, hora en la que la luz del día casi había desaparecido por completo. No muy lejos de allí, en su casa, el hombre grande seguía vestido con su traje de jugar al polo y estaba vociferando por la sala de estar delante de sus invitados, sin duda, de mal humor.

—¿Queréis que me alegre cuando la señal se ha ido? —espetó—. Es mi maldita

cadena de televisión. ¿Qué demonios está pasando? Me juego lo que sea a que es ese nuevo director ejecutivo. Tenía ciertas dudas sobre él, ¿sabéis?

El hijo de aquel hombre se hizo con el auricular del teléfono.

—He intentado llamar a la cadena, papá, pero el teléfono no funciona.

—Se ha debido ir la luz —sugirió uno de los invitados.

—¿Irse la luz? —bramó el hombre—. Mira a tu alrededor. Hay luz. No. Seguro que ha pasado algo en la cadena. Y te diré más aún, le daré una patada en el culo a algún lacayo sobrevalorado cuando regrese a Sídney. Idiotas. Maldita sea su incompetencia.

Su adorable, fiel y rubia esposa trató de consolarlo.

—Por favor, relájate, cariño. —Le regaló una sonrisa—. Acuérdate de tu corazón.

—¿Mi corazón? Al diablo con mi corazón —rugió el hombre.

• • • • •

En la Costa Dorada de Queensland eran las seis y pico de la tarde. En el edificio de tres pisos de altura de la radio 4GGG, con vistas a la playa de Southport, el barbudo locutor John Berry estaba preparándose para la que posiblemente fuera la noche más importante de su carrera y de la emisora.

Después de semanas de negociación, Berry y el dueño de la emisora habían accedido a pagar al celebérrimo gánster de Brisbane, Joe Renton, la friolera de cincuenta mil dólares por contar su historia. Joe acababa de cumplir en la cárcel de Boggo Road una condena de cinco años por asesinato. Tenía que haber cumplido veinte años de prisión. Pero Joe había llegado a un acuerdo con todos los interesados para mantener la boca cerrada y dejar todos los cuerpos enterrados donde estaban. Por lo que el cargo fue rebajado a homicidio. Dos meses después de su puesta en libertad, Joe descubrió que tenía cáncer, muy poco dinero y con suerte, un año de vida. Pensando que no tenía mucho más que perder y que cincuenta mil dólares le ayudarían a que sus últimos días fueran infinitamente más cómodos, Joe aceptó verter toda la basura aún humeante sobre aquellos con los que había colaborado durante su carrera criminal. Compañeros malhechores, policías, políticos, propietarios de bares, inmobiliarias. Incluso dos respetados jueces a los que Joe había proporcionado heroína y muchos muchachos jóvenes antes de que lo encerraran. Todos iban a caer en el programa con más audiencia de los domingos por la noche del polémico presentador de coloquios radiofónicos abiertos al público John Berry. Joe había

advertido a John que se exponía a un gran peligro al revelar todo lo que hasta ahora había mantenido en secreto. Y que si la emisora cambiaba de opinión en el último momento, tendría que matarlo. Berry sabía que no lo amenazaba en vano. Por lo que todo continuó como se había programado. Se informó a los abogados. Se habían reservado las cuñas publicitarias y la emisora había estado dándole publicidad a Renton durante toda la semana. Era la comidilla de la ciudad. El dueño de la emisora estaba escuchando, junto con el resto del personal y medio Queensland. Un fotógrafo del *Gold Coast Bulletin* acababa de llegar al vestíbulo y Joe ya se encontraba de camino a la emisora desde su piso custodiado en Brisbane. Estaría en el aire en quince minutos.

John aguardaba delante de su micrófono, preparado y esperando a que las noticias de las seis de la tarde terminaran. Haría una pausa publicitaria y pincharía una canción de los Beatles, Money. A continuación, daría inicio a su preámbulo. Una vez que hubiera finalizado, le estrecharía la mano a Joe y le presentaría como «El criminal y extorsionador de renombre Joe Renton». Y desde ahí, iría improvisando. John estaba jugueteando con la tapa de un bolígrafo sobre una hoja con las preguntas que pretendía hacerle a Joe, cuando la señal de sus auriculares se cortó. Los comprobó. La luz de la consola decía que estaban funcionando. El locutor presionó el botón del micrófono para comunicarse con Paul el Alto, su técnico de sonido en la cabina de enfrente. El interfono tampoco funcionaba. John miraba sin comprender a través del cristal de Paul, quien gesticulaba sin poder hacer nada y devolvía la mirada. El técnico se quitó los auriculares y un momento más tarde su silueta desgarbada, envuelta bajo una camisa hawaiana, asomó por la puerta del estudio de John.

El locutor alzó los auriculares.

—¿Qué ocurre, Paul?

—No lo sé, John —respondió el chico—. No estamos retransmitiendo.

—¿No estamos retransmitiendo? —repitió con incredulidad Berry—. ¿A qué te refieres con eso de que no estamos retransmitiendo?

—A eso mismo —contestó Paul—. Hay luz. Pero los ordenadores se han apagado. Y no doy con la causa.

—Bien, llama a los malditos técnicos.

—Ya lo he intentado —repuso él—. Pero los teléfonos tampoco funcionan. No consigo que nada funcione. Ni siquiera el interfono.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó John, levantando la mirada hasta el reloj del estudio

—. Renton se dirige a la emisora.

—Lo sé, John —afirmó Paul.

—Bien, haz algo. —Berry miró por la ventana del estudio hacia el océano que se abría delante de ellos—. ¡Madre mía! No hay tormenta. No hay ni una maldita nube en el cielo.

—Lo sé —repuso Paul—. Espero que sea el ordenador central.

John Berry dejó caer sobre la consola de mandos los auriculares y hundió su cara barbuda entre las manos.

—Espero que sea el ordenador. Dios todopoderoso —gimió—. Es lo único que necesito.

• • • • •

En Auckland, Nueva Zelanda, eran las nueve de la noche y estaba lloviendo. El camionero Sione Faimu estaba muy dolorido. Acababa de tener un accidente con su furgoneta de reparto en la autopista del Noroeste y se había quedado atrapado detrás del volante, sangraba por una herida que se había hecho en la cabeza y tenía daños internos.

Nadie había sido testigo del accidente. Pero se las apañó para llamar al servicio de emergencias antes de que su móvil se quedara sin cobertura y el teleoperador le hubiera asegurado que una ambulancia y un equipo de rescate llegarían hasta él enseguida. Sione así lo esperaba. Sabía que estaba gravemente herido y si no le socorrían rápido, la zanja en la que había caído sería un lugar muy solitario para morir. Miró a través del parabrisas hecho añicos y trató de distraerse del dolor pensando en su mujer y en sus cinco hijos.

Dentro de su ambulancia aparcada junto a un hospital cercano, los paramédicos Manase Halatau y Grahame Whittle estaban pensando en lo tranquila que estaba la noche. Con ese tiempo, por lo general, no paraban. Manase cogió la radio para comprobar los partes. Pulsó el botón de encendido/apagado y no obtuvo más que ruidos estáticos.

—Oh, eso es lo que pasa —le dijo a su compañero—. La radio está apagada.

—Déjame echarle un vistazo. —Grahame lo intentó con el receptor y lo volvió a colocar en su soporte—. Tiene que haber ocurrido algo en la oficina. Se arreglará ahora.

—¿Por qué no —propuso Manase—, en vez de quedarnos aquí a esperar, nos

acercamos a Parnell y nos pedimos una pizza?

—Buena idea —respondió Grahame, encendiendo el motor—. Un chocolate caliente también estaría bien.

• • • • •

En Karachi eran las dos y tres minutos de la tarde y un taxista llamado Sunil Vajpahi estaba de excelente humor. Normalmente era un hombre muy temperamental, pero hoy estaba sentado sonriente en su taxi en la calle Mangopir después de llevar a un turista saudí idiota y a su novia italiana al zoo. Claramente hasta arriba de hachís, el hombre le había dejado dos billetes de cien dólares estadounidenses en lugar de dos de uno. Una pena para el turista. Pero una bendición para Sunil. Había empezado su turno al mediodía y por lo general solía acabar a medianoche. Ahora, iría a su casa a buscar a su joven esposa Zashi, la invitaría a comer fuera y luego darían un paseo por la orilla del río Layari. Más tarde, verían una película. Sunil siempre llamaba a su mujer antes de llegar a casa, así ella tenía tiempo de prepararle algo de comer. Y a él le gustaba que ella lo llamara al trabajo. Pero por alguna razón su teléfono móvil no funcionaba, ni tampoco la radio del taxi. Tendría que sorprenderla.

En el modesto apartamento de la calle Quadin, Zashi estaba tumbada en la cama con su último y joven amante, el artista Sanjay Khilnani. Al igual que Sunil, Zashi estaba de buen humor. Siempre estaba de buen humor cuando Sunil estaba trabajando. Sanjay y Zashi acababan de hacer el amor y se refrescaban con una bebida bien fría.

—¿Estás segura de que tu marido no volverá a casa? —le preguntó el amante a la mujer.

Zashi negó con la cabeza de manera rotunda.

—No vendrá hasta medianoche. Y antes de aparecer, el muy cerdo siempre llama para que le tenga la comida preparada cuando llegue.

—¿Has dicho hasta medianoche? —dijo sonriente Sanjay. El joven artista le dio vueltas a algo por un momento—. Entonces tenemos mucho tiempo por delante para hacer el amor.

—Oh, sí. Mucho —susurró ella.

Sunil puso el taxi en marcha y el gran cuchillo de caza que guardaba debajo del asiento delantero se deslizó hasta detrás del pedal de freno. Pasaba a menudo y era bastante molesto. Pero resultaba fácil hacerse con él metiendo la mano debajo del

asiento y suponía un excelente elemento disuasivo contra los delincuentes que intentaban robarle o abusar de él. Y Sunil no tenía miedo a usarlo. Lo colocó en el asiento del copiloto y esbozó una sonrisa. Lo envolvería entre sus ropas y lo llevaría a casa. Gracias a un turista estúpido, Sunil hoy no iba a necesitar el cuchillo.

• • • • •

En Hong Kong eran las seis y siete minutos de la tarde. Vestido con un hermoso traje gris hecho a medida, Li Lin Xun, un directivo del Banco de China, estaba sentado en su oficina con la mirada clavada en la pantalla del ordenador, sonriendo y frotándose sus pequeñas y regordetas manos. A escondidas del Partido, Li Lin había robado cien millones de yuanes del Banco de China, que invirtió por todo el mundo en el mercado de futuros durante la última semana y que iba a recuperar ahora, junto a unos sustanciosos beneficios de cinco millones. Tales prácticas estaban muy mal vistas por el Partido y significaban un pase directo solo de ida al paredón de fusilamiento. Pero Li Lin había calculado cada detalle. No habría ningún problema. El único problema que tenía era decidir qué iba a hacer con esa suculenta suma de dinero. Estaba a punto de acceder al sistema cuando su ordenador se colgó. Sin embargo, Li Lin no se preocupó demasiado. Ocurría con frecuencia en la República Democrática. El ejecutivo se echó para atrás en su asiento de cuero, se encendió un cigarrillo y, con la inescrutable paciencia oriental, esperó a que su ordenador se reiniciase.

• • • • •

En Londres eran las diez y cinco minutos de la mañana. El comandante Dennis Bigwood estaba dando vueltas a la espera de tomar tierra sobre las nubes que cubrían el aeropuerto de Heathrow. Pilotaba el vuelo 379 de British Airways procedente de Jamaica y lleno de turistas (con un rostro pegado a cada ventanilla y con un culo en cada asiento, tal y como una azafata le había informado nada más despegar de Montengo Bay). Contemplando las nubes de abajo desde la cabina climatizada del jumbo, el comandante Bigwood estaba deseando volver a Jamaica, a beber ron y a echarle un polvo a la vivaz azafata de Air Italia que había conocido hacía unos días. Londres en octubre definitivamente no era Jamaica. Estaba comprobando los indicadores de combustible cuando perdió la señal de radar y el ordenador de a bordo se apagó. Su copiloto, Brian Murray, se dio cuenta en el mismo instante. Estaban a

punto de comentar lo ocurrido cuando el ingeniero de vuelo, Martin Cochrane, habló.

—Dennis —dijo, con un tono de voz que reflejaba urgencia—. He perdido el contacto por radio con Heathrow.

—Sí. Acabamos de perder la señal de radar, Martin —respondió el copiloto.

El comandante Bigwood se hizo con los mandos de la aeronave nuevamente. Después, se giró hacia el copiloto.

—Hay luz, Brian. Y no hay ningún problema con la hidráulica. Tiene que ser un pequeño contratiempo con el ordenador central. —Reflexionó concienzudamente durante un momento—. Bueno, chicos —retomó con tranquilidad—. Supongo que habrá un pequeño retraso. Será mejor que informe al pasaje hasta que solucionemos el problema.

El comandante Bigwood cogió el micrófono.

—Buenos días, señoras y señores —comenzó—. Les habla el comandante, Dennis… —El comandante Bigwood pulsó el botón del interfono—. Ahora esto tampoco funciona. —El comandante se dio la vuelta hacia el navegante—. Martin, por favor, ¿podrías ir a buscar a la sobrecargo?

Martin Cochrane se levantó de su asiento.

—Ahora mismo, Dennis.

• • • • •

En Nueva York eran las cuatro de la mañana. Hacía frío pero estaba despejado. Los detectives de la brigada antidroga Joel Vears y Lou Halavic estaban estacionados en la avenida Flatlands, a dos puertas de distancia de la casa del sospechoso, un narcotraficante que vivía en el segundo piso de un edificio de apartamentos con las fachadas cubiertas de grafitis, en Carnaise. Llevaban allí casi una hora y, por lo que sabían, las únicas personas que había dentro del edificio eran un traficante venezolano, Héctor Guerrero, y su novia Coliza. Héctor tenía mucho futuro en el negocio de las drogas y, según el soplón del detective Halavic, acababa de entregar dos kilos de cocaína peruana de gran pureza. Una buena redada. Los dos detectives guardarían la mayor parte del dinero en el apartamento, entregarían la cocaína y se llevarían todos los méritos. Sin embargo, el detective Vears seguía prefiriendo trabajar con refuerzos. Nunca se sabía de dónde podían salir esos asquerosos venezolanos. Pero su compañero, el detective Halavic, consideraba que no valía la pena que acudiera más policía a la operación y que eso solo dificultaría el reparto del botín.

Además, su radio acababa de apagarse.

El detective Vears agitó su teléfono móvil.

—Esto tampoco funciona, Lou —le señaló a su compañero.

—¿Por qué no cargas la batería? —sugirió el detective Halavic—. De todas formas, ¿qué más da? Está solo ahí dentro. Vamos, tiramos la puerta abajo y desmantelamos el chiringuito.

—Primero, me gustaría llamar a la comisaría. Solo para asegurarnos —matizó el detective Vears.

—No. Venga. Podemos atrapar a este cretino y sentarnos a desayunar a eso de las seis. Al menos yo.

—Está bien, Joel. Si tú lo dices. —El detective Vears se dio una palmadita en el pecho—. ¡Mierda! —Esbozó una sonrisa de medio lado—. Dicen que las desgracias nunca vienen solas. Mi móvil no funciona. La radio del coche se ha jodido. Y me he olvidado de mi chaleco antibalas.

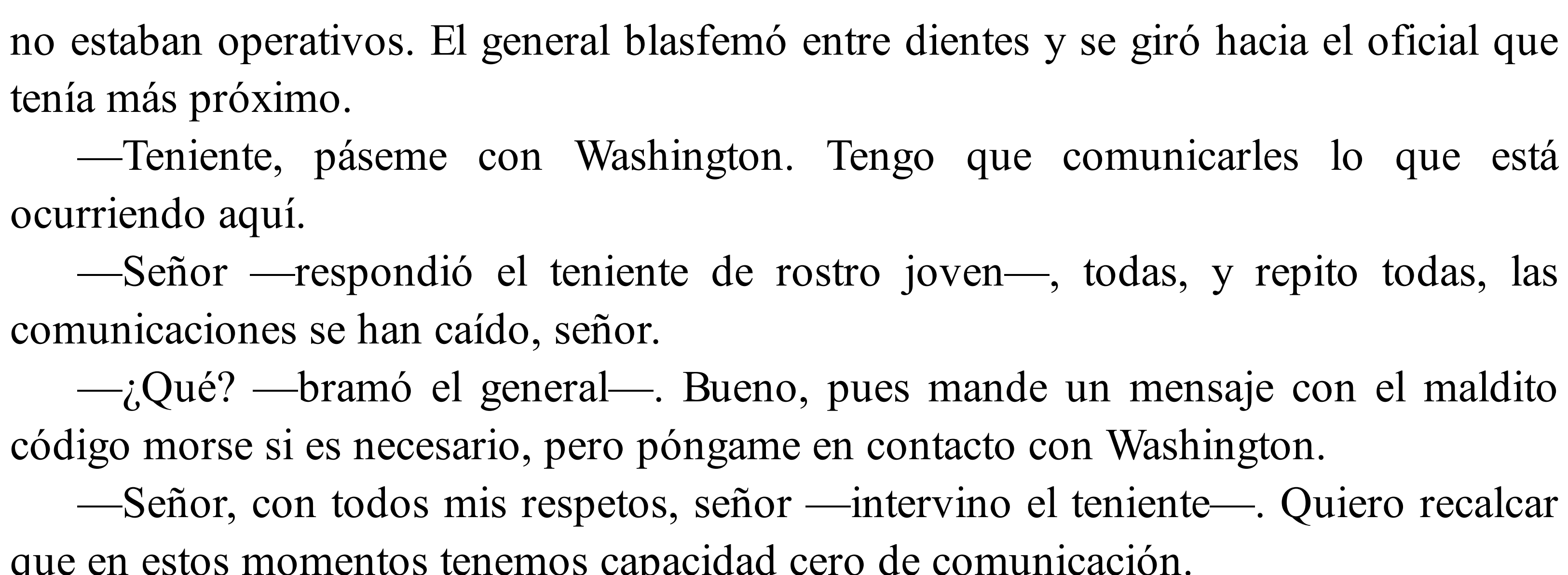
—¿Y qué? Vamos. —El detective Halavic comprobó su arma y abrió la puerta del coche.

En la comisaría, el sargento con cuello de toro Barney Schuman se había cabreado y estaba dejando que el resto de la comisaría lo supiera. Una mujer había llamado desde Carnasie diciendo que acababa de ver a un grupo de hispanos entrando por la parte trasera de un edificio de apartamentos, y que iban cargados con una buena colección de armas. Se cayó la línea antes de que la mujer pudiera proporcionarle la dirección.

Ahora tampoco funcionaba la radio. *Sí, bueno. Una noche más en la ciudad para la sobrecargada Policía de Nueva York*, se quejó el sargento Schuman para sus adentros. *Al menos, la luz y la máquina de café siguen operativas*. Por el momento.

• • • • •

Muy por debajo del monte Cheyenne, en la sede de la NORAD en Colorado, eran las dos y seis minutos de la mañana. Inmerso en la confusión que lo rodeaba en el búnker de mandos, el general de pelo plateado de las Fuerzas Aéreas Davis L. Wainright no podía creerse lo que estaba viendo. Todos los ordenadores, las pantallas de radar, los monitores de los satélites y las focalizaciones de enlace acababan de apagarse. En la NORAD no se había ido la luz, las bombillas iluminaban y las puertas blindadas seguían abriéndose y cerrándose. Pero los ordenadores y los monitores ya



no estaban operativos. El general blasfemó entre dientes y se giró hacia el oficial que tenía más próximo.

—Teniente, páseme con Washington. Tengo que comunicarles lo que está ocurriendo aquí.

—Señor —respondió el teniente de rostro joven—, todas, y repito todas, las comunicaciones se han caído, señor.

—¿Qué? —bramó el general—. Bueno, pues mande un mensaje con el maldito código morse si es necesario, pero póngame en contacto con Washington.

—Señor, con todos mis respetos, señor —intervino el teniente—. Quiero recalcar que en estos momentos tenemos capacidad cero de comunicación.

—Señor, disculpe —interrumpió otro oficial educadamente—. Hemos perdido la señal del Aquacade.

—¿Qué? ¡Dios mío! —maldijo el general—. ¿Y qué pasa con el Stryker?

—También hemos perdido la señal, señor.

—Maldita sea.

El general Wainright tuvo que pararse a pensar por un momento. Era un baptista del Sur, temeroso de Dios, y un neoconservador que con mucho gusto hubiera volado por los aires medio mundo si era en favor de la libertad, la democracia y Estados Unidos. El general se había formado una idea de lo que sucedía e iba a tener que tomar alguna medida audaz.

—Señor —interrumpió el oficial al cargo—, ¿cuáles son sus órdenes, señor?

El general, con furia en la mirada, clavó sus ojos en el joven oficial.

—Sé quiénes están detrás de todo esto —sentenció el general—. Los rusos. Han interferido en nuestros sistemas y los asquerosos hijos de puta están tramando algo —concluyó el general—. Deles tiempo.

—No estoy tan seguro…

—¿Todavía podemos programar los misiles manualmente? —preguntó el general.

—Sí, señor.

El general miró su reloj.

—Está bien. Voy a esperar veinte minutos. Si para entonces no he tenido noticias de Washington, iniciaré la secuencia de lanzamiento.

—Pero, señor, ¿y qué pasa con el presidente?

—Que le den al presidente.

• • • • •

A cuatro mil metros por encima de Moscú y a cincuenta kilómetros de distancia en línea recta, era la una y dos minutos de la tarde y estaba muy nublado. El Air Force One estaba aproximándose al aeropuerto de Sheremetyevo por el noroeste. Tenía el viento de cola e iba a llegar antes de lo previsto. A bordo iba el presidente de Estados Unidos, la primera dama, sus colaboradores más próximos y una falange de los servicios secretos, junto con los directivos del gabinete de prensa de la Casa Blanca. En el frío asfalto cubierto de bruma esperaban el presidente de Rusia, su mujer, medio Politburó, una banda de música, la guardia de honor y veintiún cañonazos de bienvenida: todo ello supervisado de cerca por un equipo del servicio secreto de Estados Unidos que se había adelantado a la llegada del presidente. La alfombra roja estaba desplegada y dentro de poco habría un desfile aéreo de veinticinco aviones de combate MiG de última generación de la madre patria. Era la primera visita del presidente norteamericano a este país desde hacía algún tiempo y los rusos no iban a dejar escapar la oportunidad de impresionar a los estadounidenses.

El jumbo, especialmente equipado, estaba preparándose para el aterrizaje cuando el comandante Kyle O’Connell le dio un golpe a sus auriculares y se giró hacia el copiloto, Glenn Lidster. Iba a comenzar a hablar cuando le interrumpió el navegante del avión, Rusty Skepper.

—Kyle, he perdido el contacto por radio con Moscú —anunció Rusty.

—Curioso que digas eso, Rusty —contestó el comandante O’Connell—. Acabamos de perder la señal de radar y otro par de cosas más.

—Kyle, creo que no es más que un virus temporal en el ordenador central —dijo Glenn de pasada—. Si no se soluciona solo, debería de ser capaz de eliminarlo con bastante facilidad.

—No te preocupes, Glenn —repuso el comandante O’Connell—. Vale, caballeros. Mientras tanto, voy a reducir la velocidad y a empezar a descender manualmente. El tiempo no es bueno y no me voy a poner a la cola de espera con el presidente a bordo y sin señales ni de radar ni de comunicación.

—La visibilidad es casi nula ahí abajo, Kyle —le avisó Glenn—. Y se prevé que aparezcan más nubes.

—Sí, pero las luces estarán encendidas. Y la pista despejada para cuando tomemos tierra. Si empeora, podría salirme de la pista un poco. —Kyle se dio la vuelta hacia el navegante—. Rusty, ¿podrías informar al presidente de que aterrizaremos de inmediato y que puede haber alguna que otra turbulencia? Asegúrate de que todo el

mundo se abrocha el cinturón de seguridad.

Rusty bajó su bolígrafo.

—Claro, Kyle.

Acelerando en la pista adyacente, el comandante Erwin Dorpmuller, piloto del vuelo 133 de Lufthansa Airlines, estaba moviendo la cabeza. Se quitó los auriculares y se frotó los ojos.

—De todas las veces que la torre de control de Moscú podía colapsarse, tenía que ser justo cuando venimos nosotros —dijo enfadado—. Tengo a un Air France y un Aeroflot detrás. No hay ningún tipo de contacto por radio con la torre. No hay permiso para despegar. Y, ahora, parece que tampoco hay señal de radar.

—Y el Air Force One aterrizará dentro de poco —añadió el copiloto, Wilhelm Stumpfegger.

—No puedo entender qué es lo que pasa con la radio —añadió el navegante Gregor Kaulbach.

—La vieja ciudad de Moscú —suspiró el comandante Dorpmuller. Miró por fuera de la cabina—. Y la visibilidad también está empeorando. Perfecto, Wilhelm. No estoy muy seguro de lo que va a pasar, pero no me voy a quedar aquí sentado sin hacer nada y dándole vueltas a los pulgares. Me acercaré hasta el final de la pista adyacente y esperaremos allí hasta que todo esto se arregle. Al menos, desde allí, puedo ver las luces. —El comandante Dorpmuller se dirigió hacia el interfono con desgana—. Gregor, ¿puedes decirle a la sobrecargo que informe a los pasajeros de que habrá un pequeño retraso? Parece que tampoco funciona esta maldita cosa.

—Ahora mismo, comandante. —George se puso de pie y salió de la cabina.

—No me sorprendería nada que los norteamericanos estuvieran detrás de todo esto —se quejó el copiloto Stumpfegger—. Seguro que han interferido en algo para que el Air Force One pueda aterrizar a sus anchas.

—Pues claro —afirmó el comandante Dorpmuller, desplazando lentamente el avión—. Nada más importa cuando se trata del glorioso presidente de Estados Unidos.

—Putos estadounidenses —repuso el copiloto Stumpfegger—. No son mejores que los rusos.

• • • • •

Mick y Jesse tiraron sus mochilas al suelo y se apoyaron en el viejo Commodore. A pesar de estar empapados en sudor y cubiertos de polvo, y la librera manchada de

sangre, aún tenían fuerzas y ganas para esbozar una sonrisa.

—Bueno, gracias a Dios todo esto ha acabado —apuntó Mick—. No tengo ninguna prisa por volver ahí dentro otra vez.

—Sí. También puedes incluirme a mí en ese plan —añadió ella. Se agachó hacia su mochila y sacó su teléfono móvil—. Voy a llamar a mi madre para decirle que llegaremos a casa esta noche.

—Vale. Quizá podría llamar a mi hermana y saludarla.

Los dos marcaron los respectivos números de teléfono desde sus móviles y, mientras que el electricista esperaba a que le respondieran, abrió el coche y bajó las ventanillas delanteras para dejar que saliera el calor acumulado en el interior. Alzó la mirada y se dio cuenta de que su novia estaba sacudiendo la cabeza.

—¿Qué ocurre? —le preguntó él a ella.

Jesse levantó el móvil.

—No hay señal.

—Ya. Al mío le pasa lo mismo —respondió él—. Estaremos en una zona con mala cobertura. —Volvió a meterlo en su mochila destrozada—. Oh, bueno. No pasa nada. Podemos llamar desde el motel.

—Vale, eso haremos —dijo ella.

Jesse también guardó su teléfono móvil. Mick le cogió la mochila a su novia y colocó los macutos en el asiento trasero del vehículo. Luego, entraron los dos en la parte de delante. El electricista puso en marcha el coche y mientras el motor se calentaba, encendió la radio.

—Podemos escuchar las noticias —propuso él—. Quizá hablen de nosotros. —Mick soltó una risita. Esperó unos segundos y comenzó a mover el indicador del dial. Lo único que obtuvo en respuesta fue una luz estática—. ¿Hola? Parece como si la radio hubiera decidido estropearse. Bueno, no pasa nada. De todas formas, tampoco quería oír las noticias.

—Esperaremos a recuperar el Buick —sugirió ella—. Y así podremos escuchar buena música.

—Perfecto —contestó Mick, apagando la radio—. Y ya sabes lo que dijo el hombre, Oz.

—No —respondió ella, abrochándose el cinturón—. ¿Qué dijo el hombre, Mick?

—La música es el motor del mundo.

—Pensaba que era el amor.

—No. Sin duda es la música. Aunque también podría haberlo sido el dinero. Pero —sonrió—, si tú dices que es el amor, lo dejaremos así.

Jesse le devolvió la sonrisa a su novio.

—Buena idea, Nikita.

Mick se abrochó el cinturón de seguridad, puso en movimiento el viejo Commodore y luego lo dirigió hacia la salida del aparcamiento y puso rumbo a Scone.



ROBERT G. BARRETT fue conocido por sus libros protagonizados por Les Norton y que destacaron por su humor cínico e irreverente. Además, Barrett también colaboró con numerosos medios de comunicación y fue una figura muy popular en su país.

Notas

[1] Término peyorativo utilizado en Australia para designar a los estadounidenses. Viene de septic-tank, «fosa séptica».<<

[2] Nombre real del fundador del mormonismo. <<

[3] El libro de citas del rock and roll definitivo. <<

[4] Serie cómica australiana cuyas protagonistas son una madre y su hija. <<

[5] Programa de radio australiano. <<

[6] Raza mutante extraterrestre que aparecían en la serie de televisión Doctor Who. <<

[7] Película de ciencia ficción de ínfima calidad. <<